

DEL PERÚ Á EUROPA.

*Varios Prelados de España han concedido 2480
dias de indulgencia á todas las publicaciones de la*
LIBRERÍA RELIGIOSA.

7-11-29

DEL PERÚ Á EUROPA.

RELACION DE UN VIAJE.

POR

D. Víctor Rosselló.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

IMPRESA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, núm. 24 y 26.

1865.

DEL PERÚ A EUROPA.

RELACION DE UN VIAJE.

por

D. Victor Rosello.

Es propiedad.



Con aprobación del Gobierno.

BALENA.

IMPRESA DEL HEREDERO DR. D. PABLO RIVERA.

Calle de Bobadilla, núm. 24 y 26.

1882.

CENSURA.

Por encargo del M. I. Sr. D. Juan de Palau y Soler, presbítero, Doctor en ambos derechos, Abogado de los Tribunales del reino, Canónigo de esta santa Iglesia, Vicario General de la diócesis de Barcelona por el excelentísimo é Ilmo. Sr. D. D. Pantaleon Monserrat y Navarro, Obispo de la misma, he leído el libro que tiene por título: *Del Perú á Europa*, escrito por D. V. M. R.

Estragado como se halla hoy dia el gusto del vulgo insaciablemente ávido de novedades y ficciones, gracias á las innumerables novelas con que algunos mercenarios é inmorales escritores lo corrompen y explotan en provecho propio, pero en detrimento de la Religion y de la sociedad misma, es altamente consolador para aquella y esta el ver que no faltan tampoco escritores cuya pluma no se prostituye dejándose arrebatarse por la devastadora corriente del siglo. De este número es el autor de la presente novela, con la cual léjos de propinar, como tantos otros, á sus lectores un veneno corrosivo y mortal, les ofrece un pasto verdaderamente moral, agradable y nutritivo. No brilla en ella aquel estilo artificial y estudiadamente novelesco que tanto halaga á las inteligencias corrompidas, pero en cambio se halla en la misma un estilo natural, correcto, suave y nada empalagoso para las inteligencias sinceramente cristianas. Y como, por otra parte, está exenta de todo error dogmático y moral, no tan solo la juzgo digna de ser publicada, sino tambien muy útil á cuantos la lean.

Barcelona 6 de abril de 1865.

FR. JAIME ROIG, *Pbro., Lector en Filosofía, de la Orden de Carmelitas calzados, exclaustrado.*

APROBACION.

Barcelona veinte de abril de mil ochocientos sesenta y cinco. Vista la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima el libro de que hace mérito.

JUAN DE PALAU Y SOLER, *Vicario General Gobernador.*

DEDICATORIA.

À mis queridas, inolvidables y difuntas hermanas

DOLORES Y MARIANA.

À vosotras, que habeis pasado rápidamente por este océano de tribulaciones y amarguras; á vosotras, inocentes criaturas, que solo habeis bajado á esta lóbrega cárcel para hacernos admirar el candor de vuestros corazones y sentir el indecible encanto de vuestros fraternales afectos; á vosotras, que cual bellos ángeles apenas habeis rozado la superficie de la tierra con vuestras finas y nevadas alas; á vosotras, pues, dedico la primera de mis obras; á vosotras ofrezco las primicias de mi entendimiento.

¿Qué importa que no os tenga en este momento á mi lado para demostraros toda la extension é intensidad de mi cariño? ¿Qué importa que vivais en un mundo mejor que el mio? ¿Qué importa que formeis parte de ese innumerable cortejo de vírgenes que rodean y siguen siempre al Cordero sin mancha? ¿No veo acaso vuestros queridos nombres esculpidos en mi memoria? ¿No pienso á menudo en vosotras? ¿No me basta el que recuerde las angelicales virtudes que reflejaban vuestros juveniles y simpáticos rostros? ¿No se inunda mi espíritu de gozo al creeros felices, infinitamente felices? ¿No late en este instante mi corazón por vosotras como cuando estábais conmigo? ¿No existe un lazo de íntimo é indisoluble afecto entre vuestras almas y la mia? ¿No puedo hacer subir hasta vuestra incomparable morada las plegarias de mi pecho dolorido? ¿No me es dado todavía alcanzar por vuestra intercesion las gracias espirituales del divino Sol que os alumbra é inflama en llamas de purísima é inextinguible luz? ¿No espero, por último, de vosotras que á mi salida de este mundo, bajeis, como palomas, á posaros sobre la cabecera de mi lecho de agonía, y me presteis vuestro vuelo para remontarnos juntos hácia la patria de in-

fables delicias, hácia el eterno Eden que nos fue abierto y prometido por Jesucristo?

Pues si tantos y tan inmensos favores espero de vosotras, justo, justísimo es que os pague este pequeño é insignificante tributo; que arroje siquiera un ramillete de marchitas y descoloridas flores sobre la losa fria de vuestra tumba!...

¡Ah! bien sé que sois acreedoras á mucho mas; bien sé que he contraído otras obligaciones mas elevadas para con vosotras; bien sé que no hay ni puede haber paridad de correspondencia entre vuestras dádivas y las mías!... No se me oculta que los sufragios que mis labios articulan para vuestras almas adolecen de la debilidad y miseria inherentes á mi ser y suben penosamente hácia lo alto; mientras que los vuestros, partiendo de las gradas del trono del Omnipotente, caen sobre mi pobre y desgarrado pecho como manso y benéfico rocío, cual hermosos rayos de sol sobre las inmundas y cenagosas aguas de los pantanos! ¡Oh! bien sé que vuestras voces puras, frescas y virginales son mas melodiosas que el gorjeo de los pintados pajariños; que vuestros ropajes son mas blancos que el lirio de los valles; que vuestro cuerpo resplandece con mas mágica poesía que las estrellas del firmamento; que las diademas que orlan vuestras castas frentes ofrecen mas hermosos cambiantes que las mariposas en sus alas, y que su riqueza es mucho mayor que las que ciñen las emperatrices de la tierra!

Pero aunque conozca mi inferioridad respecto de vosotras; con todo permitidme, queridas hermanas, que haya entretejido á vuestra memoria y obsequio una modestísima guirnalda literaria, para que la acepteis con ojos propicios desde vuestra celeste mansion, y os acordeis que en esta tierra de dolor y lamentos habeis dejado un hermano que llama á vuestro socorro en sus amarguras, cuyo afecto ha robustecido vuestra separacion, y que, mecido en la firme y hermosa nave de la esperanza católica, flota aun sobre el mar tempestuoso de esta vida, pero abriga la indestructible confianza de que algun dia ha de participar de vuestra gloria, y disfrutar eternamente de vuestra amabilísima compañía!...

Á MIS LECTORES.

Ha transcurrido un año desde que dí la última plumada á la obrita que tengo el gusto de ofreceros.

Los doce meses transcurridos, léjos de mejorar el tristísimo estado social y político de nuestra amada patria, han ennegrecido, por el contrario, mas y mas las sombras del cuadro desolador que por doquier conturba y aterra nuestra vista. Entonces, como ahora, ideas anárquicas y desgarradoras infestaban la atmósfera de los espíritus; entonces, como ahora, la sociedad se sobresaltaba de espanto al oír las profundas y récias sacudidas del cráter revolucionario.

Hé aquí por qué si entonces eran de suma necesidad las obras que tendieran á corregir las extraviadas inteligencias, y sanar los emponzoñados corazones, con las verdades católicas, son mucho mas necesarias hoy en que parece que nuestros piés van á deslizarse en el pavoroso derrumbadero; hoy en que el edificio

social, socavado en todos sentidos por la zapa demagógica, bambolea con mas fuerza que nunca, amenazando desplomarse y envolvernos bajo sus escombros.

La cortedad de mis conocimientos, lo escaso de mis fuerzas, y las circunstancias especiales en que escribí mi novela, no me darian por cierto derecho á que yo pretendiese llamar la atencion pública hácia sus páginas, si no fuera porque al través de su escasísimo mérito literario y científico resalta en ellas una cualidad que las hace recomendables á mi ver, y es que su primordial y exclusivo objeto consiste en el bien de la humanidad; pero no en un bien egoista, quimérico ó utópico, como el que en nuestros dias suelen proclamar á son de trompeta algunos pseudo-Hipócrates del mundo intelectual y moral, sino en un bien real, positivo y único capaz de endulzar las amarguras de nuestro mísero, mortal y fugaz pasaje en el bajel de nuestro planeta.

Es verdad que en ciertas regiones ilustradas y despreocupadas se corre el riesgo de hacerse impopular, y aun de caer en ridículo, sustentando en pleno siglo XIX las bellezas y armonía del dogma católico, y demostrando hasta la evidencia que es el solo verdadero, el solo dig-

no de la adoracion y sumision del hombre, el solo dique que puede contener los desbordamientos populares, haciendo, en cuanto cabe en este mísero suelo, la felicidad y dicha de pobres y ricos, sábios é ignorantes.

Mi vida ha sido una larga y no interrumpida cadena de sufrimientos físicos y morales; y aunque mis creencias religiosas germinaron en mi espíritu desde mi mas tierna niñez, con todo, mi penosísima existencia y las escenas que he presenciado sobre el teatro del mundo han robustecido mi fe en la Religion de mis padres; de modo que así como la verde hiedra, á causa de su debilidad é impotencia, se enrosca en el nudoso tronco de la secular y pomposa encina, así tambien la adversidad y la experiencia me han hecho adherir siempre mas al frondosísimo y eterno árbol del Catolicismo.

Dadas las precedentes explicaciones, creo que el lector erudito y desapasionado se persuadirá de las rectísimas intenciones que han movido mi pluma al confeccionar mi novela: de ahí que confie en su indulgencia acerca los lunares que pueda encontrar en mi primer trabajo literario; puesto que lo desaliñado y ampuloso del estilo, la pobreza de ideas y conceptos, y lo frio y descolorido de algunas escenas que en-

tretejo en mi obra son excusables, hasta cierto punto, ante la grandeza y sublimidad del objeto á que aspira.

Y sin embargo, á pesar de consignar de un modo tan franco y explícito el blanco á que apunta mi designio, y vehemente deseo, al pisar por primera vez el palenque literario, siempre temo que álguien, ofuscado por los errores predominantes de la época, dé una interpretacion torcida y diametralmente opuesta á mi laudable propósito ; temo que si llega el caso de que el engendro de mi entendimiento sea sometido al crisol de la crítica filosófico-racionalista ; de esa crítica que de la razon parte, con la razon camina , y á la razon aspira , tilde mi obra de fanática é incompatible con los adelantos intelectuales del siglo.

Pero si por fanático y retrógrado entienden los apóstoles del falso progreso (como de ello estoy íntimamente convencido) todo hombre que forma parte del antiguo, inmenso, numeroso y selecto rebaño católico, en vez de darme por ofendido por los epítetos mas ó menos retumbantes y gastados que me prodiguen , les doy sinceramente las gracias por engalauarme con la librea de fanático, porque veré desde luego que reconocen tácitamente en mí un

miembro de una universal asamblea que abraza todos los tiempos, cautiva todas las inteligencias, y atrae, embelesa y alienta á todos los corazones. Con lo cual quedará sentado que mis principios y creencias no flotan en la nebulosa atmósfera de las cavilaciones humanas, sino que tienen un firmísimo, eterno, indestructible y consolador punto de apoyo.

Quizá alguno de esos filósofos de que voy hablando, al recorrer las páginas de mi producción literaria diga en sus adentros: « Ya se ve; ese escritor no habrá leído los sublimes partos de esos colosales genios alemanes, franceses é ingleses: ese escritor no ha saboreado las bellas y profundas elucubraciones de los príncipes de la filosofía moderna; no se ha embriagado con el néctar de la ciencia... » Y si bien es verdad que me confieso bastante lego en la materia, con todo, acérrimo partidario de las doctrinas y teorías prácticas y concretas, los hechos me demuestran tan claro como la luz del mediodía que todos los sistemas filosóficos del mundo no contienen en su esencia un gérmen bastante vigoroso para avasallar todos los entendimientos, y satisfacer é identificar todos los corazones; pues ello es que la razón pura no ha logrado resolver hasta ahora de un

modo preciso y satisfactorio el origen y destino del hombre en la tierra ; y siendo este cabalmente el asunto mas vital é importante, y el que ataja nuestros pasos al alborear la razon, de ahí que siempre haya mirado al soslayo todas las obras que se desvian de la senda de la revelacion divina para divagar por el intrincado laberinto de las teorías humanas. Porque, ¿quién es el que en el decurso de su vida no se ha planteado y buscado la solucion, no digo una sino mil veces, del siguiente problema : ¿de dónde vengo? dónde estoy? y á dónde voy á parar?...

Hé aquí, pues, por qué convencido de la insuficiencia de los conocimientos humanos para aclararnos tan terribles enigmas, prefiero vivir y morir en la comunión católica , que alumbrá, guía y fortifica mis pasos desde la cuna al sepulcro. No es culpa mia si el mas pequeño rayo de sol hace palidecer todas las luces de artificio. No es culpa mia si los encantadores y animados cuadros que nos ofrece la naturaleza exuberante de poesía, colorido, frescura y belleza, desmerecen notabilísimamente al ser trasladados al lienzo por el pincel del mas aventajado artista.

Infinitas son hoy las novelas que andan en

manos de todos con honores de mas ó menos aceptacion y popularidad; pero tambien es preciso convenir en que solo un corto número de ellas se encamina derechamente á la moralizacion de la sociedad. En general, los novelistas contemporáneos solo parece que aspiran á hacer gala de una narracion peregrina salpicada de escenas palpitantes é inesperadas, de rasgos poéticos y fascinadores, y esmaltada de una riqueza asiática de fantasía; y si bien aparentan, ó quizás intentan, cicatrizar las llagas sociales con los desenlaces, con todo antes de llegar al término suelen entretener al lector en medio de charcos cenagosos y mefíticos, y hasta diríase que afectan cierta complacencia en introducirle en lo mas profundo de las horribles y asfixiantes cavernas del vicio y del crimen, con lo cual en vez de depurar el corazon humano de todos los afectos viles y rastreros, solo consiguen con frecuencia un fin radicalmente opuesto. Esto sin contar que no faltan escritores que explotan el grosero materialismo, que en la actualidad supedita, por desgracia, no solo á las masas incultas, sino aun á inteligencias perspicaces y privilegiadas.

En hora buena que se me acuse de pesado, de insulso, de haberme echado á cuestras una

tarea muy superior á mis fuerzas ; pero abrigo la profunda conviccion de que nadie que proceda de buena fe podrá echarme en cara que en las páginas que he trazado se note siquiera un átomo de inmoralidad. Dejo á otros la innoble y criminal tarea de esparcir el cieno en sus deslumbradores escritos : dejo á plumas ajenas el escanciar en dorada copa el veneno de falsas y demoledoras doctrinas, el manchar la riquísima alfombra de la virtud, el enlodar el níveo manto de la pureza!...

Podria extenderme todavía en otras importantes consideraciones ; pero la natural impaciencia del lector para pasar á la novela por una parte, y la demasiada extension que ha tomado mi prólogo por otra, me inducen á ponerle término. Por lo tanto solo me permitiré añadir que me daré por muy satisfecho, y tributaré infinitas gracias al Altísimo si mi produccion literaria , lanzada al océano de la publicidad en estos momentos en que reina la mayor zozobra por el porvenir de la sociedad, y el indiferentismo religioso invade millares de espíritus, logra devolver la calma á los conturbados ánimos, la pureza á las conciencias y la luz á los ofuscados entendimientos.

DEL PERÚ Á EUROPA.

I.

Era á primeros de febrero de 1854 : en aquella estacion del año que en la parte occidental del continente americano equivale en Europa al mes de agosto. Por consiguiente, el calor que á la sazón se experimentaba en la grande y hermosa ciudad de Lima (capital del Perú) era insoponible ; pues el aire que allí se respiraba estaba tan caldeado, que parecia haber sido elaborado en un ardiente horno.

Para colmo de males, el horrible avechucho de la fiebre amarilla — cerniéndose sobre aquella desventurada ciudad — batia sus negras y mortíferas alas, ahogando entre sus afiladas garras á gran número de sus habitantes.

El cuadro que en la época precitada ofrecia la populosa capital de la república peruana era sumamente aflictivo : una sombría gasa cenicienta circuía la emponzoñada atmósfera : el pánico estaba retratado en todos los semblantes : en

los trajes así como en los corazones reinaba el mas riguroso y melancólico luto. — Un enjambre de familias abandonaron la ciudad ; de modo que cesó de repente la animacion y movimiento que en tiempo normal se advertia en el interior de la misma : las tiendas , cafés y demás establecimientos públicos se cerraron en su mayor parte. En las calles apenas se veia un alma viviente.

La triste monotonía del silencio sepulcral que reinaba en el interior de Lima , solo era interrumpida de vez en cuando por las ligeras pisadas de algunos pequeños grupos que se distinguian , de trecho en trecho , en toda la larga extension de las espaciosas y bien delineadas calles , los cuales podian considerarse como otras tantas procesiones fúnebres que se deslizaban misteriosamente , conduciendo á su última morada á las numerosas víctimas del azote epidémico.

La muerte (como suele decirse en lenguaje mercantil) hacia operaciones en grande escala , acaparando en su vasta bolsa necrológica fabulosas cantidades de papel de la vida humana ; pues sin parar mientes en que el fruto estuviera ó no sazonado , devoraba con un hambre canina centenares de personas , sin distincion de sexos , edades ni categorías.

El tinte sombrío del cielo y de la vegetacion ; el canto lúgubre de las compactas nubes de aves que revoloteaban por los aires , y el quejumbroso murmullo de las aguas , daban inequívocos indicios de que la naturaleza entera , lamentándose

de la presencia de la exterminadora plaga, se asociaba al universal llanto y consternacion.

Es tan contingente y efímera la felicidad en este valle de lágrimas, que á menudo basta el mas leve soplo de la veleidosa fortuna para crearla ó disiparla como si fuese una burbuja de aire. Hé aquí por qué la ciudad de Lima, ayer todavía tan sonriente y bulliciosa, se habia trocado ¡ ay ! en una vasta y solitaria necrópoli !

Es muy cierto que si durante la epidemia un aereonauta procedente de remotos países hubiese caido con su globo de improviso sobre Lima, su estupefaccion le hubiera sugerido la creencia de que era una ciudad encantada, y que su construccion debió de encomendarse forzosamente á las hadas.

La fiebre amarilla obra sobre el cuerpo humano con una actividad incomparablemente mayor á la del cólera ; pues á lo menos, este invisible y misterioso agente suele otorgar al hombre, comunmente, algunas horas de tregua entre el mundo y la eternidad ; mientras que aquella, hiriendo como el rayo, causa la muerte cási instantáneamente.

Entre la infinidad de emigrantes de la capital de la república peruana que volvieron la espalda al terrible contagio, debemos contar al héroe de esta historia, con la salvedad de que muchos de aquellos prófugos creyeron haber evitado el peligro trasladando sus reales á algunas leguas de la infecta capital, al paso que el último, im-

pulsado acaso por una dosis regular de instinto de la conservacion, quiso interponer grandes muelles de agua entre su persona y la desastrosa plaga. De modo, que al tener noticia de que un buque inglés aparejaba para zarpar del puerto del Callao con rumbo á Europa — y sin otro preliminar — resolvió tomar pasaje en él.

Despejemos ya la incógnita, es decir, trabemos conocimiento con el protagonista de nuestro relato. Al efecto, introduzcámonos en uno de los wagones arrastrado por el tren que salió de Lima en una tarde de principios de febrero, en direccion al puerto del Callao, que dista tres leguas escasas de aquella capital, y recorriendo dicho intervalo en media hora, verémos apearse del coche á un jóven de veinte años, de moreno y agraciado rostro, de gallarda figura y distinguidos ademanes. Su traje, aunque despojado de ridículas pretensiones, le daba un aire de verdadero dandy. Sin embargo, la palidez que esmaltaba el semblante de nuestro héroe, y la inquietud que reflejaban sus grandes, brillantes y expresivos ojos de azabache, al girar en sus órbitas con inusitada viveza, hubieran dado á entender al fisiólogo mas míope, que nuestro personaje hacia impotentes esfuerzos para sofocar la pena que atormentaba su corazon y desvanecer las negras ideas que rebullian en su mente.

Llegar al Callao, saltar en una lancha y deslizarse en la cubierta del buque inglés, fue obra

de pocos minutos para nuestro pensativo y apesarado jóven, el cual se llamaba simplemente Eduardo P..., y era español y natural de un pueblo del reino de Aragon.

Para internarnos con mas seguridad en el laberinto de los sucesos que vamos á describir, no podemos dispensarnos de decir en este lugar cuatro palabras acerca la familia de Eduardo.

Los padres de este eran unos honradísimos y modestos hacendados, de edad bastante avanzada, y cuya fortuna habia sufrido rudos golpes y quebrantos en los terribles y sangrientos azares de la guerra civil. Así y todo, no perdonaron medio alguno para que el primogénito de sus hijos recibiera una brillante instruccion; por manera, que siendo aun muy niño le mandaron al colegio, donde su talento precoz secundado por su asidua aplicacion le valió algunas notas de sobresaliente. Posteriormente Eduardo estudió en la universidad la carrera de jurisprudencia, hasta el cuarto año inclusive, con lisonjero éxito. Mas, en resúmen: sabiendo el padre de nuestro jóven que en todas las ciudades de la Península ibérica hormigueaban los abogados en cienes, y que á muchos de los que se hallaban en pleno ejercicio de la facultad, esta les reportaba poco ó ningun provecho positivo, pensaron que la carrera mercantil, si no tan honorífica, seria acaso mas lucrativa para su idolatrado hijo.

Cuando este supo la intencion de su padre, y á pesar de sentir vivamente el tener que aban-

donar la república de las letras en la cual cifraba su sueño dorado, accedió con la mayor sumisión y respeto á los deseos del autor de sus días. Empero, como Eduardo partía del vulgar adagio, de que en su propia patria nadie es profeta; y arrastrado por otra parte por su acendrada afición al conocimiento práctico del mundo, su ardiente imaginación le estaba indicando sin cesar que necesitaba regiones mas vastas y desconocidas donde campear libremente.

—Padre, dijo á este un día Eduardo; ya que os parece mas útil que abandone mi carrera literaria para dedicarme al comercio, ¿no creéis que seria muy acertado el proyecto que abrigo en mi pecho?

—¿Y cuál es tu proyecto, Eduardo? preguntó el anciano con sorpresa y examinando de piés á cabeza á su hijo.

—Mi proyecto consiste, amado padre, repuso el jóven con cariñoso acento, en que con vuestro beneplácito iria á explotar el rico suelo peruano, donde es probable que en pocos años adquiriera cuando menos un pequeño capital, como acaba de verificarlo Juan A..., nuestro pariente de Zaragoza que hoy está hecho un pigmeo capitalista.

El bondadoso padre de Eduardo se contristó en gran manera al oír la atrevida é inesperada resolución de su hijo, y derramó abundantes lágrimas al pensar que aquel hijo modelo, que nunca le habia causado la menor pesadumbre y

en quien vislumbraba el báculo de su vejez, quisiese exponer su vida en una larga y peligrosa navegación. Así sucedió, que como si hubiese asaltado á la mente del buen anciano algun fatal presentimiento, exclamó exhalando un profundo suspiro y echando sus trémulos y descarnados brazos al cuello de Eduardo:

— ¡ No te vayas, hijo de mi alma! ¡ El Perú está demasiado léjos, y... quizás... (tiemblo al pensarlo) te perderíamos para siempre!

Esa idea angustiaba mortalmente el atribulado corazon del buen anciano.

— Nada temais, querido padre, se apresuró á responder Eduardo; Dios me asistirá. ¿ No recordais que en mi niñez, tanto vos como mi cariñosa madre me enseñásteis á ponerme de rodillas delante este Crucifijo (prosiguió el jóven, designando á su padre la imágen del Redentor que habia encima la mesa), haciéndome repetir una y mil veces, con mis balbucientes labios y en lenguaje sencillo, aquellas sublimes máximas cristianas que conservaré eternamente grabadas en mi memoria? ¿ Habeis por ventura olvidado (añadió Eduardo, dirigiendo con modestia sus llorosos ojos al rostro de su padre) que una de aquellas máximas dice que Dios bendice y remunera en la vida presente y en la venidera los sudores y afanes del buen hijo cuando se encaminan á alcanzar el sustento y consuelo de aquellos que le dieran el ser? Sí; padre de mi corazon, añadió Eduardo con entusiasmo, besando con fre-

nesí la arrugada y huesosa mano de su padre y regándosela con lágrimas, Dios que ve la pureza de mi amor filial, no me desamparará, no!... antes bien protegerá mi santa empresa.

El padre de Eduardo estuvo un minuto indeciso y como agobiado bajo el peso del dolor; mas por último, haciendo un heróico esfuerzo para dominarse y lanzando una mirada de dulzura á su hijo, dijo con voz trémula y profundamente conmovida:

— ¡Pues, bien! ya que te impulsa un fin tan santo y laudable, ¡parte, Eduardo, parte!... tu madre, tu hermana y yo rogarémos á Dios por tí durante tu ausencia; y si á tu regreso de América, prosiguió entre sollozos, la muerte hubiese helado ya mis miembros y los de tu madre, y en lugar de volvernos á encontrar en esta morada, nuestras almas hubiesen volado al cielo y nuestros cuerpos estuviesen sepultados en la triste mansion del olvido;... ¡ah! al pasar por delante de la cruz del cementerio del pueblo, detente y ruega á tu vez por nosotros... ¡Dios te lo premiará!

— ¡No! ¡no! se apresuró á contestar Eduardo con tono de indecible angustia y con ademan de rechazar la fatídica suposicion de su interlocutor; no, padre mio. El Omnipotente conservará vuestra interesante vida y la de mi buena madre, para que á mi regreso del Nuevo Mundo pueda endulzar con mi presencia y consuelos los achaques ó enfermedades que la divina Providencia

tenga á bien enviaros en vuestra ancianidad.

Pocos dias despues del tierno y patético coloquio con su padre, Eduardo emprendió su viaje al Perú.

Es imponderable el sentimiento que causó la partida de Eduardo á la madre y hermana de este, en cuyo momento ambas estaban anegadas en llanto.

—Querido Eduardo, dijo el venerable anciano, echando su bendicion paternal sobre su hijo que estaba humildemente postrado á sus plantas; al alejarte del techo paterno, ten siempre presentes nuestros cristianos y saludables consejos. Sobre todo pon toda tu confianza en la radiante estrella de la fe: ella será tu mejor guia y consuelo en todas tus aflicciones.

—¡Adios, padres y hermana de mi alma! exclamó nuestro jóven, estrechando entre sus brazos á los tres individuos que constituian su familia, con una voz entrecortada por los sollozos que destrozaban su corazon, y que en vano trató de sofocar hasta que perdió en lontananza el campanario de su pueblo.

Eduardo permaneció dos años en el Perú, en una respetable casa de comercio de Lima, donde se granjeó el aprecio de todo el mundo con su afable trato, su profunda erudicion y ejemplar comportamiento.

Reanudemos ya el roto hilo de los sucesos referentes al regreso de Eduardo á Europa, y volverémos á encontrarle en el acto de pisar nuestro

héroe el puente de la fragata bajo la presión de téticos pensamientos, según se desprende del lastimero monólogo que vamos á escuchar:

— ¡ Ah ! exclamaba el infortunado jóven, mis pobres padres se impusieron grandes sacrificios pecuniarios á fin de reunir la cantidad necesaria para que viniera á este país á labrar mi bienestar y el de mi familia. Mas, ¡ oh desdicha ! cuando la veleidosa fortuna empezaba á sonreirme ; cuando alboreaba para mí una era de prosperidad, la maldita fiebre amarilla infundiendo en mi pecho un miedo pueril, me rechaza de esta tierra de promision donde he contraído ya tantas amistades. ¡ Soy un cobarde é ingrato ! proseguia con tono de desesperacion ; ¿ qué dirán mis amados y ancianos padres cuando vuelva á abrazarles mas pobre que al salir de mi pueblo ? ¡ ah ! llorarán, sí ; pero sus lágrimas no serán de ternura y alborozo, sino... de pesadumbre ! Y como si no hubiese apurado hasta las heces el cáliz de amargura que corroe mis entrañas, el fatal destino me obliga á cobijarme en este momento bajo el odioso pabellon británico que tan funesto ha sido siempre á mi amada patria. Además de esto, poseo superficialmente el áspero y difícil idioma inglés, y tanto conozco al capitan y á la tripulacion de esta fragata, continuó paseando una mirada extraviada en torno suyo, como al mismísimo sultan de Marruecos.

Infiera el juicioso lector por el precedente soliloquio de nuestro jóven, cuán embelesadora era

la perspectiva del largo y arriesgado itinerario marítimo que este iba á empezar.

Si Eduardo hubiese sido escéptico en materias de religion, era mas que probable que, atendida su fogosa imaginacion, hubiera resuelto el triste y complicado problema que se presentaba ante su vista levantándose la tapa de los sesos de un pistoletazo. Mas nuestro héroe era cristiano de corazon, y si bien la índole de su monólogo parece estar en contraposicion con nuestro aserto, dirémos que á veces acontece, aun á las personas mas virtuosas, que la fuerza de la desgracia les arranca alguna momentánea expresion de orgullo ó de impaciencia (como si no se conformaran con los males y tribulaciones que la divina Providencia les envia para que su virtud sea mas acrisolada y su fe mas viva); empero ese estado anómalo y fugaz del alma verdaderamente cristiana (que no se explica mas que por nuestra fragilidad) nos impone el estricto y saludable deber de vigilarnos continuamente, para estar prevenidos contra cualquier ataque del enemigo; y si por desgracia este consigue alguna vez abrir una pequeña brecha en la ciudadela de nuestra alma, implorremos en seguida con fervor el perdon y auxilio de lo alto, para que á la marea fétida de las pasiones suceda pronto el benéfico reflujó de los pensamientos y afectos cristianos.

Esto fue lo que experimentó Eduardo, quien, á poco de haber desahogado su pecho con expresiones de embozada rebeldía contra los designios

de la divina Providencia, se acordó que era cristiano, y pidió perdón á Dios del fondo de su alma suplicándole que le inspirara y le asistiera en su angustiosa situación.

Dejemos á nuestro jóven por un momento entregado á sus cristianas reflexiones.

La fragata inglesa que debia conducir á Eduardo á Europa era un buque de colosales dimensiones. Por poco que se fijara en ella la atención, se adivinaba que su partida de bautismo debia de haber pasado al estado fósil. La oxidada capa de cobre que envolvía su casco, como cansada ya de su dilatado servicio, se caía á pedazos; su proa, al revés de las modernas, que casi terminan en ángulo agudo, era muy achatada; su quilla obtusa; debajo de su beauprés solo se veían restos de cariátide. Agréguese á esta suma de imperfecciones una arboladura nada esbelta, y obtendremos un conjunto que rayará en lo diforme: en resúmen la silueta de nuestro buque destacándose sobre el lienzo plomizo del horizonte, tenia alguna analogía con las antiguas galeras romanas.

El repulsivo aspecto de aquella gran masa flotante no era ciertamente el mas á propósito para tentar á ningun armador á fletarla por su cuenta, y mucho menos halagar á nadie para lanzarse con ella á una larga y arriesgada navegacion. Así fue que la mala catadura de aquella vetusta y antiestética embarcacion anubarró mas y mas la frente del meditabundo jóven que, como llo-

vido del cielo, acababa de poner en ella sus piés.

Réstanos hacer ahora una minuciosa descripción del interior de la fragata, que iba cargada de guano desde el fondo de su cala hasta la línea de flotación. Debajo del puente no quedaba más que un pequeño vacío en la obra muerta.

En el extremo de proa se tropezaba con una cámara baja de techo, súa, nauseabunda y de tan mezquinas dimensiones, que sin tener la más ligera noción de geometría se comprendía desde luego que los veinte marineros que debían de albergarse en ella estarían poco menos que en prensa.

Continuando nuestro paseo por el puente de la fragata inglesa, hallaremos el palo de mesana, y pegada á este mástil, mirando á popa, una pequeña cocina. Desde allí no se veían en medio del puente más que cuatro grandes pipas de agua colocadas en sentido longitudinal y formando una doble hilera. En la mitad del intervalo que separaba el palo mayor del de popa, se levantaba un segundo puente á unos diez palmos de altura sobre el primero, al cual se subía por dos angostas y simétricas escaleras adheridas á ambos costados del buque. Cada escalera tenía á su lado, y á cosa de un metro más adentro de su respectiva base, una puerta que conducía al comedor. En el centro de este se destacaba una mesa en cuyo torno cabían holgadamente diez personas: esta mesa estaba sujeta al tercer mástil por medio de una muesca semicircular practicada en su

extremo transversal y que se amoldaba exactamente á la semicircunferencia del árbol: un banco enclavado en el suelo en ambos lados de la mesa completaba el mueblaje del comedor, en cuya pieza habia cuatro grandes camarotes; dos á babor y otros dos á estribor: en ellos dormia la plana mayor de la tripulacion; esto es, los dos pilotos, el contraamaestre, el carpintero, y aun el despensero; porque aunque parezca que este personaje excede nuestro cálculo, en la hipótesis de que cada camarote estuviese ocupado por un solo individuo, con todo creemos que podremos justificarnos de nuestra inconsecuencia numérica á los ojos del lector, cuando le digamos que en cada uno de los cuatro camarotes habia dos camas.

En el ángulo izquierdo del fondo del comedor se encontraba una puerta de comunicacion con una escalera secreta encajonada entre el tabique del comedor y el de la espaciosa cámara del capitán. Enfrente de la antedicha escalera habia un pequeño gabinete que servia á un tiempo de despensa y de depósito de vajilla.

En la cámara del capitán habia igual número de camarotes que en el comedor: los dos de estribor estaban destinados exclusivamente al capitán, y los otros dos á los pasajeros. La puerta de la cámara era frontera á la del comedor, teniendo á su lado una estufa rodeada de una pequeña y elegante barandilla de hierro con pasamano de reluciente laton. Enfrente del calorífe-

ro se levantaba una mesa con un tapete de charol floreado; y detrás de ella, y adosado al testero de la cámara, se veía un mullido y cómodo sofá forrado de cuero negro: la cámara del capitán recibía la luz perpendicularmente por una escotilla ó abertura cuadrada que se cerraba con una precision hermética.

Subiendo por la mencionada escalera interior, nos hallaremos en el puente rodeado de una barandilla de hierro embadurnada de amarillo, con la rueda del timon junto al extremo de popa: en la parte opuesta, ó sea en el remate de la fachada del comedor y sobre la cara de proa, hubiéramos podido observar el escudo de armas de Inglaterra que figuraba apoyarse en una cornisa que se extendía en forma de ancha y ondulante cinta, en cuyas caprichosas sinuosidades se leía con letras doradas de relieve: «Lord Efin-gham.» Este era el nombre de la fragata.

Hemos dejado á Eduardo ensimismado é inmóvil en los umbrales del buque. La inesperada visita y enigmática actitud de aquel ente tan singular excitaron vivamente la curiosidad de las pocas personas que se hallaban á bordo en aquel acto, hasta que el misterioso, y al parecer petrificado desconocido, fue desencantado por un rubio marino que se acercó á nuestro jóven, al cual demostró la potencia de su garganta con la siguiente frase que á los oídos de Eduardo hizo el mismo efecto que un rebuzno:

—¿What's the matter with you, sir? que

equivale en español á: «¿Qué se os ofrece, caballero?»

La ininteligible, ruda y sonora interpelacion del marino, proferida á boca de jarro, recordó á Eduardo que se hallaba á bordo de un buque inglés; de modo que haciendo un supremo esfuerzo para coordinar sus inconexas ideas, contestó casi maquinalmente y mirando á su interlocutor:

— I don't understand you sir: «No os entiendo, caballero.»

Pero el marino tampoco dió señales de haber entendido á Eduardo.

Entonces ambos personajes mirándose de hito en hito, y como quien ve visiones, repitieron cada uno á las barbas del otro su pregunta y respuesta respectivas, hasta la saciedad, sin dar tregua á la lengua y robusteciendo gradualmente la voz; en términos, que recorrieron toda la escala musical hasta llegar al do de pecho.

Sin embargo, despues de su largo, empeñado y recíproco tiroteo de palabras en proporcion ascendente, ambos interlocutores quedaron tan á oscuras como al principiar la lucha.

Quiso la mala estrella de Eduardo, que el marino que le interpeló (único visible en el puente á la sazón) era sueco, y hablaba mal y pronunciaba peor el idioma británico; y nuestro héroe tampoco descollaba en esta parte, como sabe ya el lector.

Es un principio inconcuso en mecánica, que dos fuerzas de iguales masas y densidades, ac-

tuando en direccion encontrada, y con idéntica velocidad, al entrechocarse se destruyen recíproca y proporcionalmente, dando por resultado el reposo. Pues bien, si este axioma de mecánica lo aplicamos al fenómeno ideológico que nos ocupa, quizás daremos con la clave de su explicacion.

Eduardo y el marino sueco poseian cada uno en su cerebro una pequeña dosis de inglés que expresaban ambos defectuosamente. De modo, que sin proponernos herir el amor propio de ninguno de nuestros dos personajes, podemos establecer que las fuerzas se equilibraban, resultando de ahí el quietismo intelectual.

Por fin, Eduardo, viendo que con el pedernal de su lengua no podia sacar una chispa de mútua inteligencia, apeló á la mímica de persuasion universal, y extendiendo su brazo señalaba enérgicamente con una mano hácia el mar, mientras que con la otra sacó su portamonedas del bolsillo, y abriéndolo, deslumbró con algunas monedas de oro la vista de su interlocutor, quien, fascinado por el brillo del precioso metal, comprendió al momento que Eduardo queria dar oro para atravesar el mar con la fragata que iba á darse á la vela.

Entonces el marino hizo ademan de dirigirse hácia el interior del buque, y murmuró:

— ¡ Well! ¡ well! i shall say it to the captain:
« ¡ Bien! ¡ bien! voy á decírselo al capitan.»

— ¡ Yes! ¡ yes! « ¡ Sí! ¡ sí!, » contestó Eduardo cruzando una mirada con su interlocutor, por cu-

yo ademan, ya que no por sus incomprensibles palabras, traslució la intencion de este, que luego desapareció de la vista de Eduardo, internándose en el comedor.

Aunque Eduardo no habia jamás hablado el inglés con los hijos de Albion, y sabia cuánto cuesta entender por primera vez la verdadera pronunciacion inglesa á los que están poco versados en el idioma; con todo comprendió desde luego que su interlocutor no habia nacido en la patria de John Bull.

II.

Á pesar de su precipitada marcha de Lima, Eduardo no olvidó comprar al paso un diccionario de bolsillo, español-inglés, para que le sirviera de intérprete en los pugilatos lingüísticos que pudiera verse obligado á sostener durante su largo viaje marítimo. Desde los primeros dias de navegacion nuestro jóven hojeaba incesantemente las páginas de su bibliográfico é inanimado cicerone, y con su asidua aplicacion y talento consiguió comprender y hablar muy regularmente en tres meses el difícil idioma británico.

Cuando nuestro héroe llegó al buque, la tripulacion estaba en cuadro, es decir, que á bordo solo habia los dos pilotos, los tres individuos restantes que ocupaban los camarotes de popa, y el marinero sueco que interpeló á Eduardo.

Al terminar la cómica escena entre este y su interlocutor, habian transcurrido diez minutos desde que Eduardo penetró en el buque: durante la primera mitad de este intervalo, nuestro jóven estuvo hecho una estatua, y bien léjos de acordarse que se hallaba á bordo de una fragata inglesa, y aunque el desagradable aspecto de esta habia añadido una negra pincelada al sombrío cuadro de su imaginacion; sin embargo esta idea quedó luego sumergida en el mar de tristes cavilaciones que ahogaban en aquel instante el pecho de nuestro jóven.

La presencia de Eduardo en la fragata fue observada cási desde su aparicion por los dos pilotos que saboreaban el humo de sus pipas en el extremo de proa (é indolentemente apoyados contra la cámara de los marineros), y por el contra-maestre que estaba en el comedor, desde donde acechaba los movimientos y oia las palabras de nuestro jóven, asomando su cabeza con frecuencia y cautela á la puerta de babor.

La inesperada visita y misteriosa actitud de Eduardo, y mas que todo, su conversacion con el marinero sueco, divirtieron en extremo á los dos pilotos, que examinaban impunemente, y á su sabor, la cómica escena que cerca de ellos se representaba. Empero no produjo el mismo efecto en el ánimo del contra-maestre ó boatswain, que era un hombre de cincuenta años y de complexion atlética, pero cuya supersticion rayaba en lo increíble.

— ¡Mister Mac-Kievet! (así se llamaba el capitán), gritó en tono de alarma el contramaestre despues de haber hecho un detenido y minucioso exámen de nuestro jóven, y en tanto que este abria su portamonedas ante el marino sueco.

— ¿Qué hay de nuevo? preguntó friamente el capitán desde el fondo de su cámara, donde miraba los derroteros trazados en un mapa extendido sobre la mesa, á la cual cubria como un tapete.

— Que á bordo tenemos un jóven misterioso, que á primera vista creí que era mudo, sordo y paralítico, repuso el contramaestre.

— ¿Qué decís? replicó el capitán.

— ¡Que ha caido sobre el puente un mochuelo de mal agüero, que quizás nos trae alguna calamidad! dijo el supersticioso contramaestre con acento triste.

El contramaestre no vió á Eduardo precisamente en el acto de penetrar este en el buque, sino que nuestro jóven se ofreció á sus ojos como una aparicion maravillosa cuando estaba entregado á sus sombrías reflexiones; añádase á esta circunstancia agravante la fiebre amarilla que hacia estragos en las tripulaciones de los buques surtos en las aguas del Callao, y no nos sorprenderá que estos móviles fueran capaces de exaltar la imaginacion del sencillo contramaestre de suyo propensa á la nigromancia, hasta el punto de creer que la mágia habia intervenido en la presencia de nuestro héroe á bordo.

Pero ¿qué mucho que el rudo y sencillo contramaestre se dejara arrastrar por el vuelo de su imaginación, impregnada de ideas supersticiosas, cuando vemos con asombro que en nuestros tiempos, hombres que blasonan de despreocupados y de apasionados amantes de la cultura, del progreso y de la civilización, creen en las evocaciones de espíritus, en los estupendos efectos del sonambulismo, de los mediums, de las mesas giratorias, y en toda esa interminable retahíla de cuentos de vieja, de fábulas, de delirios y de aberraciones fraguados por la impiedad con infernal malicia é hipocresía para descaminar las inteligencias y pervertir los corazones?

Pues ¡qué! (podría objetárseles á esos hombres incrédulos en las verdades positivas del Catolicismo, y crédulos en demasía en abominables fantasmas) ¿tan gastado está ya el paladar de vuestro espíritu para que desecheis los manjares sabrosos y nutritivos con que os brinda la religión católica, posponiéndolos al insípido, indigesto y pestilente pasto que os ofrecen en vajilla de oro vuestros falsos apóstoles? Qué, ¿tan debilitado está el órgano de vuestra visión para que os deslumbré el sol de verdad y justicia que reside en el seno del Catolicismo, y da vida, alegría y esperanza á cuantos abren sus ojos para recibir en ellos sus benéficos rayos?

Esperamos que la benevolencia del lector nos dispensará esta pequeña digresión, en gracia de la oportunidad é importancia del asunto, y que

han arrancado involuntariamente de nuestra pluma esas ideas erróneas y perniciosas que vemos flotar con tristeza en la superficie del océano intelectual de nuestra época.

El capitán, que estaba dotado de un temple varonil á toda prueba, sonriéndose y despreciando la fanática suposición del contramaestre, se levantó tranquilamente de su silla, despidió una espesa bocanada de humo que acababa de aspirar de su pipa, y fué al encuentro del inopinado intruso.

En aquel momento, el rubio y rollizo marino sueco que habia ido á avisar al capitán, tropezando con este en la puerta de su cámara, le enteraba del objeto que trajo á bordo al desconocido extranjero.

Al apersonarse nuestro héroe con el capitán, y como si ambos hubiesen estado en contacto con la batería eléctrica, experimentaron una misma sacudida, es decir, el mismo sentimiento de benevolencia y satisfacción estereotipado en el cruzamiento de sus afectuosas miradas; aquellos dos nobles corazones que la casualidad habia juntado, habian nacido evidentemente para identificar sus destinos.

La primera duda que tuvo el alma cristiana de Eduardo al ver al capitán, fue la siguiente: ¿Será protestante? La afirmativa le desconsolaba.

Mister Mac-Kievet era un robusto y consumado marino, de baja estatura y de rubicundo y simpático rostro (que representaba de cuarenta

y cinco á cincuenta años), adornado con las tradicionales patillas, características de los hijos de Albion: en los ojos del capitán se leía una gran firmeza de carácter y dominio de sí mismo.

No tiene nada de particular, antes bien es muy natural, que atendido el calor sofocante que hacía en la época en que empieza esta historia, el capitán saliese en mangas de camisa; pero no sabemos si el lector dará crédito á nuestras palabras, cuando le digamos que nuestro personaje mandaba algunas veces la maniobra en el cabo de Hornos con tan sencillo traje, en una temperatura de veinte y cinco á treinta grados centígrados bajo cero.

Á pesar de que el diario de su larga carrera náutica consignaba algunos viajes á los puertos hispano-americanos del Pacífico, la dosis de español que poseía el capitán era tan microscópica y antiacadémica, que hubiera podido estremecer en su tumba al inmortal autor del Quijote.

— Sois limeño, ¿no es verdad? preguntó cariñosamente el capitán en español al encararse con Eduardo.

— Soy español, respondió este.

— Y quereis tomar pasaje en mi fragata para volver á vuestra patria, ¿no es así? prosiguió mister Mac-Kievet, examinando al jóven de piés á cabeza.

Eduardo hizo un ademan afirmativo. Pero viendo este cuán grande era el embarazo que expe-

rimentaba el capitan al hablar el idioma de Castilla, le dirigió tímidamente la siguiente pregunta en inglés :

—¿When shall we set sail for England? «¿Cuándo saldremos para Inglaterra?»

—¿You speak english, then? I am very glad of it. «¿Hablais, pues, inglés, caballero? ¡cuánto me alegro!» dijo el capitan estrechando la mano del jóven español. We shall go away to morrow evening. «Saldremos mañana por la tarde,» continuó.

Entonces el capitan, creyendo sin duda que Eduardo poseia perfectamente el inglés, empezó á hablarle con tono familiar de varias cosas relativas al viaje que iban á emprender. Pero mister Mac-Kievet se convenció luego de que la mayor parte de sus tiros no daban en el blanco, pues nuestro héroe entendió tan pocas palabras de la conversacion del capitan, que se quedó poco menos que en ayunas, y miraba á este con un palmo de ojos.

—¿Cómo os llamais, caballero? preguntó el capitan á su interlocutor despues de una corta páusa.

—Eduardo P...

—Pues bien, venid conmigo, mister Eduardo, dijo el capitan tirando blandamente á este por el brazo é introduciéndole en su cámara. Aquí teneis vuestro camarote, prosiguió designándole el camarote mas próximo á popa de los dos que, como llevamos dicho, habia á babor.

En seguida mister Mac-Kievet, con extremada amabilidad, hizo sentar á Eduardo en el sofá de la cámara, y al mismo tiempo vociferó:

— ¡ Steward !

Acudió al llamamiento del capitán un hombre de cuarenta años, en cuyas facciones estaba pintada la astucia, y cuyas anchas espaldas hubieran podido causar celos al mismo Hércules; en uno de sus musculosos brazos, que llevaba arremangados hasta el codo, se veía un mamaracho formado en la epidermis; tal era el steward ó despensero de á bordo.

— ¿ Qué se os ofrece, sir ? preguntó el despensero con tono respetuoso y mirando al capitán.

— Este caballero viene á tomar pasaje en la fragata, repuso el capitán designándole á Eduardo. Prepárale una cama en este camarote, añadió tocando con la mano el camarote que hemos mencionado.

— Está bien, sir, contestó el despensero lanzando una furtiva mirada á Eduardo, que parecía significar: «Cumpliré esmeradamente mi obligación para con vos; pero cuento para ello, con el auxilio de vuestro bolsillo.»

Mientras que el despensero se disponía á obedecer la orden del capitán, Eduardo satisfizo á este el importe de su pasaje.

Habia algun tiempo que el buque inglés, procedente de California, se hallaba fondeado en las aguas del Callao, y, como sucede comunmente

en todos los puertos de América, los marineros europeos suelen dispersarse y rescindir sus contratas al llegar á ellos, por varios motivos.

La fiebre amarilla, cebándose en la gente de mar, habia diezmado atrozmente las tripulaciones de los buques anclados en el puerto del Callao. Así aconteció que en la época que nos sirve de piedra cronológica fundamental para levantar el edificio de nuestra historia, los capitanes, sin reparar en la mayor ó menor brillantez de la hoja de servicios de los nuevos individuos que debían llenar las bajas de sus mermados equipajes, solicitaban por el contrario con avidez los pocos marineros cosmopolitas que podían reclutar hasta reunir el número indispensable para emprender el viaje.

Apenas nuestro héroe hubo satisfecho su pasaje al capitán, cuando se asomó á la cámara del último un joven marino de agradable figura, y cuyo cuerpo adornaba una chaqueta encarnada y de lana muy fina: este nuevo individuo era el primer piloto.

— Y bien, mister Benson, preguntó el capitán al divisar el piloto; ¿han llegado ya esos perros?

— Están izándolos á bordo, repuso el interpe-lado, creyendo que la pregunta del capitán era alusiva á la llegada de los marineros á bordo.

En efecto, la operacion que se practicaba en la fragata en aquel momento, era la mas repug-nante que imaginarse cabe.

Junto al costado de babor, y cerca del castillo de proa, habia dos hombres que arrojaron un cable á los remeros peruanos que acababan de conducir en dos botes á la nueva tripulacion, compuesta de veinte hombres, que, en aquel instante, representaban otros tantos borrachos. Los remeros daban una vuelta de cable en derredor de aquellos cuerpos, ebrios hasta la inercia, y los dos hombres de á bordo iban izándolos uno á uno, por medio de una polea sujeta á una gruesa barra.

Eduardo, que acababa de salir de la cámara del capitan, presenciaba aquel innoble espectáculo con amargura.

— ¿Por qué se embriagan tan bestialmente? preguntó nuestro jóven á uno de los remeros peruanos que estaba sentado sobre la baranda del buque designándole los marineros que roncaban tendidos sobre el puente en diversas y no muy decorosas actitudes, y apartando la vista con asco y compasion de aquellos embrutecidos rostros que revelaban el mas estúpido idiotismo.

— ¡Bah! exclamó el remero, ¿qué cosa mas natural que los pobres marineros se diviertan al saltar en tierra despues de tantos meses de sufrimientos y privaciones?... Sí, sí; conviene que los muchachos se diviertan, añadió.

— ¡Ah! contestó Eduardo escandalizado, ¡llamar diversion á una de las mas feas y asquerosas llagas del cuerpo social! No, no es posible que haya almas tan viles que á sangre fria ha-

gan la apoteosis de un vicio tan abominable, dijo para sí.

— ¿No sabeis acaso, repuso su interlocutor admirado de la estricta moral de Eduardo, que mientras el buque navega, les está formalmente prohibido el probar siquiera una gota de vino? Justo es, pues, que los muchachos menudeen los tragos cuando la ocasion les brinda. Por otra parte, es mil veces preferible que les dé la borrachera estando en tierra, que no, como sucedia antes, que se les veia beodos en lo mas récio de una tempestad, lo cual ocasionaba no pocos naufragios.

— De todos modos, replicó Eduardo, es atentatorio á la salud y á la sana moral el que se beba hasta perder el juicio, que es la mas bella joya que adorna el entendimiento humano; pues la embriaguez transforma al hombre en un inmundo animal, haciéndolo odioso á Dios y á sus semejantes.

— ¡Medrados estamos! ¡querer enmendar los radicales é incurables vicios de los marineros! ¡Ah! eso es ladrar á la luna! dijo el remero con ironía. Si vos hubiéseis tratado mas de cerca á esos hombres como yo, añadió con el mismo tono y señalando con la mano á los marineros borrachos, de seguro que no se os hubiera ocurrido semejante disparate: ¡qué cándido sois!

Dichas estas palabras, el remero peruano miró estúpidamente á Eduardo, y se separó de este, prorumpiendo en una estrepitosa carcajada.

— ¡Imbécil! pensó nuestro héroe viendo alejarse á su interlocutor.

Aquella noche, que fue la primera que Eduardo pasó á bordo de la fragata Lord Eflingham, nuestro jóven no pudo conciliar el sueño por el ruido infernal que hacian los marineros, quienes, al cabo de algunas horas de estar tendidos sobre el puente, empezaron á despertar de su profundo letargo, y, á medida que los vapores alcohólicos iban disipándose de sus cabezas, corrían como unos locos de un extremo al otro del buque, derribándose mutuamente, revolcándose por el suelo, y aullando como tigres rabiosos.

Al dia siguiente cambió la decoración: aquellos marineros eran ya otros hombres; y si sus corazones no hubieran estado tan encallecidos en el vicio, acaso les asomara el rubor á las mejillas al pensar en su vergonzosa orgía de la víspera... mas no: aquellos seres desventurados habian alcanzado el último grado de inmoralidad, y no debían sonrojarse, ni mucho menos arrepentirse, de sus báquicos y torpes festines.

Eduardo, en su corazon de ángel, no podia comprender que existiese en el mundo tanta degradacion: esta desconsoladora idea embargó su mente por completo durante aquella noche.

La fragata inglesa debia zarpar del puerto en la tarde de aquel mismo dia; en consecuencia, así que amaneció, Eduardo quiso volver al Callao para enterar de su marcha á Europa y despedirse de dos virtuosos y simpáticos religiosos

franciscanos españoles, á quienes nuestro héroe trató muy familiarmente en Lima.

— ¡Buenos dias! dijo Eduardo al entrar en la casa de los dos eclesiásticos.

— ¿Cómo va, Eduardo? preguntaron ambos á un tiempo con interés.

— Mejor de lo que yo podia esperar; pues parece que Dios se complace en colmarme de inmerecidos beneficios. Figuraos que ayer, prosiguió Eduardo fijando la vista en sus dos interlocutores, que como no ignorais fue uno de los mas funestos dias que consignan los anales necrológicos de la epidemia que aflige la ciudad de Lima, alimenté el fatal presentimiento de que permaneciendo en ella un dia mas hubiera sido víctima de la fiebre amarilla. Resolví, pues, regresar á Europa con el primer buque mercante que saliera para dicho punto, y luego supe que iba á hacerse á la vela una fragata inglesa. Pero mi situacion es sumamente angustiosa, continuó el jóven con voz entrecortada, y necesito todos los auxilios de la gracia para sobrellevar con resignacion el pesar que ahoga mi pecho.

Entonces Eduardo, con triste acento, hizo á los religiosos una detallada relacion, interrumpiéndola á menudo con lágrimas y sollozos, de todos los temores que exaltaban su imaginacion, como hemos visto en su patético monólogo.

Las palabras de Eduardo interesaron y enternecieron vivamente á los dos religiosos, quienes á porfía se esforzaron en consolar al jóven con

todas las reflexiones que les sugirió en aquel acto su mente cristiana.

— ¡Cuánto sentimos vuestra marcha, Eduardo! dijo uno de los religiosos. Pero no queremos desbaratar vuestro proyecto: ¿quién sabe si prolongaréis la existencia de vuestros ancianos padres estando á su lado, y rodeándolos de vuestro amor filial?

Después de una corta páusa, en que Eduardo dió expansion al llanto que le excitaron las palabras pronunciadas por uno de los religiosos, Eduardo habló á estos de la simpática fisonomía y afable trato del capitán.

— ¿Sabeis si es protestante, Eduardo? inquirió uno de los hijos de san Francisco.

— Lo ignoro positivamente, repuso el interpeado; pero si el capitán es protestante, será de seguro de los más devotos; pues como mi camarote está enfrente del suyo, anoche pude observar desde mi cama, que estuvo largo rato de rodillas, con los codos apoyados en una silla, y teniendo su cabeza oculta entre ambas manos: era evidente, añadió Eduardo, que el capitán ejecutaba algún acto religioso, lo que me sorprendió; porque según yo tengo entendido, los sectarios de Lutero y de Calvino no suelen cumplir en una actitud tan humilde sus prácticas religiosas.

— ¡Así es! ¡así es! Eduardo, respondió uno de sus interlocutores. Lo que nos acabais de decir me hace sospechar que el capitán es irlandés, y por lo tanto profundamente católico!

— En este caso, dijo Eduardo, será una de las mayores dichas que Dios me habrá concedido; pues sentiria en el alma, que una persona adornada con tan recomendables prendas como el capitán, estuviera sumergida en ese insondable y tenebroso piélago de absurdos, inconsecuencias y vacilaciones á que dan el nombre de Protestantismo.

— ¡Bravo, Eduardo! exclamaron á coro sus dos interlocutores. Un teólogo no hubiera hablado con mas propiedad que vos, añadió uno de ellos. Dios os premiará por vuestro ardiente celo en favor de nuestra Religion.

— ¡Única verdadera! observó su compañero con santo entusiasmo.

— Eduardo, dijo el otro hijo de san Francisco con gravedad; sois muy jóven: por fortuna, vuestros religiosos padres han cifrado toda su felicidad en formaros cristianamente el corazon: las tiernas y fervorosas palabras que acaban de salir de vuestra boca son un argumento irrecusable de que la semilla cristiana está honda y sólidamente arraigada en vuestro pecho; pero á pesar de esta dichosísima circunstancia, debo advertiros que os hallais en una edad crítica y rodeada de peligros; en una edad (prosiguió el religioso mirando con dulzura á nuestro jóven) en que esas punzantes espinas que envuelven la delicada y bella flor del corazon proclaman despóticamente su imperio. ¡Ay de los que en el deshecho temporal de sus pasiones no se agarran

fuertemente á la única áncora de salvacion, es decir, á la divina tabla de nuestra augusta Religion!...

Eduardo escuchaba, profundamente conmovido, las frases de elocuencia cristiana que brotaban de los labios de aquel venerable sacerdote, y se preguntaba á sí mismo: «si era posible que la sublime moral cristiana que inspiraba tan magnánimos sentimientos, estuviese casi relegada al olvido, y que muchos hombres despreciaran en sus tribulaciones el único lenitivo que podia hacérselas llevaderas.»

—El prolongado ejercicio de mi sagrado ministerio, continuó el hijo de san Francisco, me ha familiarizado con todos los graves males y miserias que afligen á la humanidad. El gran teatro del mundo ha desplegado ante mis ojos muchas tragedias. Al abrir el voluminoso libro de mi vida religiosa, hallo una página para los moribundos en su lecho de dolor; otra, para los malvados en su horrible desesperacion; otra, para los reos en su cadalso; otra, para los pecadores en el arrepentimiento de sus crímenes; otra, para los miserables en su hambre, orfandad y desnudez, y otra, finalmente, para los virtuosos perseguidos por las enfermedades, la pobreza y la calumnia. ¡Y en la actualidad!... ¡Ah! continuó el buen religioso con lastimero acento, en tanto que acompaño con la caridad cristiana hasta los umbrales de la eternidad á muchas víctimas de esa gran hecatombe que está haciendo ese

ángel exterminador invisible, ¡cuántas desgarradoras escenas no he presenciado! Ciñéndome solo al día de ayer, que fue uno de los más aciajos de la epidemia, mi ministerio me hizo penetrar en un hogar doméstico: mas ¿cómo pintar al vivo las emociones que sentí?... Penetré, pues, en una reducida habitación, donde todos los objetos reflejaban la más espansosa miseria; allí ví tendido y agonizando sobre un humilde jergon á un hombre que con su módico salario sustentaba á su enferma mujer, y sus tres pequeños, escuálidos y medio desnudos niños, los cuales rodeaban el haraposó lecho del moribundo, alargando sus demacradas manecitas, y gritando cuanto les permitían sus infantiles voces: «¡Pan! ¡pan! tenemos hambre, papá!» Pero los lastimeros clamores de aquellos angelitos se perdían en el vacío. ¡Oh! querido Eduardo, si hubiéseis visto las satánicas contorsiones del rostro de aquella infortunada mujer, ó mejor dicho, de aquel esqueleto viviente, que, en el vértigo de su delirio, parecía una hiena; pues sus dientes rechinaban terriblemente, de su boca salían espumarajos, y sus ojos hundidos parecían dos globos de fuego fulgurando siniestramente en el fondo de dos cavernas! ¡Inocentes criaturitas, pensaba yo echando una mirada de compasión sobre aquellos infelices niños; es en vano que llameis á vuestro padre, el calor de vuestras débiles voces es impotente para reanimar á sus heladas cenizas! Empero, no desconfieis... su alma, que

está gozando ya de las delicias de un opíparo y perpétuo festin, dejará caer, sí, algunos restos sobre vuestras inmacilladas cabecitas!

— ¡Qué cuadro tan horroroso! ¡Dios mio! exclamó Eduardo enjugando con su pañuelo las lágrimas que asomaron á sus pupilas.

— ¿Qué nos enseñan, pues, esas tremendas catástrofes que inundan el mundo de miseria, de sangre y de dolor? prosiguió el religioso. ¿Qué nos patentizan, sino que las terribles consecuencias del pecado original gravitan sobre el corazón humano como la marmórea losa del sepulcro sobre los cadáveres?... Por mas que se diga y por mas que se haga, las huellas del primer delito no se borrarán jamás!

No faltan en nuestros dias, por desgracia, aduladores que con sus escritos tan pomposos como huecos embaucan al pueblo, haciendole creer que van á desvanecerse los celajes de color de rosa que le ocultan todavía el esplendoroso horizonte del porvenir.

El pueblo está tan obcecado, Eduardo, que no advierte que con la mas refinada hipocresía le están robando su sangre, su dinero, y... lo que es peor, sus creencias religiosas; y que esas aromáticas flores con que se pretende alfombrar las escarpadas veredas de la vida humana, son barridas, cual liviana paja, por los irresistibles huracanes de la adversidad, y que en su lugar ¡ay! solo quedan espinas y abrojos.

¡Miserables! prosiguió el religioso con tono

de indignacion ; basta ya de farsa ; caiga de una vez vuestro pérfido antifaz ! Y, antes que mancheis el papel con la ponzoñosa baba de vuestros escritos que infiltran la hiel en los corazones de las masas ;... ¡ ah ! como si sintiérais en vuestra mano la picadura de una víbora , arrojad vuestra pluma á un inmundo muladar !

— ¡ Qué fotografía tan exacta acabais de sacar del mundo social ! dijo Eduardo con ternura y clavando los ojos en el orador y apretándole la mano con efusion. ¡ Gracias ! ¡ gracias ! (añadió el jóven) por los excelentes consejos que me habeis dado con el mas cristiano desinterés. Nunca olvidaré la interesante conversacion que acabamos de tener.

Al decir esto, y con los ojos anegados en llanto, nuestro héroe abrazó cordialmente á sus dos interlocutores.

— Eduardo , dijo el religioso que habia exhortado al jóven así que este traspasaba los umbrales de la casa del primero , alerta, hijo ! Hay muchos lobos con piel de oveja que ceban principalmente su voracidad en el tierno redil de la juventud. Traed continuamente á vuestra memoria las saludables máximas evangélicas que os han inculcado vuestros cristianos padres desde vuestra mas tierna infancia. Con estos poderosos auxilios podréis bogar siempre sereno por el azaroso mar de la vida : en la bonanza, para no ensoberbeceros ; en el infortunio, para no desalentaros.

— ¡Adios, Eduardo! exclamaron ambos religiosos. Dirigirémos nuestras humildes preces al Todopoderoso para que os conceda un feliz viaje.

Cuando el jóven español regresó á bordo de la fragata inglesa, los marineros estaban cantando, ó mejor aullando la cosmopolita cancion acostumbrada al levar el ancla, acompasándola con los tirones que daban á la cadena á medida que amontonaban sus eslabones con estruendo sobre el puente.

Despues que los marineros hubieron terminado su vocinglera y estrepitosa cantinela, la fragata Lord Efigham, desprendida de las ataduras de hierro que la aprisionaban en las aguas del Callao, desplegó majestuosamente las velas que luego impulsó la brisa.

En aquel momento el sol, sepultando su radiante disco de oro en la anchurosa y azulada tumba del océano, doraba con sus oblicuos rayos las puntas de los mástiles del buque y las cimas de las montañas, y la excelente música de una fragata de guerra norte-americana, fondeada en la embocadura del puerto, henchia los aires con las melodiosas notas del patético final de la Norma.

Eduardo contemplaba, mudo de asombro, aquel grandioso y sublime espectáculo, pensando en sus amados padres, en los amigos que habia dejado en Lima, y echaba una última y tierna mirada á aquellas hermosas playas que un dia

pertenecieron á su patria, y en donde la peste hacia tantos estragos.

Dejemos que la incansable aguja del tiempo recorra todavía algunos minutos de su cuadrante de seis mil años, y el negro telon de la noche caerá sobre el magnífico panorama que arrobaba el espíritu de Eduardo: la ténue luz crepuscular se extinguirá; un vasto paño mortuario envolverá en sus millones de sinuosos pliegues á las hermosas y fértiles costas del Perú, y los sentimentales y ya amortiguados ecos de la inspirada composicion de Bellini espirarán en la inmensidad del espacio!

III.

La fragata Lord Efigham andaba tanto como era compatible con su chabacana estructura, abriéndose paso trabajosamente al través de la superficie líquida del océano.

En la primera noche de navegacion el capitán y Eduardo estaban sentados en el sofá de la cámara, y el primero enseñó su libro de devocion al último, alargándoselo y diciéndole:

— Aquí teneis mi libro de devocion, Eduardo.

— ¡ Es católico! exclamó este en sus adentros abriendo el libro y mirando afectuosamente al capitán.

Entonces Eduardo experimentó un gozo indecible viendo realizada la opinion de los dos bue-

nos religiosos del Callao, y se arrojó en los brazos del capitán; quien participando de la alegría de su compañero, rodeó con los suyos el cuerpo de este: ambos permanecieron un buen rato en aquella posición, derramando copiosas lágrimas de ternura al ver que sus corazones estaban unidos con los indisolubles vínculos de nuestra augusta Religión.

— ¡Cuánto siento no poder en este momento expresar al capitán con frases tiernas toda la alegría que rebosa mi pecho! pensó el joven. Empero la elocuencia muda y persuasiva que reflejan mis ojos suplirá la falta de mis palabras.

El camarote de babor contiguo al de Eduardo fue ocupado por un pasajero á quien aquejaba aquella noche una ligera indisposición, por cuyo motivo tuvo que acostarse temprano.

El predicho pasajero, que llamó vivamente la atención de nuestro héroe, era de talla elevada, enjuto de carnes, y, en contra del rasgo peculiar de la raza anglo-sajona, tenía el cabello y los ojos de color de azabache: su frente espaciosa, su nariz prominente y afilada, y su traje negro, le daban el aire de un hombre pensador y de una gravedad estóica. No obstante, las miradas de este personaje (cuya edad frisaba en los cincuenta años) tenían una dulzura que cautivaba.

— ¿Quién es aquel pasajero? preguntó Eduardo al capitán, sucumbiendo á su viva curiosidad

y designándole el camarote donde dormía el desconocido.

— Es un ministro protestante, contestó mister Mac-Kievet en voz baja.

— ¿Qué objeto le habrá llevado á América? dijo el jóven para sí.

Al dia siguiente Eduardo se levantó al rayar el alba y subió al puente, donde encontró ya al capitán paseándose de un extremo á otro en mangas de camisa y ostentando las hercúleas formas de sus espaldas y brazos. Mister Mac-Kievet era muy madrugador, en cuya higiénica costumbre le imitó tambien Eduardo, quien desde aquel dia continuó acompañando al primero en su paseo matinal por el castillo de popa, excepto cuando el frio intenso del cabo de Hornos retenia en la cama, á pesar suyo, á nuestro héroe.

Así que este llegó al puente la primera mañana de navegacion, no pudo menos de alarmarse al observar la palidez mortal que esmaltaba el simpático rostro del timonero: jóven de diez y ocho años, ¡parecia un espectro!

— ¿Estás enfermo, Cooper? preguntó el capitán al jóven que gobernaba la rueda del timon al reparar en sus cadavéricas facciones.

— Me duele un poco la cabeza y el pecho, sir, respondió el interpelado con melancólico acento.

— ¡Contramaestre! dad un campanillazo, gritó el capitán.

— ¿Qué se os ofrece, sir? dijo un marino que acudió al llamamiento del capitán.

— Releva á Cooper; y tú véte corriendo á la cama, añadió volviéndose al timonero.

Hubiéramos suprimido este pequeño incidente en este lugar de nuestra narracion, si no estuviera relacionado con alguna página fúnebre que nos suministrarán los sucesos ulteriores.

Hé aquí el orden que se siguió en las horas de comida á bordo de la fragata inglesa:

Á las ocho de la mañana, mister Mac-Kievet almorzaba en su cámara, con Eduardo y el ministro protestante: á las dos de la tarde nuestro triunvirato comia en el comedor con los pilotos, el contramaestre y el carpintero; y á eso de las ocho y media de la noche, volvian á reunirse todos en el comedor para tomar el té.

Cuando el despensero llamó al capitán para el almuerzo, en la primera mañana de navegacion, el último tiró ligeramente del brazo á nuestro jóven, y ambos se deslizaron por la escalera interior del buque.

— ¿Os gustan los huevos con manteca? preguntó el capitán á Eduardo así que estuvieron ambos sentados á la mesa, y mientras que con la punta de su cuchillo embutia un huevo con manteca.

— ¡Yes! ¡yes! repuso Eduardo despues de haber recurrido á su diccionario para buscar en él la palabra «manteca.»

— ¿Y el té, la hoja de ese precioso arbusto

oriundo del celeste imperio? continuó el capitán con su vista fija en el rostro del joven español.

— ¡Oh! *very good*, contestó este creyendo que su interlocutor le hablaba del té.

Terminado el desayuno, mister Mac-Kievet encendió su pipa de barro blanqueado, provista de un largo y delgado tubo curvilíneo.

— Fumad, Eduardo, dijo el capitán con voz gangosa por el humo que obstruía su garganta.

Al propio tiempo el capitán alargó á su compañero una pipa henchida de tabaco.

Eduardo no había fumado nunca en pipa; con todo la tomó de la mano del capitán, y luego mirando á este y metiéndose el tubo en la boca pensó:

— Lo probaré por complaceros.

Empero, á poco de estar aspirando el humo de la pipa, Eduardo sintió removérsele toda la bilis de su cuerpo; de modo, que soltando la pipa sobre la mesa, salió precipitadamente de la cámara, trepó por la escalera que conducía al puente, y allí introdujo en sus pulmones el aire atmosférico puro que en poco tiempo restableció en su estado normal el mecanismo interior de su cuerpo.

— ¿Qué os sucede, Eduardo? preguntó el capitán sonriéndose al adivinar la causa del brusco movimiento del joven; pero este, en su precipitada fuga de la cámara, ni siquiera oyó la interpelación de mister Mac-Kievet.

— Vamos; es preciso que Eduardo pague su aprendizaje: ya se irá acostumbrando poco á

poco al delicioso aroma del tabaco, pensó el capitán.

Cuando nuestro héroe bajó del puente, el ministro protestante acababa de salir de su camarote.

— *How do you do?* ¿Cómo os encontráis? preguntó Eduardo al ministro con acento de solicitud.

— Bastante mejor que ayer, gracias, contestó el interpelado lanzando una cariñosa mirada á su interlocutor.

— El aire marítimo es muy saludable, observó Eduardo consultando el diccionario.

— ¿Hablais el francés? dijo el ministro en aquel idioma, viendo el embarazo de su compañero de viaje para expresarse en inglés.

La pregunta del ministro causó un vivísimo placer á Eduardo, supuesto que, poseyendo perfectamente el francés, podia trabar desde luego conversacion con el discípulo de Lutero. Así fue que Eduardo se apresuró á responder:

— ¡Oh! ¡cuánto me alegro de que podamos comunicarnos nuestras ideas en un idioma que me es bastante conocido!

— Vos sois italiano ó español, ¿no es verdad? dijo el ministro dirigiendo una penetrante mirada á Eduardo y juzgando por el acento meridional de este.

— Español, contestó Eduardo con altivez.

— ¡Qué país tan hermoso y desgraciado es el vuestro! exclamó el ministro. Puedo aseguraros

que nunca he mirado con indiferencia la espantosa anarquía que por tanto tiempo ha corroído las entrañas de aquella Península. ¡Cuánto desearía que se inaugurara para vuestra patria una era de paz y prosperidad!

Eduardo, recordando en aquella ocasión los irrecusables datos históricos que censuran acerbamente la ambigua conducta de Inglaterra interviniendo en los asuntos políticos de España, se quedó con tanta boca al oír el lenguaje del ministro, y desde luego dudó de la sinceridad de sus palabras.

—Deseo tan de veras como vos la regeneración de mi amada patria, contestó nuestro jóven con ironía, devolviendo la que él creyó pulla á su contrincante.

—¿Sabeis lo que ha producido principalmente la decadencia de la monarquía española? dijo el ministro en tono enfático.

—¿Cuál ha sido el motivo? Explicaos, replicó Eduardo con viveza en su impaciencia por saber la opinion de su interlocutor.

—El fanatismo religioso, dijo el ministro, ha sido sin duda una de las mayores rémoras que han entorpecido en España la rueda del progreso; y sino (continuó mirando de hito en hito á su compañero y como si tratara de leer en la expresion de sus ojos el efecto que producian sus palabras en su ánimo) ¿qué significan ese gran número de conventos diseminados sobre la faz de vuestra nacion, mas que otros tantos edificios

erigidos á la vagancia, á la supersticion y al oscurantismo? ¿Cómo quereis que un pueblo sumido en la mas supina ignorancia sagazmente explotada por ese preponderante elemento teocrático, sea jamás un pueblo grande, un pueblo ilustrado?—¿Por qué la Inglaterra cubre hoy todos los mares con sus numerosas escuadras? ¿Por qué su comercio, industria y agricultura son tan florecientes? Porque en mi país no hay presion clerical: allí el pensamiento es absolutamente libre, y nadie tiene la osadía de entrometerse en el fuero interno y sagrado de vuestra conciencia para pedir os cuenta de vuestras ideas.

—Amigo mio, replicó Eduardo estupefacto; no deis vuestro fallo tan á la ligera, sobre los lamentables quanto trascendentales acontecimientos de mi país; ante todo debo advertiros que habeis incurrido en un grave anacronismo al decir que el pueblo español se hallaba bajo la presion clerical; pues conviene que sepais que en 1835 la hidra revolucionaria invadió el sagrado recinto del claustro, apagando allí su sacrilega sed de sangre, y con la tea incendiaria redujo á pavesas á muchos de los magníficos edificios, hijos del acendrado Catolicismo de mis ilustres antepasados.

Además, prosiguió el jóven, los irrefutables hechos históricos dan un solemne mentís á vuestra aseveracion. Guiado por el resplandeciente faro de nuestra epopeya, veo que el Catolicismo expulsó de su último baluarte el estandarte de la

media luna que ondeó en la península ibérica por espacio de siete siglos: que á la influencia del Catolicismo se debió en gran parte el descubrimiento de América, cuya portentosa hazaña dió inmarcesible brillo á los reinados de Carlos V y de Felipe II: y finalmente, ¿quién derribó al coloso del siglo? ¿Quién hizo trasmontar á las águilas francesas que clavaron un instante sus afiladas garras en el corazón de mi patria? ¡Ah! fuerza es confesarlo:... un alarido exhalado del católico pecho de la nación española!

El ministro, que no esperaba por cierto aquella réplica de su imberbe compañero, se quedó mirándole con tanto asombro, como si Eduardo que poco há se ofrecía á sus ojos como un enano se hubiese transformado de repente en un gigante.

— España debe, por lo tanto, al Catolicismo las gloriosas páginas de su tradición, continuó el jóven; y si hoy mi país es presa de un profundo malestar moral y político, no son ajenos á ello los mefíticos miasmas filosóficos que nos han traído los helados vientos del Norte de Europa.

— Pues yo he leído algunas obras contradictorias á vuestro aserto, repuso el ministro con frialdad.

— ¡Oh! eso no me maravilla, se apresuró á responder su interlocutor; porque no faltan escritores que, conociendo el flanco vulnerable de la sociedad contemporánea y espoleados por su odio encarnizado al Catolicismo, han agotado los

mas ricos filones del venero de su imaginacion, para pintar con sombrío colorido muchos hechos esencialmente frívolos é inofensivos, con cuyo oropel han deslumbrado á un sinnúmero de ilusos. De esta suerte los hipócritas y farsantes del mundo literario han logrado vender sendos ejemplares de sus envenenadas obras. Esta es la amarga verdad, añadió Eduardo con un acento de irresistible convicción.

Á estas palabras, el ministro movió la cabeza en ademan de incredulidad, y tras una corta pausa dijo, evadiendo la contestacion y lanzando una escudriñadora mirada á Eduardo:

—Me alegro en el alma de haber encontrado á bordo una persona tan erudita como vos. La navegacion será muy larga, continuó, y tendremos tiempo de sobra para abordar algunas interesantes materias.

—No podíais darme una noticia mas agradable, murmuró Eduardo; sí, sí, no faltarán interesantes polémicas que amenicen el tédio y monotonía de nuestro viaje. ¿De qué ciudad de Inglaterra sois? añadió.

—Nací en Edimburgo; pero ahora resido con mi familia en un pueblo de Escocia de cuyo templo soy el pastor.

En aquel momento el capitan bajando del puente interrumpió el coloquio de Eduardo con el ministro, diciendo á este:

—¡Hola, mister Brooke! ¿cómo está vuestra salud?

— Me encuentro algo mas aliviado que anoche ; gracias, capitán.

Entonces el capitán y mister Brooke saliendo de la cámara penetraron en el comedor, sentándose en uno de los bancos que flanqueaban la mesa. Eduardo, pensando que podría comprender pocas palabras de la conversacion de sus dos compañeros, se separó de estos retirándose á su camarote.

— ¿Cómo se llama ese jóven tan simpático? preguntó mister Brooke al capitán así que estuvieron solos.

— Eduardo.

— ¿Y por qué se ha marchado de Lima embarcándose en un buque inglés?

— Lo ignoro positivamente, contestó mister Mac-Kievet; pues como habréis podido conocer, Eduardo entiende muy poco el inglés; pero presumo que al tener noticia ese jóven de que la fragata volvía á Europa, habrá dicho para su sa-
yo: «huyamos de la fiebre amarilla.»

— Acabo de tener con Eduardo una interesante conversacion en francés, que me ha dejado pasmado. ¡ Si oyérais, capitán, con qué calor y elocuencia defiende la causa del Catolicismo !

Ese español es una alhaja, murmuró entre dientes.

— ¿Con qué, Eduardo posee el francés? Siendo así podréis hablar los dos largamente (dijo mister Mac-Kievet mirando al ministro), y el pobre muchacho no se fastidiará tanto; aunque

teniendo talento como vos decís, y siendo estudioso como parece, —pues desde que entró á bordo no ha cesado de hojear su diccionario,— en poco tiempo aprenderá nuestro idioma, del cual ya comprende bastantes vocablos. ¡Cuánto deseo poder conversar con ese jóven de tan finos modales!

El elogio que el capitán hizo del jóven español no cayó en saco roto para el boatswain ó contramaestre, que poco tiempo antes penetró en el comedor.

—Pues yo preferiría mil veces que ese pasajero no hubiese entrado en el buque, murmuró el contramaestre mirando al capitán y á mister Brooke.

—¡Callad, supersticioso! contestó el primero con serenidad. ¡Habrás visto otro igual!

—Figuraos, mister Brooke, repuso el contramaestre con un acento que revelaba su alarma, que ese jóven se ha colado misteriosamente en el buque; y á mí nadie me convence de que la magia no ha jugado un gran papel en la aparición de ese extranjero.

—¡Cerrad el pico mentecato! vociferó el segundo piloto saliendo de su camarote y lanzando una desdeñosa mirada al contramaestre. ¿No os he dicho ya que yo habia visto con mis propios ojos la lancha que condujo al pasajero á bordo?

El capitán y mister Brooke se desternillaron de risa al oír los fantásticos temores del sencillo contramaestre, á quien dijo entonces el ministro:

—El jóven español que tenemos á bordo es de carne y hueso como nosotros; y ¿qué tiene de particular que se haya marchado de Lima por miedo de la fiebre amarilla refugiándose en una fragata inglesa para volver á su país? ¿No hemos visto por ventura que en la dispersion general de los despavoridos limeños, algunos buques fondeados en las aguas del Callao eran tomados por asalto? Tranquilizaos, pues, buen hombre.

—Tal vez sea como vos decís, refunfuñó el contramaestre meneando la cabeza con aire de duda.

Cuando todos los circunstantes se hubieron reido hasta la saciedad de la candidez del contramaestre, el capitan se acordó del marinero enfermo.

—¿Cómo sigue el jóven Cooper á quien esta mañana he mandado relevar del timon? preguntó el capitan al segundo piloto.

—Se está paseando cerca del castillo de proa, sir; pero está tan pálido y melancólico, que apostaria doble contra sencillo, que dentro de pocos dias su cuerpo va á servir de pasto á los tiburones.

—Allá verémos, allá verémos, dijo el capitan: en mi botiquin no faltan excelentes medicamentos, y acaso sea posible salvar la vida de ese jóven.

Eduardo salió entonces de su camarote y fué á dar una vuelta por el puente de la fragata. Al

llegar delante de la cámara de los marineros, vió al jóven enfermo que, sentado sobre la pared de estribor, acababa de pescar con el anzuelo dos pescados de matizadas y deslumbrantes escamas.

— ¡Señor! ¡señor! exclamó el jóven marino en español con una melancólica sonrisa, al divisar á Eduardo, señalándole con la mano los pescados que, conservando aun gran parte de flúido vital, azotaban el puente con sus plateadas colas.

— ¡Pobre jóven! pensó Eduardo dando una mirada de compasion al marinero, ¡cuán presto la desapiadada parca tronchará con su negra guadaña el tallo de la tierna y ya marchita flor de tu vida! ¡Cuánto mas te valiera no haber salido del puerto! Pues allí, al menos no te hubieran faltado la asistencia y medicamentos necesarios; pero aquí... ¡infeliz!... ¿qué suerte te espera?... ¡Ah! Una enfermedad larga y horrosa, y por último... una sepultura en el insondable lecho de las olas!

IV.

Á los tres dias de navegacion entró el despensero muy azorado en la cámara del capitan.

— ¿Qué sucede, preguntó este leyendo algo de aciago en el semblante del despensero.

— Que Cooper, el marino enfermo, ha caido desmayado sobre el puente, y al parecer le quedan pocos minutos de vida.

Esta noticia produjo una impresion muy triste en los ánimos de nuestros tres personajes.

— Anda ; trae volando el botiquin , dijo el capitan clavando los ojos en el despensero.

— Aquí está, sir, repuso este poniendo el botiquin encima la mesa.

Entonces el capitan sacó un pomito de éter, y lo entregó al despensero diciéndole :

— Destápalo , y aplícalo un buen rato á las narices de Cooper : verás cuán pronto recobra los sentidos.

El despensero salió corriendo de la cámara para obedecer la órden del capitan ; y transcurridos algunos minutos volvia á penetrar en ella, agitando el pomito de éter con aire de triunfo y diciendo :

— Gracias al cielo ; Cooper ha recobrado el conocimiento.

— Aunque no tengamos médico á bordo , dijo el capitan volviéndose á sus dos compañeros que estaban sentados enfrente de él , en mi botiquin hay remedios excelentes, y (no lo digo por jactancia) mas de una vez he curado enfermedades que quizás los hombres de la ciencia hubieran calificado de incurables , añadió mister Mac-Kievet con acento socarron.

— Pero ¿ cómo os arreglais, capitan, para formular con acierto el diagnóstico de las enfermedades? preguntó mister Brooke.

— ¡ Oh! en cuanto á eso , apelo á mi precioso opúsculo de medicina , y en él encuentro admi-

rablemente definidos los síntomas que caracterizan las enfermedades. Por lo demás, mi larga práctica me ha hecho adelantar mucho en el arte de Hipócrates.

—Segun estoy viendo, se os podria conferir, sin prévio exámen, el grado de doctor en medicina, dijo mister Brooke con tono de chanza.

—¡Ah! mister Brooke, ¡cuántos discípulos de Esculapio han recibido en plena academia el diploma de la facultad, sin tener mas conocimientos médicos que yo!

—Es dolorosamente cierto, capitán, repuso el hijo de Escocia; y por eso vemos tan desacreditada una ciencia utilísima para la humanidad; pues buen número de facultativos ejercen su profesion, no tanto por amor á la medicina (añadió el ministro acercando su cabeza al oido del capitán), sino por el lucro que puede reportarles. De modo, que metalizando la carrera, no se curan poco ni mucho de llevar su grano de trigo á los exiguos graneros de la ciencia.

¡Pobre humanidad doliente! prosiguió el ministro. El campo de la medicina está hoy, mas que nunca, dividido en dos distintos y encontrados grupos: segun unos, la piedra filosofal de la ciencia estriba en el principio de *contraria contrariis curantur*; y segun otros, radica en el axioma diametralmente opuesto de *similia similibus curantur*. Entre tanto, el paciente fluctúa perplejo entre esos dos formidables escollos: si opta por el primer sistema, se expone á que se

extinga la llama de la vida por falta de pábulo, y en consecuencia muere de inanición: si elige el sistema opuesto, corre inminente riesgo de que la máquina de su cuerpo haga explosión por exceso de calórico como una caldera de vapor, y muere de ahito.

— Yo entiendo poco de latin, ministro, contestó el capitán; pero tengo una vaga reminiscencia de que cuando (*in illo tempore*) estaba en el colegio de Dublin, al estudiar la historia antigua, se nos decía que en el mar de Sicilia habia dos famosas y escarpadas rocas que se llamaban Scila y Caribdis, las cuales eran muy temidas por los navegantes; pues era sabido que cuando los buques, tomando inauditas precauciones, evitaban el chocar contra uno de aquellos dos peñascos, iban á estrellarse irremisiblemente contra el otro.

— Perfectísimamente, capitán, contestó el ministro aplaudiendo con estrépito las palabras del primero.

— Pues bien, prosiguió mister Mac-Kievet; en el mar de la medicina, el desgraciado enfermo está condenado con frecuencia á naufragar entre Scila y Caribdis: esto es, que cuando logra milagrosamente escapar de la diamantina roca de la alopátia, va á estrellarse sin remedio contra el granítico peñasco de la homeopatía.

— ¡Soberbio! exclamó el ministro palmoteando con frenesí.

Eduardo habia escuchado con una atención

superlativa el diálogo entre sus compañeros, y pudo sacar en claro que se increpaba á los médicos de lo lindo. Así sucedió, que dirigiendo su mirada á mister Brooke, nuestro jóven exclamó en francés :

— ¡Cómo os estais burlando de los pobres médicos!

— ¿Con qué habeis comprendido el tema de nuestra conversacion, Eduardo? (¿No dije yo que era un niño muy precoz?) pensó el ministro mirando al jóven con estupefaccion.

— ¡Toma! repuso este. ¡Pues si habeis hablado hasta en latin! Y me parece que en la anatomía que con el escalpelo de vuestras lenguas acabais de hacer del cuerpo de medicina, no habeis dejado hueso sano á los discípulos de Esculapio, ¿no es verdad?

El hijo de Escocia soltó una carcajada.

— ¿Qué os ha dicho Eduardo para que os riais tanto, ministro? preguntó á este el capitan con una sonrisa en los labios.

— Nada; que ese jóven con su perspicaz talento, respondió el ministro designándole á Eduardo, ha logrado atar los principales cabos de la, para él, enmarañada madeja de nuestra conversacion.

— ¡Parece mentira! ¡esto es asombroso! exclamó el capitan; y despues de una corta páusa, durante la cual hubiérase dicho que devoraba con la vista al jóven español, añadió: ¿Creeis del

caso, ministro, que brindemos por la prosperidad de la medicina?

— Sí, sí: acepto de muy buena gana vuestra proposición, capitán, contestó el interpelado chanceándose.

En la pared del fondo de la cámara del capitán, y á cosa de dos palmos sobre el respaldo del sofá, habia un armario con botellas de cerveza, brandy y otros licores.

— ¿Quereis cerveza ó brandy? preguntó mister Mac-Kievet abriendo el armario y mirando al ministro.

— Me es indiferente, repuso este.

— ¡Ea! Eduardo, bebamos, dijo el capitán con tono alegre y alargando al jóven un vaso de espumante cerveza.

Pocos segundos despues nuestro triunvirato se puso en pié, é hizo entrechocar sus respectivos vasos con fraternal alborozo.

Al cabo de algunos dias la enfermedad de Cooper fué empeorándose, y temiendo el capitán que resultara algun daño á los demás marineros de dormir, por decirlo así, revueltos con el enfermo, dispuso que le sacaran de la cámara de proa.

El capitán mandó entonces suspender una hamaca entre el palo de mesana y el mayor, y en ella se colocó al enfermo. Al efecto se ató una cruz entre los antedichos palos, á unos doce palmos de altura sobre cubierta, y desde allí bajaba una vela en forma de pabellon cobijando la ha-

maca que se columpiaba á un metro del suelo.

Dos horas despues de practicada esta operacion , el pobre Cooper fue instalado en su nueva cama aérea.

Mientras la fragata se internaba lentamente en el fondo del Pacífico, nuestro héroe, siempre ávido de hacer progresos en el idioma inglés, no cesaba de dirigir preguntas con el auxilio del diccionario á sus dos compañeros.

Al cabo de un mes de haber zarpado del puerto del Callao de Lima , la fragata se hallaba á los 36 grados de latitud Sud , ó sea á la altura de las costas de Chile ; por lo tanto la navegacion no habia sido muy rápida que digamos.

En aquella época Eduardo ya empezaba á terciar en las conversaciones entre mister Brooke y el capitan , lo cual dió márgen á que un dia este dijera á nuestro jóven :

—Vuestra cabeza adelanta mas en el estudio de nuestro idioma que el buque en su carrera.

—Hago cuanto puedo , contestó el jóven español con modestia á la lisonjera frase del capitan.

Una tarde Eduardo se paseaba solo y cabizbajo por el castillo de popa. Al poco tiempo fue sorprendido en su cavilosa actitud por mister Benson el primero , quien , saludando al jóven español , le dirigió la siguiente pregunta :

—¿Cómo os prueba el viaje , mister Éduardo?

—Muy bien , gracias , repuso este con amabilidad.

—Pues yo creo que dentro de pocos dias no

podréis decir otro tanto, dijo el primer piloto con acento triste.

—¿Por qué? preguntó Eduardo lanzando una mirada de ansiedad á su interlocutor.

—¿Por qué? ¿por qué?... repitió mister Benson meneando la cabeza con melancolía. Ese por qué es tan horripilante, mister Eduardo, que no me atrevo á revelároslo.

—En nombre de Dios, mister Benson, disipad la duda que tortura mi corazón! Decidme francamente lo que hay, repuso Eduardo con acento y ademán suplicantes.

—Ya que insistís con tanto empeño en saber mi triste noticia, voy, pues, á participaros que dentro de quince días, lo mas tarde, estaremos todos sepultados en las profundísimas entrañas del océano, dijo el primer piloto con voz baja, lúgubre y palideciendo.

Eduardo fijó entonces sus espantados ojos con persistencia en los de su interlocutor (como si hubiese querido leer en el corazón de este la sinceridad de las pavorosas palabras que acababan de salir de su boca), y exclamó en seguida horrorizado:

—¡Dios de mi alma, apiadaos de mí! Enviadme cualquier castigo por terrible que sea; pero no permitais que muera en medio del mar y sin que mis ancianos padres sepan lo que ha sido de mí... No, no: Vos que veis la rectitud y pureza de mis intenciones, no consentiréis que mi cuerpo sea tragado por las olas!

Al apercibirse de la impresion que sus palabras habian causado en el ánimo de nuestro héroe, mister Benson, como asustado de su terrible confianza, miró con inquietud á este diciéndole :

— Cuento con vuestro sigilo, mister Eduardo.

— Y ¿ en qué fundais vuestro funesto vaticinio? preguntó Eduardo con terrorífico acento y como si no hubiese oido las palabras de su interlocutor.

— ¡ En qué lo fundo! repitió este aplicando sus labios cási al oido de Eduardo. ¿ No veis que el buque no puede navegar de puro viejo? ¿ Que por poco que se arrugue la superficie del mar, el agua entra por los embornales, y que la bomba debe funcionar cási sin interrupcion? ¿ Cómo quereis, pues, añadió, que la fragata luche contra las embravecidas olas del cabo de Hornos cuando hace tanta agua en la bonanza?

Eduardo escuchaba temblando como un azogado las, al parecer, invencibles pruebas que mister Benson alegaba en pro de su siniestra prediccion; la cual adquiria tantos mas visos de verosimilitud y hacia tanta mas mella en el ánimo de Eduardo, por cuanto, como llevamos dicho, la fragata, por su aspecto interior y externo, parecia mas á propósito para figurar en un museo como un raro objeto arqueológico, que para desafiar las tormentas del ceñudo é irascible cabo de Hornos.

Cuando el fatal mensajero se hubo separado

de Eduardo, este, en el paroxismo de su terror, tenia momentáneamente trastornado el juicio, y corria por el castillo de popa como un endemoniado.

— ¡Se habrá vuelto loco! dijo en sus adentros el marinero que gobernaba el timon al observar con sorpresa los movimientos y ademanes de nuestro jóven.

El corazon humano (he leído en alguna parte) puede compararse, en sus grandes crisis, con una esponja; dado que se empapa de dolor ó alegría hasta que no cabe en él una gota mas, despues... retrocede gradualmente á su estado normal.

Este fue por lo menos el caso con Eduardo; quien así que hubo llegado al colmo de su amargura, empezó á serenarse insensiblemente, y á la hora de acostarse estaba ya bastante mas tranquilo. Sin embargo, aquella noche tuvo nuestro jóven atroces pesadillas; y su exaltada imaginacion combinaba en el embotamiento de los sentidos ideas incoherentes, ora risueñas, ora horrosas: tan pronto le parecia que la fragata se hundia lentamente en el fondo del mar, y que una colossal ballena, abriendo su monstruosa boca, iba á engullirle como si fuera un bizcocho; como que la Vírgen, adornada con un manto de púrpura salpicado de relucientes estrellas, mandaba á la nube de Ángeles que le servia de pedestal, que, batiendo sus alas de armiño, desprendieran una finísima lluvia de oro sobre su

cabeza ; como , por último , que habia llegado á su pueblo trayendo toda la riqueza del Perú , y que sus ancianos padres , estrechándole entre sus brazos , derramaban raudales de lágrimas de alegría.

El dia siguiente , el primer pensamiento que cruzó por la mente de Eduardo al despertar de su pesado sueño , fue que , atendidos el carácter y religiosidad del capitán , era imposible que quisiese inmolarse con tantas víctimas en aras de un bárbaro é incalificable capricho. Impelido por tan sensato raciocinio , se vistió de prisa , y luego subió al puente por donde se paseaban el capitán y mister Brooke.

— ¡ Hóla ! Eduardo ¡ Buenos dias ! exclamaron ambos al divisar al jóven dándole un apretón de mano. ¿ Habéis padecido acaso de insomnio ? añadió el ministro apercibiéndose de las ojeras y del semblante descompuesto de Eduardo.

— No por cierto , repuso Eduardo ; he dormido mas de lo que podia esperar , continuó exhalando un profundo suspiro.

— Pues en vuestro rostró descubro alguna desazon , repuso el hijo de Escocia ; ¿ qué es lo que os acongoja ? Yo á vuestra edad no tuve ni un segundo de mal humor ; y aun ahora que mi persona frisa ya en los cincuenta abriles , no doy nunca cuartel en mi corazón á ese enemigo moral que se llama melancolía.

— Seguid , pues , el saludable consejo de mister Brooke , Eduardo , murmuró el capitán.

— ¡ Ah! señores, repuso el jóven. Hay ocasiones en que el corazon mas varonil sucumbe aplastado por el enorme peso de la desgracia... y entonces... continuó con amarguísimo acento; todos los esfuerzos humanos, aun los mas heróicos, son impotentes para contrarestar el golpe! Lo único que le resta al hombre en semejantes casos, es levantar al cielo sus ojos bañados de lágrimas é implorar en su favor la divina misericordia.

— Es muy cierto, Eduardo, replicó el capitán; pero Dios nos manda que nos amemos á nosotros mismos; y este precepto implica que no exageremos en demasía nuestros males, haciéndonos por lo tanto mas desgraciados de lo que somos en realidad.

Mister Mac-Kieviet fue interrumpido por la voz del despensero diciendo que el almuerzo estaba encima la mesa.

— Bajemos, pues, á la cámara, señores, dijo el capitán volviéndose á sus dos compañeros.

— ¿ En cuánto tiempo pensais que harémos la travesía, capitán? preguntó el ministro así que estuvieron los tres sentados á la mesa.

— Dios mediante, cuento que llegaremos á Inglaterra en cuatro meses y medio de navegacion. Aunque todas las conjeturas que puedo hacer, serán muy problemáticas hasta que habrémos doblado el cabo de Hornos. Empero bastante hemos andado ya (atendidas las condiciones de la fragata) en los cuarenta y cinco dias que llevamos

de navegacion desde nuestra salida del Callao ; pues hoy hemos ganado el 50° paralelo Sud , y por consiguiente no tardaremos en llegar al cabo de Hornos.

En tanto que el capitan hablaba con mister Brooke , á Eduardo se le anudaban los bocados en la garganta , y de vez en cuando llevaba con disimulo el pañuelo á su boca para sofocar sus sollozos y enjugar las lágrimas que se deslizaban ardientes y silenciosas por sus descoloridas mejillas.

— Por Dios , Eduardo , sepamos qué teneis , dijo mister Brooke tratando de sondear el corazon del jóven.

— Tengo... tengo... balbuceó este.

— Querido Eduardo , dijo el capitan con acento de paternal solicitud , os suplicamos que nos participeis la causa de vuestra afliccion. Quizás mis pobres consejos lograrán apaciguar el estado de agitacion que os consume. ¿Estaríais por ventura resentido de mi conducta para con vos? ¿Pensais tal vez en vuestra familia? añadió el capitan esforzándose por sonsacar á Eduardo alguna frase aclaratoria.

— ¡ Ah ! Mister Mac-Kievet ! exclamó el jóven español anegado en llanto y arrojándose á sus piés ; ¿ cómo es posible que esté quejoso de vos , cuando me felicitaré toda mi vida de haberos conocido , y os quedaré eternamente agradecido por los inmerecidos beneficios que me prodigais sin cesar ? No ; no es esta la causa de mi angustia , ni

tampoco estoy bajo la presión de la nostalgia.

— Pues desahogad vuestro pecho en nosotros, dijo mister Brooke con dulzura. No hay nada peor en el mundo que el sepultar un triste secreto en el corazón, cuando puede divulgarse á amigos verdaderos que compartirán con vos (no lo dudeis, Eduardo) el pesar que os acosa.

— ¡Pues bien! exclamó el jóven levantándose, y cediendo á la persuasiva y amistosa elocuencia del ministro, reveló á sus dos compañeros la confianza de mister Benson.

— ¡Infame impostor! gritó entonces el capitán con acento de ira y descargando fuertes puñetazos sobre la mesa. Ya caerá todo el peso de mi autoridad sobre tu criminal cabeza!... ¡Engañar tan villanamente á ese jóven! continuó clavando sus centelleantes ojos en Eduardo. No, no; tu nefando delito no quedará impune.

— ¡Perdonadle, capitán, perdonadle! gritaron á la vez Eduardo y el ministro, tratando de aplacar el enojo de mister Mac-Kievet.

— ¡Steward! vociferó este como un energúmeno.

— ¡Sir! contestó el despensero asomándose tímidamente á la cámara.

— Dí á mister Benson que venga al momento, ¿lo entiendes? continuó el capitán con el mismo tono.

Cuando mister Benson penetró en la cámara y vió la terrible expresión del rostro del capitán, adivinando el motivo, retrocedió hasta el

umbral de la puerta aterrado y lleno de confusión. Entonces mister Mac-Kievet, que estaba de pié detrás de la mesa, hizo un furibundo ademán de querer arrojarse como una fiera sobre el cuerpo del primero.

— ¡ Deteneos! gritaron á la vez Eduardo y mister Brooke levantándose y sujetando con todas sus fuerzas los hercúleos movimientos del cuerpo del capitan.

— ¡ Dejad que acabe con ese canalla! vociferó este lanzando una mirada de reto al piloto y forcejando de rabia por desasirse de los brazos de sus dos compañeros.

— ¡ Salid, mister Benson, ó sois cadáver! aulló el ministro viendo que apenas él y Eduardo podían contener los furiosos movimientos del capitan.

Mister Benson salió de la cámara maquinalmente, pues estaba sobrecogido de terror hasta el punto de que las choquezuelas de sus rodillas entrechocaban fuertemente. El semblante lívido del piloto traslucía el terrible pensamiento de que el capitan podía fulminar la sentencia de muerte sobre su cabeza.

— ¡ Pronto! ¡ pronto! ¡ Cerrad la puerta con llave, Eduardo! gritó mister Brooke viendo salir al piloto y haciendo un supremo esfuerzo para contener solo la impetuosidad del capitan.

En un abrir y cerrar de ojos, Eduardo dió una vuelta á la llave de la puerta de la cámara, volviendo á sujetar el cuerpo del capitan, quien,

ebrio de cólera, descargaba sendos puñetazos á diestro y á siniestro: era evidente que si mister Benson hubiese caído bajo las formidables garras del capitán, no escapara vivo de ellas.

Por fin, Eduardo y mister Brooke, tras diez minutos de gigantesca lucha y rendidos de cansancio, pudieron lograr que su compañero volviera á sentarse en su blando sofá.

— ¡Decir á ese pobre jóven que el buque se iría á pique! exclamaba mister Mac-Kievét, haciendo sobre su asiento movimientos convulsivos de cólera. ¿Creía ese malvado que yo quería suicidarme sacrificando mas de veinte inocentes víctimas? añadió con sardónica sonrisa. ¡Sí, sí! es preciso que ese miserable expie su crimen con un severo castigo.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas entre dientes, y apenas pudieron entenderlas los compañeros del capitán.

— ¡Boatswain! aulló este en seguida.

— ¿Qué se os ofrece, sir? dijo el contra-maestre con tono respetuoso al entrar en la cámara.

— ¿Hay esposas á bordo? preguntó el capitán al recién llegado dando una rabiosa patada contra el suelo.

— Creo que sí, respondió atónito el contra-maestre.

— Pues tú y el carpintero, dijo el capitán mirando á su interlocutor con ceñudo entrecejo, atad sólidamente las muñecas de ese infame perro de mister Benson. Despues metedle en su ca-

marote, y decid al despensero que no le dé otro alimento que agua y galleta.

Apenas hubo desaparecido el contramaestre de la cámara, cuando Eduardo y mister Brooke exclamaron :

— ¡ Perdonadle , capitan , perdonadle !

— No , no , replicó el capitan con severidad. Á bordo la disciplina debe ser inflexible , y sobre todo tratándose de una calumnia tan vil , continuó encendido de cólera.

Cuando el contramaestre oyó las palabras suplicantes de los dos pasajeros , retrocedió hasta el umbral de la puerta de la cámara esperando recibir una contraórden del capitan ; pero no obtuvo de este otras palabras que las siguientes pronunciadas con voz terrible é imperiosa :

— ¡ Haced en seguida lo que os he mandado , contramaestre !

Aquella semitrágica escena impresionó vivamente el sensible corazon de Eduardo , quien sacó de la refriega con el capitan el rostro ensangrentado y un chichon en la frente.

El jóven español , pensando que por su causa el piloto se hallaba en una situacion tan lastimosa , se acusaba á sí mismo de haberle delatado al capitan.

Pronto la tripulacion hizo mil absurdos comentarios acerca el arresto de mister Benson ; pero no tardó en saber la verdadera causa por el ministro , quien salió al puente y fue interpelado de esta manera por un marinero :

— ¿Qué ocurre, mister Brooke?

— Que el primer piloto ha jugado una indigna farsa al pasajero español, repuso con severidad el ministro refiriendo el caso á los marineros.

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamaron estos á coro.

— ¡Qué modo de burlarse de la candidez de ese pobre español! dijo un marinero. Ahora comprendo por qué ayer corria como un loco por el puente.

— ¿Qué te parece, Freeman, de la maliciosa broma de mister Benson? preguntó un mofletudo marinero haciendo una contorsion grotesca con su rostro. ¿Qué mueca pondríamos tú y yo, tomando un baño de agua helada en las cercanías del cabo de Hornos, eh?

— Ese pícaro de mister Benson bien merecería ¡voto al diablo! que le hiciéramos morir de una hidropesía de agua salada, murmuró otro marinero.

— ¡Silencio, muchachos, silencio! exclamó mister Brooke, viendo que la conversacion de los marineros tomaba un sesgo inconveniente. El capitan es quien debe castigar al culpable; y á fe que no anda en contemplaciones como sabeis.

— ¡Es verdad! ¡es verdad! prorumpieron á un tiempo los marineros.

— Sí, sí; dejemos que el pobre diablo, teniendo las muñecas atadas con esposas, ayune algunos dias á pan y agua.

Transcurridos ocho dias de encarcelamiento y rigurosa abstinencia, el capitan, cediendo á los

reiterados ruegos de sus dos compañeros, puso en libertad al piloto.

Aquel mismo día el capitán aprovechó la coyuntura de estar en su cámara con Eduardo, para decir á este :

—Puesto que poseéis ya bastante bien el inglés, desearia que me enteráseis del motivo de vuestro regreso á Europa.

—Con mucho gusto, capitán, repuso el jóven español refiriéndole todo lo que sabe ya el lector.

Durante el relato, mas de una vez las lágrimas asomaron á los ojos de mister Mac-Kievet.

—¿De qué ciudad de Irlanda sois, capitán? preguntó despues el jóven español con afabilidad.

—De Belfast, Eduardo, contestó el interpe-lado. Allí viven mi esposa y mi hija, quienes acostumbran acompañarme en mis viajes á América; pero como esta vez debia ir á San Francisco de California (pues hace dos años que salí de Inglaterra), les aconsejé que se quedaran en casa. ¡ Pobrecitas! ¡ cuántas lágrimas habréis der-ramado durante mi larga ausencia! continuó mister Mac-Kievet con enternecimiento.

—¿Qué edad tiene vuestra hija, capitán? in-terrogó Eduardo con interés.

—Mi idolatrada Mary tiene diez y ocho años. Cuando Dios quiera que lleguemos á Inglaterra, tendré el honor de presentaros á mi familia, Eduardo.

—Os aseguro, capitán, que tendré en ello una

especial satisfaccion, repuso el jóven. ¿Dónde estará ahora mister Brooke? añadió.

— Supongo que se estará paseando por el puente.

— ¿Sabeis por qué el ministro ha ido á América?

— ¡Ah! contestó mister Mac-Kievet, el objeto de su viaje es muy triste para los que somos verdaderos católicos, Eduardo.

— ¡Cómo! exclamó este con sorpresa.

— El ministro es uno de los mas furibundos propagandistas de la Reforma, y ahora vuelve de California donde ha sembrado con abundancia la mala semilla protestante. Pues (como acaso vos no ignorais, Eduardo) en Lóndres hay una famosa asociacion bíblica que cuenta con celosos é interesados emisarios en todos los puntos del globo: es increíble lo que trabajan esos hombres para propagar sus errores.

— ¡Oh! repuso Eduardo con acento de tristeza, ¡cuánto mas les valiera á esos hombres dedicarse á cualquier otra tarea mas noble, que esforzarse en propagar una secta, ó mejor, un monstruoso conjunto de sectas que están heridas de muerte, y que si vegetan todavía, es porque, como las plantas parásitas, absorben la sávia del frondoso árbol del Estado!

— ¡Cuán cierto es lo que estais diciendo, Eduardo! repuso el capitan. Pues si el protestantismo hubiese sufrido en Inglaterra los rudos golpes que el Catolicismo está sufriendo desde mu-

chos años en Irlanda, se encontrarían en el Reino Unido, en la actualidad, tantos adeptos de Lutero y Calvino como secuaces del Alcoran.

No podeis formaros una idea, Eduardo, prosiguió el capitán, de los medios que la diabólica astucia ha sugerido á los hijos de la pérfida Albion para arrancar de cuajo, en mi país, la semilla católica; pero todas las tramas urdidas con la mas infernal hipocresía han sido de todo punto estériles para desarraigar las creencias religiosas de los corazones de los hijos de san Patricio: el fuego, el acero, el hambre, los encarcelamientos, en una palabra, todos los instrumentos mas bárbaros de suplicio han sido inícuamente empleados para exterminar la fe del suelo de mi amada patria!... Pero quizás no esté lejano el dia que la Irlanda (esa nacion mártir), expulsando de su seno á sus tiranos opresores, verá brillar la aurora de su independencia! Sí, sí, Eduardo, añadió el capitán con un acento de convicción y entusiasmo profundos: el gran dia de la emancipación irlandesa es un problema que se encargará de resolver el tiempo!

— ¡Ah! exclamó Eduardo, no dudeis, capitán, que Jesucristo, compadeciéndose de los males que aquejan á la desventurada cuanto virtuosa Irlanda, dará su merecido galardón al pueblo que ha arrostrado impávido las mas terribles calamidades y persecuciones para conservar incólume en su seno el sagrado depósito de la fe católica.

Aquella noche Eduardo se acostó preocupado con la idea de entablar algunas discusiones filosóficas y religiosas con el ministro protestante, cuyo entendimiento y corazón se proponía conquistar con las armas de la religión católica.

— ¡Cuán dichoso sería yo, pensaba Eduardo, si pudiese atraer al sendero de la verdad á ese hombre que la divina Providencia me ha colocado al paso, para que, tendiéndole una mano caritativa, saque á su alma del lodazal de errores en que está sumergida!

Esa idea de sublimidad evangélica hizo palpitante de esperanza el corazón de nuestro héroe hasta que el sueño vino á cerrar sus párpados y embotar sus sentidos.

V.

Desde su salida del puerto del Callao, la fragata no habia experimentado ninguna tormenta. Empero, hallándose á la sazón á $66^{\circ} 15'$ grados de latitud Sud, y á los $63^{\circ} 20'$ de longitud Oeste, ó sea, ocho ó diez grados al Sud del cabo de Hornos; el buque Lord Efighham vió su existencia seriamente comprometida, conforme vamos á explicar mas tarde.

— ¡Cáspita! ¡qué frio tan horroroso! exclamó mister Brooke una tarde tiritando y soplándose sus ateridos dedos, mientras se paseaba aceleradamente de uno á otro extremo del puente de popa.

¡Bah! eso es una friolera, ministro, respondió el capitán riéndose de las precauciones que tomaba el ministro para reaccionarse.

— No sé cómo podeis resistirlo, repuso mister Brooke pasmándose de la insensibilidad de su compañero. ¿No veis por ventura sobrenadando aquí cerca aquellos témpanos desgajados de aquel inmenso anfiteatro de bancos de hielo que se divisa allá abajo? añadió designando al capitán aquel punto del horizonte.

— ¿Y Eduardo, preguntó el capitán evadiendo su contestación al ministro, dónde está? Apostaría que se está calentando junto á la estufa, añadió sonriéndose.

— Así lo creo, replicó mister Brooke, pues cuando el termómetro (ese juez infalible de la temperatura) da su terrible fallo con veinte y cinco grados centígrados bajo cero, es muy excusable y hasta natural que Eduardo tenga apego al calorcillo de la estufa; y para que no se fastidie estando allí solo, voy á hacerle compañía, añadió poniendo los piés en la escalera que conducía á la cámara.

— ¡Qué hombres mas flojos! pensó el capitán no bien hubo desaparecido su compañero.

El continuo roce habia engendrado la mayor familiaridad entre Eduardo y el ministro escocés, cuyo carácter era muy jovial. Así fue que cuando Eduardo vió entrar á mister Brooke medio helado en la cámara, le alargó una silla diciéndole con el mayor desparpajo :

— ¡Hola, flor y nata de la Iglesia anglicana! ¿Con qué habeis vuelto tambien la espalda al frio?

— ¡Si es tan intenso! repuso el hijo de Escocia tiritando y sentándose al lado del jóven. Dejemos que el capitan y su gente expongan sus curtidos cútis á la accion de esa temperatura glacial que cierra herméticamente los poros y entumece los miembros del cuerpo, mientras que nosotros gozamos viendo chisporrotear la vivificadora llama de ese calorífero. ¿Qué tal, Eduardo, tengo un gusto delicado?

— ¡Magnífico! exclamó este inclinando ligeramente la cabeza en señal de aquiescencia.

— Ahora comprendo por qué la campaña de Rusia fue tan desastrosa para el ejército francés, dijo para sí el hijo de Escocia.

— ¿Sabeis en qué estaba pensando antes que vos bajárais aquí? dijo Eduardo.

— ¡Qué sé yo! respondió su compañero. En el inmenso bazar del entendimiento humano hay hacinados tantos millones de ideas, que cuando no se tiene ningun antecedente, el querer adivinar un pensamiento es tarea mas ardua que el empeñarse en quitar todas las cruces de un pajar.

— Pues bien, sí; teneis razon, contestó Eduardo riéndose de la extravagante comparacion metafórica del ministro. Voy á comunicaros mi pensamiento. Pero antes encendamos nuestras pipas; porque he observado que el delicioso aro-

ma del tabaco influye notablemente en la lucidez de los raciocinios.

Y al decir esto, nuestro héroe prendió fuego á un pedazo de papel en la llama de la estufa y lo aplicó sobre el orificio de su pipa, cuyo tabaco no tardó en entrar en combustion y en desprender arabescos de humo, merced á la enérgica aspiracion del jóven.

El ministro contestó con un «¡bravo!» á las palabras de este, á quien dió una palmadita en el hombro; en tanto que con la otra mano se metia en la boca el tubo de su pipa.

— Mi pensamiento estaba concentrado en un culminante hecho del siglo XVI, dijo Eduardo atizando á un tiempo el fuego de la estufa y el de la conversacion.

El ministro sacó maquinalmente la pipa de su boca, y fijó con asombro la vista en su interlocutor diciendo:

— ¿Pensaríais, acaso, en el origen de la Reforma?

— Cabalmente.

— ¡Qué idea tan sublime y humanitaria fue la que realizaron los primeros reformadores! exclamó el ministro con entusiasmo. El clero habia cometido muchos abusos y cohibia con su brazo de hierro la expansion indefinida de la inteligencia humana. Se necesitaba, pues, absolutamente una mano vigorosa que arrollara todos los obstáculos que se oponian al libre vuelo del pensamiento en su perenne gravitacion hácia lo infi-

nito. Llor, pues, á Lutero y Calvino que emanciparon el entendimiento humano de la ominosa tutela teocrática.

— ¡Qué aberracion! replicó Eduardo atónito. ¿Dónde estaba el protestantismo (ese hijo espurio del Catolicismo) cuando este infiltraba su sana moral en las corrompidas costumbres del decrepito imperio romano? cuando vertía á torrentes la sangre de sus millones de mártires? cuando, sin otras armas que la cruz y el Evangelio, resistía el formidable choque de la irrupcion de los bárbaros? cuando abolía la esclavitud y rehabilitaba á la mujer? y cuando, por último, en la edad media, escudaba al pueblo contra la tiranía del feudalismo?

Á estas palabras, el ministro quedó tan perplejo y desconcertado, como aquel ejército que va á dar el asalto á una fortaleza creyendo hallar poca ó ninguna resistencia, cuando de repente el enemigo descubre una terrible batería que ametrallando á los invasores siembra entre ellos el pánico, la confusion y la muerte.

Esta fue al menos la idea que hirvió en aquel momento en el puchero intelectual de Eduardo al observar el rostro de su compañero, quien esforzándose en disimular su perturbacion dijo:

— Es innegable que el Catolicismo ha reportado bienes inmensos á la sociedad; pero en el siglo XVI habia degenerado tanto de su primitiva pureza, que fue absolutamente necesario que se introdujera en él una reforma saludable; que

se pusiera un apremiante y eficaz correctivo á los deplorables abusos que se cometian á todas horas en nombre de la Religion.

— Pero, querido mister Brooke, se apresuró á responder el jóven; ¿qué tiene que ver la Religion con los abusos que hayan podido cometerse á su sombra? La religion católica no puede ser nunca solidaria de los desacatos que ella anatematiza. Y por otra parte ¿quiénes son esos apóstoles de la nueva idea? abro las páginas de la historia y leo en ellas: «Martin Lutero, fraile
«apóstata, que violando sacrílegamente los um-
«brales del claustro, sedujo á una religiosa con
«quien se amancebó; que entregó la sagrada Bi-
«blia á la interpretacion del espíritu privado; y
«que, arrastrado por su voluptuosidad y por su
«satánico orgullo, se indispuso por un pretexto
«fútil con la Santa Sede, la cual fulminó su ex-
«comunion contra los execrables actos del falso
«apóstol. Omito hablar del fogoso Calvino, por-
«que *ab uno disce omnes*. ¿Y tales hombres tienen
«la osadía de arrogarse el pomposo título de re-
«generadores del humano linaje?... ¡Qué des-
«varío!»

Hubo una corta páusa entre nuestros dos personajes, durante la cual el ministro miraba á su compañero con una expresion mezclada de disgusto y estupor, que un fisonomista tal vez hubiera traducido en estos términos: «No es posible que estas palabras hayan salido de su boca: «es un sueño.»

— Veo que el fanatismo religioso está hondamente arraigado en España (replicó, por fin, mister Brooke con severidad), y será muy difícil que nos entendamos, Eduardo. En nuestras discusiones debemos prescindir de algunos deslices (inherentes á la naturaleza humana) en que hayan podido incurrir los primeros reformadores; pues no son mas que pequeños lunares cuando se tocan con el dedo de la razon, solo que se abultan y desnaturalizan, mirados al través del prisma del papismo: y además, quedan enteramente eclipsados por el resplandor de la nueva idea, gérmen de la civilizacion y progreso de la sociedad.

— ¡ Jesús ! ¡ cuánto incienso quemais en aras del protestantismo y de sus corifeos, ministro ! exclamó Eduardo. ¿ Con qué calificais de insignificantes los indelebles borrones que afean la conducta de los primeros reformadores, juzgándolos ante el tribunal de la razon humana ? Pues sabed, señor ministro, que el paganismo, á pesar de sus mil absurdos y barbaridades, divinizó la virginidad en sus sacerdotisas de Céres y en sus vestales, castigando con la hoguera á las que mancillaban su pureza. Y en cuanto á la nueva idea, no concibo que pueda haber hombres tan míopes que sostengan, á despecho de lo que enseña la sana razon, acorde, en este punto, con la conciencia (ese sentimiento íntimo, árbitro en todas nuestras dudas), que dejando la interpretacion de la sagrada Escritura al libre albedrío,

es abrir la puerta á todos los errores, lo que equivale á destruir la Religion en todos los corazones.

¿ Qué sucede hoy en el mundo político ? continuó. Que todos hablan de libertad : sin embargo cada cual la entiende á su manera. Por lo tanto, no es raro encontrar dos hombres (se dicen amantes apasionados, y aun mártires de la libertad) dirigirse mutuamente amargos reproches porque la definicion individual que dan de la libertad conduce por via recta á la mas cruel tiranía.

— ¿ Á dónde vais á parar con vuestro circunloquio ? preguntó el ministro con admiracion.

— Lo que pretendo demostraros es, que sin un robusto núcleo, sin una autoridad infalible é inatacable que sirva de norte á la debilidad del entendimiento humano en materias de religion, el hombre no hará mas que extraviarse lastimosamente en el intrincado laberinto de las pasiones, y léjos de encontrar en él la verdad, solo tropezará con los mas monstruosos errores.

— No, no, Eduardo, replicó con energía el hijo de Escocia ; los derechos de la razon han de ser imprescriptibles, so pena de transformar al hombre en un irracional que no abstrae ni deduce luminosas consecuencias de los hechos, sino que se concreta al simple conocimiento de los objetos tal como se los presentan sus groseros sentidos. Además vemos que el ave hiende los aires con sus alas ; que el pez descende á las mayores

profundidades submarinas con su maravilloso organismo; que el vegetal oxigena y embalsama la atmósfera con sus verdes y lustrosas hojas; en una palabra, todos los seres de la naturaleza ejercen estricta é invariablemente la función que les señalara el dedo del Omnipotente con el *fiat* de la creación: y ¿solo el hombre, la obra maestra de las maravillas salidas de la mano de Dios, debería verse proscrito de la esfera de las sábias é inmutables leyes que constituyen la asombrosa economía del universo?... Esa hipótesis, Eduardo, repugna al sentido común, y ultraja á la dignidad y nobleza humana.

Esta última frase fue pronunciada con tanta prosopopeya por mister Brooke, que involuntariamente hizo sonreír á su jóven contrincante.

— Por Dios, ministro, no seais tan susceptible, repuso Eduardo; puesto que mi aserto no entraña nada de ofensivo y espeluznante para la dignidad humana. Porque, al consignar que en materias de religion (y especialmente en las dogmáticas) el hombre, como dice san Pablo, debe abdicar su razon en obsequio de los misterios que están á una inmensa altura del alcance de su entendimiento, en cuya impenetrable oscuridad estriba precisamente su autenticidad; no pretendo de ningun modo que en lo demás deba esclavizarse la razon humana; puesto que esta puede explorar y recorrer con la antorcha de la fe todas las regiones científicas: y sino, ved qué hombres tan eminentes en todos los ramos del saber

han brotado en todos los siglos del seno del Catolicismo. Y sin embargo, á medida que esos hombres ilustraban sus entendimientos, ardia mas viva la llama de la fe en sus corazones.

— Convengo en que la religion católica ha producido hombres muy sábios; pero en esta parte nada tiene que envidiarle el protestantismo, que tambien ha inundado el mundo de grandes é inmortales genios, y entre ellos descuella Leibnitz, cuyo solo nombre bien vale una falange de vuestras eminencias, Eduardo.

— No diré que la ciencia sea una planta exótica en el terreno del protestantismo, replicó el jóven español. Pero ved qué cisma tan espantoso desgarrá á los sectarios de la Reforma; la cual, desde su fundacion, ha sufrido tantas modificaciones, que si Lutero y Calvino pudiesen levantarse de su sepulcro, no reconoceran la hechura de sus manos. ¿Qué son, en efecto, ese gran número de sectas ó jirones del desgarrado manto del protestantismo, que se disputan recíprocamente la verdad y la supremacía, mas que una consecuencia lógica é ineludible del libre exámen? ¿No veis que con vuestros principios, basta el que un hombre audaz ó ambicioso logre fascinar al pueblo, para erigirse en jefe de secta y arrastrar hácia sí una parte de prosélitos? ¿Quién es capaz de enumerar las fracciones protestantes? ¿Qué prueba este desquiciamiento, ministro?... añadió el jóven fijando la vista en su compañero.

—¿Qué prueba, Eduardo? repitió mister Brooke con interés.

—Que en el firmamento de la Reforma falta un astro inmóvil al derredor del cual deben girar los demás planetas.

—¡Bah! Eduardo, no seais tan severo para con la Reforma; porque si bien es cierto que entre nosotros existen diversas creencias; ¿qué son estas, mas que otros tantos rayos convergentes hácia un mismo foco? Esto es, que animándonos á todos un fin recto, partimos del inconcuso principio de que la buena intencion basta y sobra para santificar nuestras acciones y pensamientos. Por lo tanto, creemos fundadamente que todos llegaremos al cielo aunque por distintos caminos.

—No puedo absolutamente participar de vuestra opinion, repuso Eduardo; puesto que las divergencias que se observan entre las infinitas religiones que se profesan en el mundo son tan radicales y heterogéneas entre sí, que por poco que el hombre fije su atencion en la esencia de cada una de ellas, ve intuitivamente que es imposible que todas se enderecen hácia el mismo fin: toda vez que hay religiones que fomentan el odio contra los enemigos; otras que admiten la poligamia; otras que prescriben el infanticidio y los sacrificios humanos, etc. Y aunque las discrepancias de las diversas sectas protestantes entre sí no sean de tanto bulto, con todo no dejan de ser muy esenciales.

—Efectivamente, Eduardo; reconozco que hay

diferencias harto tangibles entre las religiones, y sería acaso preferible que no hubiese mas que una creencia universal. Pero ¿cómo encadenar todos los entendimientos en una misma idea? ¿cómo hacer gravitar todos los corazones hácia un mismo centro?

—La bellísima teoría de la unidad la teneis, pues, practicada en el Catolicismo. En la Iglesia católica no hay mas que un solo Pastor apacientando doscientos millones de ovejas esparcidas por toda la superficie del globo. ¡Qué espectáculo mas sublime podeis crear con vuestra fantasía, que el que ofrece ese anciano Pontífice sentado en la silla de san Pedro y rodeado de todas las virtudes, desde cuyo punto domina y dirige por espacio de diez y ocho siglos y medio á todo el orbe católico! ¿No es admirable esa fuerza magnética, esa union mística que enlaza al Vicario de Jesucristo en la tierra con sus ministros, y á estos con todos los fieles del universo? ¿Que á despecho de esos grandes trastornos que han conmovido el mundo social hasta en sus mas hondos cimientos, la Iglesia, sin ejércitos, sin riquezas, sin títulos de nobleza y sin otras armas que la cruz y el Evangelio, ha triunfado siempre de las innumerables legiones de sus poderosos enemigos? ¿No veis como se han hundido uno tras otro esos grandes imperios árbitros de los destinos del mundo, del cual excitaron á la vez el asombro, el terror y la envidia? Y sin embargo, la religion fundada por Jesucristo y predicada luego por sus

doce discípulos, hombres sencillos, pobres, de baja esfera y sin ninguna clase de prestigio mundano, ensancha de cada día sus ya inmensos dominios, y avanza siempre impulsada por el potente soplo de los siglos y derribando impetuosamente todas las barreras que se oponen á su victorioso paso.

— ¡Alto! Eduardo, exclamó el hijo de Escocia. No digais que la Iglesia católica siempre ha sido pobre; porque la edad media con sus suntuosos monasterios y abadías, con sus numerosas comunidades y con su lujo asiático de ornamentos, se levantaria para desmentir irrefutablemente vuestro aserto; pues todos los datos históricos de aquella época están contestes en afirmar que el clero nadaba en la opulencia.

En cuanto á la unidad y cohesion del Catolicismo, no cabe duda que seria admirable si fuese tal como vos aseverais. Pero tengo para mí, que entre el episcopado católico no hay la homogeneidad de creencias y de miras que vos suponeis.

— No objetaré que el clero fuese pobre en la edad media, ministro, repuso Eduardo; pero lo era, y mucho, en los primeros siglos del Cristianismo, cuando precisamente mas necesidad hubiera tenido de riquezas, si la inestimable joya de la doctrina cristiana no le hubiese abierto de par en par, así las puertas de las mas humildes chozas como las de los mas régios alcázares. Y en la actualidad el clero tampoco es rico, toda vez que la revolucion europea (cuya cuna fue

la Francia de fines del siglo pasado) lo ha despojado de la mayor parte de sus legítimos bienes; y esto no obsta para que los obreros del Evangelio se multipliquen sin cesar y ejerzan su sagrado ministerio con la mas rara abnegación y desprendimiento.

Los que sostienen que el Catolicismo carece de union entre sus principales miembros, continuó el jóven, ó ignoran por completo la historia y economía eclesiásticas, ó usan maliciosamente un lenguaje paradójico. Para hallar la verdad en este caso, léanse las obras que han escrito varios prelados de todos los tiempos en defensa de la religion católica, y analícense imparcialmente las doctrinas que exponen con un celo, ingenuidad y elocuencia verdaderamente apostólicos. ¿Teneis noticia, ministro, añadió, de una obra de fecha reciente y de un mérito imponderable, que traza un exacto paralelo entre el Catolicismo y el protestantismo?

—¿Y quién es el autor de esa obra, Eduardo? replicó el ministro con curiosidad.

—Un simple sacerdote español, cuyo perspicaz talento abarcó con una ojeada todas las ciencias que constituyen el patrimonio del saber humano: gran teólogo, eminente filósofo, consumado político, contundente dialéctico, en resumen, un fenómeno intelectual fecundado y desarrollado por el fuego del Catolicismo, cuyo nombre era Balmes.

—¡Balmes! ¡Balmes! exclamó el ministro con

aire meditabundo y dándose una palmadita en la frente como para evocar un recuerdo. He oído hablar de ese hombre, añadió en seguida. Me parece que ha muerto, ¿es verdad, Eduardo?

— Sí, ministro; ha muerto, pero vivirá eternamente en sus preciosas obras, replicó Eduardo con orgullo.

— Para que os persuadais de que no tengo ninguna idea preconcebida en contra del Catolicismo, os prometo, Eduardo, que cuando haya regresado á Escocia, he de leer la obra de ese insigne sacerdote español.

— Pues si la leéis sin ninguna prevencion, y colocándoos en un punto de vista elevado y ajeno á todas las mezquinas y rastreras afecciones que enturbian la pureza de los sentimientos y ofuscan la luz del entendimiento, no dudo que sacaréis gran provecho de su lectura, y que, en el artículo de la muerte, cuando veréis prácticamente lo que en esta vida nos oculta el denso velo de la fe, me habeis de dar las gracias por haberos guiado por el camino de la verdad.

En aquel momento entró el capitan en la cámara.

— ¡Hola! señores, ¿qué discusion tan animada es la que estais dilucidando? Hablad en inglés, y quizás podré dar tambien mi voto, dijo mister Mac-Kievet con tono de broma y sentándose al lado de Eduardo.

— Figuraos, capitan, dijo el ministro sonriéndose y llenando su pipa de tabaco, que nos he-

mos engolfado en una séria controversia religiosa, y que Eduardo con su artificiosa argumentacion pretende nada menos que arrastrarme al seno de vuestra religion.

—Eduardo hace lo que debe, pensó el capitán dando una afectuosa mirada al jóven español.

—Cuando acabo de visitar una buena porcion de puertos del continente occidental americano, vendiendo en ellos un buen número de Biblias, estaria sumamente gracioso que yo abjurara el protestantismo. No ; eso seria haber ido por lana y volver trasquilado : eso no puede ser. No obstante, confieso ingénuamente que la polémica que teníamos ahora mismo con Eduardo me ha dejado un invencible deseo de leer alguna obra en pro del Catolicismo.

—Bueno es que la conversacion que habeis tenido con Eduardo, observó el capitán elevando sus ojos en el ministro, haya despertado en vuestro ánimo esa comezon de enteraros de los escritos en favor del Catolicismo ; pues allí encontraréis cuantas noticias apetezcais acerca mi Religion. Y cuando el divino Pastor os llame hácia el camino de la verdad, no cejeis en vuestra santa resolucion por respetos humanos ; sino que, á imitacion de algunos distinguidos miembros de la célebre y antiquísima universidad de Oxford, entreis resueltamente en el redil de la Iglesia.

—¿Qué os parece de la ortodoxia del capitán? preguntó Eduardo lanzando una significativa mirada al ministro.

— ¡ Cuántas peripecias presenta la vida humana ! dijo el ministro disimulando una ligera sonrisa provocada sin duda por la frase de Eduardo. Hace cinco años fuí á América en un vapor de los Estados-Unidos, el cual llevaba cuatrocientos pasajeros, entre cuyo número habia solamente dos católicos : eran dos Hermanas de la Caridad francesas que iban á la Martinica.— Un dia cayó un marinero desde las vergas al puente rompiéndose un brazo. La abnegacion y solicitud maternal de aquellas dos buenas mujeres hácia el pobre marinero raya en lo increíble, y supérfluo es añadir que enterneció á todos los circunstantes.

— ¡ Yo os saludo, virtuosas hijas de san Vicente de Paul ! dijo para sí Eduardo.

— Lord B..., que se hallaba á bordo, prosiguió mister Brooke, prometió un sueldo de seis cheelines diarios á cada Hermana, si se obligaban á cuidar de los enfermos de un famoso hospital de Inglaterra ; pero ellas desecharon la oferta del noble Lord, alegando por todo pretexto, que su superiora las mandaba á la Martinica, y que á trueque de todos los tesoros del mundo no podian faltar á la obediencia.

— ¡ Bravo ! exclamaron sus dos interlocutores.

— Pues bien, prosiguió su compañero ; hasta al cabo de un mes de haber salido de Inglaterra, la vista de un templo católico de Filadelfia me recordó la existencia del gobierno espiritual de Roma ; y hé aquí que ahora vuelvo á Europa en

un buque de vela, dentro de cuyas cuatro tablas se respira una densa atmósfera de papismo que me indemniza ámpliamente del tiempo en que me veía siempre rodeado de mis correligionarios. Eduardo me acosa con su fascinadora argumentación calurosamente secundada por vos, añadió el ministro sonriéndose y mirando al capitán. ¿Quién resiste, señores, á ese doble y vigoroso impulso?

— Por manera que según vos decís, ministro, os hallais expuesto al fuego de dos terribles baterías, repuso Eduardo reventándose de risa lo propio que el capitán. Vamos, vamos: ya me apercibo de que entre el capitán y yo hemos de abrir una ancha brecha en la fortaleza de vuestra alma con el potente ariete de la doctrina católica, añadió el joven mirando de reojo al hijo de Escocia.

— Eduardo, cuando hayais concluido los trabajos de zapa y creais conveniente dar el asalto, contad con mi cooperacion en caso necesario, dijo mister Mac-Kievet con ironía.

— Siendo así, ya puede darse por tomada la plaza, se apresuró á responder el joven con el mismo tono.

— ¡Despacio, señores! gritó mister Brooke con acento y ademán cómicos y mirando alternativamente á sus dos compañeros. Antes de rendirme, quiero quemar hasta el último cartucho: preparaos, pues, para sostener una lucha muy reñida y con todas las reglas y formalidades que pres-

cribe la táctica militar. No faltan por cierto á la Reforma bien templadas armas y abundantes pertrechos de guerra , para tener en jaque á sus adversarios.

Eduardo y el capitan se rieron un momento de las baladronadas del ministro, y en seguida dijo á este el jóven español continuando la metáfora :

— Os prometo que el capitan y yo hemos de disputaros el terreno palmo á palmo , hasta que logremos desalojaros de vuestras últimas trincheras ; y entonces... forzoso será que capituleis y os rindais á discrecion !

— ¡ Es verdad ! murmuró el capitan con tono de chanza.

— Entre tanto, recojo el guante , y allá verémos , repuso el ministro con altivez y volviendo el rostro á sus interlocutores.

— Señores , os propongo un armisticio para el combáte , dijo Eduardo chanceándose.

— ¡ Sí , sí ; aplacémoslo ! respondió el ministro ; ¿ aceptais la tregua , capitan ?

— Convenido , repuso mister Mac-Kievet sonriéndose.

— Capitan , sacad una botella de vuestro exquisito porter , dijo mister Brooke. Pues creo que tanto á Eduardo como á mí nos conviene refrescar el tubo de la garganta ; de lo contrario, se nos enronqueceria la voz ; ¿ es cierto , Eduardo ? añadió con acento socarron.

— No me parece mal que bebamos , y propongo que sea á la salud del capitan.

El ministro hizo un risueño ademán afirmativo que demostraba su tácita aprobación á la propuesta de su jóven compañero.

— Por mi parte voy á brindar por vuestra salud, dijo mister Mac-Kievet lanzando una cariñosa mirada á sus dos interlocutores, en tanto que sacaba una botella de cerveza de su armario. ¡Quiera Dios que mañana á estas horas podamos repetir este *toast*! añadió con acento lúgubre y llevando el vaso á sus labios.

— ¿Cómo? ¿cómo? prorumpieron á coro mister Brooke y Eduardo.

— Las observaciones barométricas me están indicando que se nos viene encima una tremenda tempestad, repuso el capitan; y voy á dar inmediatamente las órdenes necesarias para que la fragata pueda contrarrestar hasta donde sea posible el empuje de las olas.

— ¡Diantre! exclamó el ministro con voz de alarma. Siempre temí que el cabo de Hornos hiciera de las suyas, y ya empezaba á extrañar que no nos obsequiase con una tormenta.

— Demasiado conozco las diabluras del cabo de Hornos, pensó Eduardo.

— Subamos al puente, dijo el capitan levantándose de su asiento, y desde allí podremos inspeccionar á nuestro sabor el estado de la atmósfera.

Cuando nuestros tres personajes llegaron al puente, eran solo las tres de la tarde; pero en la alta latitud glacial en que se hallaba la fragata

Lord Efigham á últimos de marzo, habia casi anochecido.

Diríase que el sol no se atreve á asomar (en otoño y en invierno) su pálido disco por aquellas inhospitalarias regiones; puesto que solo las ilumina breves instantes con sus oblicuos y tibios rayos.— El astro rey tiene indudablemente horror á los hielos del polo, y para preservar su rubia y refulgente cabellera de los rigores del frío, la envuelve en un triste y vaporoso ropaje de color de plomo.

— ¡Qué cerrazon tan espantosa! exclamó el ministro al pisar el puente con sus dos compañeros, viendo el cariz de mal agüero que presentaba la atmósfera.

— No estemos parados, señores, dijo el capitán poniendo término á las observaciones atmosféricas que hacian sus dos compañeros. La inacción podria helarnos, añadió.

Entonces nuestros tres individuos empezaron á ir y venir por el puente con tanta agilidad, como pudiera hacerlo una ardilla dentro de su jaula.

— Si me diesen á escoger entre el clima de estos países y el infierno, dijo el ministro agitando sus brazos como un par de remos, es probable que optaria por el segundo lugar.

Así que el ministro hubo hablado, se oyó un rumor sordo á pocas brazas de distancia del buque, en cuyo punto la superficie del mar se agitó trazando un vasto, ondulante y espumoso círcu-

lo ; y en seguida apareció una enorme ballena que , al sacar su monstruosa cabeza á flor de agua , abrió desmesuradamente la boca lanzando , al propio tiempo , una mirada tan aterradora hácia la popa de la fragata , donde se hallaba nuestro triunvirato , que cualquiera hubiera dicho que aquel cetáceo no se habia levantado del fondo del océano mas que para protestar severamente contra las palabras semiheréticas del ministro.

— ¡ Si la habrá disgustado mi apología de estas zonas ! pensó el hijo de Escocia al ver la imponente actitud del rey de los mares.

— Esos gigantescos animales suelen ser los precursores de violentas borrascas , dijo el capitán designando á sus dos compañeros la ballena al zambullirse esta en el mar.

— ¡ Cuán diferente es este clima del de Escocia ! dijo mister Brooke tratando de dar otro giro á la conversacion.

— Por Dios , ministro , no nos habéis del nebuloso clima de vuestro país , repuso Eduardo. Si viérais el hermoso cielo de España , quedaríais mudo de admiracion. No en balde los mas famosos pintores y poetas de todos los siglos han agotado todo su ingenio para reproducirlo sobre el lienzo ó sobre el papel : pero ni la maravillosa paleta de los unos , ni la mágica pluma de los otros , ha logrado arrebatár á la naturaleza su inimitable color de zafir.

— Teneis razon , Eduardo ; he visto con mis

propios ojos el cielo de las costas de España que baña el Mediterráneo, y en efecto tiene mucho de encantador para el extranjero, repuso el capitán.

— Es decir, que habeis estado en mi país! dijo Eduardo con aire jovial y estrechando con efusion la mano del capitán.

— Sí, repuso este. Corria el año de 1834: en aquella época me hallaba de segundo piloto en un buque que salió de Liverpool, con orden de ir á tomar á Tarragona un cargamento de vino para Buenos-Aires. Pero al arribar al puerto español, tuvimos que largarnos de grado ó por fuerza regresando á Inglaterra con lastre.

— ¿Por qué motivo? preguntó Eduardo con interés.

— Á la sazón el cólera hacia estragos en la Península ibérica, y á la Junta de sanidad de Tarragona se le antojó decir que nuestra patente era súa.

— ¿Y no os permitieron desembarcar, capitán? preguntó mister Brooke.

— Sí, respondió el interpelado; nos dejaron pisar algunos minutos la punta del muelle, en cuyo sitio (si no estoy trascordado) habia una barra ó cadena de hierro que cogia todo lo ancho de la escollera. Allí, pues, el médico español (de quien nos separaba lo grueso de la barra), hizo sacar un palmo de lengua á toda la tripulacion.

Eduardo y el ministro se sonrieron de las pa-

labras del capitan , quien prosiguió su relato diciendo :

— En honor de la verdad , debo declarar que este interesante miembro del cuerpo humano (y al decir esto tocaba su lengua con el dedo) no dejaba nada que desear respecto á la inmejorable salud de nuestras personas. Pero el facultativo tenia seguramente por único consejero al miedo (que es el peor en tales casos), y nos rehusó rotundamente la entrada en el puerto.

— De modo , que despues de la inspeccion lingüística , tendríais que reembarcaros para Inglaterra ; ¿ fue así , capitan ? dijo el ministro con tono de chanza.

— Ni mas ni menos , ministro , repuso mister Mac-Kievet con el mismo tono.

— ¡ Cuánto siento que os llevárais tamaño chasco ! dijo Eduardo mirando á mister Mac-Kievet. ¡ Ya procuraré endulzarle el recuerdo de mi patria ! se dijo á sí mismo el jóven español.

— En efecto , fue un lance desagradable ; pero está ya demasiado léjos para que guarde de él el menor resentimiento : muy al revés ; pues siempre que lo traigo á la memoria , me excita la hilaridad , dijo el capitan mirando á nuestro héroe con una sonrisa en los labios.

Al decir estas palabras , las sombras de la noche iban á completar su periódica victoria sobre la luz del dia ; y el viento robustecia sensiblemente su soplo , que era además tan sutilmente frio , que burlándose de los récios abrigos que le

oponian el ministro y Eduardo para preservar sus cuerpos de tan incómodo huésped, este les taladraba hasta la medula de los huesos, según lo atestiguaban los amoratados rostros de nuestros dos personajes.

— Eduardo, el viento refresca y arrecia, dijo entonces el ministro. Volvámonos á nuestra estufa, ó sino me hielo. Allí estaremos como dos tortugas en su concha.

— Me habeis robado el pensamiento, ministro, repuso el jóven; pues ahora iba á haceros la misma proposicion, porque este viento es capaz de cuajarnos la sangre en las venas; y por otra parte, el mar está tan alborotado, que apenas puede uno resistir el balanceo del buque.

— ¿No bajais, capitan? preguntó á este mister Brooke viendo que se quedaba en el puente.

— ¿Yo bajar en momentos tan críticos? repuso mister Mac-Kievet. No, ministro, no; es probable que no pueda moverme de aquí en toda la noche. ¡Cuán poco iniciado estais en la arrastrada vida del marino! El capitan de un buque debe obrar, durante un temporal deshecho, como un bizarro general en el campo de batalla; este dirige las evoluciones militares desde su caballo; y si es menester, muere honrosamente en lo mas empeñado del combate con todos sus soldados: aquel debe dirigir impertérrito la maniobra desde el puente, y cuando no queda otro recurso, sucumbe gloriosamente con toda su gente.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas

con fuego por el capitán, quien en aquella ocasión rebosaba entusiasmo por todos los poros de su cuerpo; y á pesar de haber llegado medio heladas por la temperatura á los oídos de Eduardo y el ministro, con todo pudieron arrancar á estos la siguiente exclamación:

— ¡Muy bien!

Y al mismo tiempo ambos se deslizaban por la escalera.

— Antes que marino, prefiero mil veces ser ministro protestante, pensó mister Brooke al entrar en la cámara.

Así que estuvieron sentados en torno del calorífero, Eduardo interpeló á su compañero diciéndole:

— La comparación que acaba de hacernos el capitán, es adecuada en cuanto á la heroicidad de la muerte. Pero... ¿y en cuanto á la fama póstuma?...

— Es verdad, repuso el ministro admirando la juiciosa observación del joven. ¡Ah! ¡cuántos Aquiles desconocidos encierra el océano en sus profundísimas entrañas!

— La gloria póstuma de un general, continuó Eduardo, no solo trasciende á su familia, sino que su eco retumba por los cuatro ángulos del mundo: y para que la mas remota posteridad no lo ignore y lo admire, aquella heroica hazaña queda archivada en el imperecedero panteón de las efemérides de la humanidad, cuya primera piedra colocó nuestro primer padre en el paraíso.

Mas... ¿quién sabe y ensalza la muerte del bravo marino?... quién?... ¡Oh! sí!... No faltan en un microscópico punto de la superficie de la tierra cinco ó seis personas que visten de riguroso luto: es una desconsolada esposa que llora á lágrima viva la irreparable pérdida de su idolatrado marido: son tres ó cuatro niños que, en su orfandad y miseria, mezclan su llanto con el de su desventurada madre. En resúmen; el bravo marino muere como esos fugaces metéoros nocturnos que brillan y espiran, sin ser vistos, en la inmensidad del espacio; al paso que la muerte del general deja en pos de sí un rastro de luz deslumbrante é inextinguible!

— ¡Soberbio y patético parangon! exclamó mister Brooke electrizado por las palabras de Eduardo.

— Quizás mi elegía no hubiera disgustado al capitan, dijo Eduardo.

— No lo dudo: pero por otra parte, cásí me felicito de que mister Mac-Kievet no haya oido nuestra conversacion: pues á no engañarme, al través de su rudeza de marino, se le observa un corazon sensible, y vuestras palabras, añadió el ministro fijando la vista en su interlocutor, le hubieran herido en la fibra mas delicada.

— Es cierto, contestó el jóven; tal vez mi oracion fúnebre hubiera causado al capitan una emocion demasiado viva; pues yo creo que siente mucho y noblemente: á lo menos este es el concepto que he formado del carácter de mister Mac-Kievet.

— No andais equivocado, Eduardo, respondió el hijo de Escocia despidiendo una larga espiral de humo por el ángulo de su boca. Hace ocho meses que conozco al capitán, y en todo este tiempo no se me ha desvanecido la ilusión de que es una persona de prendas altamente recomendables.

Al decir esto, una tremenda cabezada del buque (el cual hundió toda su proa en un espantoso torbellino de espuma) hizo crujir fuertemente todo su maderamen, y al mismo tiempo se oía, desde la cámara, la voz atronadora del capitán diciendo:

— ¡Muchachos, á tomar rizos!

Al instante toda la tripulación se encaramó á las vergas, con tanta simultaneidad, que parecia haber sido impulsada por un mágico resorte.

— ¡Qué noche tan cruda vamos á tener! pensó el capitán paseándose con presteza por el puente. ¡Pobre Eduardo y mister Brooke: calentaos entre tanto; ya participaréis tambien de la terrible catástrofe marítima que se cierne sobre nuestras cabezas!

VI.

En aquel momento habia cerrado la noche con toda su negrura; las ráfagas huracanadas del Sudoeste silbaban horribilmente por entre los mástiles y aparejos de la fragata Lord Efigham, contra cuyo casco se estrellaban con imponde-

rable furia y estrépito grandes masas líquidas, en forma de montañas, que vertían de su vasto seno torrentes de agua sobre el puente del buque, el cual tan pronto parecía remontarse á las regiones aéreas como descender al fondo de un negro é insondable abismo. Colíjase por lo dicho, cuán atroz seria su movimiento y la ansiedad de los navegantes.

Veamos ya lo que pasó en el interior de la fragata durante la tormenta.

— ¡Á la capa! aulló el capitan viendo que el huracan arreciaba tomando proporciones espantosas.

Pocos minutos despues se oyó en el aire un ruido tan atronador é indescriptiblemente pavoroso, como si divagaran por el espacio legiones de demonios arrastrando pesadas cadenas: era el bramido de una ráfaga que, al pasar sobre el buque, encorvó su arboladura rasgando la vela de gavia en mil puntos y con tanta facilidad como si hubiera sido de papel de estraza! Entonces la fragata se quedó á palo seco, y por lo tanto enteramente abandonada á merced de las olas.

Hemos dejado á Eduardo y á su compañero sentados en la cámara del capitan, cuando el buque dió la primera cabezada.

— ¡Dios mio! exclamó el ministro al verse inopinadamente arrancado de su asiento y derribado al suelo por el brusco movimiento de su morada acuática.

— ¡Si se habrá roto alguna costilla! pensó

Eduardo al ver que el ministro no tenia aliento para levantarse. Vamos, no os acobardeis, dijo el jóven tendiendo una mano á su compañero: esos tumbos son las caricias del cabo de Hornos.

Cuando mister Brooke estuvo de pié (gracias á la ayuda de Eduardo), se agarró al dintel de la puerta de la cámara, y haciendo visibles esfuerzos para dominarse á sí mismo, gritó con voz firme:

— ¡Steward!

— ¿Qué quereis, sir? preguntó el despensero.

— Anda listo: tráeme una botella de cognac, repuso el ministro con inusitada viveza.

Al poco tiempo entraba el despensero, jadeando, en la cámara del capitan, entregando la pedida botella á mister Brooke.

— ¿Con qué esa danza infernal os da gana de beber? dijo Eduardo extrañando la ocurrencia del ministro.

— Sí, Eduardo, repuso el interpelado. Siempre que al mar se le antoja alborotarse, y antes que el horroroso espectro del miedo se apodere de mi cuerpo, suelo echar en él algunos sorbos de licor.

Y diciendo esto, cogió la botella con ardor febril, y llevándola á sus labios con una agilidad portentosa, la apuró cási toda de un trago, sin dar lugar á que su atónito compañero pudiera impedirselo.

— ¡Ya tenemos beodo á todo un señor ministro protestante! pensó Eduardo apenas vuelto de

su sorpresa. ¡ Infortunadas ovejas del protestantismo! ¿ de esta suerte se preparan vuestros pastores para morir?... ¿ Cómo pueden exhortaros á vosotras, para traspasar cristianamente los umbrales de la eternidad?... ¡ Oh! esos opimos frutos solo puede darlos el carcomido árbol de la Reforma!...

Poco tardaron los efectos de la embriaguez en asomar al rostro del ministro; quien así que hubo bebido el cognac, y conservando todavía una chispa de razon, miró estúpidamente á Eduardo diciéndole:

— ¡ Voto al diablo!... estemos alegres... cercanías del polo Antártico... erizadas... peligros... mar va á tragarnos... cumplirá... vaticinio... mister Benson... banquete peces...

Despues solo salieron de la boca del ministro palabras casi inarticuladas y mas incoherentes que las antedichas.

Las entrecortadas frases pronunciadas por mister Brooke en lo mas récio del temporal no dejaron de impresionar momentáneamente á Eduardo, quien logró serenar en seguida su ánimo, pensando en los sublimes consuelos de nuestra augusta Religion y en sus ancianos padres.

— ¿ Qué hago de este hombre? murmuró Eduardo mirando al ministro, cuyo cuerpo habia caido desplomado en un rincon de la cámara donde roncaba estrepitosamente en una postura muy antiacadémica.

Despues de una breve deliberacion, nuestro

héroe hizo un prodigio de fuerza y de destreza: esto es, que á despecho de los vaivenes del buque y del peso del cuerpo del discípulo de Lutero, levantó á este del suelo y le colocó en sus brazos como un fardo de mercancías, depositándole luego en su cama.

Cuando el ministro estuvo instalado en su camarote y sólidamente asegurado por Eduardo contra las sacudidas del buque, el jóven español se metió en el suyo; y allí de rodillas, y con un fervor angelical, imploraba al Dios de las misericordias para que con su omnipotente mano enfrenara el furor de los elementos, permitiéndole regresar ileso al hogar doméstico, donde con su asiduo trabajo y amor filial se proponía prolongar la existencia de sus idolatrados y bondadosos padres.

— ¿Habrá resuelto alguna vez la mecánica los millones de caballos equivalentes á la fuerza del mar en una tormenta como la presente? se preguntó Eduardo á sí mismo con asombro, viendo que las embravecidas olas jugueteaban con las mil toneladas que les oponía la fragata como un niño con su pelota.

— ¡Eh! ¡Eduardo! ¡Mister Brooke! ¡Vamos á tomar el té! gritó el capitan bajando del puente.

Empero su voz no encontró eco.

Extrañando que nadie respondiera á sus palabras, penetró en su cámara diciendo:

— ¿Qué habrá sucedido?

Entonces se aproximó al camarote del jóven español.

— ¿Sois vos, capitán? preguntó este algo perturbado al verse sorprendido en su fervoroso rezo.

— Sí, sí, Eduardo, dijo mister Mac-Kieviet conociendo la perturbacion del jóven y tratando de disipársela: en toda ocasion es necesario que invoquemos el auxilio de lo alto; pero en los momentos de peligro debemos redoblar el fervor de nuestras plegarias. En todos mis apuros, continuó, he corrido á cobijarme bajo el manto de la Vírgen, esa radiante estrella del mar. Junto á ella he respirado el perfume de su immaculado aliento; allí he sentido la inefable dulzura de sus miradas, el suave calor de sus purísimos besos y la apacible frescura de sus sonrosados y virginales labios; y reclinando mi cabeza sobre aquel pecho que amamantó al Adán de la gracia, he gustado las delicias de un sueño de angelical fantasía!...

Por lo tanto, no desmayemos, Eduardo. Si bien debo confesar que esta desencadenada tormenta es de las mas terribles que he presenciado en mi dilatada carrera náutica; con todo estoy tranquilo y resignado, aguardando lo que Dios en sus sábios é inescrutables designios haya dispuesto de nosotros. Sin embargo (añadió con un acento de profunda conviccion) presiento que la divina Providencia no tiene destinada la sepultura del mar para nuestros cuerpos.

— ¡Oh! si los buenos franciscanos del Callao pudieran ver el regocijo que en este instante rebosa mi pecho á pesar del inminente riesgo que corre mi existencia! dijo para sí Eduardo al escuchar el cristiano lenguaje del capitán.

— Sí, Eduardo, prosiguió mister Mac-Kievet. ¿Qué importa que muramos hoy ó mañana, puesto que sabemos que es preciso partir tarde ó temprano? ¿Qué son los años de vida que nos puedan restar, mas que otros tantos átomos perdidos en el infinito mar de la eternidad?... Lo que interesa y apremia, es que la muerte no nos coja desprevenidos (¡ay del soldado que esté desarmado el día de la tremenda y decisiva batalla!), sino que cuando pulverice nuestros cuerpos, nuestras almas estén limpias de crímenes, para que con las alas y la blancura de la paloma puedan remontar su vuelo hasta las gradas del trono del Eterno para recibir de su mano la radiante é inmortal corona de la gloria!

La voz de mister Mac-Kievet tenia una dulzura tan paternal, que cualquiera hubiera creído que hablaba á su propio hijo.

Eduardo escuchaba llorando de ternura las palabras del capitán, que aunque de elocuencia sencilla, eran sin embargo sublimadas por lo supremo de las circunstancias... Así como al hallarnos al borde de un horrendo precipicio se nos despiertan con mas viveza las ideas de terror, ó como al son de una marcha guerrera se nos avivan y hierven en nuestro pecho las ideas bélicas.

¿Puede darse mayor sencillez que la que reflejan las páginas de la sagrada Escritura? Y no obstante, ¡cuán majestuosas se imprimen en el pensamiento! ¿Por qué?... Porque las palabras que encierran son emanaciones del cielo; y todo lo que procede del cielo, es grandioso, es sublime!...

—¿Y mister Brooke, qué ha sido de él? preguntó el capitán después de una corta pausa mirando á Eduardo.

—Está tendido en su cama.

—¿Indispuesto ó miedoso? insistió el capitán con ironía.

—Nada de eso, contestó el joven refiriendo al capitán la repugnante escena de que tiene ya noticia el lector.

—¡Qué hombres produce la Reforma! exclamó mister Mac-Kievet. Creed, Eduardo, que la moral de una respetable porción del clero protestante está exactísimamente fotografiada en el vergonzoso ejemplo personificado en mister Brooke. Pero vamos á tomar el té, prosiguió arrastrando consigo al joven español.

Ambos personajes se sentaron á la mesa del comedor con los dos pilotos, el contramaestre y el carpintero.

—¡Cielos, qué noche! exclamó el primer piloto temblando de miedo.

—¿Dónde está mister Brooke? preguntó el segundo piloto notando la ausencia del ministro: añadiendo para sí: ¡Que no haya sucumbido á

la tentacion de suicidarse para evitar los horrores del naufragio!

— Está en su camarote algo mareado, contestó Eduardo encubriendo á los ojos de la tripulacion la vergonzosa conducta de su compañero.

— ¡Hay mareos que se parecen al miedo como dos gotas de agua! dijo el contramaestre en sus adentros poco satisfecho de la contestacion de nuestro héroe.

— ¡Qué! ¿no hay apetito, Eduardo? dijo el capitan mojando pedazos de galleta en el té de su taza, al reparar en la inmovilidad del jóven español.

— ¿Quién puede tener apetito? observó mister Benson. Seria preciso no conservar una chispa de juicio para comer en medio de esa furiosa borrasca.

Al concluir el piloto su oportuna frase, una rapidísima oscilacion del buque desprendió la mesa del mástil que la sujetaba, arrancando de cuajo los bancos enclavados en el suelo; y los comensales, los platos, las tazas, los cubiertos, en definitiva, cuantos objetos habia en el comedor, rodaron por el suelo con infernal ruido y confusion hasta tropezar con la pared de los camarotes de estribor, donde quedaron horriblemente hacinados y envueltos en las mas espesas tinieblas.

— ¡Jesucristo! exclamaron entonces varias voces con acento terrorífico.

En aquel momento un enorme barril lleno de harina que habia en un camarote de babor fue disparado como un proyectil, y estallaba como una bomba á pocas pulgadas de distancia de nuestros pobres navegantes; y al propio tiempo una impetuosa ola, derribando una de las puertas del comedor, convertia este en un lago.

El peso del agua y de los demás objetos que gravitaban sobre la parte de estribor ladearon tan terriblemente la fragata, que puede decirse que esta permaneció medio sumergida algunos segundos debajo de la superficie del mar.

Hubo un largo intervalo de silencio sepulcral entre nuestros personajes.

Hubiérase dicho que la muerte, habiendo consumado ya su obra destructora, se paseaba triunfante por el comedor del Lord Efigham. El heterogéneo y diforme grupo que habia á la sazón en aquella estancia no puede reproducirlo el pincel de la imaginación: su facsímile solo podria encomendarse al buril de un aventajado estatuario.

— ¡Ay! ¡ay! gritaron al fin varias voces exhalando lastimeros gemidos.

— ¡Virgen santísima, amparadnos! exclamó Eduardo con desgarrador acento.

— ¡Buen ánimo, señores! vociferó el capitán bregando por desenredarse de aquel monstruoso hacinamiento de miembros humanos y de otros objetos empapados en agua y harina. ¡Vamos, Eduardo! ¡Eh! levantarse! continuó mister Mac-

Kievet así que se vió libre, y mientras andaba á gatas hasta el pié de la escalera que conducia al puente, por la cual se encaramó en seguida culebreando.

— ¡Todo el timon á sotavento! dijo el capitan con voz estentórea al pisar el puente despues de inaudito trabajo.

La maniobra que ordenó el capitan no pudo ejecutarse, pues la violencia del huracan no permitió largar un palmo de vela, y la horrorosa marejada habia vuelto el timon ingobernable.

Mister Mac-Kievet, temiendo que la fragata zozobrara meciéndose á palo seco, queria virar en redondo presentando la popa al huracan para huir velozmente de la tempestad que en aquel momento parecia haber llegado á su apogeo.

Viendo, pues, que era infructuosa toda tentativa para arrancar al buque de las garras del huracan, el capitan levantó la tapa de la escotilla de su cámara, y encendió un fósforo, con cuya luz pudo observar el barómetro que estaba fijo en la pared de la abertura que miraba á popa.

El instrumento indicador del grado de elasticidad atmosférica dejaba entrever un saludable retroceso hácia el buen tiempo; pues la columna de mercurio que poco antes marcaba tempestad, habia subido.—Al apercibirse de esta feliz circunstancia, el capitan se abalanzó á la escalera gritando desde allí con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Eduardo, estamos salvados!

La voz del capitán, semejante á la trompeta del ángel del juicio, tuvo el poder de resucitar á los muertos.

Aquellas tres palabras pronunciadas por mister Mac-Kievet penetraron en el comedor como otros tantos rayos de vivísima luz en la lobreguez de aquel charco de blanco líquido cuajado de seres humanos y de escollos.

La sensación que causó la fausta noticia del capitán en el ánimo de Eduardo y de sus compañeros, solo puede compararse con la que recibe el reo participándole el real indulto cuando la cuchilla fatal va á descargar sobre su cabeza.

Bien pronto se oyó un confuso rumor en el comedor de la fragata, el cual tomó un crescendo tan espantoso, que parecía rivalizar con el bramido de las olas y del huracán: era que Eduardo y sus compañeros, con sus chorreantes vestidos, hacían heróicos esfuerzos para levantarse: tarea harto difícil en medio de aquella galop infernal acompasada por dos nutridísimas é inarmónicas orquestas: la de los elementos, y la del maderámen del buque.

La escena que se representaba en aquel acto en el comedor, se asemejaba en lo complejo al interior de una colmena cuando un enjambre de abejas está elaborando los panales de su cerámica y melíflua industria.

Con estos renglones concluye la parte dramática de la tempestad: ahora ensayaremos de describir la parte jocosa.

— ¡El diablo cargue con la mesa! dijo el carpintero con voz de trueno al dar de hocicos en el canto de aquel mueble.

— ¡Jesús! exclamó Eduardo al ver las estrellas de resultas de un tremendo pisotón.

— Esto es el laberinto de Creta, murmuró mister Benson pugnando infructuosamente para salir del comedor.

— Sí; esto parece en efecto un laberinto, pero con diluvio y terremoto, gruñó entre dientes el segundo piloto.

— ¡Qué fría está el agua para mi reumatismo! dijo por lo bajo el carpintero. El médico no me había prescrito este baño de agua blanca y helada: esto es contra ordenanza.

— ¡Steward, luz! ¿Dónde está ese tunante? dijo mister Benson.

— ¡Sir! contestó el despensero con una voz tan cavernosa que parecía la de un ventrílocuo.

El pobre Steward se hallaba como el caracol en su concha; es decir, en su despensa durante el cataclismo artificial, donde cayó cual otro Sansón con todos sus filisteos; esto es, con una gran parte de vajilla, cubiertos, cuchillos, etc.: de modo que así como los personajes del comedor nadaban en un charco de blanco líquido, el cuerpo del pobre despensero estaba nadando en un mar de cacharros y de utensilios del arte culinario. En este estado le sorprendió la interpe-lación del primer piloto, cuya orden se apresuró á

obedecer, y poco despues entraba en el comedor con un farol encendido.

La aparicion de la luz fue saludada con una coreada y estrepitosa carcajada.

Así que se iluminó aquel tenebroso y extravagante cuadro, el cuerpo del contramaestre estaba medio metido en el tonel de harina. El carpintero tocaba el suelo con su cabeza, pero sus piés estaban enganchados en un travesaño de la volcada mesa; y Eduardo y los dos pilotos formaban con sus cuerpos el mas fantástico ovillo en un ángulo del comedor.

Mientras se está desenredando tan enmarañada y singular madeja en aquella pieza, subamos al puente de popa, donde encontraremos al capitan interpellando á un marinero de esta manera:

—Supongo que al principiar la tormenta habréis metido á Cooper en vuestra cámara, ¿no es verdad?

—Cooper está ahora en nuestra cámara, sir; pero por desgracia nadie se acordó de él al desatarse la furiosa borrasca; de modo que su demacrado cuerpo está hecho una sopa. ¡ Si le viérais, sir! ¡ pobrecito!... parece que no le queda un átomo de vida! añadió el marinero con acento de compasion.

—¡ Desdichado! pensó el capitan enjugando una furtiva lágrima con su pañuelo. Dí al dispensero que quite la ropa mojada al enfermo y que le dé á oler el frasquito de mi botiquin, ¿lo

entiendes? añadió mister Mac-Kievet volviéndose á su interlocutor.

—Voy, sir, repuso el marino alejándose.

Poco tiempo despues el capitan gritó:

— ¡ Steward !

— ¡ Sir ! contestó el despensero.

— Da de beber á los marineros. Hora es ya de que reparen sus extenuadas fuerzas y reanimen sus ateridos miembros, añadió para sí el capitan.

En efecto, en lo mas crítico de la tormenta, la tripulacion, desafiando heroicamente el furor de los elementos, habia hecho un rudísimo trabajo, ora ejecutando las mas arriesgadas maniobras, ora haciendo funcionar la bomba, la cual no cesó en toda la noche de extraer la mucha agua que hacia la fragata.

— ¡ Acercaos ! gritó el despensero desde la puerta del comedor á los marineros, que en aquel momento estaban agrupados en derredor de la bomba.

— ¿ Qué hay ? exclamaron varias voces.

— ¡ Venid ! ¡ venid !

Al penetrar los marineros en el comedor, gracias á los titánicos y combinados esfuerzos del segundo piloto, del carpintero y el contramaestre, se notaba ya algun concierto en aquel espantoso desórden, que media hora antes habia convertido aquella estancia en verdadero campo de Agramante. Sin embargo, no faltaban aun bastantes vestigios de la reciente catástrofe, como para

indicar con su expresivo mutismo: «Aquí fue «Troya.»

—Tengo orden del capitán para daros un licor que os caliente un poco los cascos. ¿Qué licor queréis, eh, buenas piezas? dijo el despensero viendo entrar los marineros en el comedor.

—¡Ron! contestó unánimemente la asamblea.

—Cuidado con hacer calaveradas, murmuró el despensero, sacando dos botellas de ron de su camarote y entregándolas á la tripulación. Á vosotros no se os puede mimar demasiado porque luego os propasáis, añadió con un gesto de mal humor.

—¡Véte al diablo, despensero de Satanás! prorumpió un miembro de la asamblea, después de haber alojado en su cuerpo una dosis regular de alcohólico licor. ¿Crees por ventura habértelas con una horda de cafres? continuó el marinero, lanzando rayos de sus encendidos ojos y amenazando con sus hercúleos puños al despensero.

—¡No puede uno siquiera chancearse con vosotros! replicó el intimidado despensero con un timbre de voz tan suave y gazmoño, que contrastaba singularmente con la rudeza de su fisonomía.

—En tratándose de bromas, ya es otra cosa, respondió el irascible marinero, deponiendo su cólera y acariciando con su mano las patillas de su interlocutor.

Por lo visto, la satisfacción indirecta del despensero fue la punta metálica que atrajo hácia

sí y descargó la nube de electricidad del ánimo del marinero.

—Vamos, que la danza habrá sido también regular en el comedor! dijo un individuo de la tripulación al ver la mesa y los bancos fuera de su sitio, y la espesa capa de harina mojada que cubria el pavimento.

—¡Maldita noche! exclamó otro marinero. Nunca he creído tan cierto como hoy que los huesos de mi cuerpo crujirian entre los acerados dientes de un tiburón.

—¡Qué porrazos y qué caídas! ¿es verdad, Freeman? dijo otro.

—Y aquella furiosa ola que por milagro no nos ha arrojado al mar, ¿te acuerdas, Burden? observó un tercero palideciendo.

—¡Todavía se me erizan los cabellos! replicó el interpelado estremeciéndose.

—¡Ah! si os hubiéseis hallado en la despensa, murmuró el despensero con tristeza.

—¡Y si os hubiéseis hallado aquí! se apresuró á replicar con el mismo tono el contramaestre designando á los marineros el rincón del comedor, que fue el punto culminante de la tragedia.

—¡Qué pudding tan exquisito! exclamó mister Benson, retorciéndose los faldones de su paletó que destilaban un líquido de color indefinible.

—Por poco se cumple al pié de la letra la profecía de mister Benson, dijo Freeman al oído de su compañero.

— ¡Chist! replicó su compañero, sellando sus labios con el dedo.

— ¡Á la bomba, muchachos! vociferó el capitán desde el puente, poniendo fin á la conversacion de los marineros.

Cuando el capitán bajó del puente, encontró á Eduardo sentado en el sofá de la cámara y en actitud cavilosa.

— Esta noche debia ser la última para nosotros, dijo el capitán corriendo á estrechar al joven entre sus brazos. ¡Oh! querido Eduardo, prosiguió. Así que conseguí llegar al puente tras un inaudito trabajo, me horroricé al ver que el buque estaba tan inclinado á la banda, que las olas cubrian toda su arboladura: aquella terrible posicion horizontal del costado de estribor debia hacernos naufragar!... ¡entonces debíamos morir!... pero la Virgen nos ha salvado, Eduardo, añadió con voz muy conmovida.

— Sí, sí, capitán, la Reina de los Ángeles nos ha salvado, replicó el joven español con los ojos anegados en llanto.

— Ahora, idos á acostar, Eduardo, dijo mister Mac-Kievet despues de algunos minutos de mútua y expansiva alegría. Es mas de media noche, y la tempestad ha calmado bastante, aunque el oleaje es fuerte todavía.

Eduardo dió, pues, las buenas noches al capitán y se fué á la cama. Mas las violentas sacudidas de la fragata, el monótono ruido de la bomba, y, sobre todo, las cristianas emociones que

hacian acelerar los latidos de su corazón, al traer á su mente el patente milagro obrado por la Virgen, ahuyentaron el sueño de sus párpados.

En el fondo del camarote de Eduardo, y á poca altura de la cama de este, habia una ventanilla ovalada, cuyo cristal tenia mas de un centímetro de espesor. Haria cosa de media hora que el jóven se habia acostado, cuando un golpe de mar, rompiendo el cristal de la ventanilla, inundó de agua salada la cámara de nuestro héroe.

— ¡Capitan, socorro! ¡me ahogo! gritó desde su cama el jóven español al recibir la inesperada visita de su líquido y frio huésped.

— ¿Qué os ha sucedido, Eduardo? preguntó con ansiedad mister Mac-Kievet, volando en auxilio de su compañero.

Cuando el capitan vió la causa del sobresalto de Eduardo, se desgañitó de risa, diciendo:

— Vamos, no hay por qué asustarse: este no es mas que un segundo y singular baño de agua salada. Mas agradable hubiera sido tomarlos en la zona tórrida, ¿es cierto, Eduardo?

— No cabe duda, contestó este repuesto de su susto, y riéndose de la idea del capitan.

— Salid pronto de aquí, Eduardo, y acostaos en mi camarote, pues yo debo pasar la noche en el puente; pero antes me quitaré de encima la ropa mojada.

Mientras el capitan se mudaba de ropa y Eduardo se dirigia al camarote de aquel, la fragata experimentó una superlativa oscilacion simultánea y

se oyó un pesado golpe contra el pavimento del camarote de mister Brooke, cuyo cuerpo, como sabe el lector, había sido sólidamente asegurado por Eduardo. Empero, ¿cómo resistir tan rudas y reiteradas pruebas?

— Voy á ver lo que se ha caído, dijo Eduardo oyendo el golpe, y dirigiéndose al camarote del ministro.

— ¿Qué ha sucedido? preguntó el capitán desde el suyo.

— Nada! contestó el jóven español riendo como un loco. El cuerpo de mister Brooke, que, lanzado de su camarote al espacio...

— ¿Qué?... ¡ah, ya caigo!... ha obedecido á la ineludible ley de gravitacion universal! ¿es así, Eduardo? dijo el capitán, creyendo haber completado la truncada frase de su interlocutor.

— Precisamente, replicó este contemplando el cuerpo inerte del ministro, y volviéndose al camarote de mister Mac-Kievet.

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! prorumpieron unánimes ambos personajes.

— ¡Ay! ¡ay! gritó mister Brooke á poco de haber dado su automática y tremenda caída (pues la cama del ministro distaba siete palmos del suelo).

— ¿Qué teneis, ministro? preguntó Eduardo al oír los gemidos de mister Brooke en tanto que se metía en la cama del capitán.

Era evidente que el balacazo había sido el me-

jor específico para que el hijo de Escocia despertara de su profundo letargo.

— ¿Dónde estoy? preguntó el discípulo de Lutero al abrir los ojos, espantado de los violentos y atronadores vaivenes de la fragata.

— ¡Hola! Mister Brooke! ¿ha pasado ya el sueño? dijo el capitán desde su camarote, mordiendo los labios de risa.

— ¿Quién me llama? contestó el interpelado frotándose los ojos y exhalando un bostezo tan ruidoso, que acaso la ciencia acústica hubiera calificado de rebuzno.

— ¡Yo! el capitán de la fragata y vuestro mejor amigo! se apresuró á responder mister MacKieviet con ironía.

— ¿Con qué estoy en cuerpo y alma á bordo de la fragata Lord Efigham?... ¡Ah! es verdad; lo habia olvidado! ¡Maldito y soporífero cognac! murmuró el ministro entre dientes y esperezándose.

Al concluir su última frase, el discípulo de Lutero volvió á quedar íntimamente abrazado con el dios Morfeo.

Aquella misma noche fué calmando gradualmente el huracán, y doce horas despues, la poco há turbia, accidentada, turbulenta y espumosa superficie del mar, estaba tan lisa, tersa y tranquila como la de un espejo.

Hay ciertas afinidades latentes entre los veleidosos fenómenos del mundo físico y los del mundo moral. Esas metamorfosis súbitas de la natu-

raleza las experimentamos á menudo en los mas recónditos pliegues de nuestro corazon.

El barómetro de la materia, marcando los grados de su presion atmosférica, recorre la escala, desde *tempestad* á *buen tiempo*: el barómetro del espíritu, en sus contracciones ó dilataciones, tambien recorre toda su escala, desde *alegría* á *tristeza*. En efecto: ¿qué designa con la segunda palabra, sino que el huracan de la adversidad está rugiendo en las tempestuosas regiones del corazon? ¿qué indica con la primera, sino que el radiante sol de la prosperidad ha disipado los nubarrones que empañaban el cielo del alma?...

VII.

Quince dias nos separan de la horrible noche en que la fragata inglesa tuvo que luchar en las heladas regiones australes, contra las olas encrespadas por el huracan. Salvemos, pues, este espacio de tiempo con el pensamiento, y de seguro que andaremos infinitamente mas y nos fatigaremos inmensamente menos en nuestro viaje imaginario que el buque en su espumeante y majestuosa carrera al través de los mares, con las velas plenamente hinchadas por la brisa.

Dejemos ya á un lado la jerigonza metafísica y hablemos en términos claros y precisos.

Á la sazón la fragata navegaba ufana por los 54° 30' grados de latitud sud y los 64° 20' longitud occidental, ostentando en su casco y arbo-

ladura algunas pequeñas averías recibidas en la última tormenta, con el mismo orgullo que aquellos viejos guerreros que, al volver victoriosos de un encarnizado combate, se complacen en mostrar las honrosas cicatrices de sus arrugados y marciales rostros.

Para reanudar el hilo de los sucesos de nuestra historia, debemos penetrar una mañana en la cámara del capitán en el acto en que este y sus dos compañeros se sentaban en torno de la estufa y medio envueltos en la compacta nube de humo que se desprendía de sus pipas.

Entre nuestro triunvirato reinó un breve rato el silencio.

Dos causas generales y diametralmente opuestas explican el silencio preliminar á las conversaciones entre tres ó mas personas reunidas: ó porque no tienen nada ó poco que comunicarse recíprocamente, ó porque la diversidad y abundancia de materias es tal, que en su perplejidad les cuesta atinar por cuál flanco deben empezar el ataque.

El silencio que reinó entre nuestros tres individuos pertenece á la segunda especie.

Al fin el capitán se decidió á romper el fuego de la conversacion con una observacion frívola, pero que era el proemio de otros asuntos mas importantes, así como algunos disparos de los diseminados guerrilleros son á veces los precursores de una empeñada y sangrienta batalla.

— Observo que Eduardo se ha acostumbrado

al humo de la pipa, dijo, pues, el capitán iniciando el debate.

— En efecto; fuma con la majestad de un turco, contestó mister Brooke sonriéndose, y admirando la grave postura de nuestro héroe.

— Al principio dudé que jamás llegaría á vencer mi repugnancia al tabaco; pero ahora le voy tomando afición. ¿Recordais, capitán, lo que me sucedió la primera vez que llevé esta pipa á mis labios? dijo Eduardo clavando la vista en aquel.

— ¡Pues no me he de acordar! ¡Si aun me parece veros salir de aquí como una saeta! respondió el interpelado riendo.

— Lo que encuentro muy detestable y anti-higiénico, dijo el joven español, es el ver á los marineros mascando el tabaco: no sé qué gusto pueden hallar saboreando aquella hoja, cuya masticación les hace salivar continuamente, y esto (aparte de ser muy repugnante) redundaría naturalmente en detrimento de la salud.

— Es cierto, replicó el ministro: el hábito inveterado de los marineros es muy feo y debería de abolirse.

— Hace cuatro años, dijo el capitán, me encontraba en los Estados-Unidos, donde hay una secta llamada, según creo, de los mormones. Entré por curiosidad en un templo de aquellos fanáticos, y os doy de tiempo hasta el fin del mundo para adivinar lo que ví, añadió mirando á sus dos compañeros y riendo como un loco.

— ¡Qué! ¡qué! exclamaron con impaciencia Eduardo y mister Brooke.

— En medio de un desmantelado y espacioso salon se levantaba un enorme tonel, y encima de tan sencillo púlpito un pastor de la secta mormónica predicaba de pié y mascando tabaco. El orador tenia á sus plantas un pequeño taburete de madera, y cuando era interrumpido en su peroracion por algun murmullo de su auditorio imprimia un brutal puntapié al taburete, lanzándolo hácia la parte turbulenta de la asamblea, imponiendo de esta suerte silencio á los alborotadores.

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! prorumpieron Eduardo y mister Brooke.

— Pues bien, ahora viene la parte mas cómica de la escena, continuó mister Mac-Kievel mor-diéndose los labios de risa. Aquellos fanáticos que estaban apiñados como un rebaño de carneros en derredor del singular púlpito, se daban sendos empujones unos á otros para acercarse á él, con el fin de recibir sobre sus cuerpos el pestilente rocío que se desprendia sin interrupcion de la boca del predicador; porque (segun ellos decian) la nauseabunda saliva de aquel hombre santificaba cuantos objetos tocaba!

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamaron los tres personajes apretándose las caderas para no reventar de risa.

— Por mi parte hubiera preferido una lluvia de pez hirviendo! dijo Eduardo con ironía.

Una atronadora carcajada acompañó la comparación del jóven.

— Pero aunque el mascar tabaco sea un hábito tan asqueroso y perjudicial al cuerpo ; con todo es infinitamente mas tolerable y menos funesto que la borrachera , observó Eduardo despues de una corta páusa.

Estas palabras hirieron los oidos de mister Brooke , como una alusion directa y personal á su báquica escena del cabo de Hornos, cuyo recuerdo coloró como la grana las mejillas del ministro.

— ¡ Oh , sí ! el uso inmoderado de la bebida, repuso el capitan, á mas de ser un foco perenne de inmoralidad , es un tósigo que destruye las mas robustas complexiones.

El ministro escuchaba confuso aquella intencionada conversacion , y para no aparentar debilidad á los ojos de sus dos interlocutores, se apresuró á contestar :

— Convengo en que la embriaguez es un vicio , generalmente hablando ; pero en ciertos casos... ¡ no diré que sea una virtud !... sino que cási es un deber.

— ¡ Qué estais diciendo ! exclamó Eduardo con estupefaccion. No puede haber ninguna circunstancia en la vida humana que justifique la conveniencia de la borrachera.

— Me atengo á lo dicho, Eduardo, respondió el ministro, apoyándose en los falsos estribos de su aserto ; y para que os convenzais de lo que in-

fluyen las circunstancias en la moralidad de nuestras acciones, voy á preguntaros: ¿por qué el homicidio (que en general es un crimen nefando) es un acto meritorio cuando redundando en defensa propia?

— No me satisface el paralelo que estableceis entre el homicidio crimen y el homicidio lícito, puesto que no solamente no tienen ningun punto de contacto, sino que la distancia que media entre ambos es infinita.

— ¿Por qué? preguntó el ministro con extrañeza.

— Porque en el primer caso, replicó el jóven, los remordimientos (esos inexorables fiscales de nuestros delitos) torturan nuestra conciencia, mientras que en el segundo caso disfrutamos en nuestro interior de una paz octaviana. ¿Qué nos prueba esto? Que en la perpetracion del homicidio alevoso obramos libre y espontáneamente, en tanto que en la otra hipótesis obramos contra nuestro propio albedrío, é impelidos por una necesidad imperiosa.

— ¡Bravo, Eduardo! exclamó el capitán.

El ministro paseó entonces una mirada de ansiedad en torno suyo como si buscara en algun punto del espacio la contestacion que debia sacarle del atolladero.

— Pero ¿y cuando queremos evitarnos los horrores de una muerte cierta, tampoco nos ha de ser lícito embotarnos los sentidos? dijo el hijo de

Escocia con altanería. No creo, Eduardo, que en ello haya la menor culpabilidad.

— Sabed, pues, ministro, que no solamente hay en ello un infracción de la ley divina, sino que además hay...

— ¿Qué, Eduardo? preguntó mister Brooke devorando con la vista al jóven español como para arrancarle el complemento de la frase.

— ¡Hay una cobardía incalificable! dijo nuestro héroe con severidad.

Á estas palabras asomó una expresion de alegría en el rostro del capitan, mientras que el del ministro tomó en un segundo todos los colores del arco iris.

— Repito que hay pusilanimidad en embotarse los sentidos, cualquiera que sea el pretexto que se alegue para ello: y lo probaré, prosiguió el jóven. Y sino decidme, ministro: ¿por qué se emborracha el hombre en los momentos de peligro?

— ¡Toma! claro está que para sufrir menos! repuso el interpelado.

— ¡Pues bien! ¿dónde encontrais mas nobleza y bravura, continuó Eduardo lanzando una mirada al discípulo de Lutero; en aquel hombre que con ánimo varonil y confiando en el auxilio de la Providencia presenta su desnudo y débil pecho á los rudos golpes de la adversidad, ó en aquel otro que para sustraerse á los designios de Dios, se amilana hasta el punto de borrar con su

mano criminal el destello de luz divina reflejado en su frente?

Por toda contestacion el ministro se contentó con encogerse de hombros, y hacer chasquear su lengua en señal de displicencia.

— Pues ¿y el suicidio, cuyo delito va tomando creces de cada dia? observó mister Mac-Kievet, volviéndose al jóven español.

— Es cierto, respondió este; por una anomalía inexplicable, se advierte con espanto que el número de suicidios está en razon directa de los progresos de la civilizacion. Las estadísticas criminales de Francia é Inglaterra registran mayor número de casos de año en año. ¿Y no dais, ministro, en el motivo de ese enorme aumento de criminalidad? añadió Eduardo lanzando una mirada al hijo de Escocia.

— Lo atribuyo á la falta de creencias religiosas, puesto que el hombre sin ellas navega al acaso como un buque sin brújula, repuso el interpelado.

— Al fin puedo lisonjearme de que aunque nuestras ideas sean discordantes en algunos puntos, coinciden esta vez en una cuestion muy trascendental, dijo Eduardo estrechando amistosamente la mano del ministro. En efecto, ¿puede darse nada mas lógico, que el que un escéptico que sufre física ó moralmente, ó de ambas maneras á la vez, prefiera quitarse la vida, si esta no debe de ocasionarle mas que un prolongado y cruel martirio? ¿no es muy natural que cuan-

do se piensa que todos los males acaban con la muerte se haga depender la felicidad de la destrucción del cuerpo?

— Es muy consecuente que se apele á tan bárbaro medio, dijo el ministro.

— Hé aquí poco mas ó menos en qué términos debe de hablarse á sí mismo el incrédulo antes de atentar contra su propia existencia, prosiguió el jóven español: «¿ Por qué he de arrastrarme por
«mas tiempo cual miserable reptil sobre la superficie de la tierra? ¿ Por qué he de consentir que
«la belleza, la robustez, la juventud, los honores,
«la riqueza, el talento, en fin, todo ese brillante
«cortejo de hechizos y delicias mundanales des-
«file por mas tiempo ante mis hundidos ojos, in-
«sultando mis canas, mis acerbos padecimientos,
«mi humilde estirpe, mi ineptitud, mi deformi-
«dad, mi miseria y mi desamparo? No, no; antes
«prefiero hundirme de nuevo en el polvo!...»
Diciendo esto un vértigo mortal se apodera de su entendimiento; sus ojos se inyectan de sangre y giran con viveza en sus órbitas, de las que pugnan por desprenderse; entonces su crispada mano empuña el arma fatal con satánico frenesí, y asestando el golpe suicida contra su pecho impío desaparece trágicamente del teatro del mundo!...

— Esta pintura hiela de espanto, dijo el capitán horrorizado.

— Verdaderamente, Eduardo acaba de bosquejarnos el suicidio con colores muy vivos, repuso mister Brooke; pero aunque yo reconozco

la suma gravedad de ese crimen, abrigo no obstante la confianza de que Dios se compadecerá de las miserias de esos infelices que muchas veces obran inconscientemente.

— Concedo que algunos suicidios se cometen sin que obre la razón en ello. ¡ Pero hay tantos otros que se perpetran á sangre fría!... Además, al que confía en la Providencia nunca le falta consuelo y fortaleza de ánimo, pues cuanto mayores son nuestros sufrimientos y tribulaciones, tanto más eficaz es la protección que Dios nos otorga, observó el capitán.

— En efecto, repuso Eduardo, ó hemos de admitir que existe un Dios con todos sus atributos de infinita sabiduría, bondad, justicia, poder, etc., ó que el universo es obra del acaso, cuya palabra es sinónima de nada, y la nada es el vacío... es el caos!... ¿ Y quién, señores, no se rebela contra lo absurdo de esta última teoría?...

— Es imposible no hallar la mano de la Providencia, así en lo pequeño como en lo grande, contestó el ministro con energía. Desde el grano de arena perdido en la inmensidad del océano, hasta la montaña cuya encumbrada y blanca cima parece dar un eterno ósculo de paz al firmamento; desde la más humilde yerbecilla hasta el más corpulento y secular cedro; desde el invisible insecto que mora en una gota de agua, hasta la colosal ballena que mide el seno de los mares; desde la más pálida é imperceptible estrella, hasta el más grande y fulguroso astro; en

una palabra, como dice admirablemente la Biblia, todo lo criado atestigua, pregona y ensalza la grandeza de su Autor!...

— ¡Magnífico! exclamaron á coro el capitán y Eduardo, arrebatados por los sublimes conceptos vertidos por el ministro.

— ¿Quién creyera que las palabras proferidas por mister Brooke han salido de la boca de un ministro protestante? observó el capitán dirigiendo su mirada á Eduardo.

Ante un ataque tan directo, el ministro se levantó como un autómeta de su asiento, y afilando la espada de su lengua la esgrimió contra su agresor á quien dió la siguiente estocada moral:

— ¡Pues qué! ¿creeis que entre nosotros no hay mas que aleos, que no adoramos á Dios en sus obras, y que la aromática y galana flor de la virtud no crece y medra en el campo del protestantismo? Si tal disparate habeis creido, capitán, rectificad desde luego vuestra errónea opinion, añadió severamente el ministro como ofendido en su amor propio.

— ¡Vuestras obras lo desmienten! dijo el capitán devolviendo el golpe al ministro.

Entonces ambos personajes cruzaron una mirada que traslucia su mútua intencion de engolfarse en la senda resbaladiza en que habian entrado. Pero Eduardo evitó la colision terciando en el enconado debate de sus dos compañeros, diciéndoles con tono de cariño:

— Dejemos por ahora esta cuestion, que qui-

zás abordaremos mas tarde; y en tanto, ciñámonos á la intervencion de la Providencia en todas las cosas, lo cual es innegable, puesto que no hay mas que recorrer la vasta escala de los seres, así inorgánicos, como orgánicos inanimados, como orgánicos animados, para ver que Dios es quien viste y engalana al ave con sus pintadas y relucientes plumas, al pez con el abillantado matiz de sus escamas, al árbol con sus verdes hojas y dorados frutos; en resúmen, la difusion de la luz, el equilibrio y rotacion de los astros, y todo cuanto existe, está regulado por la próvida mano del Criador; de modo, que así como en este momento un hombre dirige el pequeño timon de este buque, Dios es quien gobierna eternamente el gran timon del universo!...

— ¡Muy bien! ¡muy bien! exclamaron mister Brooke y el capitan, aplaudiendo con frenesí las palabras del jóven.

— Por lo tanto, si Dios proporciona el vestido y sustento á todas las criaturas, ¿con cuánta mas razon deberá cuidar del hombre su obra mas predilecta, y (por decirlo así) la síntesis de las perfecciones que han salido de sus manos?

— ¡Es verdad! murmuró el capitan.

— Cercenemos al hombre del maravilloso teatro del universo, dijo mister Brooke; y entonces no queda ningun espectador que pueda abismarse en la contemplacion de las obras del Omnipotente. En vano el sol bañaria periódicamente ambos hemisferios con sus rayos de oro: en va-

no las aguas del mar evaporándose y condensándose en la atmósfera, desprenderían una mansa y benéfica lluvia sobre la tierra; en vano millones de estrellas esmaltarían el campo azul de los cielos, y en vano, en fin, los tres reinos de la naturaleza ostentarían á porfía sus mas ricas y asombrosas galas!

—No tiene duda, ministro, replicó Eduardo, dándole una palmadita en el hombro.

El capitan, que no habia desviado su vista del rostro de mister Brooke durante el poético razonamiento de este, no pudo menos de exclamar en sus adentros:

—La espada de su elocuencia es digna de envainarse en defensa de mejor causa.

—No sé, señores, dijo Eduardo, si vuestra atencion se ha fijado alguna vez en el hombre, ya considerado en el portentoso mecanismo de su cuerpo, ya en lo concerniente á su parte mas noble, ó sea en su principio anímico. Hagamos ahora abstraccion de su parte corpórea, y concretémonos al mundo intelectual.

—Segun estoy viendo, vais á darnos una leccion de psicología, dijo el ministro sonriéndose y clavando los ojos en su jóven compañero. ¿Qué os parece, capitan, del tema que ha escogido Eduardo? añadió volviendo su rostro al primero.

—Soy muy lerdo en filosofía, repuso mister Mac-Kieviet, pero no me disgusta representar un papel pasivo en las discusiones filosóficas; pues opino que siempre se aprende algo en ello.

— No creais, señores, que yo me proponga introducirlos (y quizás extraviaros) en el intrincado laberinto de la metafísica: no; mi idea es hablaros muy someramente de las misteriosas profundidades del entendimiento humano.

— Sobre esta materia podrian escribirse volúmenes enteros, Eduardo, observó el ministro con una sonrisa en los labios.

— Reconozco que la tenebrosa esfera metafísica es muy lata, y por lo mismo me ceñiré á consignar un solo fenómeno. En efecto, ¿qué es el pensamiento? ¿Cómo se engendra? ¿Cómo se siente? ¿Cómo se transmite?

— Hé aquí cuatro polos desconocidos en derredor de los cuales han dado los filósofos mil infructuosas vueltas, observó el ministro.

— Mientras os estoy hablando, prosiguió Eduardo, mi entendimiento engendra sin cesar (y mas rápido que la electricidad) nuevas ideas que expresa mi lengua, y que el vehículo del sonido se encarga de infiltrar instantáneamente en vuestros entendimientos. Si en esto no hay grandeza y profundidad, no comprendo á qué pueden aplicarse estas dos palabras del diccionario.

El capitan y el ministro hicieron un ademan afirmativo.

— La mayor parte de los hombres, prosiguió el jóven, al pasar por la escena del mundo cual fugitivos meléoros, no sueñan siquiera que dentro de sí mismos tienen una mina riquísima é

inagotable que debieran explotar, y se van á la eternidad, como aquellos opulentos avaros que se hacen enterrar con todos sus tesoros, sin que les hayan aprovechado á ellos ni á los demás. ¡ Oh! ¡ cuántos diamantes en bruto aparecen sobre la tierra, permanecen breves instantes sobre su superficie, y luego desaparecen sin que nadie haya podido apreciar su valor intrínseco!

— Confieso que nunca habia pensado en lo que Eduardo acaba de decirnos, murmuró el capitán mirando al ministro; y realmente es asombroso y muy digno de llamar la atención del hombre.

— Lo que acaba de manifestarnos Eduardo, lo aprendí en la universidad de Edimburgo allá en mis mocedades, dijo el ministro. Supongo que sabréis que la escuela escocesa goza de una justísima celebridad respecto á las elucubraciones filosóficas, añadió mister Brooke mirando á su jóven interlocutor.

— Es incontestable, respondió este; pero estoy observando que en nuestra conversacion nos hemos alejado del punto de partida, esto es, del suicidio. ¿Cuál creéis, señores, que es la causa principal del indiferentismo contemporáneo que conduce en derechura á tan horrible crimen?

— Yo estoy en que la prensa cuando se desvia de su elevada mision, cual es la de ilustrar las inteligencias enderezándolas hácia la senda de la verdad, es la que mas daño puede acarrear á la sociedad, contestó mister Mac-Kievet.

— Habeis dado en el blanco, capitan, repuso Eduardo. La gran palanca de la prensa, y por consiguiente, de la genuina ó bastarda civilizacion y cultura, es la que hoy, mas que en ninguna otra época, dirige el movimiento moral é intelectual de la sociedad. En confirmacion de mi aserto, podria citaros ese diluvio siempre creciente de producciones obscenas y heréticas que hoy circulan con el mayor descaro por todas las naciones que blasonan de cultas y civilizadas, pervirtiendo cuanto tocan con su emponzoñado hálito, y sobre todo mancillando el candor de las inteligencias vírgenes; de esos tiernos lirios que, mecidos todavía ayer en sus esbeltos tallos por la suave brisa de la pureza, fascinaban con su blancura y deleitaban con sus perfumes; pero que hoy, agostados por el mortífero viento de la corrupcion, ¡ay! se arrastran deshojados por el suelo sin color ni fragancia!...

— Siento no poder participar de vuestra opinion, señores, dijo el ministro; pues creo que el hombre debe conocer el mal para aborrecerlo, y el bien para amarlo. ¿Y cómo podrá discernir lo uno de lo otro, si no le es dado comparar las ventajas que trae consigo la verdad, con los perjuicios que ocasiona el error? El hombre en este caso es lo mismo que un juez; pues este para fallar equitativa é irrevocablemente, es preciso que conozca á fondo las razones que militan en pro y en contra de la causa que defiende.

El capitan y Eduardo cambiaron una furtiva

mirada como si hubiesen querido decirse: «¡Qué peregrina es la argumentación del ministro!»

—Vuestra teoría sería admisible, se apresuró á responderle el jóven español, si la razón imperase en todos nuestros pensamientos, deseos y acciones; pero desgraciadamente vemos con harta frecuencia que las pasiones se enseñorean del corazón, y cuando el hombre ha sentado una vez su planta en el lodazal del vicio, no hay poder humano que le arranque de allí: pues entonces ha contraído ya aquel mal hábito; se ha acostumbrado á respirar aquel emponzoñado ambiente: en una palabra, se ha aclimatado en el terreno del error y del vicio, y en su deplorable y funesta ceguera cree que cuanto piensa, dice, lee ó escribe, es la verdad en su mas prístina forma, cuando no es mas que el error con toda su secuela de abominables absurdos y obscenidades. Las pasiones son, pues, el espejismo moral que nos presenta investidas las imágenes de lo bello, de lo justo, de lo santo!—Las lecturas lascivas é impías, añadió el jóven español, actúan sobre el espíritu como esos corrosivos agentes químicos sobre la materia: una sola gota de ácido prúsico caida en el ojo, basta para ocasionar la muerte del cuerpo: una sola idea lasciva introducida por la vista ó por el oído, basta para herir mortalmente el alma.

—Convengo, Eduardo, replicó mister Brooke, en que puede haber ciertas obras que, colocadas imprudentemente en manos de la juventud, pue-

den depravar el corazón; pero no faltan un buen número que andan en manos de todo el mundo, y que por cierto moralizan; entre otras puedo citaros la reciente é inspirada producción de miss Beecher Stowe, titulada: *The oncle Tom's cabin*, ó sea: La cabaña del tío Tomás.

— No conozco esa obra, repuso Eduardo.

— Pues yo la he leído, dijo el capitán; y creed, Eduardo, que no hay en ella mucho de edificante, que digamos. Si bien el objeto de dicha obra es pintar al vivo los horribles sufrimientos de los esclavos en los Estados-Únidos del Sud, no obstante hay en ella escenas de moralidad dudosa.

Mientras hablaba mister Mac-Kievet, el ministro se agitaba en su silla como para demostrar su desagrado.

— No concibo que podais tildar de inmoral una obra adornada con todos los encantos que pueda crear una ardiente y aventajada imaginación femenina, y cuya aspiración puede sintetizarse en estos términos: «El ay desgarrador del «esclavo del siglo XIX, desde el fondo de su abyección y miseria, llamando á la humanidad libre para que vaya á romper sus cadenas,» dijo el ministro protestando con brio contra las palabras del capitán.

— Sin que abrigue la intención de atacar la obra de miss Stowe, porque, repito, me es completamente desconocida, respondió Eduardo; sin embargo debo declarar que muchos pintores de obscenidades suelen aparentar tendencias huma-

nitarias y dan á sus obras títulos incoloros y aun edificantes, por manera que los incautos lectores se dejan prender en las artificiosas redes, y cuando vuelven de su sorpresa, ya no pueden evadirse. Yo no titubeo, pues, en afirmar que las tres cuartas partes de suicidios son debidos á la lectura perniciosa, á la prensa bastarda. ¿Habeis leído, ministro, la «Educacion de las madres de familia» por Aimé Martin?

Mister Brooke hizo un movimiento negativo con su cabeza.

— «La educacion de las madres de familia,» repitió el jóven español. ¡Qué título mas seductor para abrir á ese libro de par en par las puertas del hogar doméstico! Sin embargo, si las madres de familia me pidieran consejo antes de leerlo, mi conciencia de cristiano me obligaria á responderlas: «No franqueeis á esa obra los umbrales de vuestras casas; no os seduzca su inofensivo y pomposo título, que no es mas que las hermosas hojas que envuelven engañosamente el venenoso fruto: ¡las páginas de ese libro están plagadas de herejías é iniquidades!»

— Ciertamente que un libro de esta índole; repuso el capitan, en vez de ser el ángel tutelar de la familia, no es mas que su ángel exterminador. Yo he leído que la revolucion francesa de fines del siglo pasado no debió su origen mas que á la mala semilla que invadió el terreno intelectual.

— ¡Qué duda cabe en que las doctrinas sub-

versivas de Rousseau y Voltaire fueron las que tuvieron la gloria de cubrir toda la Francia con un vasto sudario de sangre! observó Eduardo.

El discípulo de Lutero se apresuró á manifestar su discordancia en este punto con la opinion de sus dos compañeros, prodigando los siguientes ditirambos á los dos funestamente célebres filósofos del siglo pasado.

— ¡Qué desatino! Decir que el profundo filósofo de Ferney y el erudito é inmortal pensador de Ginebra provocaron la revolucion francesa con sus escritos! Por Dios, señores, no encerreis vuestro raciocinio en tan raquíuticos límites, juzgando con tan vulgar ligereza las causas que produjeron aquel sangriento episodio de la historia de Francia. Si esta nacion y la Europa entera tienen algo de grande, si hoy la luz de la civilizacion se propaga á todas las inteligencias, de todo ello somos deudores, sí, á aquellas dos lumbreras de la humanidad.

— ¿Con qué sois volteriano y partidario del sofista J. Jacobo Rousseau? replicó Eduardo con acento socarron y lanzando una mirada al ministro.

— No, Eduardo, dijo este; yo soy simplemente un entusiasta admirador de esos soberanos del mundo intelectual y moral á quienes me engrio de prestar vasallaje. Porque nada puede enaltecer mas al hombre que el pagar su tributo de admiracion y el quemar su grano de incienso antelas aras de esos grandes genios que figuran en pri-

mer término en el lienzo de la historia, y que sobrenadan como la espuma en el Océano de la humanidad.

— Nadie me aventaja á mí en rendir el debido homenaje á los grandes hombres que han descollado en todos los siglos, repuso Eduardo; pero distingo los genios benéficos de los maléficos; pues así como la memoria de los unos merece mis mas vivas simpatías y elogios, el recuerdo de los otros solo me inspira el mas vil desprecio. Los unos dejan en pos de sí un reguero de calamidades y de sangre, los otros un bello é imperecedero rayo de luz. Á los primeros les alcanza la maldicion de las generaciones hasta en su propia tumba, y ni sus cenizas descansan en paz, mientras que los otros reciben las bendiciones y alabanzas póstumas de la mas remota posteridad.

— ¿Y creéis por ventura, Eduardo, que Voltaire y Rousseau deben de colocarse en la línea de los ángeles rebeldes? preguntó mister Brooke atónito.

— Ciertamente, repuso el interpelado con viveza: y creo que mas bien que el nombre de ángeles rebeldes, les cuadra mejor á tales hombres el epíteto de verdugos de la humanidad; pues en el sangriento drama de la revolucion francesa no doy toda la culpa al brazo del asesino que descargó la fatal cuchilla sobre el inocente cuello de Luis XVI, haciendo rodar la cabeza de este Monarca sobre el cadalso: no; aquel hombre, si bien criminal, no fue, por decirlo así, mas que el ins-

trumento material del regicidio. Quien asumió toda la responsabilidad moral de aquella inícuca sentencia ; quien cargó , en definitiva , la mina de la revolucion francesa , fueron las ideas filosóficas de las escuelas de Rousseau y Voltaire, que divagando por la atmósfera embriagaron y enloquecieron los espíritus.

En tanto que hablaba nuestro héroe , los diversos gestos del rostro del ministro transparentaban otras tantas impresiones de disgusto.

— ¡ Eduardo , exclamó el hijo de Escocia con tono de cólera , no insulteis las cenizas de aquellos dos ilustres hombres que , á despecho de las ideas predominantes en su siglo , fueron los primeros en enarbolar la gloriosa bandera de la civilizacion !

— Por mas que os desagrade , ministro , dijo el jóven , la causa que algunos atribuyen á la revolucion francesa , la encuentro demasiado trivial para que produjera tan terribles efectos. Tanta sangre vertida , tantas leyes conculcadas y pisoteadas , tantos templos profanados , y tantos augustos misterios de mi Religion escarnecidos , componen un cuadro demasiado grande , demasiado dramático , para que quepa dentro de los estrechos límites en que algunos pretenden cerrarlo. ¿ Os parece , capitan , añadió Eduardo con punzante ironía , si una floja brisa hubiera podido ocasionar la tormenta que acabamos de experimentar en el cabo de Hornos ?

— ¡De ningun modo! exclamó sonriendo mister Mac-Kievet.

En aquel momento el despensero penetró en la cámara, y poniendo el té encima la mesa, dijo para sí:

— ¿Qué diablos tendrá esa gente que siempre está disputando?

— Señores, dijo entonces el capitán volviéndose á sus dos compañeros; bastante hemos hablado ya de la revolucion francesa; y si ha de prevalecer mi opinion, dejemos en paz por ahora á los Robespierre, Danton, Murat, Desmou-lins y á todos los otros Átilas del reinado del terror, y os aconsejo que tomemos el té antes que se enfrie.

— Sí, sí, capitán. No turbemos en su eterno reposo á los corifeos de la Convencion nacional, dijo el ministro frunciendo las cejas y sentándose á la mesa.

Al principiar el almuerzo hubo una corta páusa entre nuestros tres personajes, que interrumpió el ministro diciendo mientras echaba un terron de azúcar en su taza:

— Por lo que estoy viendo, temo que nuestra navegacion será interminable.

— ¿En qué apoyais vuestro temor? preguntó el capitán con admiracion y alzando la vista de su plato para fijarla en el ministro.

— Hé aquí, pues, en qué base descansa mi temor, replicó mister Brooke con tono enfático:

hace tres meses que salimos del Callao ; y en verdad que si la fragata no ha andado hasta ahora á paso de cangrejo , no podréis negarme que ha andado á paso de tortuga.

— Permitidme , ministro , que os diga que entendéis muy poco en las circunstancias que influyen en la mayor ó menor rapidez de los viajes marítimos , replicó el capitán con severidad. ¿ Ignorais , acaso (añadió clavando sus ojos en el ministro) , que en el Pacífico reinan constantemente los vientos del Sud , y que , por velero que sea el buque , las singladuras son necesariamente muy cortas ? Yo me doy por muy satisfecho de la marcha del buque hasta hoy ; y cuento que , Dios mediante , dentro de dos meses estaremos en Inglaterra. Esta mañana he mandado echar la corredera ; ¿ y sabéis cuántos nudos se deslizaban ?

— ¡ Qué sé yo ! repuso mister Brooke con aire distraído.

— ¡ Ocho nudos , señor ministro ! exclamó el capitán con orgullo. Me parece que es lo suficiente , ¿ es cierto , Eduardo ?

— La contestación á esta pregunta , al parecer tan sencilla , exige sin embargo que me prestéis un instante vuestra benévola atención , dijo el jóven mirando á sus dos interlocutores.

— ¡ Con mucho gusto , Eduardo ! exclamaron estos despues de cambiar una mirada de inteligencia como para preguntarse : « ¿ Qué querrá «decirnos?» »

— Señores , dijo el jóven español ; en la vida

humana hay momentos de suprema angustia ; momentos en que el hombre parece estar de sobra en el mundo , pues se metamorfosea en aquel acto en un ente tan extraño respecto á la naturaleza y á la sociedad , como aquellos aerólitos que de vez en cuando se desprenden de la superficie de la luna. En tan deplorable estado , parece que el sol os niega su luz y calor , las aguas su manso y poético susurro , el aura sus frescos y refrigerantes besos , los árboles su amena y deliciosa sombra , los hombres su amistad y compasion , y los animales sus cantos y caricias :... en el mundo exterior , todo ha concluido para vosotros !... Entonces , el hombre religioso , concentrando su pensamiento , apetece otras regiones mas risueñas , suspira por otro sol mas vivificante , anhela otra vida mas dichosa , y bajando al fondo de su conciencia , explora con avidéz todos los repliegues de su corazon , hasta que al fin encontrará á Dios , quien le consuela en su aislamiento , le alienta en su infortunio y le entreabre otros horizontes mas diáfanos y resplandecientes !... Tal era mi terrible situacion en el acto de pisar esta fragata.

— ¡ Pobre Eduardo ! pensó el capitan ; cuán de veras te compadezco y cuánto admiro tus raras virtudes !

— Al salir del Perú , continuó el jóven , una idea atormentaba sin cesar mi afligido espíritu ; y era... que debia regresar pobre á mi patria. Empero , reflexionando un poco y cristianamen-

te, me consolé pensando que si no volvía al hogar doméstico rico en dinero, volvía al menos á él rico en infortunio, en experiencia, en sufrimientos!... Lo cual me parece un buen patrimonio. Educado, pues, en la escuela de la adversidad, he paladeado desde muy niño el duro y amargo pan de la vida!... He derramado copiosas lágrimas; pero lágrimas nobles, lágrimas sublimes que embellecen el rostro del hombre, y que al asomar á los ojos son otros tantos diamantes líquidos que rebosan del precioso tesoro del corazón!... La linda y delicada planta de la virtud se riega con lágrimas; con lágrimas se escala el reino de los cielos; y si pudiéseris arrancar de los sombríos bosques de América ó de los dilatados arenales del África el secreto de las gloriosas muertes de tantos insignes campeones del Evangelio, os dirían á voz en grito: «Antes de ceñir á nuestras sienes la inmortal diadema del martirio, hemos debido conquistarla derramando raudales de sangre y de lágrimas!...» Nunca, señores, las flores aparecen tan bellas, ni exhalan tan suaves aromas, como cuando sus matizados pétalos están cuajados de las perlas que ha llorado la aurora arrebuja en su radiante manto de púrpura!...

Infiera el lector si las palabras de Eduardo debían de ser frenéticamente aplaudidas por el capitán y mister Brooke.

— En su peregrinación por el árido y fatigoso desierto de la vida, prosiguió el jóven, el hom-

bre encuentra algunos raros y pequeños oasis. Allí respira un blando céfiro, goza de una fresca sombra, descansa sobre un mullido y aterciopelado césped, y humedece sus abrasados labios en cristalinos y serpenteantes arroyuelos. Pero... ¡desdichado! en medio de su efímera felicidad presente olvida sus amarguras de ayer y sus aflicciones de mañana; no piensa que de un momento á otro y cuando apenas habrá tenido tiempo de enjugar el sudor que baña su arrugada frente, será expulsado de aquel Eden, y será preciso que vuelva á pisar por tiempo indefinido los ardientes arenales, exponiéndose á respirar de nuevo el mortífero simoun... ¡Triste y positiva herencia del pecado!...

— En efecto, observó el ministro; la dicha es muy rara y fugaz en este mundo; y todo nos está indicando que el hombre ha nacido mas que para reir, para llorar... mas que para gozar, para padecer!

— ¿Sería, pues, justo; sería siquiera racional, señores, añadió Eduardo con acento profundamente conmovido, que ahora me impacientara por el tiempo que pueda durar todavía nuestro viaje; yo, que cuando me embarqué creí entrar en un país inhospitalario, y en su lugar me hallo en un verdadero Eden; yo, que pensé encontrar á bordo personas antipáticas, y me hallo con un capitan que me hace las veces de padre, y con un amigo que me dispensa toda clase de atenciones?...

Estas palabras, y el tono tierno con que fueron pronunciadas, afectaron sobremanera á los dos interlocutores de Eduardo.

— Aprended, pues, ministro, dijo el capitán despues de un breve rato de silencio. ¡Qué lección tan oportuna para los que se impacientan y maldicen su suerte! ¡Oh! Eduardo, aunque muy jóven, tiene un inagotable repertorio de saludables consejos, añadió mister Mac-Kievet enjugando con su pañuelo una furtiva lágrima.

— Á todos nos alcanzan los consejos de Eduardo, capitán, repuso el ministro con tono de reprension.

— Es muy cierto, contestó aquel; pero como vos os inquietábais por la duracion de nuestro viaje!...

— Comprendo que Eduardo, dijo mister Brooke interrumpiendo bruscamente al capitán, antes de pisar este buque se encontraba en el caso de un náufrago, el cual, teniendo cerca de sí playas desconocidas, delibera en su mortal angustia, si será ó no preferible que el mar engulla su cuerpo y que las olas se encarguen de arrojar su cadáver á la playa. Pero, por fin, se decide á abordar la orilla; y allí, en lugar de una soledad espantosa ó pensando cuando mas hallar hombres hostiles y bárbaros, se ve rodeado inesperadamente de dos amigos que compartiendo su desgracia le consuelan y le ofrecen una generosa hospitalidad: entonces el náufrago llora de gratitud y bendice la mano de la Providen-

cia que le ha amparado !... ¿ Es así, Eduardo ?

— ¡ Exacta comparacion ! respondió este enterrecido. ¡ Oh ! ¡ cuánto vale en el infortunio la amistad desinteresada ! ¡ Qué gozo siente el hombre al encontrar generosos corazones cuyos latidos son el eco de los suyos , cuyos pensamientos coinciden con los suyos , cuyas aspiraciones se identifican con las suyas , y por último , cuyos ojos lloran con los suyos ! ¡ qué lenitivo experimentais en vuestro dolor , pudiendo dar expansion á vuestro oprimido y lacerado pecho ! ¡ Ah ! ¡ cuántos infelices tienen que apurar , solos , la copa de hiel ; devorando en secreto el negro pan de su desgracia , y ahogando dentro de sí el fuego de la adversidad que abrasa sus entrañas ! ¿ Qué recurso les queda á estos desdichados para no echarse en brazos de la desesperacion ?... ¡ Oh ! sí ! todavía les queda el recurso mas poderoso :... que imiten á esas aves , que para preservarse de los rigores del invierno emigran á otros climas mas templados ; pues cuando la tierra , á menudo ingrata , nos cierra sus puertas ; el cielo , siempre compasivo , nos abre las suyas !

— Las palabras de Eduardo me traen á la memoria una escena que presencié en Lóndres , dijo el capitán. Una tarde me hallaba en una esquina de Regent-street , una de las mas largas y espaciosas de la moderna Babilonia inglesa. Desde aquel punto contemplé largo rato , absorto , la tumultuosa corriente de seres humanos que se deslizaba con la majestad de esos anchos y cau-

dalosos rios de América. Allí ví codearse el lujo con la miseria, oí crujir la seda al rozarse con los harapos. En aquel inmenso y vertiginoso torbellino andaban revueltos los tipos del crimen, de la prostitucion, de la avaricia, del orgullo. Allí observé mendigos de ambos sexos (verdaderos náufragos del mar de la miseria), que con la suciedad de sus andrajosos trajes, con la escualidez de sus rostros y con la melancólica vaguedad de sus miradas, parecian decir á sus antípodas del mundo social: «Tendednos, por Dios, una
«mano caritativa; suprimid algun adorno en
«vuestros vestidos; cercenad algun diamante de
«vuestro pecho, alguna trenza de vuestros ru-
«bios cabellos: mientras vosotros dormís en blan-
«dos y perfumados lechos, comeis opíparamente
«en régios salones, os pavoneais con soberbios
«trajes; nosotros ¡ay! nos acostamos sobre el
«duro y húmedo suelo; vivimos en una infecta
«y reducida habitacion; no tenemos siquiera un
«bocado de pan con que poder alimentar á nues-
«tros numerosos hijos, y apenas podemos ocul-
«tar al pudor la desnudez de nuestros cuer-
«pos!...» ¡Ah! señores, añadió el capitan con
tristísimo acento, ¡cuántas lágrimas hubiera en-
jugado en un momento! ¡cuántas heridas hu-
biera cicatrizado, si hubiese sido rico como aque-
llos hombres, que mecidos en lujosísimos coches,
rodeados de lacayos y arrastrados por briosos ca-
ballos, pasaban como saetas ante mis atónitos
ojos!... Os aseguro, señores, que abandoné

aquel sitio con el corazón traspasado de dolor.

— Muchas veces he reflexionado sobre la disparidad de fortunas, dijo el ministro, y francamente, en vista de ese enorme desequilibrio pecuniario, no puede uno menos de aplaudir los desvelos de esos hombres filantrópicos, que desviviéndose por el bien de la humanidad, se están devanando sin cesar los sesos para dar con un problema (verdadero *desideratum* de los pueblos) que destruya de un golpe esos irritantes peldaños de la escala social.

— No espereis, ministro, ningún alivio para la humanidad, de la filantropía de esos hombres, repuso Eduardo. Es muy dudoso que alguno de ellos haya obrado con recta intención, forjándose y sustentando esas absurdas teorías socialistas y comunistas; pero (creedlo, ministro), es positivo que la mayor parte de doctrinarios han echado á volar esas utopías, para adquirir popularidad, segar fáciles laureles, y llenar sus bolsillos á expensas de los bobos que han dado crédito á sus vanas y pomposas promesas.

— ¿Os estais chanceando, Eduardo? respondió el ministro sorprendido del lenguaje del joven.

— Para que os persuadais de que hablo con toda formalidad, repuso este, me permitiré dirigiros la siguiente pregunta: ¿Qué entendéis por filantropía?

— ¡Toma! la contestación no puede ser mas óbvia: la etimología de esa palabra griega in-

dica muy explícitamente su objeto. Filantropía equivale, pues, á ese amor natural é innato grabado en el fondo de nuestro corazón que el hombre siente para con sus semejantes, sin cuyo lazo la sociedad se disolvería irremisiblemente.

—Pues bien; yo tengo para mí, repuso Eduardo, que esa palabra suele tomarse en otra acepción; esto es, en el sentido de amor hácia el prójimo, pero amor humanizado ó sea despojado de esa virtud hija del cielo, por otro nombre caridad; y en este caso considero la filantropía como un monstruoso engendro de la filosofía herética, de esa religión científica que algunos incrédulos hacen alarde de que está llamada á sustituir al Catolicismo. Mas el suponer tamaña herejía es lo mismo que decir que los hombres llegarán á inventar una luz artificial que eclipse y haga innecesarios los rayos de ese hermoso y resplandeciente astro que traza diariamente una gigantesca curva sobre nuestras cabezas. La filantropía es la caridad bastardeada, degenerada, sacada de su suelo nativo, y que al intentar aclimatarla en otro terreno, vegeta tan desmedrada y raquí-ticá, como esas plantas exóticas metidas en invernáculos, de las cuales nadie puede formarse una idea de la lozanía y frondosidad que adquieren en su clima originario.

—La filantropía de muchos hombres no es otra cosa que un encubierto y refinado egoísmo, dijo el capitán.

—Sí; egoísmo!... El capitán ha usado el ver-

dadero sinónimo de la filantropía de muchos pseudo-humanitarios. El egoísmo es la divinización del individuo ; es el amor encerrado en los mezquinos límites del yo humano ; es el hielo en las regiones del corazón !... ¿ Con qué calor pensais, pues, derretirlo, ministro ?

— ¡ Me estais aturdiendo, señores ! ¡ No hay medio de poder sostener la lucha ! replicó mister Brooke sonriendo.

La brusca entrada del despensero en la cámara desvió el cauce del torrente de la conversacion de nuestro triunvirato.

— ¡ Cooper está muy malo ! exclamó el despensero.

— ¡ Pobre jóven ! dijo Eduardo.

— Ya me lo temia yo, murmuró el capitán con voz trémula.

— ¿ Y no habrá en el botiquin ningun remedio para que ese muchacho viva hasta llegar á Inglaterra ? preguntó el ministro. ¡ Son tan tristes las defunciones á bordo ! pensó.

— ¡ Ah ! señor, todos los mejores remedios del mundo serian ya tardíos para curar al pobre enfermo ! dijo el despensero con tono lastimero.

VIII.

Aquella misma noche, mientras que el capitán y Eduardo estaban sentados en el sofá de la cámara y el ministro dormia á pierna suelta en

su camarote , el segundo piloto se asomó á la puerta de la cámara diciendo :

— ¡Cooper está agonizando !

Al oír tan triste noticia , el capitán y nuestro héroe se dirigieron al puente , donde , como sabe el lector , estaba tendido en su hamaca el entonces moribundo Cooper.

Cuando nuestros dos personajes levantaron una punta de la vela que cobijaba el lecho del enfermo , los síntomas de la agonía estaban horriblemente estereotipados en el rostro de este : los ojos estaban vidriosos y hundidos , la nariz pálida y afilada , los labios cárdenos , la respiración anhelosa , y la boca medio contraída expelia una leve espuma rojiza . El cuerpo del marinero , bañado en un sudor glacial , era presa de horrorosas convulsiones .

Al ver las cadavéricas facciones de Cooper , Eduardo retrocedió instintivamente , sobrecogido de terror .

— Apenas lo empaña , Eduardo , dijo mister Mac-Kieviet poco despues . al retirar el espejo que acababa de aplicar al aliento de Cooper .

— Lo que siento en el alma , replicó Eduardo designando el cuerpo del marinero , es que ese pobre muchacho muera envuelto en los errores del protestantismo .

— ¡ Oh ! sí ! es sumamente sensible , Eduardo ! repuso su compañero . Pero vos habeis hecho todo lo posible durante la larga enfermedad de este infeliz para convertirle á nuestra augusta Reli-

gion , y Dios no dejará de recompensar vuestros afanes.

— Es cierto, capitán , que he pasado algunas horas junto á este lecho , exhortando á Cooper con todos los medios que Dios me ha inspirado para arrancarle del error ; pero siempre me acuso de haber sido demasiado negligente en esta parte. Con todo , si la enfermedad de este jóven no se hubiese agravado tanto desde esta mañana , seguramente que en sus ojos hubiera penetrado la luz pura del Evangelio antes que se cerraran para siempre. Mas ¡ quién sabe ! Cooper escuchaba con mucha atencion y docilidad las cristianas máximas y consejos que me esforzaba en inculcarle en su corazon ; ayer me manifestó vehementes deseos de recibir sobre su cabeza las aguas saludables de la gracia ; y aunque sea ya tarde , la misericordia de Dios es infinita ! añadió el jóven con santo entusiasmo.

Al concluir estas palabras, Eduardo recitó una lacónica oracion , y luego , sacando un Crucifijo de bronce que llevaba siempre sobre su pecho, selló con él los frios labios del marinero. Al contacto de la imágen del Redentor , pareció que todo el semblante del moribundo se animaba con una expresion angelical ; sus ojos , poco há apagados é inmóviles , brillaron girando en sus órbitas como si buscaran con avidez algun objeto en que cebarse , hasta que por fin se fijaron con insistencia en Eduardo ; quien al recibir aquella postrera mirada de gratitud del agonizante, cayó

de rodillas al lado de la cama de este con los ojos anegados en llanto y el corazón henchido de santa esperanza, y luego con las manos cruzadas, levantó los brazos y la vista hacia el estrellado firmamento, exclamando con fervorosísimo acento:

— ¡Gracias, Dios mío, gracias!

Dos minutos después, la débil llama de la vida se había extinguido completamente en el cuerpo de Cooper; y el capitán y Eduardo no contemplaban ya más que un cadáver!...

— ¡Ha muerto! exclamó entonces el capitán con sepulcral acento.

— ¡Ha muerto! repitió maquinalmente Eduardo con voz entrecortada por los sollozos.

Antes de volver á la cámara con su compañero, el capitán apagó el farol que, colgando de una cuerda, se balanceaba sobre la hamaca, y, al retirarse de allí, mister Mac-Kieviet (quizás por descuido) dejó destapado el extremo de la vela que debía ocultar la cabeza del difunto por la parte de estribor. Por allí penetraron los plateados rayos de la luna iluminando de lleno el rostro del cadáver.

Acabamos de asistir á la muerte de Cooper; asistamos ahora á sus funerales.

— ¡Buenos días, ministro! dijo el capitán la mañana siguiente al ver á mister Brooke; quien, en tanto que se vestía en su camarote, asomó su cabeza á la cámara.

— ¿Qué novedad tenemos? pregunto el hijo de

Escocia al notar la demudada fisonomía de su interlocutor.

— ¡Que Cooper ha muerto! respondió el interpelado moviendo tristemente la cabeza.

— ¿Á qué hora ha muerto?

— Anoche á eso de las doce.

— ¿Y duró mucho la agonía?

— Cosa de dos horas, contestó el capitan. ¡Cuánto ha debido de sufrir el pobrecito durante este tiempo! añadió para sí.

— ¿Y por qué no me despertásteis, capitan? no podeis figuraros cuánto siento que ese jóven marinero se haya ido al otro mundo enteramente desprovisto de auxilios espirituales: esta idea me horroriza!...

— Tranquilizaos, ministro, se apresuró á contestar el capitan; pues Eduardo ha representado digna y cristianamente junto al lecho del moribundo el papel que á vos os correspondia.

— Sí, pero... balbuceó el ministro.

— ¿Qué quereis decir?

— Que Eduardo no está revestido de mi carácter, ni profesa mi religion, repuso mister Brooke con aspereza.

— Harto patentizó la última mirada de Cooper, que los consuelos del Catolicismo son infinitamente superiores á los del protestantismo, dijo para sí el capitan.

— Hoy vamos á presenciar un espectáculo muy triste, señores, dijo Eduardo saliendo de su camarote y mirando á sus dos compañeros.

— ¡Oh! sí! la muerte es siempre triste; pero lo es incomparablemente mas dentro de un buque y hallándose este á doscientas leguas de distancia de la costa, replicó el ministro. Yo soy de parecer que nos desembaracemos del cadáver arrojándolo al mar cuanto antes, añadió.

— Los católicos no nos damos tanta prisa en enterrar á los muertos, dijo el jóven español lanzando una mirada al ministro; pues antes que los cuerpos sean depositados en la huesa, sus almas han recibido ya muchos sufragios; es decir, que al emprender estas el viaje á la eternidad, las cargamos de preciosísimos tesoros espirituales.

— ¡Qué frias son las ceremonias fúnebres de los protestantes! pensó mister Mac-Kievel.

— Aunque no nos faltan oraciones para los difuntos, como veréis luego, Eduardo, somos mas sóbrios que vosotros en esta materia. Porque, lo que interesa, señores, añadió mister Brooke clavando los ojos en sus dos interlocutores, es que la vida y la muerte del hombre hayan sido buenas: lo demás de nada sirve.

— Por manera, que segun vos decís, ministro, replicó Eduardo, los sufragios que apliquemos á los difuntos serán completamente estériles, y por lo tanto el dogma del purgatorio puramente acomodaticio.

— ¡Quién lo duda! exclamó el ministro con amarga ironía.

El capitan comprendió que estas palabras iban

á dar márgen á una larga polémica entre sus dos compañeros, y en consecuencia se apresuró á decirles :

— Señores, dejémonos por hoy de discusiones, y subamos al puente á respirar el aire puro de la mañana. Mientras tanto daré mis disposiciones para que se dé sepultura al cuerpo de Cooper.

— Sí, sí; quitémoslo del buque antes que hieda. No hay nada mas nocivo á la salud que ese olor fétido que despiden los cadáveres. ¡Dios mio! dijo el ministro llevándose la mano á la nariz.

— En este clima la putrefaccion no es muy temible, pensó Eduardo, en tanto que trepaba, precedido de sus dos compañeros, por la escalera que conducia al puente.

Al llegar al puente nuestros tres personajes, se divisaban en el confin del horizonte, hácia la parte de estribor, cinco puntos negros, bastante separados entre sí, que indudablemente eran los topes de los mástiles de igual número de buques.

— Tenemos cinco embarcaciones á la vista, señores, dijo Eduardo al distinguir las y señalándolas con el índice á sus dos compañeros.

— Teneis ojos de lince, Eduardo, dijo el ministro despues de haber ensayado en vano de descubrir los buques en el horizonte. Yo no alcanzo á ver nada.

— Ni yo tampoco, dijo el capitan, que á pesar de haber agotado toda la potencia del órgano de

su vision, fracasó igualmente en su tentativa como mister Brooke.

— El caudal de la vista decrece en razon inversa del de los años, pensó el jóven español.

— ¡Steward, súbeme mi anteojo! gritó mister Mac-Kievet.

El despensero entregaba poco despues aquel instrumento óptico al capitan.

— Tiene razon Eduardo, dijo este descubriendo los cinco buques con el auxilio de su anteojo. Y parece que sus rumbos convergen hácia nuestra fragata, añadió.

— ¡Rara casualidad! exclamó el ministro. En los tres meses que llevamos de navegacion, no hemos visto tantos buques como hoy.

— Diríase que los ha convocado la muerte, deseosa de darles un gran espectáculo, observó Eduardo señalando las cinco embarcaciones que se iban aproximando.

— Así parece, respondió el ministro riéndose de la idea de su jóven interlocutor. No creia yo que Cooper tuviera un cortejo fúnebre tan brillante en medio del océano: es digno de un magnate, Eduardo!

— Son dos fragatas, un brick y dos bergantines, dijo el capitan despues de observarlos detenidamente con su catalejo.

Al cabo de dos horas, la brisa fué menguando hasta que cási se convirtió en calma chicha; y los cinco buques inmóviles y ostentando su blanco velámen, describian un semicírculo á un rádio

de media milla del costado de estribor de la fragata Lord Efingham.

Los buques suelen echar mano de un telégrafo de signos para hablarse mutuamente á largas distancias. Este medio de comunicacion consiste en unos pabellones de distintos colores susceptibles de infinitas combinaciones, de las cuales resulta un lenguaje jeroglífico de incontestable utilidad y de facilísima aplicacion. Este lenguaje náutico se encuentra descifrado en las páginas de un pequeño libro.

Cuando ocurre alguna defuncion á bordo, suele izarse el pabellon solamente hasta la mitad del mástil de popa ; y si se halla algun otro buque á la vista , este practica la misma operacion que su compañero : es una ovacion cosmopolita, convencional y espontánea, con que en alta mar se agasaja á la obra de ese ser, triste, misterioso, devastador, invisible é impalpable que entró en el mundo con el primer pecado y al que llamamos simplemente : « ¡ La muerte ! »

Mister Mac-Kievet mandó, pues, izar el pabellon á bordo de la fragata inglesa ; y tan pronto como la enseña británica ondeó á merced de la floja brisa que reinaba, los cinco buques que estaban á la vista hicieron flotar los suyos respectivos.

— Las dos fragatas de la parte de proa son norte-americanas ; el de en medio es un brick francés y los dos bergantines son ingleses, dijo el capitan recorriendo con su anteojo toda la cir-

cunferencia del semicírculo trazado por los cinco buques.

— Permitidme, dijo el ministro tomando en sus manos el catalejo que el capitán tenía en las suyas y dirigiendo su visual á las embarcaciones. Parece que nuestra fragata les llama vivamente la atención ; pues en cada buque observo dos ó tres anteojos cuya puntería nos toma por blanco, añadió.

— Con tal que no sea con cañones de grueso calibre , me importa un bledo que nos apunten, pensó el primer piloto al oír las palabras del ministro.

En aquel momento el capitán dió la orden al contramaestre para que los marineros cosieran en su hamaca el cuerpo del difunto, sin olvidarse de poner un pesado plomo á sus piés.

Así que Eduardo oyó la orden del capitán, bajó por la escalera de estribor de las dos que conducían al puente inferior para contemplar por última vez el cadáver de Cooper antes que estuviera amortajado con su misma cama.

Por efecto de la hinchazon , las horribles huellas de la agonía habian desaparecido de las facciones del difunto (como si el pálido cincel de la muerte se hubiese complacido en hermosear sus lineamientos); de modo que el inanimado rostro de Cooper parecia disfrutar del mas apacible de los sueños.

— ¡Duerme! pensó Eduardo viendo con sorpresa que aquel horrible semblante de la víspera

estaba ahora tan risueño. Mas ¿qué digo? continuó el joven moviendo melancólicamente la cabeza como vuelto de su ilusión; ¡duerme! ¡Ah, sí!... pero su sueño es el largo y frío sueño de la muerte!... Mas ¿qué importa? ¿Qué habrá sido del torrente impetuoso de los siglos al desembocar y confundir sus aguas con el océano de la eternidad?... ¿Qué otra cosa hace la muerte, mas que romper y pulverizar el frágil vaso de barro que contiene un inmortal tesoro?... ¡Materialistas! vosotros que allá en vuestra delirante imaginación fraguáis esos sistemas insensatos é impíos; vosotros que os vanagloriais de que vuestro cuerpo no es mas que un puñado de materia organizada, y por consiguiente os cabe el insigne honor de colocaros aun debajo el bruto y de no distingueros del vegetal y del ser inorgánico, ¿por qué tembláis ante la idea de la muerte?... ¿Por qué esa hija del pecado os amedrenta con sus negras alas y glacial hálito, si en los *infalibles* axiomas de vuestra sublime ciencia tenéis la certeza de que no sois mas que polvo?... Sí, sí; antes que la antorcha de vuestra inteligencia se apague para siempre en el lodazal, disfrutad enhorabuena de los cortos días que pueda durar vuestra existencia; recread vuestros oídos con músicas impregnadas de sensual melodía; abrigad muellemente vuestros afeminados cuerpos; saboread exquisitos manjares; deleitad vuestra vista en impúdicas pinturas y vuestro olfato en embriagadores y voluptuosos perfumes. Combi-

nad en vuestra fantasía imágenes lascivas é irreligiosas ; anegad vuestra carne en un mar de groseros deleites , y emplead , finalmente , vuestra lengua y vuestra pluma en atacar , destruir y hasta en aniquilar las creencias católicas !...

Al llegar aquí , Eduardo se detuvo un minuto como agobiado bajo el peso de sus reflexiones , y luego prosiguió :

— ¿ Qué importa que hayais enmudecido de asombro ante el maravilloso espectáculo de la naturaleza ? ¿ Qué significa que las excelsas ideas de moralidad , justicia y santidad hayan sublimado alguna vez el vuelo de vuestros sentimientos ? ¿ Qué quiere decir que vuestro corazón haya dilatado su esfera de infinitos deseos impeliéndoos á querer perpetuar vuestra existencia ó cuando menos vuestro nombre ? ¿ Qué importa que una acción virtuosa ó heróica haya hecho brotar alguna lágrima de vuestros ojos ? ¿ Qué importa , por último , que vuestra frente altiva , revelándoos la nobleza de vuestro origen y destino , os haga levantar vuestra vista al cielo donde mora vuestro eterno Padre ?... ¡ Pura ilusión ! ¡ loca quimera !... Todo , todo ha de perecer !... La tierra os ha engendrado ; ella es vuestra madre y vuestro sustento ; ella es quien debe tragaros en sus hediondas y tenebrosas entrañas !...

Pero... ¿ y si os hubiéseis equivocado ?... ¡ Ah ! en este caso permitidme que me estremezca de horror por vosotros !... Si en lugar de no ser mas que materia organizada , tuviéseis un alma de

distinta sustancia que el cuerpo y destinada á la inmortalidad ; si así como vuestra parte material gravita hácia la tierra , vuestra alma gravitara hácia el cielo ; si Dios hubiese creado la portentosa obra del universo , esparciendo y regulando con su omnipotente mano el curso de los millones de fulgurosos cuerpos que nadan en la inmensidad de la azulada bóveda celeste , y hubiese formado nuestro planeta cubriendo su vasta y dura corteza de montañas, vegetales y de toda clase de seres animados, y aprisionado los mares en los continentes ; si al sacar el hombre del polvo , le hubiese infundido un soplo de su divino é inmortal aliento , revelándole asimismo una Religión para que la criatura conociera y rindiera el debido culto á su Autor , y el hombre infringiendo el precepto divino se hubiese abierto una profunda sima de males para sí y para toda su descendencia ; si Dios , compadeciéndose de la triste suerte de la humanidad decaída , hubiese enviado á la tierra á su propio Hijo para que reparara y sellara con su preciosísima sangre el delito perpetrado por el primer hombre ; y si el Hijo de Dios nos hubiese dejado un cuerpo de doctrina sublime que nos trazara el camino del cielo ; de cuyo cuerpo de doctrina fuese la Iglesia la única depositaria y encargada de perpetuarla íntegra hasta la consumacion de los siglos ;... ¿ qué diréis , materialistas , en este caso ? ¿ qué descargos alegaréis en vuestro favor , en presencia del soberano é irritado Juez ?... ¡ Ah !...

¡ cuán amarga y funesta será vuestra decepcion ; cuán tardío vuestro arrepentimiento ! ¡ cuán impotente vuestra rabia infernal , y cuán eternamente terrible vuestro castigo !...

Al terminar su largo apóstrofe , Eduardo oró un breve rato con fervor. En seguida hizo la señal de la cruz sobre la helada frente del difunto , estampando en ella un ardiente beso.

À la sazón los marineros estaban tomando el té delante de su cámara , desde donde atisbaban á sus anchas todos los movimientos del jóven español.

— Mister Eduardo parece muy bueno ; pero es fanático como todos los españoles é irlandeses , dijo un marinero mascando un pedazo de negro tabaco.

— ¿ Qué está diciendo ahora delante del cadáver ? preguntó otro marinero á sus compañeros designándoles á Eduardo. ¡ Qué tontos son los católicos ! ¡ Orar por los difuntos ; es decir , por los que no sienten , ni oyen , ni hablan , ni comen ! Cuando habrémos estirado la pata , nos aprovecharán tanto las oraciones como el humo que sale de mi pipa. ¿ Eres de mi opinion , Starling ?

— Sí , si , Barker ; cuando habrémos cerrado estas dos ventanas , respondió el interpelado aplicándose una mano sobre cada ojo , todo será negro para nosotros. Mister Eduardo pierde el tiempo y gasta en vano su saliva rogando por Cooper :

es lo mismo que si yo hablara con la taza que tienes en la mano, Freeman, añadió mirando á este y soltando una ruidosa carcajada.

— ¿Y quién os ha asegurado á vosotros que no hay nada detrás de la puerta? ¿Habeis estado alguna vez en el otro mundo? preguntó en tono de reprension un viejo marinero escandalizado del lenguaje herético de sus dos compañeros. ¡Me gustan estos muchachos por su ligereza de cascos! ¡Como si ellos hubiesen muerto alguna vez para asegurar con tanta insolencia que en el otro mundo no hay nada! ¿Eh? añadió refunfuñando entre dientes.

Los dos marineros que fueron objeto de la juiciosa y oportuna reconvencion de su viejo compañero, se encogieron de hombros y cruzaron un guiño de mútua inteligencia.

— Mira, Burden, dijo otro individuo de la tripulacion. ¿Ves como mister Eduardo da un beso en la frente de Cooper? añadió riendo.

— Siendo así, bien puedo yo besar la fea cara de mi pipa, repuso un tercero besando con cómico frenesí el mamarracho de la pipa que tenia en su mano.

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! prorumpieron todos los marineros á coro.

La aparicion del contramaestre hizo cesar las risotadas de los marineros, á quienes comunicó las órdenes que habia recibido del capitan.

En tanto, Eduardo permanecia hecho una es-

tatua en la contemplacion del cadáver que tenia ante su vista ; hasta que el contramaestre le dijo en términos muy corteses :

—Mister Eduardo , tened la bondad de hacerlos á un lado ; porque los marineros van á descolgar la hamaca.

—Bien , bien , respondió el interpelado dejando el paso libre á la tripulacion.

—El baño helado del cabo de Hornos ha acortado mucho su existencia , dijo el contramaestre mirando á Eduardo y señalándole el cadáver con la mano. Y á mí me ha quitado diez años de vida , murmuró entre dientes.

—Cooper hizo un gran disparate embarcándose ; y sobre todo siendo el viaje tan largo , observó el jóven español.

— ¡ Ah ! bastante se lo dije yo , señor (repuso un jóven marinero) , cuando fuí á verle en el hospital del Callao ; pero Cooper no quiso tomar mi consejo. ¿ Qué va á decir su pobre madre cuando la participe que su hijo ha muerto en alta mar ?

— ¿ Con qué conoceis á la madre de Cooper ? preguntó Eduardo con triste acento y fijando la vista en su interlocutor.

—Somos de un mismo pueblo , señor. El padre de este muchacho tambien murió en el mar hace dos años ; y la desconsolada viuda no tenia otra esperanza que en su único hijo , añadió designando el difunto. ¡ Pobre mujer ; va á morir de pesar !

— De cada dia me voy convenciendo de que

este mundo no es mas que un terrible destierro, pensó nuestro héroe mientras que volvía á reunirse con el capitán y mister Brooke que se paseaban por el puente. No es preciso andar mucho en el áspero sendero de la vida para tropezar con negras tribulaciones: pero ellas son la sal que preserva la corrupcion del mundo moral, y el fuego que acrisola el oro de nuestra alma.

Cuando el capitán vió que Eduardo subia al puente, se separó de mister Brooke, é hizo una furtiva señal con la mano al jóven español para que este le siguiera á un ángulo del puente.

Al apercibirse del llamamiento mímico de mister Mac-Kievet, Eduardo acudió al sitio donde se habia retirado el primero.

—Eduardo, dijo el capitán en voz baja; para nosotros, Cooper ha muerto dentro del gremio de la Iglesia católica; pero á los ojos del ministro ha espirado en el seno del protestantismo.

—¿Qué quereis decir?

—Que acaso el ministro se daria por ofendido, si vos aparentábais quitarle su derecho en lo concerniente á la ceremonia fúnebre.

— Veo que el asunto es un poco arduo, repuso el jóven. No obstante todo puede conciliarse; pues sin dar á entender al ministro que trato de usurparle su ministerio, dejaremos que haga la ceremonia segun el rito protestante; en tanto que nosotros dirigiremos interiormente nuestras humildes preces al Altísimo para el eterno reposo del alma de Cooper.

—De modo, que nosotros rogarémos con nuestro corazon católico, al propio tiempo que mister Brooke rogará con su boca protestante, ¿ es eso? replicó el capitan apretando cordialmente la mano de su interlocutor.

—Habeis comprendido exactamente mi idea, capitan.

—¿Qué secreto se estarán comunicando? se preguntó á sí mismo el hijo de Escocia oyendo el cuchicheo del misterioso *sotto voce* de sus dos compañeros.

Entre tanto, los marineros tendieron el cadáver sobre el puente; lo envolvieron y cosieron en su misma hamaca, atando en seguida un grueso plomo á los piés.

Así que observó que los marineros habian terminado su tarea, el capitan miró al ministro diciéndole:

—Vamos, mister Brooke, ha llegado la hora de desempeñar vuestra mision.

—Sí, sí, capitan; voy á buscar el manual que tengo en mi camarote, respondió el ministro desliziéndose por la escalera interior del buque.

Cinco minutos despues, el ministro y sus dos compañeros salian por la puerta de la derecha del comedor en direccion al punto donde se hallaba el cadáver: el cual fue colocado sobre una corta escala que, á la llegada de nuestros tres personajes tenia una posicion horizontal, descansando por un extremo sobre la pared del buque,

y por otro en los hombros de dos marineros. El cuerpo del difunto estaba tendido en dirección de babor á estribor ; de modo que sus piés miraban á las cinco embarcaciones que circuían aquella parte de la fragata , desde una respetable distancia.

En la zona marítima que se hallaba el Lord Efigham , son bastante frecuentes los temibles vientos pamperos, los cuales, partiendo de las eminentísimas cordilleras de los Andes (esa columna vertebral del vasto continente americano); se desatan, y rugen con espantosa furia, por las inmensas llanuras ó pampas de la república argentina ; conservando toda su violencia, hasta una distancia prodigiosa de la costa. En los continentes, las rachas huracanadas de los pamperos arrancan de cuajo los árboles y á veces derriban las casas ; y en el Atlántico, no es raro que desarbolen y hagan naufragar los buques.

Cuando empezó, pues, la ceremonia fúnebre, eran las diez de la mañana, y por una anomalía inexplicable, la brisa era tan suave, que parecía encadenada por el negro y robusto brazo de la muerte. El cielo estaba tan sereno como era compatible con aquellas regiones geográficas ; el sol enviaba á la atmósfera torrentes de luz pajiza ; algunas bandadas de albatros se cernían en los aires, y la plana, límpida y cerúlea superficie del mar reflejaba en lontananza las imágenes de los cinco buques, cuyas tripulaciones se veían encaramadas en las vergas, en las cofas, y aun

en los topes de los mástiles ; desde donde contemplaban con ávida curiosidad la patética escena que se representaba á bordo de la fragata Lord Efigham.

Así que mister Brooke abrió su libro, y se quitó el casquete que adornaba su cabeza, todos los circunstantes se descubrieron respetuosamente. En aquel acto, la tripulación se agrupó en la parte de proa y junto á la escala que sostenia el cadáver ; y el ministro y sus dos compañeros formaban de frente en la parte opuesta. El mas profundo silencio reinaba así en el interior como en el exterior del buque. Todo el mundo guardaba una actitud grave y digna : hasta los mismos marineros que poco há profirieran palabras sarcásticas é impías parodiando la religiosa conducta de Eduardo, traslucian en sus pálidos y curtidos rostros, que sus corazones no eran enteramente ajenos á lo imponente de la ceremonia.

El ministro leyó con entonacion lúgubre y vigorosa algunos versículos del oficio de difuntos.

Al terminar su lectura, el ministro lanzó una mirada á los dos marineros que sostenian la escala, diciéndoles :

— Levantadla.

Entonces los marineros levantaron la escala por el extremo que se apoyaba en sus hombros, y el cadáver resbaló por la pendiente cayendo al mar con estrépito, y atravesando con la velocidad del rayo las capas de agua que encontraba al paso.

Dos segundos despues, la cristalina superficie

del océano transparentaba una larga espiral blanquecina compuesta de las burbujas de aire introducido por la rápida inmersión del inanimado cuerpo de Cooper ; y al propio tiempo las tripulaciones de los buques , que (como hemos dicho) presenciaban la triste escena desde lejos , agitaban vivamente las gorras y pañuelos en el aire , como si hubiesen querido indicar con su mudo y enérgico lenguaje : « Acabamos de ver « como el mar ha engullido la presa en su inson- « dable seno : nuestro corazón se ha conmovido y « nos asociamos de veras á vuestro sentimiento. »

Apenas se hubo borrado la huella del paso del cadáver , al hundirse este para siempre en el abismo , cuando todo el mundo se dispersó en silencio : los marineros se retiraron á su cámara de proa ; el capitán , sus dos compañeros y los pilotos á la de popa , y las tripulaciones de los cinco buques desaparecieron , como por ensalmo , de sus respectivas arboladuras.

Eduardo estaba arrebatado por las vivas y distintas impresiones que habia experimentado durante aquel triste y grandioso espectáculo. Así fue , que separándose de sus dos amigos , se metió en su camarote para dar pábulo á sus reflexiones.

— Sí , decía el joven español así que estuvo solo ; cuando el hombre , desprendido de todo lazo terreno , da una mirada en su interior , siente que es débil y pequeño ; pero hay circunstancias en que se ve forzado á anonadarse en su misma

pequeñez y nulidad. Hasta ahora no habia medido toda mi insignificancia. ¿Y quién, Dios mio, no habia de sentirse confundido durante la ceremonia? En aquel momento el velo de mi imaginacion me presentó esta fragata como un botecito habitado por unos cuantos granos de arena animados, meciéndose en la inmensidad del océano, teniendo por techumbre el espacio infinito; por cánticos, unas palabras impregnadas de terrible sublimidad que han desgarrado el velo de diez y ocho siglos llenando de espanto á los malvados y de gozo á los justos: palabras proféticas que nos sirven de elevadísimo y resplandeciente faro para que entreveamos y saludemos de léjos la consumacion de los tiempos; por espectadores, algunos insectos casi imperceptibles flotando sobre cinco cáscaras de nuez en el vastísimo lecho de las olas; por víctima, un grano de fria ceniza arrojado al espacio; y finalmente, por antorcha, un astro tan antiguo y mas de un millon de veces mayor que el mundo; un astro destinado á alumbrar á todas las generaciones de la tierra, cuyas altas montañas ha visto cubiertas por las aguas del diluvio; que ha acompañado á los israelitas en su cautiverio, á los persas en sus batallas, á los griegos en sus conquistas, á los romanos en sus triunfos, al divino Redentor en su afrentoso patíbulo, á los bárbaros en su invasion, al inmortal genovés en su portentoso descubrimiento, y que actualmente inunda de luz y de vida mas de la mitad de nuestro planeta!

Al declinar de la tarde, se levantó una fresca brisa de sud-oeste.

La fragata inglesa navegaba, pues, viento en popa y á todo trapo, y las cinco embarcaciones, siguiendo distintos derroteros, fueron alejándose á pasos agigantados; en términos, que cuando el sol apagó su globo de fuego en el océano, matizando de un vivo color de naranja los celajes del occidente, la silueta de las cinco arboladuras se dibujaba ya en los mas remotos confines del horizonte. Así fue, que antes que la noche entoldara el espacio con su melancólico velo de crepon negro, habian desaparecido de la vista los desconocidos espectadores y aun el sitio del océano donde habia tenido lugar el espectáculo. ¿Quién podrá encontrar jamás aquel sitio?... ¡Ah! en los cementerios de la tierra, la mano del hombre coloca algunas cruces y sombrías flores sobre las frias cenizas de sus antepasados; pero el vastísimo cementerio del mar no admite otras flores que la blanca y fosforescente espuma, ni otras cruces que el ojo eterno y universal de Dios!...

IX.

Eduardo y sus dos compañeros, impresionados por la triste ceremonia de la mañana, se acostaron aquella noche mas temprano que de costumbre.

Á eso de las once, el contramaestre y el se-

gundo piloto, que estaban de cuarto, fumaban tranquilamente, sentados en un banco del comedor.

Hé aquí la conversacion que entablaron ambos personajes :

— Parece que la muerte de Cooper nos ha traído el viento favorable, dijo el piloto golpeando la mesa con la boca de su pipa para que se cayera la ceniza.

— Hombre; preferiria que el muchacho estuviera vivo á trueque de quince dias de calma chicha, repuso su interlocutor teniendo sus codos apoyados en la mesa y la cabeza encajonada entre ambas manos.

— Pues yo no soy de vuestra opinion; porque de todos modos Cooper tenia que morirse otro dia; y así no ha hecho hoy mas que lo que haremos nosotros mañana.

— Sí, pero todos deseamos pagar la terrible deuda lo mas tarde posible, ¿eh? respondió el contramaestre.

Y diciendo esto, nuestro hombre salió al puente (que iluminaba la opaca claridad de la luna), y alzando la vista, divisó en las jarcias (y precisamente sobre el lugar de la escena de la mañana) un objeto blanco que se agitaba á impulsos de la brisa.

Aquella extraña vision trastornó por completo el cerebro del pobre contramaestre, quien tomó aquel objeto por un fantasma, y hasta le pareció que de allí salia una voz sepulcral que le decia :

«No tengas miedo ; soy tu amigo Cooper.» Entonces la exaltacion del supersticioso marino llegó á su colmo ; de suerte que se precipitó en el comedor con los cabellos tiesos como varillas de hierro y lanzando un agudo grito de terror.

—¿Qué es eso, Dios mio? preguntó el piloto con ansiedad y levantándose de su asiento, sorprendido del estridente grito del contramaestre y de la brusca irrupcion de este en el comedor.

—Que... balbuceó el azorado contramaestre enjugándose con su callosa mano el frio sudor que bañaba su atezada frente.

—¿Qué habeis visto? ¡Hablad pronto! dijo su compañero con tono imperioso.

—Es... que...

—¡Qué! veamos, qué! respondió su compañero descargando una fuerte patada contra el suelo.

—Que me ha parecido...

—Y bien ¿qué os ha parecido? repitió el piloto mordiéndose los labios de impaciencia.

—Ver... el alma de Cooper, dijo el contramaestre un tanto recobrado de su mortal susto y como sonrojado de su pueril confianza.

—¿Y dónde la habeis visto, supersticioso? preguntó su interlocutor prorumpiendo en una estrepitosa carcajada.

—¡Pues qué! ¿os reís, John? repuso el contramaestre extrañando que el piloto no participara de su alarma. Por Satanás que si el fantasma no ha huido, podréis convenceros con vues-

tros propios ojos de que mi miedo tiene algun fundamento !

Entonces el contramaestre cogiendo al piloto del brazo , le arrastró vigorosamente consigo hacia el puente diciéndole con voz trémula :

— ¡ Todavía... está allí !

— ¿ Dónde? preguntó chanceándose su compañero.

— No veis... John... allá arriba... dijo su interlocutor con voz entrecortada por el terror y designando con el dedo el objeto blanco.

El duende que creyó ver el cándido contramaestre , era simplemente una camisa que habia lavado un marinero y que luego tendió en las jarcias para que se secara ; y efectivamente, visto aquel objeto desde el punto en que lo divisó el contramaestre por primera vez , tenia todas las apariencias de un blanco espectro , cuyas apariencias adquirian mas visos de verosimilitud , estando el ánimo bajo la triste impresion del acontecimiento de aquel dia.

El piloto fue quien descifró el terrible enigma derribando con el soplo de la serenidad y de la razon el miedoso castillo de náipes que habia levantado la exaltada fantasía de su compañero ; de modo , que sin dar oidos á las palabras de este , se adelantó con paso firme , no parando hasta colocarse debajo del espantajo ; y al apercibirse de la inocente equivocacion de su compañero se reia como un loco , diciendo :

— ¿ Estaréis ahora convencido de que sois el

mayor supersticioso que sustenta la tierra ? ¡Ja !
¡ja ! ¡ja !

El contraamaestre alentado por la conducta resuelta y varonil del piloto fué acercándose insensiblemente á este , cuyas sarcásticas risotadas produjeron la escarlata en las mejillas del primero.

— Todo el mundo está sujeto á equivocarse , John , dijo entonces el confuso contraamaestre tratando de ocultar su vergüenza ; pero tengo por seguro , que desde el punto en que descubrí esta maldita camisa por primera vez , hubiérais jurado por vuestro honor que era un aparecido vestido de blanco. Y sino á la prueba , John ; á la prueba ! ¡ Venid acá ! ¡ venid ! prosiguió atrayéndose á su interlocutor , cuyo cuerpo hacian bambolear las convulsiones de risa. ¿ No os parece ahora un fantasma , John , aun sabiendo que no lo es ? Si me contestais que no , creeré que me decís lo contrario de lo que sentís.

El piloto no pudo menos de inmutarse á pesar suyo , cuando al dirigir su vista á la camisa , observó que los pliegues de esta parecian trazar una cabeza de mónstruo con todos sus pavorosos detalles.

El contraamaestre se aprovechó de la momentánea sensación de su compañero para preguntarle con aire de triunfo :

— Y bien , ¿ qué os parece , John ?

— En efecto , mirado desde aquí... repuso el piloto confesando involuntariamente su sorpresa.

— ¿Qué quereis decir? vamos, este espantamueertos ya ha caido como yo en la trampa, añadió el contramaestre para sí.

— ¡ Nada! que observado desde aquí, tiene algo de semejanza con un espectro, replicó el interpelado procurando disimular su sorpresa.

— ¡ Bah! dejaos de retóricas, John. Sed franco: poneos en mi lugar, y confesad que os hubiérais asustado tanto ó mas que yo, dijo el contramaestre creyendo que el piloto se daría por vencido.

Pero este se apresuró á reparar artificiosamente la brecha de su turbacion contestando con sequedad:

— No; porque mis ojos no ven mas que la realidad, y no creo, como vos, en apariciones de muertos.

— Mejor hubiérais dicho: «Creo en apariciones, pero digo que no creo en ellas para no tener que confesar mi debilidad,» pensó su interlocutor.

— Cooper está sin duda ya despedazado por un tiburón; y á estas horas, la parte mas grande de su cuerpo tiene el tamaño de una avellana. ¿Creeis que puede volver del otro mundo en tal estado? El creer en apariciones de difuntos es solo propio de niños de teta, y no de hombres que, como vos, han salido victoriosos en cien combates contra los negros y los piratas, dijo el piloto con tono de reprension y entrando en el comedor con su compañero.

El contramaestre era un hombre de cincuenta y cinco años, superlativamente fornido, y que habia dado relevantes pruebas de valor personal durante su larga y azarosa carrera de marino. Pero sucede que hay hombres que serán verdaderos héroes en tratándose de desafiar el peligro de una tormenta, ó de asaltar una fortaleza presentando con denuedo su pecho al plomo enemigo: y sin embargo, si tales hombres viajan solos en una lóbrega noche por un camino desierto, no habrá árbol que no se ofrezca á sus ojos como un terrible gigante; el bramido del viento azotando las ramas basta para acelerarles los latidos de su corazón; y si hallándose en un aposento oyen crujir un mueble ó chillar un raton en medio del silencio nocturno, se sobresaltan como pudiera hacerlo la mujer mas espantadiza.

Evidentemente, todos los hombres presentamos un flanco débil aun en aquello en que nos preciamos de poder supeditar á los demás. Así lo reconocieron tambien los pueblos antiguos, cuando al ofrecernos á Aquiles como la mas encumbrada personificación del heroísmo, nos dicen, sin embargo, que aquel famoso guerrero era vulnerable por el talon del pié.

Aunque toda la tripulación de la fragata inglesa sabia que el contramaestre era muy supersticioso; con todo, á los ojos de los marineros, nuestro hombre gozaba del concepto de valiente; así era que todos le trataban con el mas profundo respeto y le obedecian á ciegas.

El viejo marino (que se ahuecaba como un pavo real al pensar en su reputacion justamente adquirida) no queria, pues, desacreditarse empañando su larga y brillante hoja de servicios con una debilidad de mujer. La negra pesadilla del pobre hombre en aquella ocasion era la siguiente:

— Si la gente de mi mando llega á traslucir este malhadado suceso, estoy perdido sin remedio!

Las frases saturadas de punzante ironía pronunciadas por el segundo no cayeron en saco roto para el contramaestre; quien haciendo una última tentativa para atenuar cuando menos su falta, dijo volviéndose á su compañero:

— Todos los hombres tenemos un flaco, John: unos nos apasionamos por el juego, otros por las faldas, y otros por el zumo de uva. Así, pues, cada uno tiene bastantes defectillos que enmendar.

— Aquí teneis un hombre (dijo el piloto con aire altanero dándose fuertes palmadas sobre el pecho y mirando de hito en hito á su interlocutor) que ama entrañablemente las tres cosas que acabais de nombrar, y léjos de ruborizarse por ello, se honra con poseer lo que para vos podrán ser defectos; pero que al ver de la gente sensata, son tres cartas de recomendacion. Para mí, no es hombre aquel que no fuma, no galantea, no juega y no bebe, ¿lo entendeis? añadió con

acento socarron y talareando una especie de himno báquico.

Este conjunto de irrisiones cayó como un chorro de agua helada en el ánimo del sencillo contramaestre ; quien, habiendo agotado ya toda su retórica , se parapetó en su última é inexpugnable trinchera ; es decir, en la fuerza bruta.

— Si crees que soy un cobarde , dijo el viejo marinero con acento de maton y lanzando rayos de sus ojos, te propongo aquí mismo un combate á puñetazos.

Á estas palabras siguió una horrenda blasfemia.

— No acepto el pugilato , respondió el piloto algun tanto desconcertado por la imponente actitud de su compañero. No , no quiero batirme con vos : teneis los puños demasiado fuertes ¿eh?

— Pues bien , ya que no quieres batirte conmigo , repuso el contramaestre empuñando rápidamente con su huesuda y gigantesca mano el cuello de su interlocutor ; prométeme formalmente no decir nada de lo sucedido á los marineros ; de lo contrario... te estrangulo, ¿lo oyes?

Y al decir esto apretaba convulsivamente el cuello de su víctima , la cual sufría atrozmente , pues la mano del contramaestre le magullaba la garganta como si la tuviera cogida entre unas tenazas.

Entonces el piloto , temiendo que su opresor ejecutara al vivo su terrible amenaza , hizo un

esfuerzo sobrehumano para decir con voz comprimida :

— No... no... diré... nada.

Á estas palabras el vengativo marino soltó su presa , diciendo :

— Júrame , John , que guardarás el secreto.

— Os lo juro por mi honor, respondió el piloto con la docilidad de un niño.

— Confío en vuestra promesa , John. Y ahora vengan esos cinco, dijo á su compañero con acento de júbilo y estrujando la mano del piloto entre la suya.

Por fortuna para el contramaestre , la brigada de marineros que estaban de guardia se habian retirado á su cámara de proa , y mister Benson, el carpintero y el despensero dormian profundamente en sus camarotes del comedor con las puertas cerradas.

Solamente Eduardo oyó desde su cámara algunas frases del animado diálogo entre el segundo piloto y el contramaestre ; pero el jóven español estaba demasiado absorto en las reflexiones que le sugirió el patético acontecimiento de la mañana para escuchar lo que pasaba en el comedor. Hé aquí sobre qué versaba el soliloquio de Eduardo :

— Acaso Dios habrá hecho cruzar una terrible duda por la mente de la madre de Cooper (la duda de la muerte del idolatrado fruto de sus entrañas) ; acaso aquella desconsolada mujer, presa de tan fatídico presentimiento, abandonando esta

misma noche el hogar doméstico, habrá corrido desolada y llorosa hácia la solitaria playa de su pueblo; y allí habrá apostrofado á la naturaleza entera para que le descifrara el enigma que destrozaba su corazón maternal; y la naturaleza ablandada y conmovida por los ardientes ruegos de aquella desventurada madre le habrá revelado el horripilante secreto. El misterioso zum-bido de la brisa le habrá revelado: «Ayer recogí «el último suspiro de tu hijo:» en el plateado disco de la luna habrá leído: «Ayer iluminé su «cadáver;» y finalmente, las olas le habrán indicado con su espantoso fragor: «Hoy hemos tra-«gado su cuerpo.» Entonces aquella mujer con su rubia y sedosa cabellera esparcida al viento, golpeándose fuertemente el pecho, se habrá prosternado sobre la húmeda arena, y poseída de un vertiginoso delirio, habrá alzado sus desencajados y despavoridos ojos al cielo, diciendo con desgarrador acento: «¡Dios mio, volvedme mi hi-«jo!... ¡El fruto de mis entrañas!... ¡La vida «de mi vida!... ¡El báculo de mi vejez!...» Pero ¡infeliz!... nadie te responde... tu voz se pierde en el tenebroso é inconmensurable vacío... ¡tu hijo no volverá!...

Si al menos profesases la religion del Crucificado, ¡ah! entonces podrias mitigar tu mortal congoja contemplando su lastimosa y divina imágen; podrias enternecerte ante su desfigurado rostro, cubierto de la sangre que chorrea su cabeza atravesada por penetrantes espinas; podrias

reclinarte sin temor sobre sus hombros cárdenos por el imponderable peso de la cruz de nuestras iniquidades; podrias besar con confianza las horribles llagas de su sacratísimo costado, y por último, podrias regar con tus lágrimas sus augustos piés taladrados por agudísimos clavos!... ¡Oh! ¡qué bálsamo no aplicarías á tu lacerado corazón! ¡qué lenitivo no experimentarías en tu acerbo dolor!...

ob Mas enjuga ya tu llanto, buena mujer; porque tu corazón maternal no ha quizás adivinado que á tres mil leguas de distancia y en medio de la inmensidad del océano, palpitaba otro corazón, que con la llave de oro de la doctrina cristiana ha procurado abrir á tu idolatrado hijo las puertas del único cielo que existe: del cielo católico!... Un corazón que ha representado tu maternal papel junto á su lecho de muerte, y que en los últimos instantes de la vida de tu hijo, quizás cuando su alma salía de la tenebrosa cárcel de su cuerpo, ha visto una resplandeciente auréola sobre su cadavérica frente; ha oido resonar por el aire cánticos de celestial alegría, y que tal vez ahora los Ángeles están ya tejiendo inmortales coronas para adornar su cabeza!...

— ¿He dicho que no volverías á ver á tu hijo?... Sí, ¡volverás á verle! no puedo asegurarte cuándo; pero voy á decirte en dónde: En un sombrío valle de Judea, despues que la trompeta del Ángel del juicio atronando y haciendo bambolear los cimientos del universo, convocará ante

el trono del Hijo del hombre á todos los pueblos y naciones que habrán aparecido sobre la ancha faz de la tierra, las cuales se levantarán del fondo de su tumba con un clamoreo y confusion inmensos; cuando el sol y la luna cubrirán su horrorizado rostro con un velo de sangre; cuando al desplomarse la infinita bóveda de los cielos, se entrechocarán horriblemente en su caída sus innumerables astros, haciendo pedazos la gran máquina del mundo!... cuando, en fin, los réprobos se estremecerán de horror, al comparecer ante el tremendo tribunal del supremo é indignado Juez para oír de su boca el pavoroso grito de maldicion eterna!... Entonces los malvados, poseidos de una rabia infernal, querrán volver al polvo!... Mas ¡desdichados! ¿no veis que el efímero reinado de la muerte ha sido devorado por el imperio de la eternidad?... ¿no sentís, acaso, que vuestros cuerpos son ya inmortales?... Pero ¡ah! sois inmortales, sí... ¡Terrible inmortalidad! torturada por desgarradores pensamientos, envuelta en un torbellino de llamas y acompañada de legiones de espantosos demonios!...

Haciendo estas reflexiones el sueño se apoderó de Eduardo; y entonces le pareció ver á Jesucristo majestuosamente sentado en su tremendo tribunal, teniendo delante de sí á todas las generaciones, las cuales se desarrollaban como un inmenso océano de cabezas humanas.

Á la derecha del trono de Jesucristo habia una

caverna, cuya enormísima boca hubiera engullido la mas grande montaña de la tierra como si fuera un grano de arena. De allí salia un diluvio de llamas que se prolongaban hasta una altura prodigiosa como millones de gigantescas culebras rugientes y encendidas, cuyo tinte y fetidez infundian un mortal estupor y melancolía. Al través de aquel siniestro fulgor se columbraban por doquiera enjambres de horrorosos mónstruos con lenguas y ojos de fuego que hacian bambolear la tierra con el ruido de sus largas y pesadas cadenas.

Por aquel antro infernal eran precipitados los asquerosos cuerpos de los réprobos, con la misma furia que las turbulentas y espumosas aguas (al despeñarse de una elevadísima cascada), tan pronto como el soberano Juez habia fulminado con voz aterradora el fallo de condenacion eterna!...

De la derecha del tremendo tribunal arrancaba una escalera de finísimo oro que se perdia de vista en el firmamento; en cada escalon observó Eduardo dos Ángeles de incomparable hermosura que, con sus cuerpos incrustados de deslumbrante pedrería, formaban una balaustrada de encantadora perspectiva. Por en medio de los celestes espíritus, iban subiendo los predestinados, llevando trajes mas blancos que el ampo de la nieve, y con sus radiantes frentes coronadas de azucenas.

En lo alto de la escalera descollaba arrogante

y esbelta como el cedro del Líbano la Reina de las vírgenes, ostentando su riquísimo traje de emperatriz de los cielos, en cuyo rostro estaba condensada toda la belleza de los Querubines, y que con una deliciosísima sonrisa hacia á los bienaventurados los honores de su palacio de inefables é imperecederos goces. Á la derecha de la Virgen habia un venerable anciano, cuya dulce mirada traslucia las mas heróicas virtudes: mas allá se distinguian en hermosísimos y variados grupos los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, las Vírgenes y todos los Santos del paraíso.

Del fondo de aquel cuadro de celestial embeleso se destacaba una colosal nube de color de rosa cuajada de esmeraldas, cobijando los tronos del Padre eterno y del Espíritu Santo, cuyos rostros emitian torrentes de vivísima luz que irradiaba é iba á concentrarse, como en un foco, en la cara del Verbo desde su tremendo tribunal.

Por el aire impregnado de suavísimos perfumes divagaban millones de coros de Ángeles con alas de armiño ribeteadas de oro y teniendo en sus manos arpas de marfil, cuyas primorosas cuerdas hacian vibrar con sus dedos de nácar; sacando de ellas tan armoniosos sonidos, que en su comparacion todos los que despiden las mas superiores músicas de la tierra no son otra cosa que el horrísono fragor de las olas.

X.

Segun Copérnico ó Galileo , la esfera terrestre habia girado veinte veces y media sobre su eje de seis mil años , desde la noche en que el pobre Cooper exhaló su último suspiro , en cuyo intervalo el elemento atmosférico , mostrándose propicio , redondeaba graciosamente el velámen de la fragata Lord Efigham , la cual se deslizaba como un colosal fantasma vestido de blanco sobre el líquido y azulado pavimento de los mares.

La comida de á bordo , que se verificaba á las dos de la tarde (como hemos consignado ya en las primeras páginas de esta relacion de viaje) , se reducía á algunas tajadas de carne salada de origen antediluviano y á un plato de arroz insípido ; decimos insípido , porque el cocinero era muy lerdo en el arte culinario ; y esta circunstancia era muy agravante en los sencillos guisados que salían de sus manos.

Durante la comida se servían sendos platos de humeantes patatas cocidas al estilo inglés , cuyo tubérculo gusta tanto á los hijos de las orillas del Támesis , que como es sabido , lo comen á guisa de pan ó galleta.

En la época á que nos referimos al encabezar este capítulo , la fragata , merced al viento favorable , habia ganado ya la latitud de las costas meridionales del imperio del Brasil ; y por una

punible imprevisión del despensero, como se verá ulteriormente, los víveres se iban agotando á bordo. El agua potable tambien empezaba á escasear; pues en el deshecho temporal nocturno del cabo de Hornos, un golpe de mar arrebató dos grandes pipas que estaban sólidamente amarradas en ambos lados del palo de mesana.

El almuerzo de cada uno de nuestros personajes en la cámara del capitán consistia en un par de huevos hervidos, un poco de manteca y una galleta: una taza de té coronaba tan parco desayuno.

Una mañana de abril reanuda el roto hilo de nuestra narración. Eduardo, el capitán y mister Brooke estaban sentados á la mesa de la cámara esperando el almuerzo, y extrañando ya que el despensero no se acordara de que sus vacíos estómagos reclamaban imperiosamente el cotidiano alimento.

—Segun estoy viendo, dijo el ministro lanzando una mirada á sus dos compañeros, el despensero querrá que hoy mortifiquemos nuestros cuerpos con el ayuno. ¡Diablo! no estamos de acuerdo con los católicos respecto de la abstinencia y del cilicio! añadió en sus adentros.

—¡Steward! ¡steward! vociferó el capitán al oír las palabras de mister Brooke.

—¡Sir! respondió el interpelado asomándose en seguida á la cámara con aire compasivo y paseando en torno suyo una inquieta mirada.

—¡Cómo! ¿no nos traes todavía el almuerzo?

preguntó el capitán extrañando la cachaza del steward.

— No, sir, contestó este con voz débil y temblorosa.

— Pues ¿ en qué estás pensando ? ¿ no ves que es ya muy tarde ?

— ¡ Ah ! sir, es que... los huevos se han concluido, balbuceó su interlocutor.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de Eduardo y del ministro.

— ¿ Cómo ha sido eso ? ¿ es posible que nos hayamos comido ya la provision de huevos que hicimos en el Callao ? ¿ Estás acaso soñando ? replicó el capitán con un acento que revelaba la mas profunda sorpresa.

— ¡ Ojalá lo estuviera ! murmuró el despensero entre dientes.

— ¿ Estás en tu cabal juicio ? Hombre, vé corriendo á registrar todos los rincones de la despensa, quizás... continuó mister Mac-Kievet.

— Es inútil, sir, repuso el despensero, meneando tristemente la cabeza.

— Sí, se los habrá comido ese bribon ! cuchicheó mister Brooke cási al oido de Eduardo.

Cuando el hijo de Escocia hubo terminado su corta y débilmente pronunciada frase, á Eduardo le dió una irresistible pasion de risa, y para cubrir el expediente no tuvo otro remedio que llevar su pañuelo á la boca con disimulo. El joven español estaba sentado en una silla de tijera, vuelto de espaldas al despensero y enfrente del

capitan y de mister Brooke, que ocupaban el sofá.

— Veamos, pues; explícanos cómo han desaparecido los huevos en tan poco tiempo, dijo el capitan con tono sarcástico. Á mí nadie me la pega, añadió para sí, dirigiendo una severa y escrutadora mirada al compungido rostro de su interlocutor.

— ¡ Ah! sir, contestó este con acento de tristeza; en la terrible noche de la tormenta se vino al suelo el barril que los contenía y se rompieron muchas docenas de ellos. ¡ Si hubiéseis visto aquella tortilla! continuó dirigiendo su vista á los dos pasajeros; aquella sí que podia llamarse con razon la reina de las tortillas.

Al oír la contestacion del despensero, Eduardo daba fuertes mordiscos á su pañuelo para no reventar de risa; y el ministro, al ver las extrañas contorsiones de la cara de su compañero, se aplicó la palma de la mano sobre la boca para reprimir una carcajada. Únicamente mister MacKievet resistió la carga sin pestañear, y diciendo con tono de enojo:

— Á tí no se te puede pillar nunca infraganti. ¡ Es tan cómodo echar la culpa de todo á la tormenta, eh! ¡ Como si empezaras hoy á navegar para no tomar tus precauciones! ¿ Por qué no me avisaste al menos con oportunidad, majadero?

— Hay circunstancias que se burlan de todas las precauciones, capitan; y á fe mia que la danza que tuvimos en las regiones circumpolares es

muy atendible para disculpar la falta de este hombre! dijo el ministro saliendo á la defensa del pobre despensero.

— ¡Oh! si le conociérais tan á fondo como yo, ministro! repuso el capitán con amarga ironía. No he visto en mi vida un hombre mas negligente. Ahora yo quiero concederos, ministro, que, como vos decís, hay casos excepcionales que dan al traste con todas las precauciones imaginables, y que uno de tantos fue la tormenta que experimentamos en el cabo de Hornos: pero ¿cuál es entonces el deber de un celoso despensero? ¿está ó no obligado á avisar con oportunidad al capitán, para que este tome, si es posible, las medidas que reclama la situación? Pues ¿y si de repente nos hubiésemos hallado sin provisiones de ninguna clase, estando á doscientas ó mas leguas de distancia de la costa, hubiera esperado este pedazo de alcornoque á que nos muriéramos de hambre para decirme: «Capitán, hemos apurado «todas las provisiones?» añadió lanzando una furibunda mirada al despensero.

— Es que... temia... balbuceó este tímidamente.

El despensero estaba derecho é inmóvil como un poste en medio de la cámara, con la vista fija en el suelo, y en la actitud de un delincuente cuando está aguardando que caiga sobre su cabeza el fallo del juez.

— ¡No pretendas excusarte, truhan! continuó mister Mac-Kievet con severidad. El dia que di-

mos sepultura al cuerpo de Cooper, teníamos cinco buques á la vista; ¿por qué no me avisaste entonces? ¿qué dices á eso? ¿no respondes? ¿No veis, señores, qué despensero tan previsor tenemos á bordo? continuó el capitán clavando alternativamente los ojos en sus dos compañeros. Os aconsejo que lo tomeis para administrar vuestros patrimonios. ¡Qué orden, qué economía tan admirable reinaria en todos vuestros negocios! ¿Es ó no verdad lo que digo, señor despensero?

Este continuaba en su inmovilidad y oyó la intencionada interpelacion del capitán, sin pestañear ni despegar los labios.

— Ha sido una omision involuntaria, capitán, y por lo tanto perdonable, dijo Eduardo compadecido de la embarazosa situacion del despensero. Por mi parte, me conformo de buena gana con las consecuencias.

— Yo tambien, se apresuró á responder mister Brooke.

— Os doy las gracias por vuestra indulgencia, señores; pero creed que siento infinito que á los pasajeros no se les trate como es debido, pues hasta el presente puedo vanagloriarme de que nadie se ha quejado de mí tocante á este punto. ¿Qué nos vas á dar ahora en lugar de huevos? prosiguió el capitán con sarcástico acento y lanzando una penetrante mirada al despensero.

— ¡Qué sé yo, sir! repuso el petrificado marino con voz débil y temblorosa.

— Pues si tú no lo sabes, bribon, ¿á quién de-

bo preguntarlo? ¿Os gusta el pudding, señores? añadió volviendo el rostro á sus dos compañeros.

—Muchísimo, capitán, contestaron ambos á coro.

—Siendo así, prosiguió este dirigiendo la vista al despensero, podrás darnos pudding; porque supongo que habrá todavía bastante harina y pasas de Corinto.

Á estas palabras, el rostro del macilento despensero tomó una expresión mas sombría, como si hubiese dicho en sus adentros: «Ya estalló el «trueno gordo.»

—Sí, sir, hay pasas de Corinto; pero en cuanto á la harina... repuso el pobre hombre.

—¿Qué quieres decir? preguntó con asombro el capitán al observar la perturbación de su interlocutor.

—Que una buena parte de harina se perdió en la salsa blanca del comedor, sir, respondió el despensero con timidez.

La contestación de este excitó la hilaridad de Eduardo y de mister Brooke, quienes cambiaron una rápida mirada de inteligencia, mordiéndose los labios de risa. Empero no sucedió lo propio con el enojado capitán; porque las palabras del despensero, cayendo como gotas de aceite sobre el fuego, no hicieron mas que avivar la llama que ardía en su pecho.

—¡Habrás visto un avestruz como este! exclamó el capitán palideciendo de ira.

Y diciendo esto se levantó bruscamente del sofá; recorrió con una instantánea y tremenda mirada la superficie de la mesa, como si buscara con afán algún objeto, y, descubriendo en uno de sus ángulos el diccionario de Eduardo, se abalanzó hácia él como el tigre sobre su presa; y un segundo despues lo arrojaba como una bala á la cabeza del despensero, quien resistió el terrible choque de aquel proyectil de nueva especie, con una impasibilidad pasmosa, y sin desviarse una línea del sitio en que parecia tener clavados los piés.

—Dispensad, señores, dijo á poco el capitán volviendo el rostro hácia sus compañeros, y como arrepentido de su accion. Cuando uno tiene que tratar con bestias... añadió encolerizado y encogiéndose de hombros.

Eduardo y mister Brooke contemplaban silenciosos aquella desagradable escena.

—Me da lástima este hombre, pensó el jóven español mirando de reojo al despensero. Dejadle en paz, capitán, dijo luego. Gracias á Dios el viento continúa favoreciéndonos. Ya comerémos patatas cocidas ó cualquier cosa. Lo que importa es que tengamos buena gana como hasta hoy: la salsa del apetito es la mejor de las salsas. ¿ Sois de mi opinion, ministro?

Á estas palabras el despensero levantó tímidamente la vista, dirigiéndola á Eduardo como para manifestarle su agradecimiento.

—Sí, sí, Eduardo, estoy con vos, respondió

el ministro. Eolo nos protege, la salud no nos falta, tenemos patatas, té, manteca, galleta, arroz y carne salada; ¿qué otra cosa podemos apetecer? dijo el ministro sonriéndose.

Todos los comestibles que acababa de enumerar el ministro se hallaban en efecto á bordo; pero en pequeñas cantidades, exceptuando la galleta, de la cual habia un acopio para tres meses cuando menos.

El lenguaje cortés y desinteresado de Eduardo y de mister Brooke calmó un tanto la exaltación de mister Mac-Kievel, quien dijo al marino con ademan severo:

— Anda, márchate de mi presencia, tunante, y no vuelvas á poner mas los piés en esta cámara, ó sino voy á imponerte el mismo castigo que á mister Benson, que hartó merecido lo tienes. Pero debes únicamente mi clemencia en este momento al noble proceder de estos dos caballeros, prosiguió el capitán designando con la mano á sus dos amigos. ¡Sal de aquí, antes que no te rompa la crisma! ¿lo oyes?

Y al pronunciar esta última frase, el capitán amenazó al despensero con sus robustos puños, y luego dejándose caer en el sofá, dijo para sí:

— Pasajeros de tan excelente carácter como Eduardo y el ministro, no se encuentran en el mundo entero.

El despensero no quiso dar lugar á que el capitán repitiera su terminante orden y pusiera por obra su severa amenaza; de modo que nuestro

hombre salió incontinenti de la estancia, cabizbajo y diciendo para sí:

— Vamos; soy el mas afortunado de los mortales.

— Sed mas indulgente para con él, capitan, dijo Eduardo designándole la puerta que acababa de cruzar el despensero. Bastante ha sufrido el pobre en su interior, mientras ha estado en nuestra presencia. Y por otra parte, el porrazo que ha recibido en la cabeza ha sido regular.

— ¡Bah! esta gente tiene el cráneo y los cascos muy duros, Eduardo, dijo el ministro.

— Es cierto, repuso el capitan con una ligera sonrisa.

— Como quiera que sea, mi diccionario pesa mas de una libra, y ha sido arrojado con mucha furia, observó Eduardo en tono de chanza y bajándose para recoger su libro, cuyas cubiertas se habian desprendido del lomo de resultas del choque.

— Á buen seguro que mas daño ha recibido este libro que el despensero en su cabeza, dijo el ministro sonriéndose al ver que Eduardo ensayaba de ajustar con la mano derecha las cubiertas al diccionario que tenia en la otra mano.

— Cuando lleguemos á Inglaterra os compraré otro, Eduardo, dijo el capitan al observar el deterioro que habia sufrido el libro.

— Ya hablaremos de eso mas tarde, capitan, respondió el jóven en tono festivo.

— Es muy sensible, señores, para nuestra con-

servacion individual, el que con todas estas cosas no hayamos almorzado todavía. Pido, pues, al capitán su indulgencia para con el despensero, y confío que mi peticion no será desairada, dijo el ministro intercalando dos ó tres bostezos en sus palabras.

— Yo suplico al capitán que acepte vuestra peticion, ministro, dijo Eduardo.

— Señores, no puedo menos de acceder á vuestros ruegos, repuso el capitán sonriéndose y alargando una mano á cada uno de sus dos compañeros.

— Así me gustan los hombres, dijo el ministro retirando su mano de entre la del capitán. ¡Steward! añadió.

— ¡Sir! contestó el interpelado medio lloriqueando y asomando tímidamente su cabeza á la cámara.

— El capitán te perdona, continuó mister Brooke; pero con la condicion de que en adelante procurarás cumplir mejor con tu deber, ¿no es así, capitán?

— ¿Te crees acreedor á mi clemencia, tunante? repuso este lanzando una ceñuda mirada al marino.

— No, sir, contestó el interpelado con voz trémula y débil.

— Pues bien; si te perdono esta vez, da por ello las gracias á estos dos caballeros, ¿entiendes? dijo mister Mac-Kievet con acento terrible.

— I thank you sirs a thousand times, ó sea:

Mil gracias, señores, dijo el despensero con gazoñería y dirigiendo una mirada de gratitud á Eduardo y al ministro.

— Vamos, tráenos pronto un plato de patatas cocidas, dijo este.

— Allá voy, sir, replicó el despensero con voz mas firme.

Y poniendo súbitamente una cara de pascua se dirigió con presteza hácia la cocina.

El despensero veia desde algunos dias suspendida la espada de Damocles sobre su cabeza; pero no se atrevia á descubrir su imperdonable incuria al capitan: de suerte que esperaba que la bomba estallaria de un momento á otro; y ciertamente que no podia figurarse salir tan bien librado del atolladero.

Cuando el despensero volvió á penetrar en la cámara, puso sobre la mesa un gran plato de humeantes patatas, con gran satisfaccion del hambriento triunvirato.

El contento del despensero era tal en aquella ocasion, que ni siquiera se acordó de que media hora antes habia recibido en su cabeza un fuerte golpe de diccionario con sus cuarenta mil vocablos.

Fue una feliz casualidad para nuestro hombre que, cuando el exasperado capitan le arrojó el diccionario, no hubiese encima la mesa algun plato ú otro objeto mas contundente; pues en este caso, el desenlace de la escena tenia probabilidades de ser trágico.

Como hemos indicado en otro lugar, los víveres de toda clase (excepto la galleta) se iban apurando. Así, pues, el despensero no tenía grandes motivos para regocijarse; puesto que no ignoraba que dentro de tres semanas su posición empeoraría; en términos, que esta segunda vez era muy probable que el capitán, desoyendo las súplicas de los amables pasajeros, le castigaria severamente. Empero, aunque nuestro hombre divisaba tan cercana aquella negra nube en el horizonte de su porvenir, con todo, confiaba que la Providencia les depararía un buque para abastecerles de los comestibles de que iban á carecer: esta idea tranquilizaba el espíritu del despensero.

En cierto modo, todos los hijos de Adán, cualquiera que sea el lugar que ocupemos y el papel que desempeñemos en la vasta escena del mundo, nos encontramos en el caso del despensero de la fragata Lord Efigham. Y sino ¿quién es el hombre despreocupado que ha visto alguna vez enteramente despejado el horizonte de su porvenir? ¿quién ha bogado mucho tiempo viento en popa y á todo trapo por el proceloso océano de la vida sin divisar el menor escollo? ¿No es verdad que toda nuestra existencia es una no interrumpida fluctuación entre el horrendo y negro abismo del temor y la bella y sonrosada aurora de la esperanza?...

El hombre que no experimenta en sus adentros esa inevitable alternativa, es, ó porque no se ha desarrollado el gérmen de su razón, y yace

envuelto en el mas desgraciado idiotismo, ó porque la luz intelectual, ofuscada por la densa é impura atmósfera del vicio, está oculta bajo una espesa capa de cieno.

Aunque en la felicidad humana caben infinitos grados, ello es que cási siempre, y para todos, la fuente del placer destila gota á gota, al paso que la del dolor brota á raudales.

¡Pues qué! (preguntará acaso el juicioso lector), ¿no habrá en el mundo una region pura, una tierra hospitalaria en donde el hombre pueda fijar sus plantas y gozar siquiera de alguna tranquilidad en los breves dias que debe permanecer en este valle de lágrimas? Sí; afortunadamente para nosotros existen esta region serena y ese país amigo en el seno del Catolicismo: allí está el frondoso árbol á cuya fresca y apacible sombra encontraréis grato reposo; el robusto báculo para apoyaros en la adversidad; el amigo fiel para daros saludables ejemplos y consejos; el bálsamo que sanará las heridas de vuestro canceroso corazon; la coraza de bronce para resistir los rudos embates de vuestros enemigos, y, finalmente, una nave para conduciros al puerto de salvacion eterna!

XI.

Á cualquiera que hubiese estado en acecho durante el almuerzo de nuestros tres personajes, se

le hubiera hecho agua la boca al ver el envidiable apetito con que comían las patatas.

El aire del mar es de suyo un buen estimulante, de modo que á muy pocos marineros mata la inapetencia.

— ¡Cáspita! y qué sabrosas están, Eduardo! exclamó el ministro metiéndose una cucharada de patatas en la boca. Si mi mujer me sorprendiera comiendo con tan excelente apetito este plato de patatas, yo, que en mi casa era tan exigente en este punto: bien podría ella echarme en cara mi inconsecuencia! Mi esposa va á encontrar un gran cambio en mis antiguos hábitos domésticos: estas transformaciones solo pueden hacerlas los largos viajes marítimos.

— ¡Su mujer! ¡su esposa! exclamó Eduardo sonriéndose y clavando los ojos en el capitán.

— ¡La esposa de un señor ministro protestante! repuso este. ¿No es verdad, Eduardo, que el nombre de esposa en boca de un ministro suena muy mal al oído? añadió el capitán dirigiendo una significativa mirada al jóven.

— Confieso francamente, respondió este, que aun prescindiendo de la inmoralidad, el matrimonio de los ministros protestantes es cosa que me parece sumamente ridícula.

— Vosotros ridiculizais todo lo que no os acomoda, repuso el hijo de Escocia con severidad y volviéndose hácia sus dos compañeros. El matrimonio considerado religiosa y filosóficamente es

una institucion divina que coloca al hombre en su verdadero terreno. Nosotros aceptamos el himeneo como una pesada cruz; y es preciso que os persuadais, señores, de que sobrellevándola con paciencia y resignacion, se alcanza un grado de virtud que raya en lo sobrenatural. Eduardo no lo sabe todavía; pero vos, capitán, podeis decir por experiencia propia si mi opinion es ó no errónea.

Las palabras del ministro hicieron asomar una ligera sonrisa á los labios de Eduardo y del capitán, quien hizo un signo afirmativo para demostrar su aquiescencia á la opinion de mister Brooke.

— ¿Puede haber nada mas grato y meritorio para el hombre, señores, continuó este, que el verse rodeado de una numerosa prole á la cual ha procurado con ahinco educar é instruir? ¿No se siguen de aquí grandes y positivos bienes para la sociedad? Porque la familia, señores, es el manantial de la sociedad; y cuando las aguas de este manan cristalinas, entonces la imágen de la sociedad se refleja en ellas con toda su pureza; entonces el carro social puede deslizarse, sin trabas, por la pendiente del progreso y la civilizacion. Los hombres que no quieren doblar la cerviz á la coyunda del matrimonio y no conocen el sublime lazo de la familia, son excluidos en el otro mundo de las excelsas prerogativas á que es acreedor el ministerio de la paternidad; son ár-

boles estériles é indignos de que la tierra les sustente, y, segun las palabras de Jesucristo, deben arrancarse y echarse al fuego!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con gran energía.

— Escierto que el matrimonio entraña un gran principio moral y religioso, y que esta divina institucion ha sido consagrada por el Catolicismo, repuso Eduardo; pero esto no implica que el celibato eclesiástico no sea tambien otra institucion divina é infinitamente mas homogénea con la elevada mision del sacerdocio.

— ¿Sabeis, Eduardo, por qué la Reforma abolió el celibato clerical? preguntó el ministro.

— Porque de esta manera quiso hacer mas llano el camino del cielo, dijo para sí el capitan.

— Lo que yo sé, contestó Eduardo, es que la Reforma supo dorar la píldora, excluyendo de su seno todo lo que humilla y mortifica; de modo, que con incalificable astucia suprimió la confesion, el celibato del clero, los ayunos, el rezo, etc. Los delirantes y fogosos heresiarcas del siglo XVI mutilaron el sagrado cuerpo de nuestra doctrina so pretexto de depurarla de todo lo supérfluo ó dañoso. Empero, quince siglos antes que aparecieran en el mundo los primeros reformadores, señor ministro, el grandioso y bello cuadro del Catolicismo estaba ya concluido: nada faltaba ni sobraba en él: todas las generaciones admiraban y se prosternaban atónitas ante el sublime é inimitable colorido que reflejaba el genio de su

divino Artífice; ¿por qué, pues, una mano profana osó ensuciar aquella obra maestra con su grosero pincel?

— ¡Muy bien! exclamó el capitán.

— Despacio, Eduardo, dijo el ministro viendo que su contrincante argüía con calor: moderad vuestros bríos, de lo contrario renuncio á discutir con vos en lo sucesivo. La ardiente imaginación española se exalta con mucha facilidad; los ingleses somos menos propensos al entusiasmo; pero en cambio, siendo nuestro cálculo mas frío, es naturalmente mas certero, añadió con aspereza.

— Es posible que el temperamento flemático que predomina en vosotros y los alemanes, respondió el jóven español volviéndose hácia sus dos compañeros, influya en la templanza y lucidez del raciocinio. Pero las controversias religiosas, hiriendo la fibra mas sensible del corazón, enardecen el espíritu é inflaman la sangre como los licores alcohólicos. Cuando el corazón está hecho un volcan, es muy natural que la boca vomite ardiente lava, ministro!

El mas vehemente de todos los sentimientos es indudablemente el sentimiento religioso: cuando este habla, enmudecen el amor de la patria, el de la familia y todas las demás secundarias afecciones.

El sentimiento religioso imprime su benéfica é indeleble huella en todos los grandes partos del entendimiento humano: él es el que impulsa la

pluma del escritor, el pincel del artista, la espada del guerrero, el númen del poeta, la elocuencia del orador: este mismo sentimiento es el que transporta al sacerdote á las regiones ultramarinas, infunde valor al mártir, asiste al enfermo, socorre al pobre, instruye al ignorante, viste al desnudo, ampara al huérfano, encamina al extraviado y cierra los párpados al moribundo.

Cuando la religion ocupa en el corazon del hombre el lugar que le corresponde, la conciencia no puede menos de alarmarse contra cualquier acto, palabra ó recuerdo atentatorios al sagrado objeto de nuestro amor.

Por otra parte, la religion católica cuando se practica con toda fidelidad, infunde una conviccion tan íntima, y algunas veces, hasta una intuicion de todas las eternas verdades que componen el augusto símbolo de nuestra fe; que, estando el ánimo tan firmemente asociado á su creencia, parece de todo punto imposible, no solo que haya nadie en el mundo que pueda llevar su osadía hasta insultar y denigrar sus inmutables y divinos dogmas; sino aun, que todos no los crean y adoren á ciegas. ¿Qué mucho, que cuando uno está bañado en un océano infinito de luz infinita é increada, se pame de que muchos vivan rodeados de espesísimas tinieblas?

No extrañemos, pues, que Eduardo, arrastrado por su profundo sentimiento católico, discutiera algunas veces con calor.

Nada puede irritar mas al hombre poseido de

un celo ardiente y de una fe viva, que una horrible blasfemia ó un sacrílego acto contra el objeto mas grato y sagrado de su corazon: esto es lo que los incrédulos blasonan de no comprender. Hé aquí el argumento del escéptico en esta materia: «¿No nos decís á cada paso que vuestra religion es el amor por esencia? ¿Por qué, «pues, os enojais contra nuestros ataques?» ¡Insensatos! ¿no veis, por ventura, que nuestro enojo dimana de nuestro mismo amor? ¿Permaneceríais, acaso, impasibles ante el asesino de vuestra esposa ó de vuestra madre? ¿no derramaríais hasta la última gota de vuestra sangre en defensa de la inocente é idolatrada víctima?...

No nos hagais, pues, ningun cargo por nuestra indignacion, cuando atacais impiamente los objetos mas dignos de nuestro acendrado y puro amor; porque hasta los irracionales se encargarian de refutar vuestros sofismas con sus admirables instintos. En efecto: ¿no os está indicando el espantoso aullido de la hiena, desde el fondo del desierto, que le han arrebatado sus cachorros, los pedazos de su maternal corazon?

Si algunas veces, como hemos dicho, Eduardo inflamado de un celo apostólico, se exaltaba momentáneamente en tanto que refutaba los argumentos de su adversario, muy pronto su exaltacion se trocaba en dulzura, pensando en el precepto de su Religion, por el cual estamos obligados á amar al prójimo y á reprenderle con suavidad en su extravío. Entonces el semblante y

metal de voz de Eduardo traslucian la mas profunda humildad: «nada de acritud en mi lengua-
«je,» decia en sus adentros el jóven español al advertir su cristiana exaltacion.

Bien puede afirmarse que el Catolicismo es la religion del amor. Este se destaca del fondo de todos sus inescrutables misterios, y de sus sublimes preceptos.

¿Quién trajo al mundo á nuestro divino Redentor? El amor hácia la criatura decaida. ¿Cuál fue el móvil de su predicacion? El amor. ¿Por qué se consumó el sacrificio del Calvario? Por el amor. ¿Quién hizo brotar de los lívidos y augustos labios de Jesucristo palabras tiernas y sublimes de clemencia hácia sus mismos verdugos? El amor. ¿Qué objeto le movió por último á dejarnos en prenda de nuestra redencion su místico y sacratísimo cuerpo para alimento y salvacion de nuestras almas? El amor, el amor llevado hasta lo infinito.

¿Qué otra religion se nos presenta con tan brillantes títulos? ¿Buscarémos el amor en el alfanje y brutalidad del islamismo? ¿lo encontraremos, acaso, en el espantoso cisma que desgarrá las innumerables sectas protestantes? ¿irémos á hallarle, por último, en los monstruosos errores y barbaridades del paganismo y de la idolatría? No, mil veces no: la flor del divino amor que exhala sus suaves perfumes en el verjel del corazon, está fecundada por la luz pura de la verdad, que reside en el entendimiento.

No busqueis, por consiguiente, amor en las falsas religiones: el error es frio, es tenebroso, es egoista, es cruel!

Así, pues, desistid de vuestro temerario y sacrilego intento, buscando el amor desinteresado, el amor depurado del barro de la tierra fuera del Catolicismo: todas las tinieblas del universo no os darán un átomo de luz, ni con todos los millones de ceros que os sugiera la imaginacion compondréis la unidad.

El ministro reconvenia injustamente á Eduardo por los chispazos de santo entusiasmo que este demostraba de vez en cuando en las controversias religiosas; pero esto podia ser tambien un trivial pretexto que alegara el hijo de Escocia para esquivar sutilmente el enojoso tema de la conversacion.

Un hombre de cincuenta años ilustrado y celoso de su reputacion como lo era mister Brooke, debia necesariamente de sentirse humillado cuando su imberbe rival le hacia morder el polvo durante la contienda. De ahí probablemente, el sistemático empeño del ministro en dar otro giro á las cuestiones que mortificaban su amor propio y atajaban sus pasos: esto es una confesion tácita de la mala causa que se defiende. Cuando el incrédulo ve con sorpresa que todos sus capeiosos argumentos han sido desmenuzados con las cortantes armas que nos suministra nuestra augusta Religion, se halla impensadamente encerrado en un círculo de hierro, hasta que la satánica astu-

cia le sugiere el medio de evadirse por la tangente.

¿Deducirémos, pues, de las anteriores premisas, que el embozado reproche del ministro era la saludable y oportuna amonestacion del buen amigo; ó inferirémos mas bien, que la des-templada advertencia del hijo de Escocia era el grito desgarrador del náufrago desesperando encontrar una tabla donde asirse?... Abandonamos el fallo de nuestra proposicion al juicio imparcial y razonado del lector.

Eduardo, léjos de irritarse de la extremada intolerancia de su antagonista, se acusaba á sí mismo de sus exabruptos oratorios é invocaba el auxilio divino para que enfrenara su ardor: «¡Dios mio! exclamaba el piadoso jóven, concededme humildad; haced que mis palabras salgan de mi boca, no como un torrente devastador, sino que fluyan de mis labios con dulzura á fin de que caigan sobre el empedernido corazon del ministro cual benéfica y mansa lluvia: mirad con ojos de compasion esta oveja descarriada, y cargándola amorosamente sobre vuestros divinos hombros, conducidla á vuestro aprisco!»

Desde aquel instante nuestro héroe hizo el firme propósito de moderar sus transportes de santo entusiasmo en sus polémicas con el ministro, á quien se le fué cerrando de cada dia la mejor válvula de seguridad en sus apuros dialécticos; pues el jóven español, con el auxilio de la divi-

na gracia, logró dominarse por completo en poco tiempo.

El capitán deploraba la exquisita susceptibilidad del ministro, tanto más cuanto que conocía que aquello era efecto de la debilidad vergonzosa con que este debía de parar los rudos golpes de su joven contrincante: «Es muy duro, señor ministro, declararse vencido por un niño; y por «esto quereis esgrimir armas de mala ley,» se decía á sí mismo mister Mac-Kievet.

Tres cosas retraen, á nuestro ver, á muchos esclarecidos ministros de la Reforma, de entrar resueltamente en el puerto seguro de nuestra Religión: el tener que combatir y sofocar las pasiones que se han enseñoreado ya de su corazón; la pérdida de una pingüe dotación del Estado, y en definitiva, el temor de que, por el mero hecho de abrazar las nuevas creencias, tendrán que renunciar á antiguas y queridas relaciones y amistades.

Estos tres obstáculos son, indudablemente, otros tantos escollos donde naufragan los débiles esfuerzos de los que pugnan por salir del tristísimo estado de vacilante ansiedad en que se encuentra su espíritu. Pero ¿es lógico, es procedente, que por obstinarse en conservar lo que de suyo es deleznable y que se nos escapa de las manos, nos adormezcamos en las sombras del error exponiéndonos á sabiendas á perder la herencia eterna?...

El hombre debe, ante todo y á despecho de

todo, enderezar sus pasos hácia la senda de la verdad; á cuyo luminoso polo tiende sin cesar el entendimiento humano.

El alma es naturalmente cristiana, según Tertuliano; pero el cuerpo, como salido del polvo, y recordando siempre su humilde origen, se inclina hácia la tierra; al paso que el alma, siendo un reflejo de la Divinidad, aspira constantemente al cielo de donde procede: de ahí esa lucha terrible y sin tregua entre el espíritu y la materia.

La dignidad del hombre estriba en que la segunda sea esclava del primero. Mas ¿dónde encontraremos armas para obtener una brillante y decisiva victoria sobre las continuas rebeldías de nuestro espíritu? ¿Dónde?... En los inmensos arsenales de la religion católica!

Además, el hombre que busca sinceramente la verdad, la halla sin gran trabajo. ¿Preguntaréis, acaso, por su distintivo? Escuchad las palabras de un sábio de nuestro siglo: «El error es tan feo y diforme, que necesita muchísimos atavíos para seducirnos, al paso que la belleza irresistible de la verdad se nos impone por su misma sencillez.»

La verdadera doctrina lleva tan profunda é indeleblemente grabado el sello de la verdad infinita, que no puede absolutamente confundirse con el error, por mas que este se emboce y engalané; pues así como al contemplar las maravillosas obras del universo, decimos á pesar nues-

tro : Aquí está el dedo de Dios ; ó al leer las sagradas é inspiradas páginas de la Escritura sentimos el soplo de la Divinidad ; así tambien , el gozo indecible que experimentamos en el fondo de nuestra conciencia al practicar la virtud , nos hace exclamar con entusiasmo : ¡ Esta es la amorosa voz de Dios !

Quando despertando del profundo letargo del error y del vicio , corremos desalados en pos de la verdad , Dios nos allana y acorta el camino. Y sino , ¿ cómo se concibe que tantos hombres ilustres , pero engolfados en el tenebroso é insondable piélago del error , de la noche á la mañana hayan desdeñado todas las riquezas , placeres y honores con que les brindaba el mundo volviéndole decididamente la espalda ? ¿ Diréis , por ventura , que esos hombres han prevaricado ? ... No por cierto ; porque con sus austeras virtudes y sus inmortales escritos darian un solemne mentís á vuestra absurda imputacion. ¿ Cómo se explica , pues , el cambio súbito y radical en la conducta de tales personas ? ¿ cuál puede ser la causa de ese raro fenómeno moral ? Hé aquí descifrado el enigma : es que un rayo de luz divina , penetrando en sus ofuscados entendimientos , ha infundido el calor en sus helados corazones.

Advertimos , quizás demasiado tarde , que nos hemos desviado de nuestro primordial objeto defraudando las esperanzas , y acaso , abusando de la atencion del lector. No se nos oculta , que

cuando uno lee relaciones de viajes , viaja con la imaginacion , y por consiguiente , no quiere tropezar con obstáculos que retarden su carrera ; sino que , asido fuertemente del hilo de la narracion , espera con creciente avidez el desenlace de variadas é interesantes escenas. Pero , tenemos para nosotros , que por delicioso y pintoresco que sea el país que se recorre , cuando el viaje es algo largo , se entra con gusto en las posadas que de vez en cuando se encuentran al borde del camino : allí se descansa un rato , se sacude el polvo del vestido , se toma un refrigerio , y luego se prosigue la marcha con nuevo vigor.

XII.

El ministro habia tenido sobrada ocasion de medir la fuerza dialéctica de su jóven adversario , y sentia su inferioridad , y cási impotencia , para luchar con él cuerpo á cuerpo.

Mister Brooke no era tan míope para dejar de ver que las súbitas é intermitentes llamaradas que salian de vez en cuando de la boca de Eduardo durante la palestra , eran efecto mas bien que del orgullo , del vasto incendio de celo religioso que abrasaba su pecho. Por lo tanto , nuestro héroe merecia por ello , en lugar de injusta censura , el mas sincero agradecimiento. Empero , como dice la sagrada Escritura , los que están sentados en las sombras del error , tienen ojos y no ven , narices y no olfatean , piés y no andan , etc.

— Si Eduardo no tuviera el genio tan vivo... dijo el ministro clavando la vista en el capitán, así que terminó el almuerzo que hemos visto empezar en el precedente capítulo.

— ¿Qué? preguntó mister Mac-Kieviet esperando que el hijo de Escocia completase su frase.

— Seria muy agradable trabar con él interesantes polémicas religiosas.

— Esto depende de mis pocos años, ministro, respondió Eduardo con dulzura y sonriendo. Procuraré enmendarme con la ayuda y favor de Dios, añadió para sí.

El capitán se apresuró á salir á la defensa de su jóven compañero diciendo :

— La exaltacion de Eduardo procede de los vivos deseos que tiene de convertiros, ministro.

Estas palabras hicieron asomar una maliciosa sonrisa á los labios de mister Brooke.

— Solo los verdaderos creyentes que apreciamos el imponderable valor de las doctrinas que profesamos, podemos comprender y admirar hasta dónde llega el celo por la salvacion de las almas, y...

— Es cierto, repuso Eduardo interrumpiendo al capitán. Por insaciable que sea la ambicion de los conquistadores de la tierra, ministro, tiene que limitarse á la posesion de una ciudad, de una provincia, de un reino; ó si se quiere, del mundo entero! Pero todos los cetros y coronas de la tierra, por poderosos que sean, están destinados á perecer en el torrente devastador del

tiempo ; mientras que un alma es una joya de un valor infinito é imperecedero.

— Yo creo que Eduardo está poseido de rectas intenciones, y que desea de veras mi conversion, dijo el ministro con tono zumbon ; pero no soy partidario de discusiones acaloradas cualesquiera que sean su entidad y naturaleza. Si Eduardo se corrige de este pequeño lunar, habrá adelantado muchísimo en el delicioso arte oratorio ; pues cuando este jóven razona con calma (añadió mirando al capitan y designándole á Eduardo), es tan elocuente que bien podria otorgársele un sillón en el Parlamento británico.

— ¿ En la Cámara de los lores ó en la de los comunes ? ¿ Con los whigs ó con los torys ? preguntó Eduardo sonriendo.

Al oír la oportuna é inesperada interpelacion del jóven español , el capitan y mister Brooke prorumpieron en una carcajada.

— ¡ Soberbia estocada ! ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja ! Eduardo es el diablo para los chistes ; ¿ no es verdad, capitan ? ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja !

— Eduardo esgrime con destreza toda clase de armas , señor ministro , respondió el capitan sonriendo.

— Basta ya de lisonja , señores , dijo Eduardo sin dar lugar á que el ministro hablara. La alabanza inmerecida solo es sátira escondida , añadió el jóven en español.

— ¿ Qué ha dicho Eduardo ? preguntó el capitan volviéndose al ministro.

— ¿Qué ha dicho Eduardo? repitió el interpelado remedando el ademan de su interlocutor.

El jóven español se mordía los labios de risa al oír la recíproca é idéntica interpelacion de sus dos compañeros.

— No extrañeis mi pregunta, ministro, dijo el capitan corrigiendo con el tubo de su pipa la expresion de sonrisa que contraia sus labios; como sé que hablais correctamente el francés, creia...

— Creíais que yo debia de entender tambien el español; ¿no es verdad, capitan?

Mister Mac-Kievet hizo un ademan afirmativo.

— Entre el francés y el español hay bastante analogía, capitan, observó Eduardo; porque ambos idiomas emanan principalmente del latin. Pero su afinidad no es tampoco tan íntima, que poseyendo la clave del uno se posea tambien la del otro.

— El aleman y el inglés tienen el mismo origen, y no obstante están separados por diferencias muy sensibles, dijo mister Brooke.

— Precisamente, respondió Eduardo.

— Con todo eso, todavía no sabemos el significado de las palabras de Eduardo, dijo el capitan.

Entonces Eduardo, cuyas mejillas tiñó ligeramente el rubor, tradujo en inglés la frase que habia pronunciado en español.

— La modestia tiene sus límites, Eduardo, dijo en seguida el ministro con algo de severidad. El

capitan comprenderá muy bien que no trato ni puedo burlarme de vos en el terreno de la discusion.

Mister Mac-Kievet hizo otro ademan afirmativo.

—Vamos, este hombre quiere ponerme una dedada de miel en la boca, pensó Eduardo mirando al soslayo al ministro.

—Vos sois muy jóven, prosiguió el hijo de Escocia; y los conocimientos nada vulgares que adornan la temprana flor de vuestra inteligencia pueden conduciros algun dia á representar un brillante papel en los asuntos políticos de España.

—Esto es muy lisonjero para vos, Eduardo, dijo el capitan.

—Demasiado, contestó el jóven español. Pero el humo del incienso no podrá oscurecer mi razon hasta el punto de desviarme de mi firme é irrevocable propósito.

—¿Y cuál es vuestro propósito, Eduardo? preguntó el ministro.

—El de no mezclarme jamás en los asuntos políticos de mi país.

—¿Por qué? murmuró el capitan.

—Porque siempre he odiado ese abigarrado mosaico de opiniones que se disputan y arrancan alternativamente el mando de las manos, especulando con el poder como si fuese una vil mercancía. Es preciso tener en cuenta, señores, que en el mundo político hay ciertos hombres tan

intrigantes y ávidos de figurar, que como perros hambrientos asedian tenazmente las gradas del trono ensordeciéndolas con sus famélicos ladridos, y para ahuyentarlos de allí, no queda otro remedio que arrojarles siquiera un miserable hueso para roer.

— Esos hombres son la polilla de la sociedad, observó el capitán.

— Es cierto, repuso el ministro; pero la política no tiene nada que ver con los que medran vergonzosamente á su sombra; con esos zánganos que chupan la rica miel del panal del presupuesto elaborado con los sudores y economías del plebeyo:... no, la política es la ciencia del buen gobierno, es la fuerza motriz y reguladora de la grande y complicada máquina del Estado, y por lo tanto, su misión es muy elevada y no puede de ningun modo confundirse con las odiosas y mezquinas rencillas, cuyo origen y pábulo estriban en las ambiciones personales.

— Estamos de acuerdo, dijo Eduardo.

— ¡El ministro ha puesto el dedo en la llaga! exclamó el capitán.

— El estado anormal de vuestra patria cesará, prosiguió mister Brooke clavando la vista en su joven interlocutor. Los partidos reconocerán al fin su error y se agruparán en torno de la gran bandera nacional: entonces se consolidará el orden, inaugurándose la brillante era del progreso para el pueblo español.

— ¡Cuánto dudo, señor ministro, que mi ama-

da patria se levante jamás de su postracion! exclamó el jóven moviendo tristemente la cabeza.

—No desconfieis, murmuró el capitan mirando á Eduardo.

Este exhaló un profundo suspiro por toda contestacion.

—La enfermedad que aqueja á España, aunque inveterada, no es incurable, repuso el ministro. La posicion geográfica de la Península ibérica es inmejorable: por el Norte se levanta la eminente y prolongada cordillera pirenaica formando una barrera natural divisoria con la Francia; el Atlántico y el Mediterráneo reflejan á porfía la pureza de su cielo en sus aguas de zafir, bordeando sus hermosas y extensas costas con su blanca espuma. ¿Qué diré ahora de la feracidad de su suelo, de su abundante y variada riqueza mineral, de sus caudalosos rios, de sus puertos capaces y seguros, de sus sóbrios, laboriosos é inteligentes habitantes, y de sus lindas y populosas ciudades?... Una nacion que cuenta en su seno tan fecundos gérmenes de riqueza y prosperidad, no puede perecer! añadió el ministro con entusiasmo.

— ¡Muy bien! exclamaron sus dos interlocutores.

—No parece sino que el ministro ha viajado por España, observó el capitan fijando la vista en Eduardo.

—En efecto, repuso este sonriendo.

—No he viajado nunca por España, capitan,

pero he leído con sumo interés los mas culminantes hechos de su historia antigua y contemporánea, dijo mister Brooke, y añadió lanzando una cariñosa mirada á Eduardo: No sé si dudaréis de la sinceridad de mis palabras; pero voy á declararos sin rodeos, que vuestra nacion ocupa el segundo lugar en el rango de mis simpatías.

Hé aquí un inglés que no está atacado de hispanofobia, pensará acaso el lector.

—Estoy viendo que mister Brooke es medio compatriota vuestro, Eduardo, dijo mister MacKievet con acento socarron.

Eduardo se sonrió, é hizo un signo afirmativo de cabeza al capitan, diciendo:

—Tengo la íntima conviccion de que el ministro toma un vivo interés en los asuntos de mi país.

—¡Oh! sí; creedlo, Eduardo, repuso el hijo de Escocia. Todos los males que azotan á España desde algunos años acá, aunque graves, son transitorios. Con las guerras intestinas y las revoluciones, acontece lo propio que con los litigios: cuando los pueblos advierten (tarde muchas veces, es verdad) que han agotado estérilmente todas sus fuerzas y recursos, concluyen por hacer una avenencia saludable y amistosa.

Ahora bien, continuó mister Brooke; el día (no muy lejano á mi entender) en que todas esas dispersas moléculas que divagan por la anubarrada atmósfera política española adopten la fe-

liz resolución de reunirse formando un conjunto sólido, estable y homogéneo, los hombres que con sus luces y acrisolada probidad se sientan con fuerzas para conducir con acierto el rumbo de la nave del Estado...

— Que conceptúo mas difícil de gobernar que el timon de la fragata Lord Efingham, dijo el capitán sonriendo é interrumpiendo bruscamente al ministro.

Una carcajada de este y de Eduardo siguió á las palabras de mister Mac-Kievet.

— ¡ Oh! sí; para manejar el gobernalle de la nave del Estado, se necesita mas pericia que para dirigir el de este buque, dijo el ministro. Aunque en la borrasca del cabo de Hornos cuando la fragata se encabritaba como un brioso y gigantesco corcel echando espumarajos por sus ijares... ¡ Ja! ¡ ja! ¡ ja!

— ¡ Es verdad! exclamaron sus dos compañeros.

— ¡ Ja! ¡ ja! ¡ ja! prorumpieron los tres á coro.

La risa produjo una breve páusa en la conversacion de nuestro triunvirato.

— El caso es que la chistosa y oportuna ocurrencia del capitán ha truncado mi cláusula; y no recuerdo... murmuró el ministro dándose una palmada en la frente como para despertar su dormida reminiscencia.

— Eduardo, acudid en auxilio de la memoria de mister Brooke, dijo el capitán sonriendo.

— Me parece que nos hablábais de los hombres aptos para conducir el timon del Estado, dijo Eduardo mirando al ministro y soltando una carcajada.

— ¡ Es verdad ! ¡ es verdad ! murmuraron sus dos interlocutores. ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja !

— Decia, pues, continuó mister Brooke tras una breve páusa, que auguro y vislumbro ya un brillante porvenir para los fastos de la monarquía española. Y cuando esto suceda, los hombres ilustrados y virtuosos deben de sacudir su apatía y tomar una parte activa en los asuntos vitales de su país ; porque tales hombres contraen (ipso facto) un compromiso moral é ineludible ante su patria. Hé aquí por qué desapruero la opinion de Eduardo tocante á este punto, añadió mister Brooke volviendo su rostro al capitán.

— Si algun dia (calmada la efervescencia de los ánimos), respondió Eduardo, se reclamasen mis cortos alcances y mis débiles fuerzas ; no seria el último, señores, no, añadió con energía, en llevar mi pequeña piedra para la restauracion del edificio de mi idolatrada patria. Pero ¡ ay ! temo que la bella aurora de la pacificacion y engrandecimiento de mi país está léjos... léjos todavía ! ¡ Dios quiera deparar á España dilatados dias de prosperidad y ventura ! ¡ Dios mio ! escuchad la débil voz de la mas miserable de vuestras criaturas que os pide con ardor la felicidad de su patria desde la inmensidad del océano !

Al terminar estas palabras, una lágrima rodó por las mejillas del jóven español.

— No sé por qué Eduardo es tan pesimista al emitir su juicio sobre los asuntos de su país, dijo el ministro observando la emocion retratada en el semblante del jóven español.

— España no se halla en el caso de mi pobre Irlanda, Eduardo, murmuró el capitan. Aquella nacion encierra grandes elementos de vitalidad, como acaba de demostrárnos mister Brooke. Por otra parte, continuó, el pueblo español es profundamente religioso; y si bien es cierto que Dios envia dias de prueba á las naciones como á los individuos, con todo no desampara nunca á los que le aman y sirven de veras.

— ¡ Ah ! no extrañeis, señores, mi desaliento y excesiva desconfianza respecto al porvenir de mi patria, dijo Eduardo con triste acento. Durante muchos años la frágil navecilla de mi existencia ha sido rudamente combatida por el oleaje del embravecido mar de la política española.

Nací á fines del año de 1833, prosiguió el jóven (¡ rara coincidencia !). Cuando la pálida y diminuta estrella de mi ser asomaba por el horizonte de la vida, el grande y refulgente astro que ocupaba el trono de san Fernando acababa de entrar en su ocaso. La monarquía española lloraba con fastuosa pompa la muerte de su soberano, y en mi hogar doméstico se celebraba con modesto regocijo el nacimiento de un nuevo individuo. ¡ Qué contraste ! El último suspiro

del rey hizo estremecer los cuatro ángulos de la Península ibérica; y mi primer gemido... ¡ay! quedó sepultado en las cuatro paredes de mi casa!

— La rara y fortuita circunstancia que medió en vuestro nacimiento es un buen presagio, Eduardo, dijo mister Brooke chanceándose, y tratando de desvanecer la tristeza que revelaba el rostro de nuestro héroe.

— Mister Brooke tiene razón, Eduardo, murmuró el capitán sonriendo, adivinando y secundando la intención de su compañero.

Eduardo estaba tan abismado en sus melancólicos recuerdos, que ni siquiera reparó en la broma iniciada por el ministro y apoyada por el capitán, quien viendo la sombría imperturbabilidad del jóven le interpeló de esta manera:

— ¿En qué estais pensando, Eduardo?

— No evoqueis recuerdos tristes: pelillos á la mar, dijo el hijo de Escocia clavando los ojos en el jóven español.

— ¡Es verdad, ministro! exclamó este moviendo la cabeza con ademan distraido como al despertar de un pesado sueño; estaba hablándoos de mi nacimiento. Pues bien, prosiguió con el mismo tono de tristeza con que empezó su relación; mi entrada en el teatro del mundo coincidió, señores, con el origen de la fratricida y encarnizada guerra de siete años, que ensangrentó la vasta superficie de mi amada patria. Así aconteció que los rumores bélicos rodearon

mi cuna, y mas de una vez el agudo y mortífero silbido de las balas fue el marcial arrullo que cerró mis infantiles párpados.

Entre los horrorosos dramas que presencié en la guerra civil, recuerdo uno que, aunque de fecha muy antigua, se halla indeleblemente esculpido en mi memoria con caracteres de sangre.

Al decir esto, el metal de voz y el rostro de Eduardo reflejaban una tristeza incomparable.

— En una calurosa tarde de verano (contaba yo apenas cinco años) estaba jugando sobre las rodillas de mi padre, quien sentado en una silla junto al umbral de la puerta de mi casa tomaba el fresco divirtiéndose con mis pueriles chistes y caricias, en tanto que mi madre se encaminaba á un huerto inmediato al pueblo. De repente invadieron mi casa cuatro soldados jadeando, y cubiertos de sudor, de polvo y de harapos. (¡ Dios me libre de ver jamás cuatro caras mas horribles!) No se necesitaban grandes esfuerzos de imaginacion para comprender en seguida, que aquellos cuatro hombres se aprovechaban de los azares de la guerra civil, como de un manto de criminal impunidad, para entregarse desenfrenadamente al pillaje, á la brutalidad y al asesinato.

— ¡ Cuántas calamidades trae consigo la guerra! dijo para sí el capitán.

— Uno de aquellos cuatro forajidos (todavía me parece estar viendo su rostro de hiena y oyendo su voz de endemoniado), continuó Eduardo con voz ahogada por los sollozos, intimó impe-

riosamente á mi padre , apuntándole con su fusil , que le prometiera entregarle en el acto doscientos dollars , ó en caso negativo le dejaba cadáver. Al oír esta terrible amenaza , el rostro de mi padre se puso blanco como la nieve , me dió una dulce mirada , y respondió temblando como la hoja en el árbol : «No tengo tanto dinero.»

— ¿Y disparó el malvado su fusil? preguntó el capitán con impaciencia.

— ¡ Sí ! repuso Eduardo con voz entrecortada : la bala atravesó el brazo de mi padre , quien tartamudeó mi nombre... y se desvaneció... cayendo de espaldas al suelo anegado en la sangre que salía á borbotones de su herida.

Dichas estas palabras , Eduardo estaba tan pálido y conmovido , que sus dos interlocutores cruzaron una mirada de ansiedad que parecía decir : «Este muchacho me da cuidado.»

— Pero no acaba aquí el drama , continuó nuestro héroe con los ojos arrasados en llanto.

— Pues ¿qué sucedió despues? preguntó el ministro con vivo interés.

— Mi tío , que á la sazón se hallaba trabajando en uno de los aposentos del primer piso , prosiguió el jóven , así que oyó la detonacion del fusil , bajó corriendo la escalera. Cuando el hermano de mi padre llegó al lugar de la catástrofe , el último continuaba tendido en el suelo , sin sentidos y bañado en su propia sangre , cuyo cuerpo contemplaban de pié el agresor y sus tres compañeros con la mas estúpida ferocidad. Así

que mi tío vió aquel cuadro desgarrador, erizó-
ronsele los cabellos y palideció como un difunto.
Pero instantáneamente la sed de la venganza
abrasó sus lívidos labios, y aunque tenía que
batirse contra cuatro adversarios; con todo, ebrio
de cólera, no reparó siquiera en la desigualdad
de la lucha, sino que se arrojó como un tigre
rabioso sobre el cobarde asesino de mi padre!

— ¡Bravo! murmuró el ministro.

— Mi tío era un hombre de treinta y cinco
años y de complexión atlética; por manera que
si su rival no hubiese tenido guardadas las es-
paldas por sus tres compañeros, ó no apelara á
un recurso vil y alevoso, no hubiera escapado
con vida de las formidables garras del hermano
de mi padre.

— ¿Cómo terminó la lucha, Eduardo? pre-
guntó el capitán con vivísimo interés.

— ¡Ah! terminó de un modo terrible! excla-
mó el interpelado con voz trémula y exhalando
un profundo suspiro. Al aperebirse los tres ban-
didos de la desventaja con que luchaba su com-
pañero, intervinieron en la reyerta, en favor de
este. Á pesar de la superioridad de la fuerza nu-
mérica, mi tío se batía con todo el furor de la
desesperacion: hubo un momento en que llegó
á tener en jaque y á infundir miedo á sus cuatro
adversarios: mas por fin, todos sus heróicos y
desesperados esfuerzos se estrellaron contra el
número de sus odiosos rivales.

Entonces mister Brooke hizo una horrible mueca de displicencia.

— Cuando (gracias al auxilio de sus compañeros) el asesino vió que tenía un brazo libre, llevó rápidamente su mano al cinto donde llevaba oculto un puñal, y con la mas monstruosa cobardía... (aquí la voz de Eduardo fue casi sofocada por los sollozos), hundió toda su hoja en el pecho de mi tío, ... quien vomitando torrentes de sangre... cayó desplomado y exánime á los piés del cuerpo de mi padre!...

— ¡ Infame! exclamaron mister Brooke y el capitán en tono de indignacion. ¿ Escaparon impunemente los malvados? ¡ Aquellos cafres merecian ser desollados vivos! añadió el ministro.

— La justicia divina alcanza tarde ó temprano á los malvados: aquellas cuatro fieras no tardaron en experimentar los terribles efectos de la justicia de la tierra que en aquella ocasion (¡ ojalá lo fuera siempre!) fue un instrumento y reflejo de la del cielo, dijo Eduardo con emocion.

— ¡ Bravo! prorumpieron sus dos interlocutores.

— Uno de aquellos malhechores, profiriendo una horrenda imprecacion y poseido del vértigo de su criminal y cobarde triunfo (al decir esto el jóven se deshizo en llanto), descargó una patada feroz sobre la inanimada cabeza de mi tío, aplastándole los ojos y desfigurándole horriblemente el rostro. Yo, señores, que hasta allí ha-

bia permanecido mudo espectador de aquel drama desgarrador (y á pesar de mi corta edad), sentí que me hervía la sangre en las venas, y, lanzando una mirada de ira y de desprecio al cobarde asesino que habia profanado las aun cálidas cenizas de mi tío, le amenacé con mis crispados puños... Pero ¡yo era un niño!... y los hombres sepultados en el negro é insondable abismo del crimen, no retroceden de su infernal intento ante las impotentes amenazas de la debilidad y del candor!

— ¡Es verdad! exclamaron mister Brooke y el capitán con despecho.

— El profanador del cadáver de mi tío no vió mi rostro encendido de cólera ni mi fiero ademán; pero aquel incidente no pasó desapercibido para uno de sus compañeros, quien mirando á estos y designándome con el dedo, dijo con risa sardónica: «¡Hola! este niño revela instintos precoces «de tigre.» Y diciendo esto me dió un puntapié tan brutal, que me derribó al suelo cuan largo era, y entonces prorumpí en amargo llanto.

— ¡Qué infamia! exclamó el capitán.

— En tan triste situación cruzó por mi mente infantil una idea que me sugirió la divina Providencia: me levanté de repente, enjugué mi llanto lo mejor que pude; y (para no infundirles recelos que hicieran traición á mi aparente designio) dije á aquellos cuatro desalmados (que en aquel momento obstruían el umbral de la puerta) que quería salir á la calle para jugar.

— ¿Y os dejaron salir, Eduardo? preguntó el capitán con viva inquietud.

— Sí, prosiguió el jóven español, la satánica perversidad de aquellos hombres se vió burlada por mi inocencia; de suerte, que accedieron á mi petición, franqueándome el paso. Cuando me ví en la calle (pensando que los malhechores podían atisbar todos mis movimientos), anduve despacio como unos cien pasos, y en llegando allí grité desaforadamente: «¡Que me matan! ¡socorro! ¡socorro! ¡ladrones!» Entonces uno de aquellos malvados disparó su fusil, y la bala pasó rozando mis rubios cabellos.

— ¡Dios mio! exclamaron sus dos interlocutores horrorizados.

— Así que oí el silbido y sentí el roce del proyectil, llorando y temblando como un azogado, me refugié en una casa que tenía enfrente; pero con tan mala estrella, que en mi aturdimiento tropecé con una gruesa piedra, dando una caída tan tremenda que me ocasionó una profunda herida en la cabeza, de la cual conservo aun este vestigio, añadió Eduardo llevando su mano á la cicatriz que tenía en la frente.

Á no haber acaecido en tiempo de guerra, el primer disparo de aquellos malvados contra el padre de Eduardo hubiera alarmado á toda la gente del pueblo, y muchos hombres hubieran volado al lugar de la catástrofe. Empero, tratándose de un sitio en que el tiroteo era casi continuo, todo el mundo estaba demasiado familiari-

zado con el silbido de las balas y el olor de la pólvora para dar grande importancia á la detonacion de un arma de fuego.

Por otra parte, en el pueblo apenas quedaban mas que ancianos, mujeres y niños: cási toda su juventud florida habia tomado una parte activa en la guerra, cuyos estragos cubrian de luto y de miseria el reino de Aragon. Así sucedió, que al salir nuestro héroe á la calle, no se veia en ella una alma viviente, ni tampoco aquellas chillonas y voraces bandadas de gorriones que en tiempo de paz se pasean y solazan por las calles de los pueblos. ¡ Como si los pájaros hubiesen huido horrorizados de aquellos parajes en que reinaba la mas espantosa miseria, y donde los hombres se mataban unos á otros como fieras!

Durante la patética narracion de Eduardo, las miradas del ministro se encontraban á menudo con las del capitan; ambos personajes estaban profundamente afectados, tanto por lo dramático de la historia que les estaba refiriendo el jóven español, como porque el descompuesto semblante de este y las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas eran fieles intérpretes de la amargura que destrozaba su corazon.

— Mis desaforados gritos, y, mas que todo, el estruendo del segundo tiro, prosiguió Eduardo, sobresaltaron á algunos vecinos; los cuales, ó se asomaron á las ventanas, ó se precipitaron á la calle. Al ver la actitud del vecindario, el pánico se apoderó de los cuatro asesinos, que apelaron á

la fuga. Entonces un hombre que acertó á pasar por delante de mi casa, se llenó á un tiempo de horror é indignacion al ver tendidos junto al umbral de la puerta y nadando en un charco de sangre á mi tio bárbaramente asesinado, y á mi padre herido de bastante gravedad. La noticia de aquel horrendo crimen cruzó por todo el pueblo con la velocidad del rayo, y dos segundos despues la campana de la iglesia tocaba á rebato y la gente acudia en tropel á mi casa. Es imponderable el sentimiento de ira contra los asesinos y de compasion hácia las víctimas que sobrecojió á la multitud á la vista del horroroso cuadro que se le ofreció al penetrar en mi casa. Entonces cambió la escena: algunos se apresuraron á restañar con sus pañuelos la sangre que brotaba de la herida de mi padre, quien, gracias á los eficaces y oportunos auxilios que se le prodigaron, recobró luego los sentidos; estos se apoderaron del cadáver de mi tio, y lo subieron á su aposento; y aquellos, finalmente, ebrios de cólera y sedientos de venganza, volaron á empuñar las armas, y corrieron desalados en varias direcciones en persecucion de los asesinos, jurando por lo mas sagrado, que no volverian al pueblo sin traerlos vivos ó muertos.

— ¡Muy bien! exclamaron sus dos interlocutores.

— Al oir el lúgubre tañido de la campana, mi madre regresó al pueblo presurosa y en extremo agitada: un presentimiento fatal habia exaltado

su mente. Antes de llegar á casa, unos vecinos la enteraron del sangriento drama que tenia consternados y exasperados todos los ánimos. Mi pobre madre no pudo resistir aquel terrible golpe: «¡Virgen santísima!» exclamó, dándole instantáneamente un prolongado desmayo, que puso en grave peligro su existencia.

— Estoy impaciente por saber si fueron aprehendidos los malhechores, dijo mister Brooke interrumpiendo á su interlocutor.

— Voy á satisfacer vuestros deseos, ministro, continuó Eduardo enjugando con su pañuelo las lágrimas que surcaban sus descoloridas mejillas. Los asesinos fueron sorprendidos en su fuga por una mujer que volvía al pueblo; de suerte que esta indicó á los perseguidores la dirección que aquellos habian tomado. Los valientes é indignados campesinos alcanzaron á los bandidos á media hora del pueblo: allí se trabó un corto, reñido y sangriento combate. Los primeros tuvieron, por su parte, cuatro hombres heridos; pero la derrota de los facinerosos fue completa: dos de ellos quedaron muertos en el campo de batalla, y los otros dos fueron hechos prisioneros y llevados en triunfo al pueblo por sus bravos y victoriosos habitantes.

— ¡Bravo! ¡bravo! prorumpieron mister Brooke y el capitán batiendo palmas con frenesí.

— Es de todo punto inconcebible el grado de exaltación que se apoderó de todos los ánimos

al tener noticia de la victoria alcanzada sobre los bandidos: al momento la poblacion entera corrió al encuentro de sus victoriosos convecinos. Cuando la multitud divisó á los dos prisioneros malhechores, la indignacion universal llegó á su colmo; mil ojos lanzaban rayos y mil lenguas vomitaron horribles amenazas sobre aquellos dos malvados que por milagro llegaron vivos al pueblo: uno de ellos fue principalmente el blanco de la ira popular... ¡era el asesino de mi tio!—Los bandidos, pálidos y sobrecogidos de terror, caminaban con paso vacilante en medio de la vocinglera y enfurecida muchedumbre, pensando, sin duda, en que su vida corria inminente riesgo: los rostros de aquellos dos hombres habian perdido gran parte de su ferocidad. Así que penetraron en el pueblo, se les condujo á la cárcel, donde se les notificó que se preparasen cristianamente para morir, puesto que debian ser fusilados la mañana siguiente en un campo inmediato al pueblo. Al oír tan infausta y apremiante nueva, aquellas dos fieras prorumpieron en amargo llanto. (¡ Quizás sus ojos, secos por el crimen, no se habian humedecido desde su infancia!) Al dia siguiente, pues, en tanto que el cadáver de mi tio era conducido al cementerio y escoltado por el universal llanto y dolor, atronó el espacio una descarga cerrada cerca del pueblo: aquella descarga indicaba á sus habitantes que la justicia humana quedaba satisfecha, y que las almas de los

dos bandidos (purificadas de sus nefandos crímenes) habian comparecido ante el tremendo tribunal de Dios!

— Las almas de aquellos hombres no han podido volar al cielo, sino que están sepultadas en el abismo de fuego del infierno, Eduardo, se apresuró á contestar el ministro con tono de cólera. Dios no perdona tan monstruosos delitos, que solo se expian con un castigo terrible y eterno.

— La misericordia de Dios es infinita, ministro, respondió en seguida el capitán, escandalizado de la opinion herética de su interlocutor. Si el arrepentimiento de aquellos hombres fue sincero, si sintieron un acerbo dolor de sus crímenes, su salvacion es indudable.

Eduardo, cuyo pálido rostro estaba bañado de sudor, se sentia á la sazón muy conmovido y fatigado; descansó un rato antes de refutar la heterodoxa doctrina del ministro tocante á la misericordia divina, aprovechando aquella breve pausa para meditar y lanzarse con nuevos bríos á la candente arena del debate.

Eduardo deseaba la conversion del ministro, con una vehemencia que solo puede infundir el celo apostólico: esta noble y santa idea descollaba en el campo florido de su jóven inteligencia, como el blanco, esbelto y fragante lirio irgue su frente en medio de una florida pradera. Con la conquista de una sola alma, Eduardo se consideraba mas grande que Alejandro y que César. Esto le hacia pensar á menudo: «Aquí, dentro de

«esta fragata, y al paso que ella prosigue su der-
«rotero hácia Europa á impulsos de la brisa at-
«mosférica, yo debo de encaminar el alma del
«ministro hácia el paraíso con el auxilio del blan-
«do é inmortal céfiro de la doctrina católica. ¿Lle-
«gará antes la fragata á las frias y nebulosas cos-
«tas de Inglaterra, que el entendimiento de este
«hombre al luminoso y seguro puerto de la ver-
«dad?»

Nuestro héroe queria, pues, que el ministro volviese á Escocia, no con el título de pastor de una secta errónea, sino que pudiese engalanar su frente con la modesta, pero brillante, auréola de católico. ¿Vió Eduardo realizado su ideal de cristiana belleza antes de llegar al término de su largo viaje marítimo? El curso de la narracion es el único faro que puede aclararnos nuestra duda.

XIII.

Las almas cándidas, aquellas almas que celosas ante todo de su pureza, conservan su prístina blancura dentro del barro del cuerpo, como la paloma su vestido de nieve dentro de su grosero nido; esas almas, decimos, tienen santas alarmas. ¿Sabeis por qué? Porque poseen un tesoro de valor inmenso; y así como á aquellos hombres que nadan en un mar de riquezas caducas, que provocan la codicia ajena, les asaltan continuos temores de que pueden arrebatárselas el dia menos pensado; del mismo modo las

almas, que enriquecidas con la preciosa é inestimable joya de la pureza, sabiendo que hay ladrones astutos y vigilantes que de un momento á otro pueden robársela, conciben por ello santos temores.

Eduardo, en quien resplandecía la virtud de la humildad, antes de entablar una polémica con el ministro acerca la misericordia divina, recordó la injusta reconvencion de su adversario, que habia alarmado, sin embargo, su escrupulosa conciencia: «Es preciso que reprima la energía de mi carácter, dijo en sus adentros el jóven español; es preciso que en la templanza de la discusion demuestre prácticamente á mister Brooke, que mi Religion tiene el poderoso freno de la humildad para contener los desbordamientos del impetuoso torrente del orgullo, por mas que esta detestable pasion aparezca encubierta con el rozagante manto de santas intenciones.»

Hé aquí, pues, la contestacion que Eduardo dió al ministro:

— La muerte de los dos bandidos fue tan cristiana y ejemplar como relajada y criminal habia sido su vida: aquellos dos hombres dieron evidentes pruebas de un profundo arrepentimiento y de verdadera enmienda antes de salir de este mundo. Yo me complazco en creer que sus almas habrán sido absueltas ante el justiciero tribunal de Dios á quien he pedido muchas veces tan insigne gracia.

— ¡Cómo! repuso el hijo de Escocia con sor-

presa é indignacion. ¿ Vos, hijo de un padre villanamente herido, y sobrino de un tio bárbaramente asesinado y profanado su cadáver, pedir perdon por los infames autores de tan horrendos delitos? ¿ Es posible que podais perdonar de corazon á los cobardes asesinos que han sembrado el llanto y la amargura en vuestro hogar doméstico, y que de seguro estaban ya tan familiarizados con el crimen que no sentian siquiera su horror? No, lo repito, Eduardo, añadió el ministro clavando en este sus encendidos ojos; tales hombres son indignos de obtener el perdon, son degradadas excrecencias del mundo moral que deben cercenarse á toda costa de la sociedad, arrojando luego sus cuerpos á un muladar tan inmundado y pestilente, como los crímenes que pesan sobre sus depravadas conciencias.

— ¡ Qué rígidos son los principios de moral que profesa el ministro! pensó el capitán. Si algun dia este hombre fuera legislador, haria lo que Dracon; escribiria las leyes con sangre.

En tanto que el ministro declamaba con inusitada virulencia, el despensero penetró en la cámara para recoger la vajilla que habia sobre la mesa; y al retirarse de la estancia gruñó entre dientes:

— Vamos; es tan cierto que estos hombres han nacido para disputar, como yo para despensero sin memoria.

La filípica del ministro, recordando á Eduardo los terribles sufrimientos que ocasionó á su

familia el sangriento drama de que fue teatro su propia casa, abrió de nuevo las mal cicatrizadas llagas de su corazón; de modo que sus ojos (ese telégrafo que reproduce exacta é instantáneamente al exterior el colorido de las vivas sensaciones internas) se inundaron de lágrimas.

— ¡Oh! sí, respondió Eduardo contestando á las vehementes frases de su antagonista con una dulzura que contrastaba con la iracundia de este; aquel crimen trajo en pos de sí dilatados dias de amargura á mi hogar doméstico: aun no se han disipado enteramente los nubarrones que aquel aciago dia eclipsaron en mi casa el sol de la alegría; todavía no se ha borrado la mancha de sangre, que persiste rojiza y humeante marcando con mudo y lúgubre acento el sitio donde se representó la trágica escena!... Mi padre estuvo largo, larguísimo tiempo, sepultado en el lecho del dolor: cuando se levantó de allí, los sufrimientos físicos y morales habian demacrado espantosamente su cuerpo, arrugado su rostro, y plateado sus cabellos. ¿Y mi madre? ¡pobrecita! sus ojos estaban cóncavos, secos y colorados de tanto llorar, su voz temblorosa, su encorvado cuerpo se arrastraba lánguido y vacilante, y su enfermizo cerebro reflejaba el negro pesar que devoraba su alma!... Pero ¿sabeis, señores, cómo se consolaban mis cristianos padres, y cuál era la estrella polar que invocaban en el encrespado mar de sus tribulaciones? añadió Eduardo mirando á sus dos compañeros.

— En las grandes aflicciones, respondió el ministro, todos los consuelos de la tierra son estériles para calmar la congoja que despedaza el corazón, y no nos queda otro recurso que alzar la vista al cielo é implorar el auxilio divino.

— ¡Si habrá tocado Dios el corazón de este hombre! pensaron Eduardo y el capitán al oír la santa máxima aconsejada por el ministro.

— Aun en las cosas materiales, prosiguió este, el cielo es el foco donde van á concentrarse todas nuestras aspiraciones: el labrador consulta el aspecto del cielo para cerciorarse de si caerá el rocío ó lluvia que apetece para sus agostados campos: el astrónomo fija su vista de águila en el cielo, y con el auxilio de sus potentes telescopios explora, descubre, acaricia, observa y mide las colosales dimensiones de esos cuerpos sólidos y luminosos que nadan en ese inconmensurable océano de zafir que forma la techumbre de nuestro planeta; el navegante da una escudriñadora y ansiosa mirada al cielo antes de emprender su largo y peligroso viaje. Si del mundo corpóreo pasamos á la esfera moral, hallaremos que cuando nos muerde la ponzoñosa víbora de la calumnia, invocamos al cielo en nuestro favor y lo tomamos por el mejor testigo de nuestra inocencia: en definitiva, así como el blanco y esbelto cisne, zambulléndose en un arroyuelo se goza en la contemplación de su imágen trasparenteada y embellecida en las límpidas aguas que susurran, trazando espirales de plata al través de la verde

y mullida alfombra de los prados, así también el hombre alza la vista y se deleita en la contemplación del puro diáfano azul del firmamento porque da belleza y sublimidad á sus pensamientos y reviste de un deslumbrante colorido sus más risueñas esperanzas: esas hojas siempre verdes y olorosas que engalanan el árbol de la vida.

Cuando el ministro terminó su peroración impregnada de cristiana poesía, sus dos compañeros cruzaban entre sí miradas de curiosidad que rayaban en el asombro. El capitán y Eduardo se interrogaban mutuamente con la vista, como si hubieran querido decirse: «¿No es verdad que «este hombre no está tan lejos de nosotros como «era de suponer?»

Por su parte, el ministro revelaba en sus expresivos ademanes que estaba completamente satisfecho de su persona, y probablemente se mecía en este pensamiento: «Vamos, Eduardo, conven- «gamos en que la religiosidad y la elocuencia no «están reñidas con el Protestantismo como creíais, «quizá equivocadamente.»

— ¿Por qué el hombre se complace tanto en alzar los ojos al cielo? preguntó Eduardo mirando al ministro.

— ¿Por qué? repitió este extrañando que su joven contrincante insistiese y pudiese decir nada más sobre un punto, de lo que él mismo acababa de exponer con tan enérgicas como brillantes frases.

— Porque cree, repuso Eduardo, que detrás

de ese magnífico é inmenso telon azul, que limita su vista, está la deliciosa y eterna mansion de los bienaventurados, donde residen los mas sagrados objetos de su adoracion, y á donde van á parar todas sus mas íntimas y santas afecciones. Al contemplar el cielo, la mirada del hombre no se detiene ante esa hermosa gasa azul, que sirve de barrera á los ojos del cuerpo, sino que, en alas del pensamiento la desgarrá y atraviesa con la velocidad del rayo, hasta abismarse en el océano de luz infinita y creadora del universo, al que llena y conserva con su presencia. El hombre, en este caso, se parece al viajero que tras una larga ausencia suspira por su idolatrada patria, y se enternece, y su corazon palpita de puro gozo al distinguirla vagamente desde una elevadísima montaña en el mas remoto confin del horizonte. Así, pues, el mortal llora tambien de santa alegría y esperanza al contemplar la bóveda celeste; porque siente que mas allá de aquel espacio sin fin están los hermosos y resplandecientes umbrales de su patria eterna!

— ¡Magnífico! exclamaron mister Brooke y el capitan, electrizados por las palabras del jóven español.

— La mente de este muchacho es un hervidero de sublimes ideas, pensó el ministro clavando los ojos en Eduardo.

El lector no habrá olvidado, que Eduardo iba á indicar los medios que empleaban sus padres para contrarestar los embates de las tribulacio-

nes, consecuentes al horrendo crimen que se perpetró en su casa; cuando la inesperada interrupcion del ministro torció el cauce de la conversacion. Pues bien, mister Mac-Kievet, que, á fuer de buen católico, sabia la clase de armas que nos suministra nuestra augusta Religion para salir triunfantes en nuestros mayores apuros; sin embargo, interesándose vivamente en todo lo referente á Eduardo, y á la familia de este, deseaba que su jóven compañero continuara su interrumpida materia, de modo que, volviéndose á sus dos compañeros, dijo con la sonrisa en los labios:

— No pretendo trazaros el método que debe guardarse en el hilo de las discusiones, porque esto implicaria fatuidad en un hombre que, como yo, asiste como mero y pigmeo espectador á la lucha entre dos gigantes. Pero me permitiré haceros una observacion.

Nos parece ocioso advertir que la agudeza del capitan divirtió en extremo á sus dos amigos.

— Sobrado motivo tiene el capitan de estar ufano en esta ocasion, comparándose con un pigmeo, respecto de nosotros, Eduardo, dijo mister Brooke con tono de chanza.

— ¿Por qué? preguntaron sus dos interlocutores riéndose.

— Porque en este caso, repuso el ministro fijando la vista en el capitan y siguiendo la metáfora de este, vos sois un pigmeo que conducís á bordo de vuestra fragata, y al través de los mares, á dos gigantes que, sin vuestra cooperacion

y por mas elevada que sea nuestra talla, no saludarian nunca las costas de Inglaterra, ¿no es cierto, Eduardo?

Un aplauso y una carcajada coronaron la feliz expresion del hijo de Escocia.

— Ya lo veis, Eduardo, mister Brooke siempre está de broma. Con pasajeros como vosotros, señores, quisiera yo dar la vuelta al mundo, por largo y penoso que fuera el viaje.

— Gracias, capitan, contestaron afectuosamente sus dos compañeros. Pero ¿cuál es la observacion que quereis hacernos? añadió el ministro sonriendo y lanzando una mirada á mister Mac-Kievet.

— Eduardo iba á referirnos, respondió este, cómo sus padres sobrellevaban las tribulaciones, y siendo estas extensivas á todos los mortales, en mayor ó menor grado, es bueno saber cuáles son los medios mas eficaces para combatirlas con fruto. Hé aquí una materia que quizá no sea muy del agrado del ministro, pensó mister Mac-Kievet.

En efecto, aquel hizo una mueca que ratificó la opinion del último.

— En el firmamento de mi Religion, dijo Eduardo con acento de tristeza y accediendo á los ruegos del capitan, hay una fúlgida estrella que era la predilecta de mi familia en las grandes calamidades que alteraban el reposo y la alegría de mi casa. ¿Qué hacen, señores, los despavoridos pájaros cuando oyen el lejano mugido de una es-

pantosa tormenta? ¿No vuelan á posarse y guarecerse bajo la copuda y secular encina? Mis atribulados padres imitaban, pues, la conducta de las tímidas y cautelosas aves, es decir, corrian á refugiarse bajo el frondoso y sagrado árbol de la cruz. Del augusto emblema de nuestra redencion extraian la rica miel que endulzaba la amargura de su espíritu, así como las pintadas y aéreas mariposas liban aquel precioso jugo del aromático y palpitante cáliz de las flores para su sustento y regalo. La contemplacion de la imágen del Crucificado infundia á mis apesadumbrados padres el valor de la heroicidad cristiana, que fuera de allí hubieran buscado en vano.

Al pronunciar su última frase Eduardo, llevó la mano á su pecho, apretándola con viveza contra su corazon (precisamente en el paraje en que llevaba oculto el Crucifijo de bronce con el cual selló los labios del moribundo Cooper). El vivo ademan y la animada expresion del rostro de nuestro héroe revelaban con harta claridad la idea que en aquel acto absorbía por completo su espíritu: «Aquí, debajo de mi mano está el sagrado objeto de mi puro y ardiente amor, de-
«cia en sus adentros el jóven español, él es el
«que regula y recoge los latidos de mi corazon:
«y cuando este volcan de la vida se apague y con-
«vierta en fria ceniza, ni aun entonces se sepa-
«rará de mi helado é inerte cuerpo!»

— Ya hemos entrado otra vez de lleno en la senda del fanatismo, dijo en voz muy baja mis-

ter Brooke haciendo un gesto de desagrado, y luego volviéndose hácia Eduardo añadió: ¿Han tenido, por fin, vuestros padres la rarísima virtud de perdonar á sus inhumanos verdugos? ¿Creeis que en los mas recónditos pliegues de su corazon no alimentan una leve chispa de odio contra aquellos desalmados?

— Mis padres son verdaderos católicos, señor ministro, repuso el jóven con sequedad.

— Vamos; ya he logrado amostazar á Eduardo, pensó el ministro con cierto ademan de orgullo que transparentaba su secreta y maliciosa satisfaccion. No pongo en tela de juicio la acrisolada virtud de vuestros padres, Eduardo, porque no he dudado de ello un instante, dijo luego con mal disfrazada benevolencia.

— Este hombre aguza en vano su ingenio para atenuar el efecto que sus impremeditadas palabras han causado en el ánimo del pobre Eduardo, dijo para sí el capitan lanzando una furtiva mirada al hijo de Escocia.

— Admiro tanto mas la rara virtud de vuestros padres, Eduardo, prosiguió el ministro volviéndose al capitan; por cuanto yo, que no me creo desheredado de sentimientos humanitarios, he de confesar ingénuamente que estos no me hubieran impulsado hasta el punto de relegar al olvido un crimen perpetrado con tan cínica perversidad. Comprendo que pueda perdonarse una lamentable exaltacion momentánea; mas no esos monstruosos engendros de la barbarie, cuya tra-

ma se urde con tan sutil é infernal maliciã como esas primorosísimas telas que las arañas van elaborando lentamente para cazar y devorar en ellas á los sencillos é incautos insectos.

— Por un sublime é inquebrantable precepto de mi Religion, observó el capitan, estamos estrictamente obligados á perdonar á nuestros enemigos, cualquiera que sea la enormidad de la ofensa que de ellos hayamos recibido.

— El Catolicismo nos ofrece bellísimos ejemplos de magnanimidad que imitar, ministro, dijo Eduardo. En la vida de Jesucristo vemos á una mujer encorvada y gimiendo bajo la carga de sus numerosos y enormísimos crímenes que, torturada por el cruel é insufrible aguijon del remordimiento, corre desalada, y con su cabellera flotante y esparcida en desórden, en busca del Redentor: al encontrarle, se arroja á sus piés loca de santo entusiasmo, se los riega con lágrimas de verdadero dolor, é imprime en ellos un ardiente beso como una chispa del incendio de puro amor que abrasaba su pecho. ¿Cuál fue, pues, el proceder de Jesucristo en aquel acto? ¿Rechazó acaso con indignacion á la insigne pecadora que tenia humildemente postrada y compungida á sus divinas plantas? No por cierto; sino que, como bondadoso Padre, vió que aquella hija de la cual habia recibido tan monstruosos agravios y ofensas, estaba ya sinceramente arrepentida, y olvidando su pasado criminal, la estrechó amorosamente entre sus brazos.

— ¡Qué lecciones tan saludables nos ha dejado la vida de Jesucristo! exclamó el capitán interrumpiendo al orador.

— ¿Quién es capaz de comprender, señores, prosiguió este, el grado de júbilo que inundaría el corazón de aquella insigne pecadora, al ver que el rostro de Jesucristo, lejos de reflejar la severidad de un Juez irritado é implacable al fulminar la sentencia de muerte contra el reo que tiembla ante su presencia como la hoja en el árbol, se apercibió, por el contrario, que de los ojos del divino Maestro brotaban lágrimas de ternura y de sus labios palabras de consuelo, de perdón y de esperanza?

— En el Evangelio hay otro ejemplo relativo al punto que estamos tratando (que quizás sea más conmovedor que el que acabáis de citar), y prueba hasta dónde se extiende la divina misericordia, observó el capitán volviéndose al joven español.

— ¿Cuál es? preguntó el ministro.

— El capitán alude seguramente á la conversión del buen ladrón, ¿no es esto? dijo Eduardo.

— Cabalmente, repuso mister Mac-Kievet.

— Dice bien el capitán, ministro, murmuró Eduardo clavando los ojos en el discípulo de Lutero. Muchas veces he intentado en vano de representarme en mi imaginación, con su vivo colorido, los últimos episodios del más desgarrador y trascendental de los dramas, del drama del Calvario! Pero siempre he tenido que retroceder

de mi intento, lleno de estupor y como si mis piés estuvieran próximos á resbalar hácia un horrendo precipicio.

— Del Calvario brotó el manantial del caudaloso y fertilizante rio del Cristianismo, pensó el ministro.

— En el Evangelio se lee, que dos malvados fueron condenados á expiar sus iniquidades en una cruz, cabiéndoles el insigne é indignísimo honor de acompañar al Cordero sin mancha en tan infame suplicio. Pero (¡ oh monstruosidad increíble !) aquellos dos hombres unian sus agonizantes voces á las de la muchedumbre inmensa, inícuca, blasfema y estigmatizada con el mas inaudito y execrable de los crímenes, la cual se agitaba y mugia al pié de la cruz del Salvador (iba á decir semejante á las olas del océano encrespadas por el huracan). Mas no, añadió Eduardo con vehemencia; los espantosos aullidos y convulsiones de aquella turba vomitada del seno del infierno, no tienen símil adecuado en este mundo !

— ¡ Muy bien ! exclamaron sus dos interlocutores.

— Parece mentira, observó el capitan, que dos hombres próximos á morir fuesen tan insensatos para formar coro con el pueblo judío, en los denuestos, escarnios y sacrílegas amenazas que este vociferaba contra la divina persona de Jesucristo.

— ¡ Ah ! señores. ¿ Cómo podremos nosotros

comprender jamás, por muy noble y compasivo que sea nuestro corazón, prosiguió nuestro héroe, que los divinos y cárdenos labios del Redentor, que poco antes de cerrarse para siempre debían de ser abrevados con hiel y vinagre por el pueblo deicida, destilaran gotas de miel hasta sus últimos instantes?

— Esto es en efecto incomprensible, murmuró mister Brooke.

— El opimo fruto de la postrera oración de Jesucristo á su eterno Padre en favor de sus inhumanos verdugos, prosiguió el jóven, fue el divino resorte que movió á uno de los dos malvados que compartieron el afrentoso suplicio de la cruz con el Hijo de Dios: entonces fue cuando uno de los dos ladrones horrorizado de la enormidad de sus crímenes, y pisando ya los umbrales de la eternidad, buscó como el náufrago una tabla donde asirse. Pero ¿quién había de imaginar que del hediondo seno de la maldad y de la desesperación había de salir instantáneamente la felicidad perdurable? ¿cómo era posible creer que el tenebroso abismo de una conciencia depravada sería disipado por un rayo de luz divina? ¡Qué lucha tan corta y terrible debió de sostener aquel hombre en sus adentros para acallar el grito desgarrador de su conciencia; y qué angustiosa perplejidad antes de decidirse á implorar la clemencia de su divino compañero! Sin embargo el hilo de la vida iba á romperse;... era menester adoptar una resolución súbita, he-

rórica, irreparable, trascendental :... era forzoso y apremiante optar por la eternidad de las tinieblas, de la muerte y de los tormentos en compañía de Luzbel y de sus secuaces ; ó por la eternidad de la luz, de la vida y de las delicias en compañía de Dios, de los Ángeles y de los Santos... El Evangelio, ese libro el mas auténtico, el mas sencillo al par que profundo, el mas interesante, moral, patético, inspirado, consolador, poético y elocuente de cuantos libros se han escrito en el mundo ; el Evangelio, pues, nos dice que el ladron eligió el camino del cielo. Por manera que volviendo con respetuosa timidez su moribundo rostro hácia Jesucristo, le reconoció por su verdadero y único Rey y Señor, suplicándole humilde y fervorosamente que no le olvidara al entrar en su reino. Entonces Jesucristo, léjos de pulverizar la cabeza de aquel famoso criminal con un rayo de su divina cólera, le prometió que aquel mismo dia le llevaria consigo al paraíso.

— Eso es admirable, respondieron á coro el ministro y mister Mac-Kievet.

— Aquel hombre, pues, continuó Eduardo, que pocos momentos antes merecia ser arrojado en lo mas profundo del infierno por sus numerosos y abominables delitos, estaba ya purificado de ellos, é iba á gozar de las delicias de los predestinados. Eso es grande y asombroso, continuó el jóven ; esos rasgos de magnanimidad solo son peculiares del divino Fundador del Catoli-

cismo; y así como los palacios de los magnates de la tierra se distinguen por su esplendor y magnificencia, así también en todas las obras de Jesucristo (Rey de los cielos) resplandece la aureola de la divinidad.

— En vista de los actos y doctrina de Jesucristo, no comprendo que haya hombres que puedan poner en duda su divinidad, dijo el capitán.

El ministro hizo un ademán de cabeza dando á entender que participaba de la misma opinión que mister Mac-Kievet.

— Todos los instantes, palabras y actos de la vida de Jesucristo, contestó Eduardo, están revestidos de un aspecto milagroso: pero el sobrenaturalismo es, si cabe, más tangible en los últimos momentos de su vida, ó sea durante su pasión y muerte, cuyas fases llevan tan profunda é indeleblemente impreso el sello de la divinidad, que deslumbran y desesperan á los que tienen la incalificable osadía de combatirla con sus sacrílegas palabras ó escritos. Á la manera que el astro del día, al trasponer su globo de fuego en el Occidente proyecta sus postreros y oblicuos rayos bañando de un subido color de rosa todo el horizonte que se inflama y centellea como una inmensa mole de hierro candente, del mismo modo el divino Astro, que cerca de veinte siglos há apareciera en el horizonte de Judea, esparciendo un instante sus vivificantes y celestiales rayos, y sacudiéndolos á guisa de firmísimas

hebras de oro sobre la tierra, despidió intensos é inextinguibles fulgores al eclipsarse en la cumbre del Gólgota... ¿Qué hecho mas preclaro y asombroso que este nos han legado los anales de la humanidad? Ninguno; porque las mas brillantes fases de la historia antigua han llegado hasta nosotros, es cierto, pero muy debilitadas y oscurecidas por la distancia; mas no sucede lo propio con el sacrificio que se consumó sobre el monte Calvario, pues del mismo modo que un peñasco, desgajado de una elevadísima cumbre, aumenta su movimiento y estruendo al rodar por la escarpada vertiente y á medida que va acercándose al umbroso y profundo valle; así tambien el eco de la pasion y muerte de Jesucristo, léjos de amortiguarse al atravesar las densas tinieblas del tiempo, retumba, por el contrario, con mas fuerza, al ser arrastrado por la rápida y tumultuosa corriente de los siglos. Hoy, mas de cuatrocientos millones de hombres, desde todos los puntos de la tierra, proclaman á voz en grito la divinidad de Jesucristo, y adoran su muerte y gloriosa resurreccion, á la manera que las aves saludan la aparicion de la sonrosada aurora con sus cotidianos y melífluos trinos.

El ministro habia escuchado atentamente las palabras de Eduardo, de las cuales se deduce lógica y cristianamente, que debemos perdonar de veras nuestros enemigos sin reparar en la índole y malignidad de la ofensa que estos nos hayan inferido.

Al hijo de Escocia no se le ocultaba que Jesucristo es el gran capitán de la milicia cristiana, cuyas divinas huellas estamos todos obligados á seguir si queremos perfeccionarnos y ser acreedores al premio eterno. Sin embargo el ministro no estuvo acorde con Eduardo en este punto. Hé aquí su contestación:

— Jesucristo es un modelo tan grande, que todo nuestro empeño en querer imitarlo fuera mas que ridículo, temerario. ¿No nos reiríamos á la vez de despecho y compasión, de un pintor de brocha gorda que se propusiera parodiar con su tosco pincel las obras maestras (esos prodigiosos partos del genio) de esas lumbreras de las bellas artes?... No, no, continuó: nosotros como profanos é indignos de remontar tanto nuestro rastrero vuelo, debemos contentarnos, hasta cierto punto, en ser simples admiradores del inimitable dechado de perfección que nos ofrece la vida del Redentor del mundo; aspirar á mas sería por nuestra parte necedad, vana presunción y delirio.

Eduardo y el capitán se miraban silenciosos y como asombrados de las heréticas palabras de su compañero.

— ¡Pues, qué! ¿no sois de mi opinión? añadió el ministro viendo el efecto que sus frases habian producido en el ánimo de sus dos amigos.

— El capitán y yo estamos tan distantes de pensar como vos en este punto, como lo está el

cielo de la tierra, repuso Eduardo despues de una breve páusa.

— Dios me libre de participar de sus ideas, dijo para sí el capitan mirando de reojo al ministro.

— ¿Cuáles son, pues, vuestras ideas sobre esta materia? preguntó mister Brooke clavando los ojos en el jóven español.

— ¿Habeis olvidado, ministro, respondió este, que los mártires cifraron toda su dicha y encontraron toda su fortaleza en la imitacion de Jesucristo? ¿Qué otro norte ha podido guiar á esas pléyades de héroes cristianos de todos los tiempos, sexos, edades y categorías, mas que el glorioso símbolo de nuestra redencion enarbolado en la cima del Calvario? ¿Qué diríamos, señores, de un ejército que capitaneado por un bizarro general, dejara que este asaltara solo la plaza enemiga, y cruzándose de brazos se contentara simplemente con admirar la proeza de su jefe? ¿No diríamos que aquel ejército se ha cubierto de oprobio con su vergonzosa y cobarde conducta? ¿no le acusaríamos de alta traicion por no haber secundado el rasgo heróico de su general, abandonándole á perecer en manos de sus adversarios? Pues bien; en la milicia cristiana sucederia lo propio si los que á ella nos envaneecemos de pertenecer, no siguiéramos los pasos de Jesucristo (nuestro Capitan) para asaltar la fortaleza del cielo triunfantes de todos nuestros enemigos.

— Es cierto, Eduardo, repuso el capitan.

Aquí concluyó la conversacion de nuestros tres personajes.

XIV.

Pocos dias despues de lo que antecede, la fragata Lord Efingham, con las velas tendidas y graciosamente redondeadas por la brisa de las regiones intertropicales, enderezaba su obtusa proa hácia la isla de la Trinidad; pequeña isla inhabitada del Atlántico, cuya posicion geográfica es á los 20° 30' latitud Sud, y á los 25° 38' longitud Oeste.

Es indescriptible el placer que experimentaron Eduardo y el ministro al descubrir aquel pedazo de tierra, sobrenadando en medio del océano, al cabo de cuatro meses de navegacion, en cuyo largo intervalo la continuidad de la línea que trazaba el mar al confundirse con el horizonte, no era interrumpida en ningun punto, mas que rarísimas veces por los mástiles de algun buque que se divisaba en lejana perspectiva.

La isla de la Trinidad es muy rica en manantiales: esta circunstancia fue la que impelió al capitan á querer tomar agua en aquel punto.

Al declinar, pues, de una deliciosa tarde de mayo y á favor de una fresca y apacible brisa, la fragata inglesa se fué acercando al Sud del predicho islote; y cuando estuvo á unas dos ó trescientas brazas de distancia de él, se puso al paio enfrente de una enorme y pelada roca, cási cortada á pico, la cual tenia en su seno, ó

sea á diez ó doce metros sobre la superficie del mar, una ancha y profunda hendidura ó grieta por donde brotaba un grueso chorro de agua cristalina que caía en forma de cascada, semejante á una lluvia de diamantes sobre una alfombra de zafir recamada de plata, y cuyo estrépito era perceptible á una respetable distancia.

El capitán mandó echar dos botes al mar, y en poco tiempo se llenaron todas las pipas de á bordo de agua potable de superior calidad.

Solo faltaba ya abastecerse de víveres, cuya poco menos que absoluta carencia constituía la negra y eterna pesadilla del despensero, puesto que como dijimos en otro lugar de nuestra historia, el ánimo del pobre hombre fluctuaba entre el temor y la esperanza. Empero la aurora de esta última no tardó en asomar al horizonte, porque al día siguiente y á poco de amanecido, un bergantín español cruzó por delante de la fragata y sacó al despensero de su apuro.

Mister Mac-Kievet hizo seña al bergantín de ponerse al habla; y al comunicarse con él, se supo que era procedente de las costas brasileñas, y que tenía á su bordo cuantas vituallas podían necesitar nuestros navegantes; de modo que al cabo de dos horas estos tenían provisiones cuando menos para dos meses (tiempo que se consideraba suficiente para que la fragata pudiese abordar el litoral británico), de varios artículos consistentes en conservas de carne, arroz, galleta, azúcar, té, etc.

El buque español fue visitado por Eduardo y sus dos compañeros, quienes obtuvieron la mas benévola acogida de su capitan y pilotos.

Nuestro héroe pasó un rato sumamente agradable en compañía de sus compatriotas; y no pudo menos de enternecerse al pensar en su patria y en sus amados padres.

Así, pues, nuestros tres personajes regresaron á bordo del Lord Efigham, agradecidísimos del simpático y cordial recibimiento que se les habia hecho en el bergantin.

— Se dice que los marineros españoles son poco galantes, Eduardo (dijo el ministro así que entró en la fragata con sus dos compañeros); hé aquí, pues, una excepcion de la regla, añadió designándoles algunos tripulantes del bergantin español que á la sazón estaban sentados sobre la baranda de este.

— El suelo español es demasiado fecundo en toda clase de productos agrícolas para que no crezca en él la flor de la galantería, repuso el jóven con una sonrisa.

— ¡Muy bien! Eduardo, murmuraron sus dos interlocutores aplaudiendo la idea de nuestro héroe.

Aquella misma noche nuestro triunvirato se hallaba reunido como de costumbre en la cámara del capitan, en donde habia muy á menudo una densa niebla artificial formada por las tres columnas de humo que salian, cási sin interrupcion, de las pipas en que fumaban nuestros

tres individuos con asiática majestad y delicia.

— Apostaría mi cabeza á que Eduardo está ya meditando su plan de ataque para esta noche, dijo el ministro viendo á su jóven compañero muy pensativo.

— Sois un excelente fisonomista, ministro, replicó Eduardo sonriéndose. Ciertamente ahora alimentaba mi pensamiento con un punto de controversia religiosa que es de las mas interesantes y que desearia que ventiláramos juntos.

— ¿Y cuál es ese punto? preguntó el ministro lanzando una escudriñadora mirada al jóven español.

— Si mi presencia ha de servir de estorbo en vuestra polémica, voy á salir de aquí, dijo el capitán levantándose del sofá.

— No, capitán, respondieron á coro sus dos interlocutores. Quedaos, añadió el ministro tirando blandamente del brazo á mister Mac-Kiev hasta que este volvió á sentarse. En toda representación son necesarios los espectadores; y vos, capitán, seréis además nuestro censor para aplaudirnos ó silbarnos, ya desempeñemos bien ó mal nuestro respectivo papel. Nada satisface mas el amor propio y estimula tanto á los actores á lucir sus brillantes dotes artísticas en nuestros teatros, como el ver un lleno completo al levantarse el telon. ¿Por qué se batian con tan prodigioso valor los gladiadores romanos en los circos? Porque estaban rodeados de un público numeroso que contemplaba y aplaudia con en-

tusiasmo su bravura. ¿Qué era lo que enardecía á los arrogantes é intrépidos caballeros de la edad media en los torneos, donde luchaban con la elasticidad de la ardilla, la astucia de la serpiente y la hidalguía y fiereza del leon? ¿No era acaso por los bellos ojos de las damas que presenciaban y coronaban sus proezas?

Mientras que el ministro hablaba, el capitan y Eduardo pusieron en juego el telégrafo de su vista, haciéndose mutuamente significativos guiños como si hubiesen querido decirse: «Á qué conduce la sempiterna palabrería de ese hombre.»

— ¿Cuál es, pues, el tema de vuestro sermón de hoy, Eduardo? prosiguió el hijo de Escocia con tono de chanza y lanzando una furtiva mirada á su jóven interlocutor.

— Voy á hablaros del culto de los Santos, respondió este con seriedad.

— Buen tema ha escogido Eduardo, ministro, observó el capitan despidiendo una espiral de humo por un ángulo de su boca, y dejando la pipa encima la mesa.

— El culto de los Santos es una de vuestras mayores supersticiones, dijo el hijo de Escocia mirando á sus dos camaradas. En la Reforma tenemos hombres ilustres, virtuosos y hasta mártires, y nunca se nos ha ocurrido, ni se nos ocurrirá en lo sucesivo, erigirles altares en nuestros templos. ¿No echais de ver que esto es deificar las acciones humanas, que por mas meritorias,

sublimes y heróicas que sean , siempre tenemos que han sido ejecutadas por seres viles y abyectos gusanos, é indignos, por lo tanto, de que se les eleve al rango de dioses? Vosotros , señores católicos, profesais el politeísmo sin advertirlo; porque ¿qué significa esa caterva de imágenes con que adornais vuestros templos y ante las cuales os prosternais y orais como pudiérais hacerlo en presencia de la misma Divinidad? ¿No es verdad que vuestro modo de obrar en esta parte tiene mucho de ridículo y un si es no es de ateo?

El lenguaje heterodoxo de mister Brooke (que es desgraciadamente el mismo que emplean en nuestros tiempos algunos que de católicos solo tienen el nombre) entristeció profundamente á Eduardo y al capitan, quien volviéndose al ministro dijo:

—¿Dónde están, pues, vuestros santos? ¿qué milagros han obrado?

—¿Y quién de vosotros puede asegurarme que esos esforzados campeones objeto de vuestro culto, y cuya memoria perpetuais en esas imágenes de barro, madera, bronce ó mármol (algunas de ellas de pésimo gusto artístico por cierto), han obrado esos portentosos milagros que solo son del exclusivo arbitrio, potestad é incumbencia del Omnipotente? ¿No os está indicando el sentido comun que con el don de milagros ó de sobrenaturalismo que suponeis y adorais en la

criatura, cercenais insensatamente uno de los mayores atributos de la Divinidad?

Hasta este momento Eduardo no habia despegado los labios, pero entonces imploró la asistencia de la gracia divina para derribar con el potente soplo de la doctrina y humildad cristianas el herético edificio sin cimientos que acababa de levantar el discípulo de Lutero.

— No creo que pretendais borrar las infinitas páginas ensangrentadas sí, pero por lo mismo muy brillantes, que nos ofrece la historia de los primeros siglos del Cristianismo, dijo el joven español fijando la vista en su rival.

— ¿Y quién ha tenido tan incalificable pretension, Eduardo?

— Vos, ministro.

— ¡Yo! exclamó este abriendo desmesuradamente los ojos y clavándolos en su joven antagonista.

— Sí, vos, repitió este.

— Probádmelo, Eduardo, probádmelo.

— ¿No nos acabais de decir que los Santos son para nosotros (¡Dios mio! purificad mi lengua en este instante!) mas bien objeto de supersticion que de veneracion?

— Lo he dicho, y os lo repetiré hasta la saciedad, repuso secamente el interpelado.

— ¿Habeis olvidado, ministro, que la semilla del Cristianismo fue fecundada y regada con la sangre de los millones de mártires que en los

siete primeros siglos de nuestra era, y por amor á Jesucristo, pusieron gozosos sus inocentes cuellos bajo la desapiadada hacha de los verdugos del Capitolio romano, á cuyos piés gemia abyecta y aherrojada la humanidad entera? ¿Cual fue en los primitivos tiempos de la Iglesia el mas poderoso argumento para atraer hácia ella á los gentiles, que la constancia, la resignacion, el valor y el heroismo con que las ilustres víctimas de la fe soportaban toda clase de privaciones, sufrimientos y horrorosos suplicios? ¿No debia de ser un espectáculo en extremo conmovedor hasta para los corazones mas empedernidos, el contemplar como tantas vírgenes, débiles por su sexo y arrancadas brutalmente del seno de sus familias, marchaban con incomprendible firmeza y alegría hácia el sitio del tormento, y al llegar allí, con sin igual intrepidez se arrojaban en las hogueras, cuyas voraces llamas debian consumir sus tiernos y castos cuerpos, ó en los circos, donde mil horribles y rugientes fieras iban á despedazar sus entrañas?

— ¡Muy bien! Eduardo, exclamó el capitán.

— Nunca he puesto en duda el heroismo de los mártires del Cristianismo; pero esto no es tampoco una razon válida y admisible para endiosarles y pedirles cosas naturales; por ejemplo la lluvia en tiempo de sequía, la paz en tiempo de guerra, la salud en nuestras enfermedades, las riquezas, la tranquilidad de espíritu, y toda esa interminable retahíla de gracias que los católicos

pretendeis alcanzar de esos hombres, que no negaré que estén en el cielo, antes bien lo creo con toda seguridad, pero que no tienen ciertamente las omnímodas y latísimas facultades que vosotros quereis concederles.

— En nombre del cielo, ministro, no ensarteis mas disparates, dijo Eduardo con tono suplicante.

— Disparates segun vuestra doctrina, Eduardo, pero juiciosas sentencias segun mi profesion de fe, respondió su interlocutor con aspereza.

— ¡Cómo se conoce que no habeis pedido ni recibido nunca ningun beneficio por intercesion de los Santos! observó el capitan lanzando una mirada al discípulo de Lutero.

— Y vos, capitan, ¿qué favor habeis alcanzado por conducto de los Santos? murmuró el hijo de Escocia clavando sus ojos en el rostro de mister Mac-Kievet.

— ¡Oh! sí, ministro; mas de una y mas de dos, repuso este con entusiasmo; pues como podeis suponer, en mi larga carrera de marino me he visto en gravísimos apuros, y siempre he salido bien librado de ellos invocando á la santísima Vírgen y á mi patron san Patricio. ¿Quién creéis que salvó nuestras vidas en la horrorosa tempestad del cabo de Hornos? añadió.

— Es ciertísimo, contestó nuestro héroe, que aquella noche debia ser la última para nosotros sin la visible proteccion de la Emperatriz de la gloria.

A estas palabras, el discípulo de Lutero lanzó una oblicua mirada á sus dos interlocutores, hizo un ademán de incredulidad; y apretando con los dientes el tubo de su pipa, corrigió la expresión de desdeñosa sonrisa que se dibujó en sus labios diciendo:

— Solo Dios, señores, tiene el poder de apaciguar ó enfurecer los elementos cuándo y cómo le place. No seáis del número de esas gentes crédulas que doblegan su débil y ofuscada razón bajo la férrea mano de esos déspotas de las inteligencias. No, hoy estamos ya demasiado inundados de luz para que no se perciban á simple vista esas manchas con que algunos pretenden afear el rozagante manto de la cultura y civilización que nos rodean. Afortunadamente han pasado ya aquellos tiempos en que la razón humana estaba avasallada y envilecida por los monopolizadores de las luces científicas.

— Conviene que sepais, ministro, respondió el jóven español, que los católicos veneramos é invocamos á los Santos para mayor honor y gloria de Dios, y que solamente nos valemos de ellos como de mediadores para obtener las gracias que deseamos alcanzar del cielo. ¿No vemos que en las monarquías de la tierra se apela muchas veces al valimiento de un ministro favorito para impetrar con mas eficacia la clemencia ó protección del Soberano? ¿No nos parecería muy natural y justo que un príncipe acogiera con paternal solicitud la petición de aquel súbdito que

llevara su comision y fidelidad hasta exponer noblemente su vida en defensa de su real persona? ¿Por qué no hemos de conceder, pues, que Dios se complace extremadamente en dispensar sus gracias á las criaturas que se las pidan por mediacion de sus Santos que son sus ministros predilectos y que han derramado hasta la última gota de su sangre en defensa de la Religion?

— En efecto, dijo el capitan.

— Pero ¿quién ha visto jamás los milagros obrados por intercesion de los Santos? insistió mister Brooke. Yo no acierto á ver en todo esto mas que la supersticion llevada hasta sus últimos límites.

— Comprendo, hasta cierto punto, que los protestantes califiqueis de absurdo lo que no es mas que una lógica consecuencia de la religion católica: es disculpable que el ciego de nacimiento se equivoque palmariamente en la distincion y clasificacion de los colores; y que el que tiene el paladar gastado por los manjares condimentados con exceso no pueda apreciar con exactitud los diversos sabores de las sustancias alimenticias.

— De modo, que segun vos, Eduardo, los protestantes no tenemos completamente expedito el uso de los sentidos de nuestro cuerpo! se apresuró á responder el ministro con ironía.

— No; no es este el sentido del lenguaje de Eduardo, observó cándidamente el capitan mirando al ministro y designándole el jóven español.

— Harto sabe el ministro que soy enemigo de usar palabras anfibológicas en tratándose de puntos tan esenciales como el que estamos ventilando.

El ministro movió la cabeza afirmativamente.

— Lo que yo queria demostrar, prosiguió el jóven, era que Dios obra á menudo milagros por medio de sus Santos ; lo que los protestantes os empeñais tenazmente en negar. Y sino, decidme, ministro : ¿ por qué las llamas ó las fieras deponian su natural voracidad respetando y aun acariciando los cuerpos de los mártires que se les arrojaban para pasto ? Leed y medidad las vidas de los Santos del Catolicismo, y veréis que en todas épocas el cielo prodiga á los mortales insignes favores por intercesion de aquellos esclarecidos y heróicos varones : unos sanan enfermos, otros convierten obstinados pecadores ; estos aplacan la ira celeste librando á los pueblos de los horrores de la peste, del hambre, de la guerra, de los terremotos... ¿ qué mas ? aquellos vuelan á las mas remotas é inhospitalarias regiones del mundo para catequizar á los pueblos que todavía yacen sumidos en las sombras del error, del oscurantismo, de la barbarie ! Nada, nada es capaz de contener el santo celo de esos insignes Apóstoles, los cuales rompen todos los dulces lazos de familia y de la amistad renunciando á las comodidades, riquezas, honores y hermosura con que el mundo les brinda en dorada copa ; todo, todo es desechado, hollado y pospuesto por

esos hombres consagrados exclusivamente al servicio y defensa del Catolicismo, que no tienen otro móvil, otro deseo, otro consuelo, otra esperanza ni otra recompensa que la conversion de sus semejantes á costa de inauditas penalidades y aun de su propia vida.

Los ojos del capitan expresaron una indecible satisfaccion al oir la brillante apología de Eduardo acerca los milagros y virtudes de los Santos.

— En vista de lo que acabo de exponeros, prosiguió el jóven, ¿persistiréis en vuestra opinion de que el lugar que el Catolicismo asigna á los Santos ataca á los fueros de la razon y es anti-tético con el estado de la sociedad contemporánea?

— Por mas datos y razones que aduzcais y acumuleis en pro de vuestra tesis, Eduardo, siempre hallo exageracion en la importancia que concedéis á vuestros Santos, respondió el discípulo de Lutero. Y luego, como esquivando hábilmente la contestacion al principal argumento que se le proponia, añadió: ¡Pues qué! ¿ignorais que los misioneros protestantes se ocupan tambien infatigablemente en la conversion, cultura y civilizacion de las tribus salvajes y antropófagas? Id á la California, á la China, á la India; y en todas partes tropezaréis con celosos ministros dedicados á la conquista de almas para el Cristianismo.

— Pero ¡cuánta diferencia va de vuestros misioneros á los nuestros! observó el capitan.

— ¿Por qué? murmuró el ministro con sorpresa.

— Porque los vuestros residen generalmente en las ciudades rodeados de su familia y disfrutando de una buena renta; mientras que nuestros misioneros viven en medio de los bosques ó de los desiertos; á menudo, sin otro elemento que algunos vegetales, sin mas casa que la inclemencia y sin otra compañía que los salvajes ó las fieras.

— Exagerais, capitán, replicó el hijo de Escocia, como si hubiera querido desviar el golpe que con tanto acierto le asestó mister Mac-Kievet. No, no es raro encontrar á nuestros ministros en medio de las hordas incivilizadas é indómitas imponiéndose todo linaje de privaciones y sacrificios.

— Es posible que algunos de vuestros colegas lleven sus excursiones catequísticas hasta el centro de las regiones bárbaras; pero en este caso, ¿cuáles son los países que han convertido? ¿Dónde está la huella de la propaganda hecha por vuestros misioneros? dijo el jóven español. Y añadió: Antes que apareciera en el mundo vuestra secta, ya habian salido del seno del Catholicismo legiones de soldados del Evangelio precedidas del pacífico y glorioso estandarte de la cruz y capitaneadas por los fundadores de dos insignes órdenes religiosas que luego sembraron la semilla cristiana en el imperio de Marruecos, la Persia y la Turquía; y hoy, las pisadas y las

palabras llenas de unción evangélica de los misioneros católicos resuenan por todos los climas y países de la tierra.

— Y todos esos hombres son santos; ¿no es verdad, Eduardo? repuso el ministro sonriéndose.

— No puedo ni intento afirmaros tal cosa; pero lo que sí puedo aseguraros, es que el catálogo de nuestros Santos ha tenido un notable aumento con los nombres de los muchos mártires de la fe que han producido nuestras misiones.

— Por manera, que siguiendo á este paso, respondió mister Brooke con maliciosa intención, dentro de pocos años os veréis obligados á agrandar considerablemente vuestras iglesias, so pena de no poder albergar en ellas al sinnúmero de Santos nuevos que vayan ingresando en vuestro martirologio. ¿No es mil veces preferible la sencillez que se observa en nuestros templos, que no los adornos de que están atestadas las paredes de los vuestros?

— Por favor no nos habéis de vuestros templos, ministro, replicó bruscamente el capitán. El corazón se hiela al penetrar en ellos y sobre todo al presenciar vuestras frías ceremonias.

El ministro acogió estas palabras con marcada frialdad, y volvió el rostro al capitán diciéndole con tono ofendido:

— Ya se ve, los católicos creéis adorar mejor á Dios encendiendo una profusión de cirios, quemando mucho incienso y con los lujosísimos há-

bitos pontificales de vuestros sacerdotes. No, señores, no consiste en eso la verdadera adoracion de la Divinidad, añadió suavizando la voz.

— Para convenceros de vuestro error en esta parte, dijo Eduardo mirando al ministro; no tenéis mas que comparar la impresion que siente el ánimo entrando, por ejemplo, en la basílica del Vaticano de Roma ó en la de San Pablo de Lóndres cuando se están ejecutando las ceremonias con que se solemnizan las grandes festividades del Cristianismo; ambos templos son suntuosos, colosales, verdaderas obras maestras de arquitectura, es cierto; ambas ceremonias nos recuerdan alguno de los augustos misterios de la religion del Crucificado, tambien es cierto; pero al penetrar en el primer edificio el ánimo queda como arrobado y aquella indefinible impresion de grandiosidad religiosa se imprime fuertemente en vuestra mente y dura toda vuestra vida, mientras que hallándoos dentro del segundo templo, vuestro corazon experimenta un vacío sensible que contrasta con la grandeza de los objetos que se presentan á vuestra vista, y al salir de allí se os borra el recuerdo con la misma facilidad y presteza que un surco trazado sobre la superficie del mar.

— ¡ Cualquiera diria que habeis estado en Roma y en Lóndres, Eduardo! observó el ministro con acento socarron.

El capitan y Eduardo se sonrieron de la ocurrencia de su compañero.

— Aunque no haya estado en mi vida en Londres ni en Roma; con todo las relaciones de varios viajeros que conozco personalmente vienen en apoyo de mi aserto. Pero en defecto de esta prueba debo decir, que antes de ir al Perú tuve ocasion de visitar en Francia algun templo protestante, y no he salido de allí muy edificado que digamos.

— Esto no prueba sino que cuando penetrais en uno de nuestros templos abrigais muy de antemano una tonta prevencion contra lo que vais á ver en su interior. Todo lo de este mundo es susceptible de presentar distintos aspectos, Eduardo, segun el prisma bajo el cual lo observemos. Así no es de extrañar que lo que para unos es menospreciado y aborrecible, para otros sea encomiado é idolatrado; todo depende de nuestro modo de pensar y juzgar las cosas.

— No soy de vuestra opinion, respondió el joven español.

— Pues ¿cuáles son vuestras ideas acerca este punto? preguntó mister Brooke.

— Hé aquí mi opinion lisa y llana respecto al asunto que nos ocupa, contestó Eduardo: el hombre consta de alma y cuerpo; este transmite á aquella las impresiones de los objetos del mundo material; de modo que una gran parte de ideas y afectos que elabora nuestro espíritu tienen su origen en las sensaciones recibidas de los objetos que nos rodean.

— ¿Á dónde vais á parar con vuestra ideolo-

gía? observó el ministro sonriéndose é interrumpiendo bruscamente á su interlocutor.

— Á esta aberracion, el capitan y Eduardo cruzaron una mirada risueña.

— Hé aquí mi punto objetivo, ministro, repuso el jóven español. El hombre por su misma naturaleza necesita fijar constantemente sus ojos en todo lo que le recuerde las grandezas y misterios de su religion; ¿y qué objetos pueden elevar mas el entendimiento y conmover el corazón, que esas bellas y venerandas imágenes que adornan los altares de nuestras iglesias?

— ¿Qué replicais á esto, mister Brooke? preguntó el capitan expeliendo una espesa columna de humo por el ángulo izquierdo de su boca.

— Digo que no tenemos necesidad de imágenes artificiales para sublimar nuestras ideas y afectos hácia la Divinidad. Mas fruto saca el hombre en sus meditaciones, colocándose en la cima de una montaña desde donde abarca de una ojeada una pequeña parte de las grandiosas obras del Autor de la naturaleza, que no encerrándose en el mezquino espacio de un edificio; llámese este San Pablo de Lóndres ó San Pedro de Roma, que para el caso es indiferente.

— ¡Qué mucho que los iconoclastas del siglo XVI prefieran adorar á Dios al aire libre como lo verifican los salvajes! observó Eduardo.

— No recuerdo precisamente la significacion histórica de la palabra *iconoclastas*, interrumpió el capitan volviéndose á Eduardo.

— Esta palabra procede de una secta de herejes que en la edad media se renovó desplegando un satánico furor en derribar y destruir todas las sagradas imágenes que caían bajo sus manos.

— Teneis razon, Eduardo, ahora acude á mi memoria este hecho histórico.

Durante este pequeño incidente, mister Brooke parecia impacientarse por continuar la polémica con su jóven compañero al cual lanzó una mirada diciendo :

— Lo mas racional es que se adore á la Divinidad en su propio palacio ; ¿ y cuál es el palacio mas digno de hospedar y ensalzar á Dios mas que aquel que él mismo ha fabricado con su omnipotente brazo, teniendo por techumbre el cielo, por luces los millones de astros esparcidos por el espacio infinito como polvo de reluciente oro, por música el gorjeo de las aves ó el bramido de los elementos, y por pavimento los mares y continentes ?

— El ministro quiere echarlas de poeta, dijo para sí el capitan.

— ¿ No habeis reparado, querido ministro, el efecto que produce en el ánimo la vista de un soberbio edificio ; por ejemplo, el palacio de cristal de Lóndres, ó la esplendidez de la corte de un magnate ? contestó nuestro héroe. Sin embargo, todos sabemos muy bien que el edificio de la naturaleza sobrepuja á todo lo mas grande y primoroso que sale de la mano del hombre hasta un grado que excede infinitamente nuestro

cálculo : á pesar de ello vemos á cada paso que muchos hombres se extasian á veces ante las mas insignificantes obras del arte, sin que les causen la menor admiracion y asombro las grandiosas é innumerables maravillas que encierra la inmensa máquina del universo.

El ministro hizo un gesto de incredulidad y el capitán movió la cabeza con ademan afirmativo.

— Empero no consiste en esto todo, prosiguió el jóven español; puesto que si bien por la contemplacion de las obras de la naturaleza podemos remontarnos hasta el conocimiento de la existencia absolutamente necesaria de su Autor, con todo la nocion positiva que tendríamos de él seria muy insuficiente para que pudiéramos adorarle como es debido; y nos expondríamos á incurrir, en esta materia, en mil groseros y abominables absurdos, como sucedió con el politeismo á despecho de las elucubraciones filosóficas de los sábios de la antigüedad. Además, el mundo sensible nada nos revela acerca nuestro origen y nuestro fin, dejándonos, por lo mismo, completamente á oscuras tocante al punto que mas nos interesa. Hé aquí, pues, la necesidad de la revelacion y de que erijamos templos y altares á los objetos sensibles que simbolizan las verdades de nuestras creencias. Por esto vemos que el pueblo hebreo, único depositario de la doctrina revelada, se apresuró á construir el magnífico templo de Salomon, custodiando en su espaciosísimo recinto el arca santa con todo el esplendor que

requeria tan sagrado objeto. ¿Cómo podríamos representarnos con mas viveza la pasion y muerte de Jesucristo, que concentrando nuestra mirada en los trofeos é instrumentos con que el pueblo deicida martirizó y crucificó al Hombre-Dios? ¿y qué otra cosa mas á propósito que una piadosa imágen ó efigie de este para excitar en nuestra mente nuestra mas tierna compasion, amor y agradecimiento? ¡Oh! qué consuelo encuentra el cristiano moribundo teniendo el Crucifijo fuertemente asido entre sus crispadas y enflaquecidas manos! ¡Cómo la fe de aquella alma que va á abandonar esta triste mansion, anima el mármol, el bronce ó la madera de que está formada la sagrada imágen! ¡Cómo la mira y contempla, habla, besa y encuentra en ella su fortaleza y amparo para salir triunfante en su último y supremo combate contra las potestades infernales!

— Bien dicho, Eduardo, murmuró el capitan.

— Con la Biblia en la mano puede alabarse y adorarse á Dios del mejor modo posible, dijo el ministro lanzando una mirada á su jóven compañero. Allí hallaréis majestuosa y poéticamente amplificadas todas las nociones apetecibles sobre el Ser supremo.

— Excelente medio de meditar la doctrina revelada y la vida de Jesucristo nos suministra la sagrada Escritura; pero es tambien indispensable que los fieles tengan un punto de reunion donde puedan orar juntos y donde se ofrezcan á

su vista representaciones corpóreas y emblemáticas de los sagrados objetos á que deben rendir culto. ¿No vemos que se erigen estatuas y panteones á los hombres ilustres para que sus proezas ó escritos trasciendan á la mas remota posteridad? ¿Quién es, pues, mas acreedor á que se inmortalicen sus divinas obras y doctrinas que Jesucristo regenerador de la humanidad? Justo, justísimo es, por lo tanto, que dediquemos á su memoria grandes templos donde podamos tributarle todos los obsequios y adoracion que le corresponden; porque nosotros los católicos, ministro, poseemos el cuerpo de Jesucristo real y verdaderamente sobre nuestros altares, añadió Eduardo.

— Hé aquí una cosa que no puede conciliarse absolutamente con la razon: Jesucristo está en el cielo, y por lo tanto no puede hallarse simultáneamente en tantos puntos cuantas son las iglesias católicas desparramadas por toda la superficie del globo, repuso el hijo de Escocia. Los protestantes somos mas lógicos en esta materia, puesto que creemos que en el cenáculo el Hijo de Dios encargó encarecidamente á sus discípulos que celebraran la Pascua en honor y conmemoracion de su venida al mundo; pero de ningun modo les dijo que les daba en manducacion su propio cuerpo y sangre bajo las especies de pan y vino: ¿no encontrais que esto es imposible?

— ¡Imposible! exclamaron sus dos interlocutores escandalizados.

Hubo una breve páusa en cuyo tiempo cada uno de los dos contrincantes parecia afilar sus respectivas armas para lanzarse nuevamente al combate con mayor denuedo.

— No hablemos con tanta ligereza de un dogma de mi religion, señor ministro, repuso Eduardo. Vos creéis, como yo, que Jesucristo vino al mundo y murió enclavado en una ignominiosa cruz para redimirnos, ¿no es verdad?

Mister Brooke respondió con una profunda inclinacion.

— Pues bien, continuó el jóven español mirando á su adversario, sondead si podeis la inmensidad del océano de amor hácia la criatura que movió á Jesucristo, es decir, al Hijo de Dios (ante cuya presencia se prosternan y tiemblan los cielos, la tierra y los infiernos) para encarnarse en el seno de una Vírgen y nacer en una miserable choza de Judea.

— En efecto, este es un acto de humillacion incomprendible, dijo el ministro.

— Empero no para aquí el anonadamiento de Jesucristo para con el hombre; sino que durante su corta vida predicó la doctrina mas pura, mas sublime y mas santa que cabe imaginarse; obró varios milagros, ora resucitando muertos y curando enfermos de cuerpo y de espíritu; y por último cargando sobre sus divinos hombros el peso de todos los crímenes cometidos por la criatura y de los que esta pudiera cometer en adelante, quiso ser inmolado como víctima expiato-

ria de todas nuestras iniquidades para aplacar la cólera de su divino y coeterno Padre, y restablecer con mayor intimidad que antes la union entre el cielo y la tierra que habia destruido el pecado original.

— Es verdad, murmuró el capitan.

— Hasta ahora nada tengo que objetaros, Eduardo, repuso el hijo de Escocia; pues los protestantes creemos todo eso, y admiramos y adoramos tanto ó mas que los católicos á los dos misterios de la encarnacion y la redencion. Pero en estos misterios no sé ver ninguna analogía con la realidad del Sacramento eucarístico, tal como la interpretais y pretendéis los papistas.

— ¿Decís que no hallais analogía y afinidad entre los dogmas de la encarnacion y de la cruz con el de la sagrada Eucaristía? replicó el jóven español.

— Yo no encuentro ninguna; y no atino el motivo por qué vos, Eduardo, insistís tanto en ello.

— Pues estais en un gravísimo error, ministro.

— ¿Por qué?

— La razon es muy óbvia: si Jesucristo ha llevado su abnegacion y amor hácia nosotros hasta revestirse de nuestra frágil humanidad y sacrificarse en la cima del Calvario; ¿hay nada mas natural que la creencia de que nos ha dejado su sacratísimo cuerpo y sangre como prenda ó en rehenes de nuestro rescate de la esclavitud del pecado? Y no digais que es imposible que Jesu-

cristo esté á un tiempo en el cielo y sobre nuestros altares ; porque si reconocéis su divinidad , teneis que aceptar su omnipotencia ; y ante esta se eclipsa todo lo que nos parece imposible como á la presencia de la luz se desvanecen las mas negras sombras. Por lo demás , bien claras , concisas y terminantes son las palabras que el divino Maestro dirigió á sus amados discípulos poco antes de separarse de ellos para ir á cumplir la voluntad de su Padre : « Este es mi cuerpo y esta es mi sangre , dijo Jesucristo á sus Apóstoles en la última cena y dándoles á cada uno un pedazo de pan y un poco de vino : » y añadió : « En verdad os digo que el que no comiere mi cuerpo ó no bebiere mi sangre , no entrará en el reino de los cielos. »

— ¿ Y quién puede poner en duda la veracidad de estas consoladoras palabras ? observó mister Mac-Kievet.

— Poco á poco , Eduardo , contestó el ministro con viveza. Jesucristo acostumbraba hablar á sus discípulos en lenguaje parabólico ; y así no es de extrañar que el sentido literal de las palabras del Redentor en la celebracion de la Pascua , no sea interpretado por nosotros del mismo modo que por los católicos.

— Las ambigüedades en el Nuevo Testamento y en un punto tan trascendental repugnan al sentido comun ; este principio ilógico es precisamente la falsísima base sobre que descansa el edificio de vuestra secta ; y por esto la veis sub-

dividida en tantas otras : pues como todas quieren interpretar los pasajes de la Biblia á su antojo , resulta de ahí que hay tantas creencias cuantas son las personalidades.

Es cierto que en el Antiguo Testamento vemos muchas alegorías : así , por ejemplo , el sacrificio de Isaac sobre el monte Moriah , fue una figura del que Jesucristo debia consumir sobre el Gólgota ; las doce tribus en que estaba fraccionado el pueblo de Israel , representaban los doce discípulos que mas tarde debian predicar y extender el Cristianismo á todas las naciones ; el maná que llovió del cielo durante la peregrinacion de cuarenta años , de los israelitas por el desierto en busca de la tierra de promision , simbolizaba el alimento eucarístico que debia dar la vida eterna á los hombres en la plenitud de los tiempos y hasta la consumacion de los siglos. De modo que todas las figuras y profecías de la ley antigua , léjos de estar en contraposicion con la nueva ley , son por el contrario los mejores comprobantes de las verdades de la doctrina de Jesucristo segun las creencias que profesamos los católicos.

— ¿ Teneis algo que replicar á las palabras de Eduardo , mister Brooke ? dijo el capitan sonriéndose.

— Esta cuestion es tan ardua é intrincada , contestó el ministro mirando á sus dos interlocutores con aire de perturbacion , que para ponernos de acuerdo sobre ella , tendríamos que comentar

los textos de los cuatro Evangelistas que hablan del asunto ; y ni aun así la resolveríamos satisfactoriamente. Por lo tanto me parece que lo mas acertado es , que cada cual piense como le plazca tocante la cuestion que nos ocupa.

— Pero con todo esto no resolveis nada , ministro , repuso vivamente Eduardo ; y la materia es demasiado interesante para que no fijemos en ella toda nuestra atencion juzgándola con sano é imparcial criterio.

El discípulo de Lutero estuvo un minuto perplejo , en cuyo tiempo se atrajo las miradas de sus dos compañeros , quienes esperaban con impaciencia que el hijo de Escocia iba á hacer alguna objecion ; pero las palabras evasivas de este les sacaron de su duda.

— Sacad una botella de cerveza , capitan. Tal vez así aclararémos mejor nuestras ideas , dijo mister Brooke chanceándose. No hay nada como la cerveza para despejar la atmósfera intelectual.

La escapatoria del ministro divirtió en extremo á Eduardo y al capitan , quien se levantó del sofá , sacó una botella de cerveza del armario , y al ponerla encima la mesa se volvió al ministro diciéndole en tono humorístico :

— Héla aquí ; ved si dentro de ella encontraréis algun argumento convincente para la causa que defendeis.

Eduardo y mister Brooke se sonrieron de la idea del capitan.

— Bebamos , pues , todos , Eduardo , á la sa-

lud de los amables y corteses marinos de vuestra patria que hemos conocido por la mañana, dijo el capitán después de haber llenado, hasta el borde, tres vasos de cerveza, y alargando uno de ellos al joven español que tenía enfrente de sí.

— Teneis razón, capitán, respondió el ministro luego de haber apurado su vaso de cerveza. Ahora fumemos, fumemos. Quédese la polémica religiosa para mañana, añadió rellenando su pipa de tabaco. ¿Os parece bien, Eduardo?

— Como queráis, ministro, contestó el joven con afabilidad.

Desde aquel día hasta el de su arribo á Inglaterra, Eduardo y el ministro sostuvieron largas é interesantes polémicas, acerca el dogma del purgatorio, los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, el celibato eclesiástico, etc.

En la exposicion y dilucidacion de todas esas importantísimas é intrincadas materias, Eduardo demostró tanto saber, celo, talento y elocuencia, que mas de una vez desconcertaron á su nada despreciable rival, cuyo ánimo al terminar la navegacion empezaba á dar inequívocas señales de querer entrar resueltamente en la única via de salud, en la única nave que puede evitarnos un terrible naufragio en medio del proceloso mar de esta vida, y conducirnos ilesos y triunfantes al puerto de salvacion eterna.

XV.

Nada de particular ocurrió á bordo del Lord Efigham en los veinte dias que mediaron entre el encuentro del bergantin español y la patética escena que vamos á describir. En este tiempo la fragata inglesa habia cruzado felizmente la línea ecuatorial, y se hallaba muy cerca del trópico de Cáncer. La mayor armonía y confraternidad reinaba entre las personas que moraban en el buque: Eduardo y mister Brooke se engolfaban con frecuencia y amigablemente en discusiones políticas y religiosas: el capitan terciaba en ellas de vez en cuando; pero generalmente abandonaba el campo de la discusion al jóven adalid, que salia triunfante en todos los combates contra el discípulo de Lutero: en resúmen, nuestros navegantes disfrutaban una paz octaviana. Hé aquí, pues, la descolorida reseña del hecho que vino á turbarles la felicidad.

El cook, ó cocinero de á bordo, era un mulato de treinta años, oriundo de los bosques de Virginia; de modo, que puede afirmarse, que á pesar de su largo y continuo roce con el mundo civilizado, conservaba todavía en sus adentros algunos resabios de su primitivo instinto salvaje.

Dos ó tres dias antes del horripilante drama, cuyo mal pergeñado relato va á desenvolverse ante nuestra imaginacion, mister Mac-Kievet dió una repulsa al cook, con sobrada razon, por la

desaliñada manera con que este cocia, condimentaba y presentaba la comida; pero aquel incidente pasó casi desapercibido, y nadie le dió mas importancia de la que intrínsecamente merecía.

No obstante el cocinero yankee alimentaba en su pecho la llama del rencor, y acechaba la ocasión propicia para vengarse de la justa reprimenda del capitán.

Una mañana este se paseaba solo por delante de la cocina, é iba á entrar en ella con el objeto de encender su pipa: empero, así que el yankee vió el ademan de mister Mac-Kievet, desde el interior de la cocina, obstruyó la entrada con su cuerpo, tomando luego una actitud agresiva y lanzando una provocadora mirada al capitán, quien al observar aquellos síntomas de rebelión, gritó con tono imperioso:

— ¡Déjame entrar!

— ¡Atrás! contestó su interlocutor con irritante altanería.

— ¡Cómo! ¿te atreves á insultarme? ¿ignoras acaso que está en mi mano el imponerte un terrible castigo por tu insolencia y rebeldía? ¡Déjame entrar, repito, ó sino... añadió con un sobrecejo y amenazando con su puño al revoltoso.

Pero este en vez de desarmarse con las palabras del capitán, se enfureció mas y mas; de suerte, que en un abrir y cerrar de ojos sacó de su blusa un descomunal cuchillo, cuya larga, ancha, reluciente y afilada hoja blandió un segundo sobre la cabeza del capitán, y prorumpiendo

en un espantoso alarido, descargó con furia infernal una cuchillada sobre la mejilla izquierda de este, cuyo cuerpo, como herido del rayo, cayó desplomado sobre cubierta, sin sentido, y bañado en la sangre que salía con abundancia de la herida de su rostro.

La trágica escena, cuyos solos protagonistas fueron el capitán y el cocinero, solo duró un minuto: dando la casualidad de que á la sazón los marineros se hallaban conversando y fumando en su cámara de proa; y Eduardo, mister Brooke y los demás individuos de la tripulación estaban en la parte de popa.

Empero los marineros al oír el aullido del cocinero corrieron al lugar de la catástrofe, encontrando ya al capitán tendido, y casi exánime sobre el puente; y al agresor como petrificado, apoyando su espalda en la puerta de la cocina, teniendo en su mano el arma fatal ensangrentada y humeante, y contemplando con la mas cínica estupidez la víctima que yacia á sus piés.

— ¿Qué es eso, Dios mio, preguntaron los marineros al ver lo que pasaba, clavando sus asombrados ojos en el cocinero. ¿Lo has herido tú? añadió uno de ellos designándole el cuerpo del capitán.

El interpelado hizo un ligero y maquinal ademán de cabeza afirmativo.

— ¡Está loco! ¡está loco! exclamaron todos los marineros á coro mirándose unos á otros con una especie de estupor.

Pero el cocinero no hizo el menor gesto ni despegó siquiera los labios para desmentir el epíteto que le dieron sus compañeros.

— Si el cook está loco, observó uno de estos con severidad, á bordo no queremos locos, pues si hoy se le ha antojado herir al capitan, mañana puede repetir la misma locura con uno de nosotros; y así os propongo que le arrojemos al mar en seguida. ¿Aprobais mi proposicion? añadió volviéndose á sus compañeros y señalándoles al yankee con el dedo.

— ¡Sí, sí! respondieron todos con frenético entusiasmo, acompañado de votos é imprecaciones.

Y al propio tiempo cayeron todos como fieras sobre el cuerpo del cocinero, quien cayó desvanecido sobre el puente al ver la buena acogida que obtuvo entre la tripulacion el bárbaro plan propuesto por uno de sus miembros.

En aquel mismo instante, Eduardo, mister Brooke, y los demás individuos que se hallaban en el departamento de popa, justamente alarmados por la batahola de los marineros, se precipitaron hácia el puente.

— ¡Dios mio! el capitan está herido! exclamó el jóven español con acento de angustia y señalando al hijo de Escocia el pálido y ensangrentado rostro de mister Mac-Kievet.

— ¿Y quién ha sido el miserable?... preguntó el ministro á los marineros con indignacion.

— ¡Este! ¡este! respondieron unánimes disponiéndose á arrojar al mar el inerte cuerpo del cocinero que tenian en sus brazos.

— ¡Deteneos! dijeron Eduardo y mister Brooke con actitud suplicante al ver el diabólico intento de la tripulacion.

Á la voz de los dos pasajeros, algunos marineros accedieron sumisos y otros refunfuñando, y vomitando maldiciones; pero por fin, todos soltaron su presa.

Mientras tanto el contramaestre vendaba la herida del capitan; y el steward hacia oler á este el pomito de éter: merced á esos perentorios y eficaces auxilios, mister Mac-Kieviet no tardó en volver en sí, y luego haciendo un heróico esfuerzo, se puso en pié de un brinco, lanzando una aterradora mirada á su agresor, y diciéndole con tono de ira:

— ¡Morirás, perro maldito!

Á estas palabras, Eduardo cayó de rodillas y anegado en llanto á los piés del capitan, gritando con compasivo acento:

— ¡Por Dios, capitan, perdonadle!

— No, no, replicó este con voz de trueno, es preciso que muera! ¡Carpintero, cargad mis pistolas! añadió.

Esta última frase aterró á todos los circunstantes, pues creian que la terrible sentencia pronunciada por el capitan seria irrevocable, y se ejecutaria al pié de la letra.

— ¡Cielos! exclamó el carpintero encaminándose á popa en cumplimiento del mandato de mister Mac-Kievet.

Hubo dos minutos en que nuestro héroe y el ministro parecían dos estatuas. Por fin el primero se levantó del suelo, y acercándose al último, le dijo cási al oído:

— La caridad cristiana nos manda imperiosamente que procuremos aplacar el enojo del capitán, por todos los medios imaginables, para salvar la vida de este hombre.

Y al terminar su frase Eduardo indicaba á su interlocutor al cocinero, quien al reponerse de su pasmo oyó el tremendo veredicto del capitán, y desde entonces se revolcaba por el suelo presa de horribles convulsiones.

— ¿Qué hora es? preguntó el capitán, tras un breve silencio y con lúgubre acento.

— Las ocho, respondió el primer piloto sacando su reloj de bolsillo.

— Pues bien, te concedo una hora de tiempo para prepararte á morir, ¿lo oyes? dijo Mac-Kievet clavando sus centelleantes ojos en el infeliz cocinero, que continuaba revolcándose en el paroxismo de la desesperación.

— Idos á la cama, capitán. Estais muy pálido, dijo el ministro con voz entrecortada.

— Quiero que aprenda ese asesino, repuso mister Mac-Kievet lanzando una mirada de solemne desprecio al cocinero, que á bordo no hay mas autoridad que yo: que aquí represento al rey; y

que un atentado contra mi vida ó contra la de cualquier de mis subordinados, debe castigarse con la muerte.

Las palabras del capitan respiraban á la vez tanto ardor, iracundia y melancolía, que al oirlas, Eduardo no pudo menos de horripilarse de piés á cabeza; y luego hablando consigo mismo decia con sollozos:

— Aquí... dentro de este buque... y en el corto espacio de una hora... debe matarse á un hombre... ¡Dios de mi alma! Vos que nos habeis librado de tantos peligros... á Vos imploro en estos momentos críticos para que nos eviteis un espectáculo tan desgarrador.

El enojado capitan apenas podia sostenerse en pié por el acerbo dolor que le causara la herida recibida en su lívido rostro.

— En nombre del cielo, idos á la cama, capitan, dijo Eduardo con mortal ansiedad y tirándole blandamente por el brazo.

— Necesitais reposo, capitan, insistió mister Brooke, de lo contrario os exponeis á que se encone vuestra herida, y...

— Importa poco que yo muera, ministro, con tal que ese maldito pague su vil osadía con el precio de su vida, aulló bruscamente el capitan temblando de ira.

— Eduardo, vamos á llevarle á su camarote, dijo en seguida mister Brooke colocándose á la derecha del capitan, y haciendo un ademan al jóven español para que pasase al otro lado.

Entonces el capitán, apoyándose en los brazos de sus dos compañeros, se dejó conducir hasta su camarote.

Apenas nuestro héroe y el ministro hubieron depositado al capitán sobre su cama, cuando se oyó un ruido siniestro en el comedor: era que el carpintero cargaba las pistolas encima la mesa.

Aquel ruido hirió los oídos de Eduardo como pudiera hacerlo el silbido de una enorme serpiente: nuestro jóven sintió que su cabeza se perdía en un espantoso vahido, y que su sangre se helaba en sus venas hasta el punto de paralizar los latidos de su corazón. En cuanto á mister Brooke no pudo menos de estremecerse á pesar de su habitual sangre fría.

En tanto el cocinero seguía retorciéndose los brazos desesperadamente, dando terribles cabezadas sobre el puente, rechinando los dientes, y exhalando salvajes aullidos.

Aquel espectáculo indescribible conmovió á algunos marineros, induciéndoles á querer levantar del suelo al yankee; pero este les hizo desistir de su humanitario intento con sus mordiscos y sendos puñetazos.

— ¡Dejadle! vociferó un marinero al ver la fiera resistencia que oponía el cook. Que muera de un balazo en la cabeza, ó que se la estrelle contra el puente, me parece que lo mismo da, ¿no es cierto? añadió mirando á sus compañeros con sardónica sonrisa.

— ¿Y si podemos evitar que muera de ambos modos? observó algún otro.

— ¡Cómo? preguntó el interpelado.

— Yendo ahora mismo todos juntos á pedir al capitán que le haga gracia.

— ¿Y creéis que el capitán se dejará ablandar por nuestra petición? observó un tercero. ¿No estais viendo que los dos pasajeros hacen cuanto pueden para conseguir el perdón para este perro rabioso, y que hasta el presente nada han alcanzado? continuó señalando con el pié al cocinero.

— No importa: lo probaremos, se apresuró á responder el iniciador del proyecto de salvación.

— ¡Sí, sí, probémoslo! exclamó á coro toda la asamblea enderezando sus pasos hácia la cámara de mister Mac-Kievet.

Cuando los marineros penetraron en la cámara, Eduardo y mister Brooke intercedían por el infeliz cocinero con tanto interés como puede hacerlo una madre por el hijo de sus entrañas cuya cabeza se dispone á tronchar el verdugo. Pero el corazón del capitán no se ablandaba, y el tiempo seguía su marcha veloz y como cebándose en apresurar á pasos de gigante la llegada del minuto solemne, angustioso, terrible!

Parecía que el capitán se había vuelto insensible á cuanto le rodeaba; pues de lo contrario no podía concebirse su estóica impassibilidad ante las reiteradas y fervientes súplicas de sus dos compañeros, en especial las de Eduardo, quien

vertió amargas y copiosas lágrimas, agotando todo su repertorio de frases llenas de religiosa ternura á fin de obtener el indulto para el desventurado yankee.

Los marineros, los pilotos, todos fueron á implorar la clemencia del capitán; pero todo fue en vano: este se mantuvo inexorable.

Solo faltaban cinco minutos para que se ejecutara la sentencia fatal.

En aquel momento salió al puente el carpintero con una pistola amartillada en cada mano, ordenando á los marineros que cogieran á viva fuerza el cuerpo del cocinero (que permanecía en el mismo estado que hemos descrito), y que lo ataran sólidamente contra el palor mayor.

Los marineros obedecieron aquella terrible orden á pesar suyo: algunos de ellos llegaron hasta derramar lágrimas, las cuales contrastaban horriblemente con el embrutecimiento, y aun ferocidad, que reflejaban sus semblantes.

Era el espectáculo mas horroroso que puede elaborar la mas tétrica imaginación, el ver el rostro del cocinero, cuyos ojos inyectados de sangre parecían pugnar por desprenderse de sus órbitas, y en cuya boca entreabierta se dibujaba una sátnica sonrisa. Únicamente el infierno puede presentar un tipo semejante.

Cuando los marineros levantaron al reo, este hacia esfuerzos sobrehumanos por desasirse de las manos de sus compañeros, que atenaceaban distintas partes de su cuerpo, como otros tantos

garfios, por cuyo motivo el desdichado cocinero exhalaba ayes desgarradores, y hacia impotentes ademanes de querer repartir puñelazos y punta-piés á diestro y á siniestro. Empero los marineros prosiguieron su triste y penosa tarea hasta que lograron agarrotar al delincuente contra el palo mayor, y vuelto de espaldas á popa.

En aquella violentísima y angustiosa situación el desventurado cocinero no cesaba de exclamar con voz, capaz de enternecer á las mismas piedras:

— ¡Mister Eduardo! ¡mister Eduardo!

Como si pensara que del jóven español solo dependía la salvacion de su vida.

Luego de haber terminado los marineros su operacion, el carpintero se colocó á dos pasos de distancia del palo mayor, levantando el gatillo de una de las pistolas que tenia en sus manos; y al mismo tiempo Eduardo alzaba sus llorosos ojos hácia el reloj de la cámara, y al ver que iba á dar la hora fatal, sintió que un sudor frio bañaba todos sus miembros, y haciendo un supremo y violentísimo esfuerzo, se arrojó sobre la cama del capitan, abrazando tiernamente á este, en cuya mente evocó los recuerdos de todos los seres mas queridos de su corazon; sobre todo le representó á Jesucristo en su terrible agonía, enclavado en la cruz en medio de dos ladrones, y rogando por ellos así como por sus mismos verdugos.

— Por el amor de Jesucristo que nos está con-

templando desde los cielos y que ha de juzgarnos en nuestra última hora, salvad la vida de este hombre! dijo finalmente Eduardo apretando al capitan contra su corazon.

— ¡Pues bien! sí... le perdono... Eduardo, respondió mister Mac-Kievet con voz débil y trémula é incorporándose penosamente en su cama.

Á estas palabras Eduardo y mister Brooke corrieron como dos locos hácia el puente; pero cuando les faltaba solo un paso para salir del comedor, oyeron una detonacion que hizo vibrar todos los aparejos del buque, seguida instantáneamente de un agudo grito de horror escapado del pecho de todos los marineros.

— ¡Dios mio! es tarde! exclamó entonces Eduardo con acento de indescribible angustia, y cayendo desmayado junto á la puerta del comedor.

Mister Brooke quedó inmóvil en el mismo sitio como magnetizado por una fuerza invisible.

El estruendo producido por el tiro hizo estremecer de horror al capitan, quien saltó de la cama, y á pesar de su debilidad y trastorno, voló hácia el puente para ver con sus propios ojos lo que allí sucedia.

Mister Mac-Kievet llegó al expresado sitio jadeante y pálido como un difunto: parecia un espectro escapado de su tumba.

El disparo á boca de jarro que hizo el carpintero contra la cabeza del cocinero, habia destrozado materialmente el cráneo de este, cuyos se-

sos esparcidos por el suelo salpicaban el puente de sangre en torno del palo mayor.

En vista de un desenlace tan funesto, un temblor nervioso se apoderó del cuerpo del capitán, erizóronsele los cabellos como púas de hierro, y sus dientes tiritaban entrechocando fuertemente. Entonces todo el mundo llegó á temer seriamente por la vida del capitán; de modo que los dos pilotos y el despensero se apresuraron á llevarle en brazos á su camarote.

Entre tanto Eduardo volvía lentamente en sí, á beneficio del éter que le hacía oler el ministro; y al propio tiempo los marineros arrojaron al mar el mutilado cadáver del cocinero, que se enterró sin otra ceremonia que con dos ó tres lacónicas oraciones que recitó el ministro con su manual protestante, despues que el mar había engullido su presa.

Un cuarto de hora despues de la ejecución de la sentencia no quedaban mas vestigios palpables de aquella horrible tragedia, que un pequeño charco de sangre sobre el puente; pero quedaban en los corazones de todos los asistentes, especialmente en los de Eduardo y del capitán, un hondo pesar, una angustia, un desconsuelo y una melancolía indefinibles, cuyos desastrosos efectos debían hacerse sentir durante mucho tiempo á bordo del Lord Efigham.

Aquel mismo día mister Benson consignó el hecho en su diario de vitácora, en los siguientes términos, cuya lectura hizo en voz sonora y fir-

me frente del camarote del capitán: «Hallándose la fragata Lord Efigham á los 22° 50' latitud Norte y á los 15° 20' 50" longitud Oeste, el cocinero, por un pretexto trivial, descargó una cuchillada sobre el rostro del capitán; por cuyo motivo este castigó su criminal alevosía con la pena de muerte. Al efecto el carpintero disparó un pistoletazo á quemarropa sobre la cabeza del revoltoso, cuyo cadáver fué arrojado en seguida al mar. Y para que este sea un dato fehaciente é irrecusable ante el Almirantazgo británico lo firmamos y rubricamos á tantos de mayo de 1854.» Seguían las firmas del capitán, de los dos pilotos, del contramaestre y el carpintero.

— Hé aquí la página mas fúnebre y sangrienta que registra mi diario, pensó el capitán moviendo tristemente la cabeza.

En los primeros días posteriores al tristísimo y deplorable suceso que acabamos de reseñar, mister Mac-Kievet estaba tan desasogado y fuera de sí que se revolvia sin interrupción en su cama como si hubiese sido presa del delirio. Á menudo le parecía ver la sombra del cocinero, tomando mil distintas y diabólicas formas, y acusándole de su muerte.

El capitán, Eduardo y mister Brooke pasaron bastantes días sin despegar apenas los labios: los dos primeros personajes puede decirse que no se hablaban mas que con las lágrimas que brotaban sin cesar de sus ojos.

De vez en cuando salian estas palabras de la boca del capitan :

— ¡ He manchado mi vida con un espantoso crimen !

Y al decir esto miraba á sus dos amigos con una especie de idiotismo.

— No, no, capitan, no habeis hecho otra cosa que cumplir con vuestro deber, replicaba el ministro procurando tranquilizarle.

Al cabo de tres semanas (en las cuales la fragata, detenida por la calma, no anduvo un solo paso), el capitan empezó á levantarse de la cama; pero estaba tan desconocido, que su demacrado cuerpo y sus desencajadas facciones no podian mirarse sin sentirse traspasado de dolor y compasion.

Eduardo hacia filiales esfuerzos para distraer y endulzar los padecimientos y amarguras del capitan, cuya herida se iba cicatrizando con desesperante lentitud.

XVI.

Estamos á fines de junio.

Desde el puente superior de la fragata Lord Efigham se divisan las costas de Irlanda por entre las transparentes nubes matizadas de oro y arrebol por los resplandores del sol naciente.

Todos los verdaderos amantes de la libertad é independencia del tan vejado como grande, he-

róico y religioso pueblo irlandés, sienten oprimírseles el corazon al acercarse á sus playas: diríase que la sombra de O'Connell revolotea por el aire desgarrado por el ruido de las cadenas de ocho millones de esclavos.

En la época que encabeza el presente capítulo, hacia quince dias que el escorbuto (ese encarnizado enemigo del marino, y que proviene del uso de la carne salada), se cebaba con insólita y aflictiva tenacidad en la tripulacion de la fragata inglesa, en términos que habia invadido ya la mitad del equipaje.

¡Qué plaga es el escorbuto para la gente de mar! ¡Cuán dignos de compasion son los marineros atacados de tan cruel y peligrosa enfermedad, que esparce sobre sus demacrados rostros una palidez y melancolía extremadas!

Desde la aparicion del escorbuto á bordo, Eduardo habia visitado con frecuencia la cámara de proa donde se veian diez ó doce marineros sepultados en sus estrechas, miserables y pestilentes camas. Los cuerpos de aquellos hombres estaban tan apergaminados, que podian confundirse con otras tantas momias. Era indudable que si la navegacion se hubiese prolongado algunos dias mas, la muerte asomara de nuevo su negra cabeza en el buque.

El jóven español, con sus cristianos consejos, se esforzaba en hacer mas llevadera su tristísima suerte á los enfermos, á quienes demostraba con apostólico celo, que en este mundo no se encuen-

tran por doquier mas que trabajos, miserias, enfermedades, sinsabores y crueles desengaños; que la verdadera felicidad no es patrimonio de ningun mortal; que Dios nos envia los males y tribulaciones para que levantemos hácia él nuestros llorosos ojos, y nos persuadamos de que mientras vivimos nos hallamos en un destierro; y que por consiguiente es necesario que aquí ganemos, á costa de mil sacrificios, la corona de nuestra felicidad eterna. Al propio tiempo Eduardo instruyó á aquellos marineros en el conocimiento, excelencias y bellezas de la religion católica, suplicándoles encarecidamente que abjuraran cuanto antes los errores del Protestantismo, para abrazar las verdades de aquella.

Aquellos hombres, para quienes el lenguaje religioso era completamente desconocido, y cuyos corazones estaban vacíos de sentimientos nobles y generosos, se enternecian, sin embargo, al oir las suaves amonestaciones y saludables consejos que les daba el jóven español, prometiendo á este algunos de ellos que se convertirian al Catholicismo tan pronto como estuvieran restablecidos de su enfermedad.

Basta ya de digresion, y volvamos á nuestro relato.

Así que el capitan (que á la sazón se paseaba solo por el puente de popa) divisó en lontananza las costas de su amada patria, humedeciéronse sus ojos, y luego bajó corriendo la escalera interior para participar tan fausta nueva á sus dos

compañeros, que aun dormían profundamente en sus respectivos camarotes.

— ¡Hola! ¡Eduardo! mister Brooke! gritó el capitán al penetrar en su cámara, y colocándose delante del tabique divisorio de los camarotes de los pasajeros, á los cuales asomaba la cabeza rápida y alternativamente.

— ¿Qué hay de nuevo, capitán? preguntó el ministro bostezando y esperezándose.

— ¡Qué estamos en Irlanda! ¡Eh, vamos, levantarse!

— ¿En Irlanda? repitieron sus dos interlocutores con acento de agradable sorpresa, y levantándose apresuradamente.

¡Qué noticia puede ser mas grata para los navegantes que han pasado seis meses en el mar, que la de haber llegado al tan anhelado término de su larga y peligrosa carrera! ¡Qué pluma ni qué pincel son capaces de bosquejar la alegría que experimenta en aquel acto en que parece que todas las fibras del corazón vibran con la mas deliciosa armonía, para indemnizaros en un instante de todas las penalidades, peligros y contratiempos que durante la navegacion han oprimido vuestro pecho, arrugado vuestra frente y plateado vuestra cabeza!

Cinco minutos despues del llamamiento del capitán, este y sus dos compañeros se paseaban de uno á otro extremo del puente de popa dando gracias á Dios, desde el fondo de sus corazones, por haber colmado sus deseos dejándoles llegar

sanos y salvos á Inglaterra, y felicitándose de haber alcanzado tan singular beneficio de la divina Providencia.

— ¡Dios mio! pronto volveré á abrazar á mis amados padres! decia Eduardo en sus transportes de júbilo á sus compañeros.

Por la animacion de los semblantes y extraordinario brillo de los ojos de estos, se conocia con harta claridad que ambos personajes se mecian en la misma idea; esto es, en que muy en breve se hallarian en medio de sus respectivas familias.

— Ministro, dijo Eduardo en aquella ocasion volviéndose hácia sus dos compañeros, hoy vamos á llegar al término de nuestro viaje de medio año; hoy abandonaremos por fin esta vivienda acuática, para regresar á nuestra respectiva patria: mas no olvidéis que en la hora menos pensada nos veremos obligados á alejarnos para siempre de nuestra morada terrestre, para entrar en el puerto de la eternidad. Meditad concienzuda y desapasionadamente sobre las graves é interesantísimas materias que hemos tratado en nuestro largo itinerario marítimo; y aunque yo no deba hacer alarde de mi escaso mérito personal; con todo, impelido ahora por mis sentimientos religiosos, me atrevo á deciros que yo he sido quizás el vil instrumento de que Dios se ha servido para haceros abrir los ojos á la luz pura del Catolicismo; he sido yo de quien el cielo se ha valido para arrojaros una tabla de salvacion en

medio del naufragio de vuestros errores; yo quien me consideraré el mas feliz de los mortales si consigo apartaros del insondable y tenebroso abismo que se abre á vuestros piés.

— Escuchad las palabras de Eduardo, ministro, dijo el capitan mirando á este que parecia estar muy pensativo. Yo tambien tomo mi parte de interés en vuestra conversion. Abandonad ya vuestra secta que ño es mas que una farsa; puesto que no es otra cosa que el resultado de las cavilaciones de los hombres apartados de la senda de la verdad.

Mister Brooke acosado tan de cerca por los sanos consejos de sus dos amigos, dijo tras un minuto de vacilacion:

— He prometido á Eduardo que en llegando á Escocia me ocuparé sériamente en leer las mejores obras que se han escrito en defensa de vuestra Religion; y os doy mi palabra de honor que si su imparcial lectura inclina mi ánimo á abjurar mis actuales creencias, lo haré sin titubear.

— En nombre de Dios hacedlo, repuso Eduardo dando un cordial apretón de mano al ministro; no tendréis por qué arrepentiros de ello. Quizás perdais algunas amistades é intereses materiales y caducos en la abjuracion de vuestros errores, ... mas no importa, el hombre en este mundo expia en una lóbrega cárcel las funestas trascendencias del primer delito hereditario de todas las generaciones. Es verdad que veréis que muchas gentes emplean mil amaños y artificios

para paliar y hasta aniquilar los efectos de la culpa originaria, ostentando cierto oropel que halaga los sentidos y cautiva el corazón... Empero no os dejéis seducir por los deslumbrantes atavíos de la diosa de la mentira, sondead con mirada serena vuestro interior, pensad en vuestra vida pasada, y cotejadla con vuestro presente, y veréis lo que se puede razonablemente esperar de las vanas pompas de la tierra:... entonces podréis contemplar impávido las negras nubes que se vislumbran y ciernen, amenazadoras y terribles, sobre el horizonte de vuestro porvenir; entonces podréis deducir de tales premisas la lógica y rigurosa consecuencia de que en vuestra corta peregrinación por este destierro encontraréis, es cierto, á rarísimos intervalos alguna rosa en vuestro camino; pero ¡cuántos afanes, cuántos pesares, sufrimientos y congojas agobiarán vuestro pecho antes que os sea dado coger en vuestras manos aquella flor, extasiaros en la contemplación de sus purpurinos pétalos, y deleitar vuestro olfato aspirando sus embriagadores perfumes!... Mas ¡ay! que mientras que teneis aquel ídolo en vuestras manos, su belleza se marchita como por ensalmo, y en un momento os causa hastío!... Entonces la arrojais con asco y desden lejos, muy lejos de vos; porque aquel foco de vuestras afecciones y caprichos ha perdido ya todos sus encantos; porque aquel manantial cristalino en que veíais reflejado el sueño dorado de vuestra felicidad se ha enturbiado y corrompido y ya

es incapaz de apagar la sed estética en que arde vuestra alma.

El ministro parecía bastante conmovido con las palabras de Eduardo, quien llegó á sorprender una lágrima en los párpados del discípulo de Lutero.

— Ya estamos en Cork, señores, dijo entonces el capitán designando á sus dos amigos aquella ciudad de Irlanda, que se divisaba á una milla de distancia de la fragata inglesa.

Poco tardó esta, á beneficio de una fresca brisa, en ganar el puerto de Cork, en cuya embocadura salió al encuentro de nuestros navegantes un bote tripulado por tres personas, una de las cuales indicó á mister Mac-Kievet que el cargamento de guano que llevaba su buque debía desembarcarse en el puerto de Bristol, añadiendo que allí se hallaban ya la esposa y la hija del capitán.

En consecuencia la fragata viró en redondo enderezando su proa hácia el canal de Bristol, y aquella misma tarde fondeaba el Lord Efigham delante de un pueblo distante unas dos leguas de la ciudad de Bristol; pero siendo á la sazón la marea baja, no pudo llegar al antedicho puerto hasta al cabo de dos días.

Á poco de haber echado el ancla, el capitán dispuso que los marineros enfermos fueran trasladados en seguida al hospital de Bristol. Al efecto se mandó á tierra á buscar algunas poltronas para que la traslación pudiese hacerse con mas como-

didad y menos peligro; pues, como llevamos dicho, el estado de aquellos infelices era sumamente crítico é inspiraba la mas viva compasion. Los enfermos fueron sacados uno á uno de su cámara; pero á juzgar por sus pálidos rostros y por el espantoso enflaquecimiento de sus cuerpos, nadie hubiera creído que aquellos hombres tuvieran nada de comun con los seres vivientes: parecia mas bien que se estaba practicando una exhumacion de cadáveres.

Eduardo presenció con penosísima sensacion el trasbordo de los marineros, cuya lastimosa escena le trajo á la memoria la que se ofreció á su vista en la víspera de su marcha del puerto del Callao, cuando aquellos mismos hombres, á la sazón borrachos, eran izados á bordo como los cerdos.

El jóven español estrechaba con efusion la mano de los enfermos á quienes alentaba dándoles esperanzas de pronta curacion. Mas harto conocia nuestro héroe que para la mayor parte de ellos no habia remedio humano que pudiera evitarles una muerte muy cercana!

—Good bye, mister Eduardo. «Adios, mister «Eduardo,» balbuceaban aquellos desgraciados al tiempo de bajarles en la silla de brazos por la escalera exterior del buque para ser embarcados en la lancha que debia conducirles á tierra.

Los enfermos fueron trasladados á tierra en una misma lancha y en dos expediciones; y apenas se alejaron los primeros de la fragata ingle-

sa, cuando desde el puente de esta pudo observarse á lo largo de la playa una compacta multitud de curiosos atraída allí por el desembarque de los marineros atacados de escorbuto. Mas á pesar de la triste pintura que de estos hicieran los marineros que fueron al pueblo á buscar las poltronas; con todo, nadie esperaba que la realidad añadiria negrura al lastimoso cuadro que iba á ofrecerse á sus ojos.

Así sucedió, que al tocar la primera expedición en la orilla fue acogida con una nutrida salva de ayes, lamentos, sollozos, suspiros y hasta imprecaciones.

— ¿Les habeis desenterrado? preguntaron varias voces con estupor á los marineros que conducian á los enfermos.

— Pues como estos todavía quedan á bordo media docena, respondió uno de los interpelados designando á los enfermos y volviendo el rostro hácia la muchedumbre.

— ¡Dios mio! exclamó esta como un solo hombre.

Eduardo, el capitán y el ministro observaban lo que pasaba en la playa desde el puente de popa, con el auxilio del antejo, de cuyo instrumento se servian los tres personajes por turno.

— ¡No veis, ministro, qué irrisión es la felicidad humana! exclamó nuestro héroe señalando con el dedo á los pobres enfermos á medida que les iban sacando de la lancha sentados en la silla de brazos y depositándoles sobre la playa.

— Es verdad, Eduardo; la felicidad humana es una insigne decepcion: es un velo hipócrita que el infortunio y la muerte se encargan de desgarrar á cada paso, respondió mister Brooke con acento de conviccion profunda.

XVII.

Apenas el ministro hubo terminado su frase, cuando llamó la atencion de nuestro triunvirato un bote que se dirigia á la fragata hendiendo las ondas con asombrosa ligereza.

Dentro de aquella frágil embarcacion se veian dos señoras sentadas cerca del timon, y agitando sus blancos pañuelos en ademan de júbilo: era la familia del capitan, quien al reconocerla se volvió á sus dos compañeros designándoles con el dedo índice el bote que se aproximaba, y diciendo con tono de incomparable ternura:

— Son mi esposa y mi hija.

Y al decir esto mister Mac-Kievet se separó de sus dos compañeros, y bajando por la escalera de estribor fué al encuentro de aquellas dos señoras, que no tardaron en pisar el puente de la fragata.

Mistress Mac-Kievet era una mujer de treinta y cinco años, de estatura alta y bien proporcionada. Su rubicundo y agraciado rostro anunciaba una salud inmejorable. En la dulce expresion de sus ojos azules y rasgados se leia un fondo inagotable de bondad y modestia. Su rubia cabellera caia en sedosos y abrigantados bucles so-

bre sus sienes, sombreando la mitad de su ebúrnea frente.

El cuerpo de la esposa del capitán iba ataviado con un vestido de lana de color oscuro, y un gran schal de la India: un sencillo sombrero de paja completaba el traje de aquella señora.

Miss Mary era una jóven de diez y seis años, alta y bien formada. Exceptuando la lozanía de la juventud, podía decirse que la cara de la hija era el retrato fiel de la de su madre; pero el cuerpo de la primera era mucho más esbelto, y su flexible talle sugería la idea de una palmera oriental meciéndose en las caricias de la perfumada brisa de la Arabia.

El traje de nuestra jóven heroína competía con el de su madre por su sencillez y semejanza.

Cuando mistress Mac-Kievet y su hija estuvieron á bordo, se alarmaron sobremanera al notar el descompuesto semblante del capitán, y la ancha cicatriz que este ostentaba en la mejilla izquierda.

— ¿Qué ha sucedido á bordo, Dios mío? preguntaron ambas con viva ansiedad y clavando los ojos en el capitán, como si buscaran la solución del enigma en un minucioso exámen fisonómico.

Al apercibirse de la natural inquietud de sus dos interlocutoras, mister Mac-Kievet se apresuró á contestar con una tranquilizadora sonrisa:

— Luego lo sabréis.

Y diciendo esto abrazó cordialmente á las dos

señoras, que lloraban de ternura, y luego las introdujo en el departamento de popa.

Eduardo habia abarcado, desde el puente de popa, de una ojeada el simpático conjunto de las facciones de miss Mary, y se habia sentido herido como una corza traspasada por la envenenada flecha del árabe del desierto.

Empero no eran las gracias exteriores de nuestra heroína lo que habia robado principalmente el corazon del jóven español: no. Lo que habia seducido á Eduardo era el aire de modestia y humildad que observó en la mujer, á quien desde aquel instante consideró como la esposa que el cielo le destinaba.

Mister Brooke, al apercibirse de la impresion que la vista de miss Mary produjera en el ánimo de su compañero, quiso sondear el corazon de este para cerciorarse de la exactitud de su pensamiento con las siguientes palabras:

— ¡Sabeis que la hija del capitan es una jóven encantadora! Creo que en esta materia andarémos acordes, Eduardo! añadió el ministro en tono de chanza y mirando de hito en hito á su interlocutor.

— Debo confesaros ingénuamente que las gracias de miss Mary me han cautivado; no tanto por lo que halaga á los sentidos, sino porque á través de aquel velo brillante y seductor creo haber descubierto un fondo de mansedumbre é inteligencia, que para mí son las prendas mas recomendables que pueden adornar á una mujer.

—Convengo con vos, Eduardo, que las prendas morales é intelectuales son excelentes; pero las físicas no son tampoco nada despreciables, ¿no es cierto? añadió el ministro sonriéndose.

—Cuando contemplamos la belleza corporal con los ojos de nuestras pasiones, ciertamente que le damos un valor muy exagerado y altamente peligroso; entonces erigimos á un falso é indigno ídolo un altar de sacrificio, inmolando en él la víctima de nuestro corazón, que debiéramos reservar para otro objeto mas elevado, mas sublime, mas santo é imperecedero.

El hijo de Escocia parecia escuchar las palabras de Eduardo con aire distraido, y este prosiguió diciendo:

—Una de las causas primordiales de esa desazon é infelicidad que corroe las entrañas de la sociedad contemporánea, es sin duda el immoderado deseo de goces materiales. Los sentidos, que deben ser simplemente los esclavos del alma, se han extralimitado de su esfera, y ejercen hoy mas que nunca un imperio absoluto y tiránico sobre la parte inmaterial del hombre. De modo, que se ha introducido un trastorno radical, un caos anárquico y espantoso en el mundo moral. Y todo ¿por qué? continuó el jóven clavando sus ojos en los de su compañero.

—Porque se necesita un freno, una barrera que contenga los embates del impetuoso torrente de las pasiones, ¿es eso, Eduardo?

—Precisamente, repuso este; pero ese pode-

roso freno y formidable barrera (persuadios de ello, ministro) no se encuentran mas que en el Catolicismo.

El discípulo de Lutero se quedó mirando á su interlocutor con un aire que parecia decir:

— Es muy posible que la razon esté de vuestra parte.

Al llegar aquí nuestros dos personajes fueron interrumpidos en su diálogo por la voz del capitán, quien les llamó desde el pié de la escalera interior, y por cuyos escalones se deslizaron pausadamente el ministro y Eduardo. Este último, presa de contrastadas ideas y sentimientos que se retrataban en su juvenil y afable rostro.

Al penetrar en la cámara Eduardo, precedido del ministro, mistress Mac-Kievet y su hija estaban sentadas en el sofá, y parecian vivamente conmovidas por el relato que el capitán acababa de hacerles de todos los sucesos que ofreció la navegacion. Lo que especialmente afectó á aquellas señoras fue la sentencia de muerte ejecutada en la persona del cocinero.

— Tengo el honor de presentaros á esos dos caballeros, dijo el capitán volviéndose á su familia así que vió entrar á aquellos en su cámara.

Eduardo y mister Brooke hicieron un cortés saludo á las dos señoras.

— Son los únicos pasajeros que he traído de América, continuó el capitán señalando con el dedo al ministro y al jóven español que estaban de pié, y guardando una actitud muy respetuo-

sa. Son dos personas recomendables bajo todos conceptos; y desde ahora declaro en su misma presencia y sin rebozo, que son los mejores y mas ilustrados amigos que he conquistado en mi larga carrera de marino, y que me tendria por el mas dichoso de los mortales si pudiera vivir en su compañía los años que el cielo me reserva de vida.

— Gracias, capitan, gracias, se apresuraron á responder Eduardo y el hijo de Escocia con acento conmovido, y apretando alternativamente y con efusion la mano de mister Mac-Kievet.

— Tambien podemos lisonjearnos nosotros de haber encontrado al capitan mas amable, valiente y entendido de cuantos surcan los mares con sus buques, dijo el ministro mirando á las señoras, ¿no es verdad, Eduardo? prosiguió volviéndose hácia su compañero.

Eduardo iba á hacer un brillante elogio del capitan; pero este, que adivinó la intencion del jóven español, se apresuró á manifestar su gratitud al ministro, y volviéndose hácia su esposa, dijo:

— Es preciso que sepas, Victory (este era el nombre de pila de mistress Mac-Kievet), que cuando este jóven llegó á bordo, prosiguió designando á Eduardo, apenas entendia nuestro idioma; pues aunque lo habia aprendido en el colegio, no estaba acostumbrado á hablar con ingleses; pero ahora lo habla ya tan correctamente como nosotros, y á no ser por su, cási imperceptible,

acento extranjero, cualquiera apostaría que es un inglés de pura raza, ¿no es cierto, mister Broöke?

— ¡Y tan cierto como es! No he visto en mi vida una disposición y facilidad tan asombrosas para aprender nuestra lengua como las que ha demostrado Eduardo durante el viaje.

— He hecho cuanto ha dependido de mí para aprovechar los seis meses de navegacion dedicándome al estudio y ejercicio de vuestro difícil idioma, replicó Eduardo con afabilidad y lanzando una mirada á la familia del capitan. Pero debo confesar, continuó el jóven con una ligera sonrisa, que mi tarea hubiera sido mucho mas ardua á no haber sido admirablemente secundado en ella por vuestro esposo y mister Brooke.

— Dejad la modestia á un lado, Eduardo, repuso el ministro con viveza. Nuestra cooperacion en vuestros portentosos adelantos lingüísticos ha sido demasiado insignificante para que hagais mencion de ella delante de estas señoras: creo que el capitan será tambien de mi parecer.

Mister Mac-Kievet hizo un viyo ademán afirmativo.

Antes que aparecieran en la cámara nuestros dos personajes, el capitan habia enterado á su familia de las largas, frecuentes é interesantes polémicas políticas, sociales y religiosas que Eduardo habia sostenido, con notoria superioridad, contra el ministro.

Mistress Mac-Kievet y su hija eran dos verda-

deras católicas. Durante la larga ausencia del capitán no cesaron de rogar fervorosamente á la Virgen para que extendiera sobre este su manto amoroso y protector, permitiéndole volver sano y salvo al hogar doméstico.

Miss Mary vivía en el mundo; pero para el caso era lo mismo que si estuviera muy léjos de él; porque su religiosa madre ponía todo su ahinco en preservarla del contagio del siglo. Las conversaciones entre ambas señoras versaban á menudo sobre materias religiosas. Las únicas novelas en cuya lectura se recreaba el tierno corazón de miss Mary eran las vidas de los Santos, y la única música que hería sus castos oídos eran los torrentes de mística armonía escapados del órgano de la iglesia: los bailes, los teatros, los galanteos y todo ese séquito de mundanales pasatiempos y locuras que constituyen el *desideratum* de la sociedad moderna, eran enteramente desconocidos á nuestra heroína.

Colíjase, pues, cuán aventajado juicio formarían madre é hija del jóven español antes de conocer á este personalmente; pues en el momento que aquellas señoras penetraron en la fragata, sus ánimos estaban demasiado afligidos y alarmados por el aspecto del capitán, para reparar en los dos pasajeros que se paseaban sobre el puente de popa. Empero la presencia de Eduardo, léjos de desvanecer el favorable concepto que formarían de su persona, la esposa y la hija del capitán por el relato de este, robusteció mas y mas la simpa-

lía y aprecio de aquellas hacía el jóven español.

La primera idea que germinó en la mente de mistress Victory al ver á nuestro héroe (idea que mucho antes concibiera su marido), fue la siguiente:

— Hé aquí el jóven que elegiria para esposo de mi idolatrada hija.

Por su parte esta y Eduardo cruzaron una tímida mirada de benevolencia desde el principio de la entrevista que con harta claridad expresaba la mútua simpatía que sintieron los corazones de ambos jóvenes, cuya circunstancia no se ocultó á la perspicacia del ministro, quien previó desde luego el desenlace de aquel incidente.

Hasta aquí mistress Mac-Kievet y su hija no habian despegado los labios, por lo cual Eduardo estaba anhelando oír el timbre de voz de la última.

— ¡Qué viaje tan largo habeis tenido! dijo por fin la esposa del capitan con cariñoso acento y mirando á Eduardo y mister Brooke. Hace mas de un mes que estábamos aguardando con viva inquietud la llegada de la fragata.

— ¡Oh! la Vírgen ha acogido con benevolencia nuestras fervorosas é incesantes súplicas concediéndonos la gracia de volver á abrazar á papá despues de dos años de ausencia! exclamó la hija del capitan con dulce y tímido acento. ¡Cuán largo me ha parecido este tiempo!

Las palabras de nuestra heroína respiraban un candor tan irresistible, que Eduardo tuvo que ha-

cer un violentísimo esfuerzo para ahogar un sollozo en la tumba de su corazón.

— Puedo aseguraros, señoras, dijo el ministro clavando sus ojos en sus interlocutoras, que me hubiera muerto mil veces de tédio durante nuestra larga navegacion, sin la amable compañía de vuestro excelente esposo y la de este ilustrado jóven.

Y al terminar su frase el hijo de Escocia dió una palmadita sobre el hombro de Eduardo.

— Si hubieras oido, Victory, las discusiones que se han tenido en esta cámara en los últimos meses de nuestra navegacion, ciertamente te pareciera estar escuchando los debates del Parlamento británico, dijo el capitan sonriéndose.

Esta ocurrencia excitó la hilaridad de todos los circunstantes.

— Tengo entendido que Eduardo ha intentado atraeros hácia nuestra Religion, dijo mistress Victory fijando la vista en el ministro. ¿Os habeis convencido, por último, de que la nuestra es la única verdadera?

— No enteramente, señora, respondió el interpelado con una sonrisa. Eduardo, á pesar de ser un buen espadachin dialéctico, no ha logrado todavía vencerme por completo; pero es posible que mas tarde sienta los efectos de los nobles y brillantes esfuerzos que ha hecho mi compañero para que desertara de las filas del Protestantismo.

— Sí, sí, dejad ya vuestros errores, repuso en seguida la esposa del capitan: veréis, ministro,

¡ qué consuelo, qué paz y alegría experimentaréis abrazando nuestras creencias! Puesto que Dios os ha hecho encontrar un jóven que con tanto celo ha trabajado para vuestra conversion, no desecheis los saludables consejos de Eduardo... Quizás algun dia os pesaria amargamente de haberlos desoido.

— ¡ Sí, mister Brooke es ya de los nuestros! exclamó el capitan mirando á su esposa y alargando la mano al ministro, quien la estrechó entre las suyas. Confio que dentro de poco tiempo nos participaréis vuestra conversion, añadió volviéndose hácia su compañero.

De hecho el ministro se hallaba ya fuera de su errónea secta; puesto que los invencibles razonamientos de Eduardo habian destruido los mas hondos cimientos de sus falsas creencias. Así era que el hijo de Escocia atravesaba el período crítico de aquellos que acaban de desilusionarse de sus añejas preocupaciones y desvaríos; y ora se ladean hácia la oscuridad, ora hácia la luz.

Por lo que acabamos de exponer no se extrañará que el ministro se viera medio confuso para contestar á las palabras del capitan.

— Si se realizan vuestros deseos y esperanzas, capitan, dijo el ministro tras un minuto de deliberacion, os doy mi palabra de honor de que os lo comunicaré en seguida á vos y á Eduardo donde quiera que los tres nos encontremos.

— ¡ Qué dicha será la mia, exclamó este último con entusiasmo, al saber que habréis derri-

bado los altares y destrozado los ídolos que ocupan actualmente vuestro corazón! ¡Quiera el cielo acoger propicio los votos que le dirige una indigna criatura para que en vuestro entendimiento brille el sol de la verdad y en el santuario de vuestra conciencia resida Jesucristo. Pero no aquel Jesucristo que invocáis en vuestros demantelados templos; sino el Jesucristo que adora el mundo católico, el cual se alimenta y vigoriza con su sacratísimo cuerpo y sangre, y cuyo Vicario en la tierra es el Soberano Pontífice que ocupa el solio de sus trescientos ilustres y santos predecesores, desde donde ejerce su imperio espiritual sobre las conciencias de doscientos millones de almas diseminadas por toda la haz del globo, ya fulminando sus rayos contra el despotismo, la impiedad y la herejía, ya extendiendo su vasto manto paternal sobre el débil, el penitente y el desgraciado.

Las palabras de Eduardo eran escuchadas por su pequeño auditorio con marcadas muestras de admiración.

Miss Mary y su madre cambiaron una rápida mirada de inteligencia como si hubiesen querido decirse entre sí:

— Este jóven es un santo.

Al anochecer del mismo día, la familia del capitán regresó á Bristol para esperar allí la llegada del buque. Pero antes de salir de este, las dos señoras se despidieron con la mayor finura de Eduardo y mister Brooke, á quienes hicieron pro-

meter formalmente el capitán y su esposa, que irían á pasar siquiera dos ó tres días en Belfast, en cuya ciudad de Irlanda vivía la familia Mac-Kievet, la cual se proponía partir para aquel punto, tan pronto como la fragata Lord Efighingam estuviese fondeada en el puerto de Bristol.

Tanto Eduardo como el ministro se excusaron cortesmente de no poder aceptar la invitación de los esposos Mac-Kievet, pretextando que debían regresar sin demora al seno de sus respectivas familias, á las cuales estaban muy ansiosos de abrazar. Empero el capitán y su esposa no juzgaron insuperables los obstáculos que les oponían los dos compañeros para dejar desairada su petición, é insistieron en ella con tanto empeño, que estos creyeron deber aceptarla. En consecuencia el joven español y mister Brooke se decidieron á pasar á Irlanda con la familia Mac-Kievet.

El capitán estaba demasiado agradecido á los infinitos cuidados y atenciones que los dos pasajeros le habían dispensado, para no darles un testimonio palpable de su reconocimiento para con ellos.

XVIII.

Cuatro días después de lo que referimos en el capítulo antecedente, la familia Mac-Kievet, Eduardo y mister Brooke tomaron pasaje en un vapor que les condujo á Irlanda.

Durante la corta travesía marítima se estrecharon mas íntimamente los vínculos de amistad que unian á los dos pasajeros del Lord Efingham con el capitan y la esposa é hija de este. Allí fue cuando Eduardo pudo acabar de convencerse de que miss Mary poseia en alto grado todas las cualidades morales que recomiendan á una doncella, únicas que sobreviven á la mano destructora del tiempo, únicas capaces de consolidar la paz y la dicha en el hogar doméstico.

Desde luego nuestro héroe concibió el proyecto de pedir la mano de la jóven irlandesa, en quien vió á la compañera que la divina Providencia le deparaba para identificar con ella sus destinos.

Sin embargo nuestro jóven no se atrevia á declarar abiertamente su propósito á los esposos Mac-Kievet sin el prévio consentimiento de sus ancianos padres, cuya voluntad no queria contrariar á ningun precio. Empero mister Brooke fue quien tomó á su cargo el definitivo arreglo del asunto que nos ocupa á la entera satisfaccion de las partes contratantes, conforme veremos en lo sucesivo.

La modesta vivienda del capitan respiraba aseo y religiosidad, y no carecia de lo que constituye el comfortable de la vida.

De ordinario la familia del capitan se entregaba á sus quehaceres domésticos en un pequeño salon rectangular, en cuyas paredes se veian algunas imágenes religiosas; en el centro se levantaba una mesita redonda con un tapete ver-

de. En cada extremo de aquella estancia habia dos puertas fronterizas que conducian á otros tantos aposentos sencillos y cómodamente amueblados. Media docena de sillas, un sofá forrado de terciopelo de Utrecht y un piano componian el mueblaje del antedicho salon. En todas partes descubria el ojo del creyente los objetos mas venerados ó adorados de nuestra Religion.

En la parte posterior de la habitacion del capitán habia un bonito y pequeño jardin cultivado con asiduidad y esmero por nuestra jóven heroína, cuyo jardin ostentaba á la sazón todas sus mas ricas y variadas galas, embalsamando el ambiente con los efluvios odoríferos que se desprendian de las matizadas corolas de las flores.

Eduardo hubiera sido completamente feliz en aquella mansion si su pensamiento no se preocupara á menudo con la angustia de sus amados y ancianos padres por saber lo que habia sido de su hijo tras una tan larga ausencia.

El capitán y su familia se desvelaban por complacer á sus dos huéspedes, quienes correspondian á las finezas de sus anfitriones con palabras y ademanes atentos.

Á bordo del vapor que les llevara á Irlanda, Eduardo y miss Mary habian tenido ocasion de hablarse y comunicarse su recíproca inclinacion; en términos que nuestros dos jóvenes estaban deseando ya que el sagrado é indisoluble vínculo del matrimonio uniera para siempre sus corazones.

Los esposos Mac-Kievet se regocijaban interiormente de la simpatía que descubrían entre su hija y el joven español; y mister Brooke el mismo día de su llegada á Belfast aventuró las siguientes palabras casi al oído de mistress Mac-Kievet, en tanto que el capitán se paseaba por el jardín en compañía de su hija y del joven español:

— Eduardo será vuestro yerno.

— ¡ Eduardo ! exclamó su interlocutora esforzándose en vano para disimular á los ojos del ministro la indecible satisfacción que le causaba aquella noticia. ¿ Sabeis algo de positivo ? añadió fijando la vista en el mensajero.

— No , pero es preciso ser muy ciego para dejar de ver que vuestra linda hija y Eduardo son dos tiernos y nobles corazones que tienen idénticas aspiraciones ; y por lo tanto creo que el himeneo hará la felicidad de ambos y la vuestra.

Estas palabras vibraron en los oídos de mistress Mac-Kievet como la música mas armoniosa ; pues aunque ella y su marido habian hablado á solas del mútuo afecto que les parecia que se profesaban su hija y el joven español ; con todo la buena mujer se alegraba de que mister Brooke hubiese hecho la misma observacion y aprobase el enlace de nuestros dos héroes.

— Si Eduardo pide la mano de mi hija , tanto Patrick como yo estamos dispuestos á otorgársela ; pero con una condicion , dijo mistress Victory en contestacion á las palabras del hijo de Escocia.

— ¿Cuál? preguntó este con interés.

— Que no queremos absolutamente que se vaya á vivir en España. ¡ Dios mio! ¡ cuán desgraciada seria yo si mi hija debia separarse de mi lado! continuó enterneciéndose. ¿ Os parece, ministro, si Eduardo se conformará con nuestra condicion?

— No puedo asegurároslo de fijo, señora; pues como Eduardo tiene su familia en España, ignoro hasta qué punto se conformaria con vuestro precepto.

— Pues bien, si la ocasion se presenta, os agradeceré que participeis vos mismo á Eduardo cuál es mi decision sobre este particular.

— Contad conmigo, señora.

Aquella misma noche Eduardo entró en el cuarto en que estaba alojado el ministro, y enteró á este de su proyecto matrimonial con la hija del capitan.

— No me decís nada de nuevo, Eduardo, dijo el ministro con tono zumbon.

— ¡ Cómo! ¿ sabéis ya que yo solicitaba la mano de miss Mary? replicó el jóven con admiracion.

— No, pero era muy fácil adivinarlo, contestó su interlocutor sonriendo.

— Pues bien, sí, conozco que la voluntad de Dios es que una mi existencia á la de esa jóven. Sin embargo no quisiera dar un paso semejante sin el prévio beneplácito de mis amados padres.

— ¿ Y estais seguro de que miss Mary os ama?

— Sí.

— Pues en este caso (salva la aprobacion de vuestros padres), solo falta celebrar el casamiento, respondió el ministro comprimiendo una sonrisa.

— ¿Es decir que puedo contar con la aquiescencia del capitan y de su esposa? preguntó el jóven español con alborozo.

Mister Brooke hizo un gesto afirmativo, y en seguida le enteró de la condicion que le imponia mistress Mac-Kievet.

Eduardo lloró amargamente, pensando que tendria que separarse para siempre de sus amados padres precisamente cuando mas necesitarian estos de sus filiales desvelos. No obstante en sus adentros nuestro jóven se sentia irresistiblemente compelido á llevar adelante su empresa. Así fue que, despues de haber dado una breve expansion al dolor, dijo al ministro con ternura:

— ¿Quereis hacerme el obsequio de decir vos mismo á mistress Mac-Kievet que acepto su condicion, si mis padres no se oponen á ello?

— Lo haré con el mayor gusto, Eduardo, repuso su interlocutor con amabilidad.

Al dia siguiente el ministro comunicó la resolucion del jóven español á los esposos Mac-Kievet, quienes dieron espontáneamente su consentimiento. Entonces mistress Victory llamó aparte á su hija para cerciorarse de si su corazon pertenecia en realidad á nuestro héroe.

— Querida Mary, dijo la madre de esta con

acento cariñoso, tengo que comunicarte una noticia.

— ¿Cuál? interrogó con timidez la jóven irlandesa, y ruborizándose al presumir lo que su madre iba á decirle.

— Eduardo ha pedido tu mano; es un jóven muy virtuoso é instruido, tu padre tiene que agradecerle algunos cuidados y favores como tú sabes, y creo que puede labrar tu felicidad. Pero no por eso, hija mia, quiero violentar tu corazón; porque si tú no amases de veras á ese jóven, Dios me libre de obligarte ni siquiera aconsejarte á que fueras su esposa.

— ¡Oh! mamá de mi alma! respondió miss Mary tras un breve silencio, cayendo de rodillas y anegada en llanto á los piés de mistress Victory. Eduardo tiene prendas demasiado estimables para que le rehuse mi mano; y así os declaro desde ahora que creo que Eduardo es el marido que el cielo me envia, pues tengo un presentimiento de que seré dichosa uniendo mi suerte con la suya.

— Hija mia, aunque Eduardo sea un jóven recomendable bajo muchos conceptos; con todo antes debes pedir con fervor á la Vírgen que te indique lo mas conveniente para tu felicidad presente y eterna. Eres demasiado jóven todavía, prosiguió la esposa del capitan, para conocer lo que es el mundo, pero á medida que vayas adquiriendo experiencia, verás que todas las vanidades de la tierra no pueden compararse con la

paz interior que experimenta el alma pura que no apetece otros goces que los que le proporciona nuestra Religion.

Miss Mary escuchaba , sollozando y con su cabeza reclinada sobre las rodillas de su madre, las palabras de cristiana ternura que salian de la boca de esta.

— Sobre todo no te envanezcas de tu propia belleza , hija mia , añadió mistress Victory ; porque este don del cielo dura muy poco y se marchita como las flores de nuestro jardin. Ayer las gracias adornaban todavía mi rostro ; hoy ya empieza á ajarse mi hermosura ; mañana ¡ ay ! no quedará sombra de mi belleza de algun dia !... Solo una cosa permanece y se perpetúa íntegra hasta mas allá de la tumba ; esto es , la virtud.

Aquella misma noche nuestros cinco personajes se hallaban reunidos en el saloncito de que ya tiene noticia el lector.

Los esposos Mac-Kievet y el ministro sentados en el sofá , hablaban del proyectado enlace de Eduardo con miss Mary , en tanto que esta tocaba el piano teniendo á su lado al jóven español.

De repente , nuestra heroína tocó con admirable maestría el patético final de la Norma. Entonces Eduardo no pudo contener una lágrima con sus párpados ; porque se agolpó en su mente el magnífico al par que triste espectáculo que se desplegara ante su vista cuando el velo fúnebre de la noche le ocultó para siempre las hermosas costas del Perú.

— ¿Qué teneis, Eduardo? preguntó miss Mary con viva ansiedad al sorprender la emocion pintada en el semblante de su interlocutor.

— ¡Nada! el trozo de ópera que estais ejecutando ha evocado en mi mente un triste recuerdo, repuso el jóven haciendo un melancólico ademán de cabeza.

Entonces refirió á su futura esposa el panorama que describimos al final del primer capítulo de esta historia.

Dos dias despues de este incidente, Eduardo y el ministro se despidieron de la familia Mac-Kievet para dirigirse cada uno á su respectiva patria; pues el primero quiso cumplir con su deber filial antes de contraer matrimonio con la jóven irlandesa, como hemos indicado ya.

Es imponderable el sentimiento que causó la marcha de nuestros dos personajes al capitan y á su familia; á pesar de que Eduardo prometió formalmente que regresaria luego para realizar su casamiento con miss Mary, en la hipótesis de que sus padres no suscitaran ningun obstáculo, ó que en caso negativo, se lo escribiria al momento.

El ministro y Eduardo viajaron juntos hasta Bristol, en cuyo punto se separaron como dos verdaderos amigos, el primero tomando el camino de Escocia, y el otro en direccion á Londres.

Pero antes de darse el último abrazo, el jóven español recordó á su compañero, con toda la

elocuencia que le sugirió su cristiano corazón, todas las interesantes controversias religiosas que trataron ambos á bordo del buque inglés y todas las escenas de que este fue teatro.

— Ministro, dijo nuestro héroe en el acto de separarse de su compañero de viaje, el cielo espera vuestra conversión: ya que juntos hemos atravesado los mares, es preciso que juntos también nos hallemos algún día en nuestra verdadera y eterna patria... Para llegar á ella, no hay otro camino más recto y expedito que el que nos traza el Catolicismo. Os encargo de nuevo muy encarecidamente que leáis y mediteis las obras que han escrito esas grandes lumbreras de la humanidad, esos insignes y virtuosos campeones que han pulverizado con sus rigurosos é indestructibles argumentos las sutiles paradojas de esa falange de heresiarcas de todos los siglos que han asestado sus acerados dardos contra la Iglesia católica.

— Cumpliré mi palabra, Eduardo, repuso el ministro un tanto afectado. En llegando á mi patria leeré y meditaré las obras de los más esclarecidos autores católicos en defensa de vuestra Religión; y si me convencen, os prometo, os juro por lo más sagrado que arrollaré cuantos obstáculos se opongan á mi resolución para abrazar la nueva doctrina que me proponéis con tanto entusiasmo.

Dichas estas palabras, el ministro y Eduardo permanecieron un minuto abrazados derraman-

do ambos abundantes lágrimas, y por fin se despidieron con un adios tan tierno y tan significativo, que solo puede compararse con el adios de la madre cuando su hijo va á partir muy léjos y para siempre de su lado.

La familia Mac-Kievet y Eduardo obtuvieron del hijo de Escocia la promesa solemne de que este no faltaria al casamiento de nuestros héroes. El súbito recuerdo de esta promesa hizo que Eduardo se volviera para decir á su compañero que se hallaba ya á algunos pasos de distancia:

— Confio que asistiréis á mi boda.

— Sí, sí, contad con mi asistencia, repuso el hijo de Escocia volviendo el rostro hácia el jóven español con una sonrisa y prosiguiendo su camino.

Entonces Eduardo tomó el ferrocarril de Londres, y en pocas horas entró en la capital del Reino Unido, en la moderna Babilonia inglesa.

XIX.

Al declinar de una serena y caiurosa tarde de verano, un gallardo y apuesto jinete hacia galopar su caballo, cuyos cascos levantaban una densa nube de polvo, por un camino angosto trazado en medio de las llanuras de una provincia de Aragon, dirigiéndose hácia un pueblo de blanco y desparramado caserío, situado en el fondo de un fresco y arbolado valle que se divisaba á poca distancia, semejante á una bandada

de palomas posadas sobre una verde y aterciopelada alfombra : aquel jinete era Eduardo.

En uno de los recodos del camino, y muy cerca del pueblo, se veia enhiesta una tosca y maciza cruz de piedra descansando sobre tres anchas gradas circulares. Á la espalda del augusto emblema de nuestra redencion distinguíase un pequeño campo cercado, sobre cuyas parduscas y agrietadas tapias descollaban algunos cipreses ostentando sus sombrías pirámides que, agitadas á la sazón por la brisa crepuscular, parecian otros tantos penachos fúnebres : aquel campo era el cementerio del pueblo.

En el lado opuesto, y á veinte pasos del borde del camino, dos cuervos graznaban sobre la frondosa copa de una secular encina.

Al llegar á aquel triste y solitario sitio, tan á propósito para la meditacion, nuestro héroe detuvo de repente su caballo y se apeó para recitar algun Padre nuestro por las almas de los difuntos ; y despues de atar su montura al tronco de un árbol, se arrodilló devotamente sobre las gradas de piedra que circuian la cruz.

En aquel momento se extinguian los ténues resplandores del crepúsculo ; la luna, levantando gradual y majestuosamente su disco de plata, se destacaba del manto azul de los cielos y empezaba á iluminar el paisaje con sus pálidos y helados reflejos, y la campana de la iglesia pregonaba con su lengua de bronce la vespertina Salutación angélica.

Aquel conjunto de tristísimos detalles era capaz de conmover el corazón más insensible.

Por lo dicho puede inferirse cuán apesadumbrado estaría en aquel instante el sentimental y cristiano corazón de Eduardo.

Apenas hacía dos minutos que este estaba orando por los difuntos, cuando fue bruscamente interpelado por una anciana mujer que acertó á pasar por el camino, la cual fijó atentamente la vista en nuestro joven, y al reconocerle, exclamó con agradable sorpresa:

— ¡ Á no engañarme sois el señorito Eduardo!

Este, que estaba arrodillado de espaldas al camino, volvió lenta y maquinalmente su cabeza para ver quién le hablaba.

— ¿ Quién había de pensar que regresaríais tan pronto al pueblo? ¡ Qué alegría vais á dar á vuestra hermana! continuó la anciana.

Á estas palabras un frío sudor bañó todos los miembros de nuestro héroe, cuyo semblante se cubrió de una palidez mortal: acababa de atravesar por su mente la desgarradora idea de que los cuerpos de sus amados padres descansaban en la mansión del olvido que tenía frente de sí.

— ¿ Y mis amados padres? demandó nuestro joven con acento de indescribible angustia.

— ¡ Cómo! ¿ no habeis sabido que murieron á poco de haberos marchado á América y con ocho días de diferencia el uno del otro? respondió la vieja mirando á Eduardo con estupefacción, y deslizándose como una sombra á lo largo del camino.

Ante la terrible realidad de su fatal presentimiento, nuestro héroe cayó como anonadado sobre las gradas de piedra; y luego levantándose como impulsado por un mágico resorte, fijó sus arrasados ojos en el cielo prorumpiendo con enternecimiento:

— ¡Padres de mi corazón! ¡seres queridos de mi alma! echad desde vuestra morada de eternas é inefables delicias vuestra bendición paternal sobre vuestro hijo, que cual peregrino acaba de atravesar los mares, y que, al regresar al hogar doméstico ¡ay! no le queda otro consuelo que orar y llorar en medio del silencio sepulcral de la noche, cerca de vuestros inanimados y yertos despojos! ¡Cuántas veces desde la inmensidad del océano he pensado en vosotros contemplando la pálida faz de esa misma luna que esparce sus melancólicos y helados rayos sobre vuestra tumba! ¡Días risueños de mi infancia, vosotros que os reflejais todavía en mi juvenil imaginación, reproduciéndoos en ella como la verde y graciosa cabellera de un sauce, mecida por el blando céfiro, al mirarse en el cristalino espejo de un manso arroyo... ¡ah! traed, sí, á mi memoria, de cuántos desvelos, de cuántas caricias, lágrimas y sudores soy deudor á mis amados y ya difuntos autores de mi existencia! ¿Cómo podré jamás agradecer bastante la cristiana educación que me disteis desde los primeros albores de mi razón y á la cual debo toda mi felicidad en este mundo?... ¡Oh! ¡cuánto compadezco á los

hijos que no han recibido en sus tiernos corazones la fecunda semilla de la Religion!... Mil veces, sí, hubiera sucumbido aplastado por el peso del infortunio sin aquella égida protectora de la humanidad, sin aquel escudo invulnerable contra el cual se han hecho trizas todas las asechanzas de los implacables enemigos de mi alma!

Mientras que Eduardo terminaba su patético soliloquio, realzado por las circunstancias del lugar y de la hora, fue sorprendido por su hermana, que, sabedora de su llegada por la anciana que hablara con nuestro jóven, y extrañando la tardanza de este en ir á casa, habia salido á su encuentro, acompañada de su marido.

La hermana de Eduardo estaba recién casada.

— ¡Oh, querido Eduardo! ¿Qué haces aquí? dijo con ternura viéndole en actitud suplicante y corriendo á abrazarle.

— Hermana mia, repuso el jóven sollozando, acaban de decirme que Dios se ha llevado á nuestros ancianos padres durante mi ausencia, y he querido verter una lágrima, y pedir una gracia cerca de su sepulcro antes de entrar en el pueblo.

Dichas estas palabras, los dos hermanos permanecieron un instante confundidos en un abrazo y anegados en un mar de llanto.

— ¿Y quién es ese hombre que te acompaña? preguntó Eduardo en voz muy baja á su hermana, tras una corta páusa, extrañando la presencia del desconocido.

— Es mi marido.

— ¿Tu marido? repitió el jóven con extrañeza y desprendiéndose de los brazos de su hermana.

— Sí, hace medio año que nos casamos, se apresuró á responder esta designándole á su compañero.

Era este de agradable figura, y su rostro marcaba de treinta y cinco á cuarenta años.

— No creíamos que volvieras tan pronto de América, Eduardo. ¡Ah! ¡qué alegría hubieran tenido nuestros padres antes de morir, hallándote en la cabecera de su lecho! El corazón se te hubiera destrozado al oír tu nombre repetido mil y mil veces por ambos en su agonía: «¿Dónde «estará mi hijo? decía á menudo mi padre. ¡Dios «mío, amparadle! no permitais que su corazón «se pervierta. Vale mas que viva y muera pobre, que no que atesore todas las riquezas de la «tierra en la impiedad!» Vamos á casa, Eduardo, añadió la hermana de este con voz conmovida.

Nuestro desconsolado jóven desató su caballo del árbol, y tomándolo por la brida se alejó de aquel sitio con sus dos compañeros.

Eduardo habia escrito desde Lima algunas cartas á su familia, y extrañaba no haber tenido contestacion á ninguna de ellas. Esta fue la causa de que ignorase la muerte de sus padres antes de salir de América; pero precisamente ahí está la explicacion de la carencia absoluta de noticias domésticas, pues la hermana de nuestro jóven que-

riendo ocultar á este tan sensible pérdida, adoptó el partido del silencio.

Apenas Eduardo hubo entrado en su casa, dió rienda suelta al intenso dolor que le causara el fallecimiento de sus amados padres, y la vista de los objetos del hogar doméstico, que formaban un mudo coro de indefinible melancolía para recordarle los dias venturosos que pasó al lado de aquellos á quienes debia su existencia.

¡Oh! qué tristeza nos sobrecoge al regresar bajo el techo paterno tras algunos años de ausencia, encontrándolo vacío de los seres que en otro tiempo nos lo hacian tan agradable y encantador!

Despues que nuestro héroe hubo aplicado el bálsamo de la doctrina católica sobre las profundas y chorreantes heridas de su corazon, refirió á sus hermanos todos los sucesos que ocurrieron desde el dia de su marcha del pueblo para América. Sus interlocutores escucharon con el mas vivo interés la larga narracion de Eduardo; pero lo que sorprendió mas á la hermana de este, fue el proyecto de matrimonio con la jóven irlandesa.

—¿Has pensado bien en lo que vas á hacer, Eduardo? decia con admiracion. ¡Tú casarte con una inglesa, y ausentarte para siempre de nuestro lado! No creo que nuestros padres hubiesen aprobado tu resolucion.

— Pero ¿qué importa que la mujer que he elegido por esposa sea inglesa ó española, con tal que sea virtuosa y pueda hacer mi felicidad? respon-

dia Eduardo con cariño, esforzándose en desvanecer la preocupacion de su hermana. He pedido muchas veces á Dios y á su santísima Madre, que me indicaran lo que debia hacer en este caso, y siempre he sentido en el fondo de mi conciencia una voz que me decia, que iba á ser feliz llevando á cabo mi designio. Todo el mundo es obra de Dios; á él pertenecen todas las criaturas; por lo tanto no debemos fijarnos en las distancias que nos separan de ellas para realizar los planes que nos inspira la Providencia. La virtud es tan bella en Inglaterra como en España.

La hermana de Eduardo escuchaba estas palabras con profunda atencion; pero dando muestras de no quedar completamente convencida: hasta que por fin su marido, uniendo su voto al de nuestro héroe, inclinó el ánimo de aquella hácia la aprobacion del proyecto matrimonial de este.

Pocos dias despues de su llegada al pueblo, Eduardo se despedia tiernamente de sus dos hermanos para regresar á Inglaterra.

XX.

Han transcurrido tres semanas.

Eduardo acaba de reunirse con la familia Mac-Kievet, que le recibe con entrañable cariño. Sin embargo, los velados ojos de nuestro héroe anunciaban que la benévola y hasta paternal acogida de que fue objeto, por parte de sus futuros sue-

gros y esposa, no era bastante á borrar la huella del sufrimiento que habia grabado en su corazon la irreparable pérdida de sus idolatrados padres.

— ¿Qué os ha sucedido, Eduardo? preguntó mistress Victory con aire solícito al estrechar la mano del recién llegado, leyendo en su semblante alguna inquietud. ¿Se oponen quizás vuestros padres á que os caseis con mi hija? añadió lanzando á este una ansiosa mirada.

Miss Mary, que se hallaba al lado de su madre, se puso extremadamente pálida y clavó su azorada vista en la del capitan, como invocando el auxilio de este en la terrible duda que acababa de suscitar su madre.

— ¡Mis padres han muerto! se apresuró á responder el jóven español con amargura y comprimiendo un suspiro.

— ¡Dios mio! exclamaron sus tres compañeros con el mismo tono y mirándose unos á otros con asombro.

Á esta exclamacion siguió la reseña de Eduardo de lo ocurrido en su hogar doméstico durante su ausencia, cuya reseña arrancó abundantes lágrimas á sus oyentes.

Aquel mismo dia se acordó el en que debia tener lugar el matrimonio de nuestros dos jóvenes, cuya noticia se apresuró Eduardo á poner en conocimiento del ministro, para que este pudiera honrar el acto con su presencia, conforme habia prometido al jóven español en el momento de separarse ambos en Bristol.

Pero llegó la mañana prefijada para la boda sin que compareciera mister Brooke, ó, cuando menos, una carta explicando el motivo de su conducta; lo cual extrañaron muchísimo Eduardo y la familia Mac-Kievet, quienes tras mil comentarios, concluyeron casi por atribuir á desaire el inexplicable proceder del ministro.

No obstante, aquella misma tarde, despues de la celebracion del matrimonio, y en tanto que nuestros novios radiantes de alegría estaban sentados á la mesa con los esposos Mac-Kievet y algunos parientes y amigos de estos, se recibió una carta que fue inmediatamente entregada al capitán, quien al examinar el sobre vió que procedía de Edimburgo, é iba dirigida á Eduardo.

— Es de mister Brooke, Eduardo, dijo el capitán con tono jovial y alargándola á su yerno, que la abrió con precipitacion.

— ¡Será alguna excusa cortés! dijo mistress Mac-Kievet sonriendo y paseando una mirada en torno de la mesa.

— ¡Oh! no, no! exclamó Eduardo con energía al pasar sus ojos con avidez por las primeras líneas de la carta del ministro. ¡Dios mio!... ¡Qué veo!... ¡Es un hermoso sueño! prosiguió el joven como fuera de sí.

Hubo un minuto de páusa, en cuyo intervalo todos los comensales estaban como pasmados de la inexplicable febril exaltacion que se habia súbitamente apoderado del ánimo de nuestro héroe.

— ¿Qué dice, pues, el ministro? inquirie-

ron todos los circunstantes con viva inquietud.

— ¡Se ha convertido!... murmuró el interpe-
lado poniendo la carta encima la mesa y pro-
rumpiendo en tiernísimo llanto.

Aquella agradable noticia enterneció vivamen-
te á todo el mundo.

— Al menos la preciosa semilla, sembrada por
mi yerno en el corazon del ministro, ha produ-
cido un precoz y opimo fruto, pensó el capitán
mientras estrechaba cordialmente la mano del
novio.

— Leédnosla, Eduardo, dijo mistress Victory
designándole la carta que aquel acababa de re-
coger de la mesa con ademan de metérsela en el
bolsillo.

— ¡Sí, sí, leédnosla! exclamaron todos á coro.

Entonces Eduardo hizo un supremo esfuerzo
para dominar su viva emocion, y, poniéndose de
pié, empezó con voz algo trémula la lectura de
la carta, cuyo contenido estaba concebido en los
siguientes términos:

«¡ Soy católico !!

«Ayer recibí sobre mi cabeza las aguas rege-
«neradoras. Cuando sentí que el cielo me llama-
«ba renuncié con el mas vivo placer mi sueldo,
«cargo y prerogativas de pastor protestante para
«formar parte, como el mas humilde de los sol-
«dados, de ese brillante ejército de doscientos mi-
«llones de hombres, desparramados por toda la
«faz de la tierra, que profesan una misma doc-
«trina, abrigan en sus pechos una misma espe-

«ranza, y no reconocen á otro jefe supremo que
«al Soberano Pontífice que ocupa la cátedra de
«san Pedro, y es el último anillo de la cadena de
«doscientos varones, santos, sábios y esclareci-
«dos, que viene perpetuándose desde el Príncipe
«de los Apóstoles (piedra fundamental de la Igle-
«sia), hasta la consumacion de los siglos.

«Reconozco y confieso que Dios ha obrado un
«patente milagro para mi conversion. En los dos
«meses transcurridos desde el dia de nuestra des-
«pedida en Bristol, querido Eduardo, no he ce-
«sado de leer y meditar (siguiendo vuestro san-
«to consejo), algunas de las mejores y mas eru-
«ditas obras que han escrito los insignes apolo-
«gistas del Catolicismo en contra del Protestan-
«tismo... Una de las que ha llamado mas viva-
«mente mi atencion, ha sido la de ese sábio es-
«pañol que ha bajado á la tumba en el cenit de
«su juventud; pero que antes de eclipsarse de la
«escena del mundo ha dejado, en su rápida car-
«rera, un ancho surco de inextinguible luz en el
«horizonte de la religion católica.

«No obstante, á pesar de una lectura y medi-
«tacion asiduas de aquellos escritos, impregna-
«dos de santa sabiduría, experimentaba aun en
«mis adentros los terribles efectos de la eterna
«lucha entre el error y la verdad, entre la salu-
«dable fe católica y el funestísimo y embrollado
«cáos de los sistemas filosóficos; y, semejante al
«ciego de nacimiento, quien por un feliz y for-
«tuito accidente puede hacer uso del precioso ór-

«gano de la vision; así vacilaba yo, entre abrir
«mis ojos á los intensos rayos de la fe, ó mante-
«nerlos obstinadamente cerrados en el escepti-
«cismo.

«Empero, la sed de verdad que abrasaba mi
«enfermizo y desfallecido espíritu, y mas que
«todo la gracia del Espíritu Santo, me impulsó á
«penetrar en un templo católico en ocasion que
«el sacerdote celebraba el sacrificio incruento.
«Allí me arrodillé ante una piadosa imágen del
«Crucificado, y le pedí con ardor que me sacara
«de mi terrible incertidumbre respecto de mis
«creencias.

«Mas ¡oh, querido Eduardo! en aquel mo-
«mento mi corazon sintió un gozo indecible, y se
«disiparon cual fugitivas sombras todas las crue-
«les dudas de mi inteligencia... Entonces pude
«apreciar la magnitud del beneficio que Dios me
«dispensaba, y mi pecho reventó de santo albo-
«rozo como un torrente desbordado, y besan-
«do repetidas veces el pavimento de la iglesia
«con frenesí, me deshice en llanto de agradeci-
«miento.»

En llegando aquí, el pequeño auditorio de Eduardo no podia contener las lágrimas y sollozos; y este, embargado por la emocion, tuvo que suspender la lectura de la carta del ministro.

«Mientras que mi corazon se anegaba en un
«mar de delicias (continuó el jóven reanudando
«su lectura, tras una breve interrupcion), no me
«olvidé de rogar á Jesucristo con todo el fervor

«de que fueron capaces mis débiles fuerzas, por
«la felicidad temporal y eterna de mi buen ami-
«go y compañero de viaje... Nunca se borrarán
«de mi memoria aquellos días que pasamos jun-
«tos, á bordo del Lord Efingham, los cuales se
«van alejando de nosotros con tanta rapidez co-
«mo las nubes barridas por el huracan: días ¡ay!
«que no volverán jamás!... Tiempo bendito, en
«que vos, mi excelente amigo, Eduardo, habeis
«trabajado con un celo, un ardor y una elocuen-
«cia imponderables para mi salvacion... Lo que
«vos habeis hecho por mí, no puede pagarse en
«este mundo... No: todas las riquezas y honores
«que ostenta la tierra no alcanzan á satisfacer la
«inmensa deuda de gratitud que he contraido pa-
«ra con vos... Pero el cielo, Eduardo, os reserva
«el premio á que sois acreedor... Solo Dios que
«es infinito en su esencia puede otorgar galar-
«dones infinitos á las criaturas que han observa-
«do fielmente su santa ley y han procurado in-
«culcarla en sus semejantes extraviados!...

«Mi esposa y mi hijo no se explican mi cam-
«bio de vida y están cási por creer que me he
«vuelto loco... ¡Ojalá el cielo persuada á entram-
«bos que la locura que ellos sospechan en mí, no
«es otra cosa que la victoria de la razon sobre
«las indómitas pasiones, de la verdad sobre el
«error!...

«Me lisonjeo de que esta carta suplirá con
«usura mi ausencia en vuestra boda, y será un
«descargo bastante poderoso para sincerar mi

«conducta á vuestros ojos y á los de la amable
«familia Mac-Kievet. Me parece que diréis en
«vuestros adentros al leer mis mal pergeñados
«renglones: «Prefiero un millon de veces que
«esté léjos de mí sabiendo que es católico, que
«no á mi lado siendo protestante.»

«Basta, querido amigo, observo que las lágri-
«mas caen sobre el papel en que escribo, y que
«mi ánimo desfallece... vuestro corazon católico
«os hará comprender mejor que mis palabras lo
«que omito y mi pluma no acertaria á explicaros
«en este instante...

«Sed feliz, sí, muy feliz, en compañía de vues-
«tra bella, amable y virtuosa esposa, y de vues-
«tros excelentes suegros. Pero ¿qué digo *feliz*?...
«vuestra felicidad consiste en vuestras creencias
«religiosas:... no las abandoneis, y vuestra dicha
«será eterna!...

«Entre tanto disponed á vuestro antojo de vues-
«tro amigo que os reserva un señalado lugar en
«su corazon, y que os abraza con la ternura que
«solo es peculiar de los que militan bajo la glorio-
«sa bandera que enarboló Jesucristo cerca de dos
«mil años há en la cima del Calvario!...

«B. BROOKE.

«Posdata.—Estoy deseando con viva impa-
«ciencia que me entereis circunstanciadamente
«de vuestra boda.

«Saludad afectuosamente de mi parte á la fa-
«milia á la cual tal vez perteneceréis al recibo de
«la presente.»

La cristiana alegría que reinó entre los concurrentes al festin nupcial luego que Eduardo finalizó la lectura de la larga, interesante y satisfactoria carta del ministro, es mas para imaginada que para descrita.

Todos se apresuraron á porfía á dar su caluroso parabien al jóven español por su brillantísimo triunfo moral sobre la persona del ministro: Eduardo obtuvo una completa y merecida ovacion. Hé aquí como á veces la virtud tiene su recompensa ostensible en la tierra.

Desde aquel momento la felicidad conyugal de nuestros jóvenes fue, pues, grande; porque estaba calcada sobre un grande é imperecedero principio: el de la fe católica.

Pocos meses despues del casamiento de Eduardo con miss Mary, el capitan recibió una carta de un amigo suyo de New-York, instándole para que se trasladase allí con su familia y ofreciéndole el mando de un vapor mercante.

La familia Mac-Kievet deliberó larga y sesudamente acerca el partido que convenia tomar; y Eduardo fue de parecer de pasar á América, donde era probable que él encontrara una buena colocacion mercantil. Habiendo prevalecido la opinion del jóven español, todos optaron por emprender cuanto antes el viaje á los Estados-Unidos.

Allí fijó, pues, su residencia la familia Mac-Kievet.

Á poco de haber pisado el suelo americano,

Eduardo entraba en clase de dependiente en una respetable casa de comercio, donde se granjeó desde luego las simpatías de todos con su afabilidad y talento; y el capitán se encargaba del mando de uno de los mas hermosos *steamers* que surcan el litoral norte-americano.

Miss Mary y sus padres se felicitaban incesantemente de contar en su familia al jóven español, quien léjos de defraudar las risueñas esperanzas que concibieran aquellos de su persona, añadió por el contrario, sin cesar en su ejemplar comportamiento, nuevos quilates al aventajado concepto que les mereciera desde el principio.

Podia decirse, por lo tanto, que la familia Mac-Kievet habia alcanzado el colmo de su ventura: el cielo se complacia evidentemente en derramar á manos llenas sus beneficios sobre ella.

Eduardo, antes de partir de Inglaterra, no se olvidó de escribir al ex-ministro protestante participándole aquel suceso. La contestacion del hijo de Escocia fue tan tierna como cabe serlo entre dos corazones unidos con los dulces é indisolubles vínculos de la fraternidad cristiana.

Un dia nuestros personajes fueron agradablemente sorprendidos en New-York por una carta de mister Brooke, en que este les enteraba de la muerte de su esposa dentro del gremio de la Iglesia católica, añadiendo, con unción evangélica, que habia resuelto pasar á la China en calidad de agregado á una mision próxima á salir para dicho punto, y cuyo exclusivo objeto era

sembrar la semilla cristiana en los mas remotos confines del celeste imperio.

Hé aquí, pues, querido lector, terminada mi relacion del viaje del Perú á Europa.

Al dejar mi tosca y destemplada lira, pido fervorosamente al cielo que al pasar tus ojos por las páginas que acabo de emborronar, te afiances en tus creencias, dado caso de que poseas todavía en tu ánimo tan inestimable joya; y si hubieses tenido la fatalidad de perderla, para que te decidas á recobrarla á costa de cualquier sacrificio.

Este ha sido el intento que ha guiado mi pluma hasta ahora. ¿Conseguiré el fin que me he propuesto?... Hé aquí la duda que tortura cruelmente mi corazon, y que desde luego resolveria negativamente, atendida la magnitud de la tarea que gravita sobre mis débiles hombros, si el eficaz auxilio de la divina gracia no estuviera de parte de aquellos que, á pesar de sus cortos alcances, abrigan en su pecho el propósito de reportar algun bien positivo á sus semejantes, ofreciéndoles un ramillete de místicos perfumes, sin el cual es de todo punto imposible alcanzar el bienestar y la tranquilidad en la tierra y la bienaventuranza eterna en la patria celestial.

FIN.

FE DE ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
57	6	hou	how
84	1	especia	especial
101	18	elevando	clavando
150	20	investidas	invertidas
169	última	pregunto	preguntó
173	17	darles	dar
187	4	velo	vuelo
317	20	que experimentan	que se experimenta
321	26	pero	pues
344	9	primer	segundo
354	9	este	esta